Tihamer Toth

Formación religiosa de jóvenes

Dedicado a educadores, formadores, catequistas, profesores de religión y padres de familia

TIHAMER TOTH

Formación religiosa de jóvenes

Dirigido a educadores, catequistas,
formadores,
profesores de religión
y padres de familia

Texto resumido y adaptado por
Alberto Zuñiga Croxatto

ÍNDICE

PRÓLOGO 4
INTRODUCCIÓN 6

CAPÍTULO 1º 8
VALOR DE LA EDUCACIÓN RELIGIOSO-MORAL 8

CAPÍTULO 2º 18
INEFICACIA DE LA EDUCACIÓN LAICA 18

CAPÍTULO 3º 31
NECESIDAD Y FIN DE LA EDUCACIÓN 31

CAPÍTULO 4º 35
EDUCACIÓN PREESCOLAR 35

CAPÍTULO 5º 45
LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE LOS PEQUEÑOS ESCOLARES 45

CAPÍTULO 6º 50
EDUCACIÓN RELIGIOSA EN SECUNDARIA O ENSEÑANZAS MEDIAS 50

CAPÍTULO 7º 65
LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL 65

CAPÍTULO 8º 74
ETAPAS DEL DESARROLLO 74

CAPÍTULO 9º 89
EDUCACIÓN PARA LA VIDA SOBRENATURAL 89

CAPÍTULO 10º 103
DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE LOS ADOLESCENTES 103

CAPÍTULO 11º 114
EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA PUREZA 114

CAPÍTULO 12 129
LA RELIGIÓN COMO ASIGNATURA 129

CAPÍTULO 13 138
ACTIVIDADES Y RECURSOS A UTILIZAR EN LA ENSEÑANZA RELIGIOSA 138

CAPÍTULO 14 149
ENSEÑANZA RELIGIOSA EN LOS CURSOS SUPERIORES 149

CAPÍTULO 15 163
VALOR EDUCATIVO DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN 163

CAPÍTULO 16 189

VALOR PEDAGÓGICO DE LA SANTA COMUNIÓN 189

CAPÍTULO 17 195

VALOR PEDAGÓGICO DEL CULTO DE LOS SANTOS 195

CAPÍTULO 18 203
VALOR PEDAGÓGICO DE LA ALEGRÍA 203

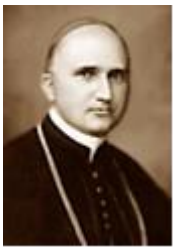
CAPÍTULO 19 210
EDUCACIÓN EN INTERNADO 210

CAPÍTULO 20 215
DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS 215

APÉNDICE I 223
SEXUALIDAD HUMANA: VERDAD Y SIGNIFICADO 223

APÉNDICE II 247
ALGUNOS TEXTOS DEL DOCUMENTO CONCLUSIVO DE APARECIDA RELACIONADOS CON LA FORMACIÓN RELIGIOSA DE JÓVENES 247

PRÓLOGO



Monseñor Tihamér Tóth, teólogo, obispo y escritor católico. Nació en Szolnok, Hungría, el 14 de enero de 1889. A pesar del ambiente liberal de fines de siglo, en el hogar de los Tóth reinaba el más puro espíritu cristiano.

Fue ordenado sacerdote y designado capellán del ejército austrohúngaro en la primera guerra mundial. En 1924 fue profesor de la Universidad de Pazmany, en 1931 director del seminario de Budapest, en 1938 fue nombrado obispo de Veszprém y a los pocos meses enfermó de encefalitis y recibió el Santo Viático con el ánimo alegre y sosegado. Uno de sus últimos consuelos fue ver junto a su lecho al Nuncio del recién Pío XII, quien le traía bendición papal. En 1939 falleció en su ciudad episcopal a la edad de 50 años. Hungría y el mundo lloraron la muerte del virtuoso obispo y fecundo escritor. En 1943 se introdujo el proceso de su beatificación. Entre sus obras destacan *El joven de carácter, El joven y Cristo, Energía y pureza, Se sobrio, Los diez mandamientos, Cristo Rey, Creo en Jesucristo: el Mesías; Creo en Jesucristo: el Redentor, El matrimonio cristiano, Creo en Dios, Creo en la vida perdurable, Creo en la Iglesia, Eucaristía, Padre nuestro, Venga a nos el tu reino, Prensa y cátedra, Verdad y caridad* y *Formación religiosa para los jóvenes*. Se conocen 23 obras suyas y traducciones a más de 16 idiomas.

El obispo de Veszprém no sólo fue un escritor profundo y brillante –de ello dan fe las numerosas ediciones de sus libros–, sino un insigne educador.

Antes de ser promovido al Episcopado, siendo rector del seminario de Budapest, es cuando escribió la presente obra sobre la formación religiosa de los jóvenes.

Oímos a menudo esta queja: ¿Por qué muchos alumnos educados en colegios católicos dejan después de unos años la práctica religiosa, no se acercan a los sacramentos y viven en la más lastimosa indiferencia religiosa? ¿Quién es el responsable de tal fracaso? ¿Acaso lo es siempre el alumno, al que acusamos de díscolo, perezoso y superficial? ¿No lo será también la familia, que no secunda la acción educadora del colegio? ¿O se deberá en gran parte a la defectuosa formación religiosa que se imparte en muchos colegios? De cómo dar solución a este último punto trata el presente libro.

La clase de Religión no es una asignatura más, sino que tiene una fisonomía propia. Mucho podemos esperar del celo apostólico de los Profesores de Religión y de los Catequistas. Ellos, junto con los directores de los colegios, los padres, educadores y sacerdotes, podrán hallar en este libro un gran auxiliar e incentivo para cumplir su importante misión: *procurar que las almas tengan vida y la tengan en abundancia*. Así lo desea

EL EDITOR

INTRODUCCIÓN

No podemos descansar en las aguas tranquilas de la posesión de la verdad, mientras haya hermanos nuestros que se debaten en alta mar, en medio de la tempestad, en la oscuridad de la noche de la fe religiosa, sin un rayo de luz que les ilumine el camino. Hoy por desgracia muchos jóvenes se encuentran en esta triste situación, sin saber para qué están en la vida, buscando la felicidad por caminos equivocados. Y nosotros somos los responsables de mostrarles el Evangelio, faro que ilumina y guía al puerto seguro, la casa del Padre. No obstante, son sobre todo los varones los más abandonados espiritualmente. Las mujeres, más generosas y con mayor sensibilidad espiritual, fácilmente se encuadran en las distintas asociaciones y movimientos católicos que existen. Es la triste escena trazada por SAN AGUSTÍN de su propia vida familiar, que sigue repitiéndose también hoy: «Entonces creía yo, creía mi madre, creía con nosotros toda la casa; el único que no creía... era mi padre» (Confesiones I).

Frente a este abandono espiritual de los jóvenes varones no queda otra salida que trabajar con redoblada energía y con gran abnegación para acercarlos a Jesucristo. No podemos consentir que sigan aletargados en el indiferentismo religioso.

Los métodos que expongo en este libro, y que a primera vista pueden parecer algo inusitados, no son meros consejos teóricos, sino que han salido de la experiencia acumulada de cinco lustros trabajando en la dirección espiritual de los jóvenes. Atañen principalmente a juventud masculina, por el motivo ya dicho. Son aportaciones eminentemente prácticas, pues de nada serviría escribir un libro más sobre el tema, si no es aplicable a la vida.

Una enseñanza religiosa demasiado intelectualista puede ser en parte la responsable de la frialdad religiosa que muestra gran parte de la juventud al acabar sus estudios. De poco sirve llenar la cabeza de conocimientos, si se olvida formar la voluntad y los sentimientos del joven en consonancia con las exigencias del Evangelio.

Debemos formar de tal manera a los jóvenes para la fe católica impregne totalmente sus vidas, tanto en su forma de pensar (mente) como en su forma de actuar (voluntad) y de sentir (sentimientos). ¡Jóvenes que manifiesten más alegría en la mirada, más luz en la inteligencia, más calor en el corazón, más firmeza en la voluntad, más vida en el alma, y sobre todo más intimidad con el Señor! Este es nuestro ideal.[1]

Señor Jesucristo, bendice mis fatigas y trabajos, para que este libro contribuya por lo menos a la salvación de una sola de las almas redimidas con tu Sangre.

Budapest, en la fiesta de San Luis, 1935.

EL AUTOR

---

[1] Los educadores católicos necesitan hoy más que nunca renovar y revitalizar su vida cristiana como discípulos y misioneros de Jesucristo. Para conseguirlo, una gran ayuda será la guía esclarecedora del Documento conclusivo de Aparecida. En el Apéndice II se presentan algunas citas del documento relacionadas con la formación religiosa de jóvenes.

Capítulo 1º

VALOR DE LA EDUCACIÓN RELIGIOSO-MORAL

Finalidad de la educación

El ingenio humano ha logrado poner en el cielo aviones, que en contra de la ley de la gravedad, son más pesados que el aire. Para ello ha tenido que superar toda una serie de dificultades y obstáculos tanto de índole mecánico como científico, y desarrollar toda una ciencia de la aeronáutica integrando conocimientos aerodinámicos, aerostáticos y mecánicos. Algo análogo sucede en el mundo espiritual.

Un sistema educativo que se precie de serlo, tiene que ser capaz de levantar al joven hacia la altura de los grandes ideales, en consonancia con las aspiraciones del alma (ansias de amor, generosidad, eternidad, libertad…), si es capaz de vencer la enorme resistencia que le ofrecen los instintos y pasiones más rastreras (egoísmo, pereza, individualismo, comodidad…) que lo atan a la tierra. Mas escalar las cumbres de un gran ideal no es una tarea nada fácil, el educador y el educando tendrán que superar muchas dificultades, para con una gran paciencia, no cansarse nunca de estar empezando siempre, porque, como hemos apuntado, siempre estarán en lucha los instintos rastreros que nos atan a la tierra frente a las aspiraciones del alma.

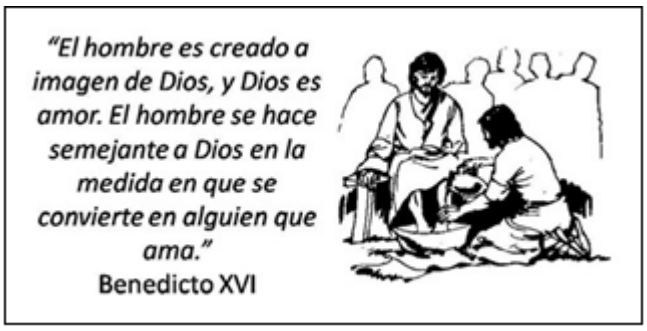
Y este gran ideal no podrá dar respuesta a las aspiraciones del alma si no se ajusta a la verdad, tal como lo exige la razón humana.

Nuestra razón se vale de los principios de identidad, de no contradicción, de razón suficiente (Summa Theol.) para probar si una cosa se ajusta a la verdad[2]. Esta es una ley general que no admite excepción. Es la primera condición que ha de guardar un sistema educativo: fundamentar racionalmente los principios en que se basa, lo cual sólo puede lograrse plenamente por el camino de la metafísica. La ciencia sólo habla de hechos, y únicamente los constata; habla de lo que hay, de lo que hubo; pero no puede decir nada sobre lo que tendría que ser o hacerse, pues esto no le compete a ella, sino a la ética o moralidad. De aquí arranca la crisis moral que

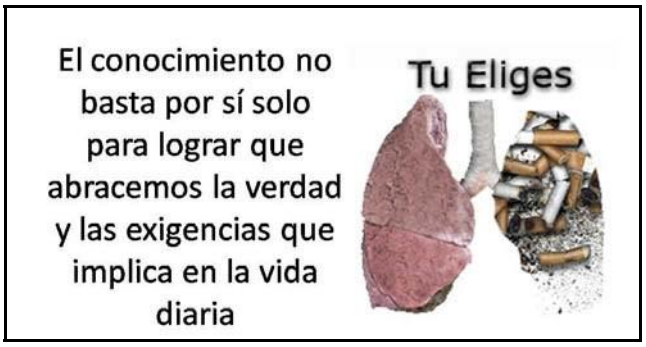
---

[2] El principio de identidad: *lo que es, es*. Las cosas son lo que son y hacen lo que su naturaleza determina, permitiendo formular afirmaciones universales de que un tipo de entidad tendrá una serie de propiedades concretas. El principio de no contradicción, nos dice que no pueden aceptarse nunca el *sí* y el *no* simultáneamente como respuestas para la misma pregunta hecha desde el mismo punto de vista. El tercer principio es *el de razón suficiente*. Si me pregunto "¿Por qué brilla el Sol? ¿Por qué produce luz y calor?", no me basta como respuesta decirme que está hecho de un material brillante, porque eso es no decir nada; ni me basta que me digan "porque hoy es sábado". Me tienen que dar una razón suficiente que tenga una conexión lógica con lo que estoy preguntando. (P. Manuel Carreira, *Ciencia, verdad y fe*)

atraviesa la sociedad actual, cuando al rechazar el fundamento racional de la moralidad y, por tanto, el principio del deber, no sabe fundamentar los motivos por los que se ha de hacer tal o cual sacrificio exigido por el bien íntegro del hombre, por la ley moral. Tan solo la moral religiosa puede fundamentar el deber en principios verdaderos y últimos, por lo que sólo ella puede ejercer una influencia educadora eficaz.



Pero no es suficiente con que un sistema educativo se ajuste a la verdad para que sea eficaz. La verdad, hay que reconocerlo, tiene sobre *la voluntad* cierta fuerza motriz, pero no decisiva. El mero conocimiento no basta por sí solo para lograr que abracemos la verdad y las exigencias que implica en la vida diaria. Para vivir conforme a la verdad debe tomar parte, además de la razón, la voluntad y los afectos. No basta, por ejemplo, que los fumadores conozcan los efectos perjudiciales del tabaco sobre la salud, para que dejen de fumar. Para poder superar este vicio, será necesario una gran fuerza de voluntad y unas motivaciones más profundas que la meras razones médicas.



Nuestra persona no sólo se mueve por lo bueno que le muestra la razón. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo animal, y como cuerpo animal, se mueve también por los instintos. Estos últimos cumplen una función —de conservación, reproductiva, alimentaria…—, para salvaguardar las necesidades más básicas, poniéndose en marcha ante ciertos estímulos de índole sensual o sensitivo cuya satisfacción produce sensa-

ciones placenteras. Es lo que ocurre en los primeros años de la vida, cuando la voluntad se mueve influenciada principalmente por estos instintos, por no decir que totalmente. Pero a medida que crecemos y la razón se desarrolla, llegamos a comprender que la felicidad no puede reducirse a las satisfacciones sensuales que persiguen los instintos. Nos damos cuenta que la felicidad sólo se alcanza cuando se cumple el fin o la vocación para la que hemos sido creados. Pero no por esto dejan los instintos rebeldes de ejercer su influencia.

El hombre que quiera serlo en plenitud y ser feliz, tendrá que echar mano de la razón, para seguir la vocación para la cual ha sido creado, y de la voluntad, dominando, a costa de no pocas luchas, sus instintos desordenados que le desvían de su fin. Porque siempre resultará mucho más fácil rebajarse hasta el animal que mora en nosotros que comportarse como un ser humano.

La educación y moral católicas cumple las condiciones exigidas

Tratemos ahora de profundizar en *qué grado la educación y moral católicas responden a estas exigencias generales*.

La moral católica se fundamenta en *la verdad*. Aunque su origen sea sobrenatural, tiene fundamentos racionales, y sus principios se pueden probar por la razón. La moral católica se remonta hasta Dios, hasta la verdad eterna; por tanto, saca sus enseñanzas de la verdad.

Por la razón llegamos al conocimiento de las cosas. Existe un conocimiento incipiente o espontáneo de las cosas, que puede o no ajustarse a la verdad (*sentido común*). Para que este conocimiento incipiente se transforme en conocimiento perfecto, razonado, ha de tomar parte la reflexión. Mediante el *sentido común*, sentimiento vago y latente, todos nos damos cuenta, por ejemplo, de la diferencia que media entre el bien y el mal. Sentimos que algo es bueno o malo, que debemos obrar según las leyes que dicta la razón, que mandan hacer lo bueno y prohíben hacer lo malo. Tal es el principio racional del concepto del deber.

Lo mismo pasa con el libre albedrío y la inmortalidad del alma. El hombre tiene una vaga intuición de ambos; pero este conocimiento espontáneo, casi instintivo, todavía oscuro, ha de iluminarse mediante la razón para cerciorarse que se ajusta a la verdad. La moral católica no rehúsa este trabajo del raciocinio, y con la ayuda de la razón filosófica va declarando qué es lo que el hombre debe procurar y qué debe evitar.

Pero es imprescindible que lo que exige la razón, lo pueda hacer la voluntad. La moral católica nos da a conocer los mandamientos de Dios, quien creó al hombre y le llamó a ser "imagen y semejanza" suya. Nuestros actos son morales cuando obedecen estos mandamientos, y viceversa. Incluso lo que el hombre entiende como *ley natural* proviene de Dios, como un río brota de la fuente, o como un retrato es reflejo del modelo.

Mas Dios no sólo nos llama a ser como Él, y nos da una guía para serlo –los mandamientos, los consejos evangélicos— sino que nos da la fuerza para cumplirlos. Lo cual es muy lógico. Él es la fuente de toda energía y el sustentador de todas las cosas creadas. Sin su continuo concurso nos hundiríamos en la nada. Donde quiera que exista una cosa creada, allí obra Dios. En Él la acción y la existencia no se pueden separarse. En cualquier obra buena que realizamos, Dios interviene, pues Él mora en los justos, en los que cumplen su ley (cf. San Juan 14,23).

Por tanto, donde quiera que exista una cosa creada, allí obra Dios. Obra en mí y me ayuda a cumplir sus mandamientos. Dios me brinda su ayuda continua.

Una moral o ética que no se fundamente en Dios viene a convertirse a la larga en puro embuste o enredo que nadie respeta. Si Dios no es el fundamento absoluto, todo es relativo, no puede haber sanción que obligue a cumplir una norma, y sin la sanción, la universidad y obligatoriedad incondicional de la ley moral son pura ilusión.

Por tanto, toda ética o moral, si quiere ser eficaz, debe remontarse en último término a Dios. Todo el magnífico edificio de la moral católica descansa en Dios como en su base y en su centro, lo mismo que el ingente peso de las bóvedas de las grandes catedrales se sostienen en una piedra angular.

Si el objeto del conocimiento es lo existente como verdad; el objeto de la voluntad es lo existente como bien. No sólo necesitamos conocer el bien, necesitamos, además, la ayuda de Dios que incline nuestra voluntad hacia ese bien.

El hombre desea conocer la esencia divina, como verdad absoluta, mas esto sólo lo puede conseguir si Dios se le revela, si se le comunica. Se requiere, por tanto, la revelación divina. Lo mismo ocurre con la voluntad, el hombre no puede hacer el bien sin la ayuda de Dios; para hacer el bien, por tanto, se requiere la divina gracia.

La gracia de Dios actúa en nosotros pero respetando nuestra libertad y nuestra naturaleza. «*La gracia no destruye, sino que perfecciona la naturaleza*», nos enseña la Iglesia. La gracia es *principio inmanente de actividad*.

Nosotros necesitamos de esta fuerza sobrenatural, la gracia divina, más ésta requiere de nuestra cooperación (libertad) y de lo mejor de nuestra naturaleza. Es decir, *para poder ser cristianos, hemos de ser hombres* en el pleno sentido de la palabra. De ahí que para que tenga éxito nuestro sistema educativo tendrán que cultivarse adecuadamente *las virtudes humanas y las buenas inclinaciones*. El roble de las virtudes sobrenaturales no podrá resistir en pie ante cualquier vendaval, si no se asienta sobre la tierra firme de las virtudes naturales.

El hombre no es sólo un ser corporal y espiritual, dotado de una razón y de una voluntad; hay que añadir que es un ser sensitivo, en el que el uso de la razón siempre va unido a una sensación. Sabemos que no hay nada en la razón que antes no haya pasado por los sentidos. Las ideas más altas siempre van acompañadas de sensaciones, y nuestra razón tiende a cristalizar cualquier idea *en realidades tangibles*, perceptibles o evidentes.

La teología católica no se fundamenta en ideas abstractas, sino *en el Hijo de Dios, Dios y hombre verdadero, que se ha hecho visible y tangible*

a nuestros sentidos. Cristo es el punto central, no sólo de nuestra fe, sino también de nuestra pedagogía. Este Dios encarnado es el modelo. De Él brotan todas las gracias que necesitamos para vivir como hombres y cristianos auténticos. Él es nuestro modelo de vida y nuestra fuerza. En Él se hacen visibles los ideales más sublimes.

La teología católica no se fundamenta en ideas abstractas, sino *en el Hijo de Dios, Dios y hombre verdadero.*

Según la psicología, lo que nos impresiona y entra por los sentidos prosigue su trabajo en nosotros, y acaba traduciéndose en determinadas acciones. Toda impresión, como toda acción, tiene consecuencias en la formación de nuestro carácter. ¿Y puede haber mejor impresión que contemplar a Cristo en la oración? El ejemplo de Cristo nos impulsa eficazmente a realizar las acciones más nobles. Nos hacemos buenos cuando tratamos de *imitar a Cristo*. También nos animan los ejemplos de la Virgen bendita y de los Santos, que en definitiva no son más que una manifestación de la vida divina obrando en las almas que se abandonan a su acción. Son sobre todo los sacramentos y la oración, los canales por donde recibimos la gracia divina.

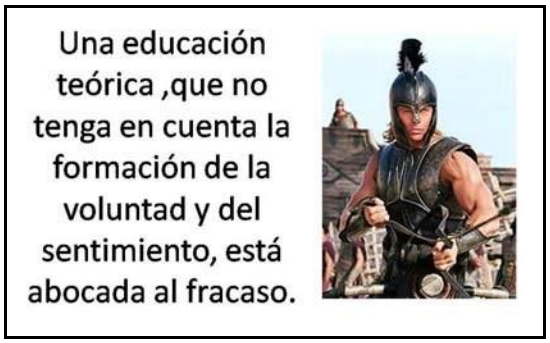
Errores en que puede caer la educación religiosa

En lo dicho quedan señalados los fundamentos y la eficacia de la educación católica. De aquí podemos prever las trágicas consecuencias que acarrea una escuela desprovista por completo de educación religiosa.

Hemos visto que la moral católica, por lo menos en teoría, responde a todos los postulados de eficiencia del método educativo. ¿Cómo se explica, sin embargo, el triste hecho de que mientras en tiempos pasados pudo lograr excelentes resultados, en nuestros días su influencia educadora haya disminuido?

Fijémonos en tres errores de método que aminoran la eficacia de la educación religiosa.

A) En primer lugar, el *intelectualismo exagerado*, es decir, una educación meramente teórica que no tenga en cuenta la formación de la voluntad y del sentimiento. Esta formación exageradamente intelectualista presupone que el simple conocimiento de la moral es suficiente para educar a los jóvenes. Ya hemos visto que no es suficiente. Es una nueva edición del principio pregonado por SÓCRATES, según el cual, basta el conocimiento del bien para practicarlo, como si la virtud fuese sólo cuestión de enseñanza, como la filosofía o las matemáticas.



La educación no puede basarse en meros esquemas abstractos. La vida moral no se fundamenta en definiciones, sino en decisiones. Las meras doctrinas abstractas no bastan, porque lo que se nos pide es vida y no sólo ideas. La educación intelectualista es reduccionista por cargar el acento en la racionalidad.

B) Otro método erróneo de educación: *el voluntarismo*, es decir, dar la primacía a la voluntad sobre la razón. Según este método, bastaría con tener buena voluntad para llegar a ser perfecto y realizarse como hombre.

Pero el primer requisito de toda acción es conocer lo que queremos. ¿Quién puede garantizar la rectitud de la buena voluntad, si se le exime de conocer la verdad o, lo que es lo mismo, de la influencia de la religión? Al final desemboca en la anarquía religiosa. Hay una prueba elocuente: el caso de los protestantes, quienes en nombre de la buena rectitud de los sentimientos religiosos del individuo, en nombre de la llamada autonomía espiritual rompieron con la Iglesia, y no pudieron evitar que esta fuerza centrífuga esparciera sus doctrinas anárquicas en todas direcciones. El voluntarismo, el hacer de la voluntad individual un ídolo, abre el camino al individualismo.

C) El tercer error, el *sentimentalismo*, poner el acento en el sentimiento, contentándose con suscitar en el alumno ciertos sentimientos bondadosos o piadosos que le predispongan a hacer el bien. Es otra forma de

reduccionismo pues no educa íntegramente a la persona, olvidando su razón y su voluntad.

¿Cómo evitar estos errores?

La sociedad actual en muchos aspectos ya no es cristiana. La unidad que antes imperaba en el mundo de las ideas ha sido sustituida por una terrible anarquía. Pero las diferentes ideologías coinciden en un objetivo común: en su oposición a todo el orden sobrenatural, a toda influencia divina. Herodes hace nuevamente las paces con Pilatos con tal de acabar con Jesús. Y no solo se ataca al cristianismo, sino a toda doctrina que pretenda conocer la verdad. El mundo puede dividirse de esta manera entre los que creen en la Verdad, y los que no creen que exista una verdad objetiva (relativismo).

Naturalmente, la anarquía de las ideas corre pareja con la anarquía moral, especialmente en el ámbito sexual. La mejor forma de prevenir esta anarquía será educar a la persona tanto en la fuerza de voluntad para hacer el bien, como la razón en la verdad para conocerlo. Los jóvenes necesitan saber qué es el bien, qué es el amor verdadero, pero esto no es suficiente; necesitan *robustecer su voluntad* para hacer de estas ideas vida. Lo que antes dijimos. Dios es Amor, revelado en Jesucristo. Sólo en Él conocemos la verdad y adquirimos la fuerza para amar de verdad y hacer el bien. No hay nada imposible para Dios. La fuerza del amor lo supera todo.

Nunca demos dar por perdido al joven en el que bullen las pasiones y los sentimientos más encontrados. La pasión en sí ni es buena ni mala. Su valor depende de que se ponga al servicio de la virtud (el amor puesto en acción) o de la maldad (el pecado). Sin grandes pasiones no habrían existido grandes hombres ni santos. Cuantas más energías disponga la voluntad, tanto mejor, con tal que la persona sea capaz de manejarlas. En todo hom-

bre subyace un santo y un criminal, y el educador es, en gran parte, responsable de que emerja uno u otro.

La educación religiosa exige mucho del profesor o catequista: atención a la persona, muchísima paciencia, y sobre todo, amor. De poco sirve disponer de un método excelente de educación si el educador no se entrega a su tarea, si no está entusiasmado con lo que hace, tal como lo estaba SAN JUAN CRISÓSTOMO: «¿Qué cosa hay mayor que moldear las almas, que educar las costumbres de los jóvenes? Mucho más excelente que dibujar figuras o modelar esculturas, como hace un pintor o un escultor, es modelar el alma de los jóvenes» (Hom. 60, in cap. 18. Matth.)

Capítulo 2º

INEFICACIA DE LA EDUCACIÓN LAICA

¿Puede haber realmente una «educación sin Dios», una «moral laica»? ¿Se puede verdaderamente educar íntegramente a un joven prescindiendo del apoyo sustancial de la religión? ¿De dónde sacarán entonces los jóvenes la fuerza moral para perseguir el bien y rechazar el mal?

Los defensores de la enseñanza laica, es decir, de la moral que no reconoce la autoridad divina, argumentan que una persona, por el hecho de no tener fe, no por ello ha de llevar una vida inmoral. Afirman, por tanto, que la vida moral es independiente de la fe, de la religión.

Pero la llamada «moral laica», al ignorar los fundamentos divinos, no es en su mayor parte sino una pérdida de tiempo. Si se prescinde de la autoridad divina, todo es relativo, y no hay nada sólido donde poder sustentar la educación. Cuando se destierra la religión de la escuela, el primer perdedor es la educación.

Si bien es verdad que la honradez o inmoralidad de una persona no depende de si ha recibido o no educación religiosa, esto sólo prueba una verdad elemental de la Pedagogía: que como resultado de la educación no hemos de esperar un cambio radical de la naturaleza, sino tan sólo de las costumbres e inclinaciones.

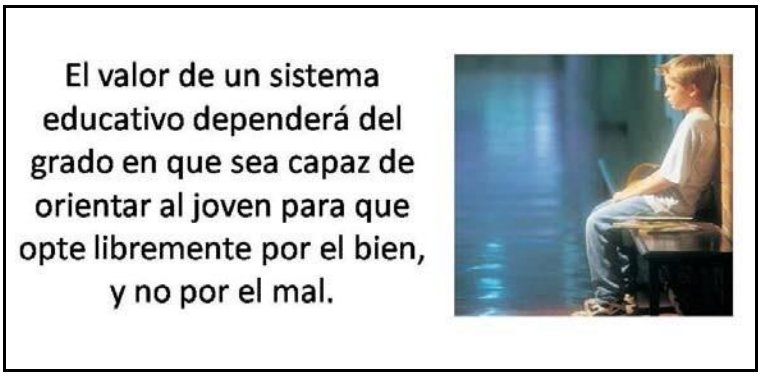
El alma humana no es absolutamente buena, como afirma Rousseau; tampoco es absolutamente mala, sino una mezcla de ambas cosas. Lo que la educación pretende es, justamente, lograr que en el joven las inclinaciones buenas triunfen lo más posible sobre las malas.

Ya la misma palabra «educare», educar, significa «guiar fuera»: guiar fuera de las inclinaciones malas, conducir al camino de las inclinaciones buenas.

Pero la educación respeta la libertad de la persona, y por tanto, es posible que una persona haya recibido una buena educación religiosa, y sin embargo, se resista a seguir las inclinaciones o costumbres buenas que se

le ofrecieron; por otra parte, no haber tenido una educación religiosa no es motivo para dejarse llevar por las inclinaciones pecaminosas. Y así, el fiel que pierde su fe no se vuelve necesariamente inmoral, porque en un momento no rompe por completo con su pasado, sino que puede proseguir –por lo menos durante algún tiempo— en el camino de las buenas inclinaciones.

El valor de un sistema educativo depende, pues, del grado en que sea capaz de orientar al joven para que libremente opte por el bien, y no por el mal. Y precisamente es en esto donde comprobamos la ineficacia de la moral laica.



La moral se fundamenta en la religión

Los defensores de la moral laica argumentan que puede darse una moral o ética sin necesidad de una creencia en Dios. No obstante, la moral en todos los pueblos siempre se dio en el marco de la religión, de la creencia en la divinidad. Bien es verdad que siempre han habido ateos, al igual que siempre ha habido ciegos para el color. Mas así como la mayoría de

los hombres son capaces de percibir los colores, la mayoría de los hombres siempre ha creído en Dios.

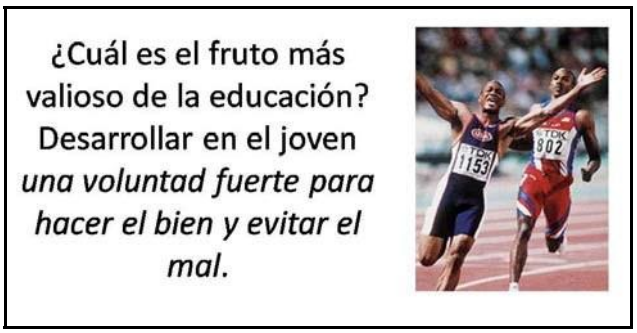
Reconocemos que entre los incrédulos también puede haber hombres honrados y rectos. La explicación es sencilla. Por fuerza de la costumbre, éstos han asumido la moralidad vigente (como se acepta, por ejemplo, la moda), aunque no puedan explicar en qué fundamentan el sentido de su deber. Se verían turbados si alguien les preguntase por qué dan preferencia a la virtud sobre el pecado. Y es que si no existe una voluntad superior que no obligue, ¿para qué «preocuparse» de la moral? Si no se sabe qué es bueno y qué es malo, entonces tampoco existe lo prohibido. Sin la autoridad de Dios no hay ley moral obligatoria.

Cuando decimos que el único fundamento verdadero de la moral es Cristo, no queremos significar con ello que antes de Él no hubiera educación moral. La había, *pero hoy no puede existir sin Él*; porque las fuerzas naturales que influían en el hombre antes de Cristo, dado el gran cambio de sentir y de pensar, en nuestros días han perdido su vigor. La humanidad ha quedado ligada a la cultura cristiana. Aun aquellos que rechazan abiertamente los dogmas de la religión, no pueden eximirse por completo de la influencia moral del cristianismo. Despertar en el niño la conciencia de que Dios ha inscrito en su alma una ley es uno de los grandes deberes de la educación.

De la escuela deben salir *jóvenes de carácter*, entendiendo por carácter la determinación moral de la voluntad, es decir, la determinación de buscar siempre el bien.

No puede haber educación del carácter sin ideales morales. Por otra parte, los ideales nos llevan al mundo de la metafísica; del reino de las leyes físicas (que *son*) se levantan a los actos morales (que *han de ser*). Pero la educación laica evita hablar de la metafísica; y justamente por esto *la laicización de la moral socava los fundamentos de la formación del carácter*. Porque el ser humano no es sólo biología, sino sobre todo espíritu.

¿Cuál es el fruto más valioso de la educación? Desarrollar en el joven *una voluntad fuerte para hacer el bien y evitar el mal*. Es lo que se logra con la educación religiosa, en la que el joven toma conciencia de su debilidad moral y de su inclinación al mal, a la vez que se hace consciente de su libertad, de que nada ni nadie podrá desviarle del recto camino si él no consiente, ayudado por la gracia de Dios.



Es la virtud principal que se debe exigir al joven: que tenga una voluntad pronta para decidirse por el bien y para luchar contra el mal. Debe darse cuenta que cada acción buena que realice robustecerá su voluntad, tal como el ejercicio físico vigoriza sus músculos.

Únicamente la educación religiosa puede exigir luchar contra el propio egoísmo, incluso ya desde niño, a través de pequeños ejercicios de mortificación y de caridad. Porque así nos lo pide Dios, nuestro Creador y Padre. Mas la educación que excluye a Dios se contradice a sí misma, porque al poner los fundamentos de la moral únicamente en el hombre, en los acomodos y las conveniencias humanas, priva al hombre de toda obligación moral. Si yo soy el dueño absoluto de mí mismo siempre orientaré a mi antojo mi vida. ¿Quién podrá impedirme que no haga más que mi real gana, sin considerar los daños que con ello puedo causar o no a los demás?

Si por encima de mis deseos no hay un bien absoluto que me sirva de referencia, y por consiguiente no hay actos incondicionalmente buenos, y por tanto honrosos, y otros malos, y por tanto dignos de censura; si no hay

un objetivo que en su independencia soberana se basta a sí mismo, y en relación al cual ciertas manifestaciones de mi voluntad son rectas y otras torcidas, entonces cesa el significado de la palabra *deber*, y no quedan más que caprichos...

En este sentido podemos aceptar la definición de KANT, según el cual la religión es «el reconocimiento de todos nuestros deberes como mandatos de Dios»; bien es verdad que no consiste en esto la esencia de la religión; pero tal es, en realidad, el resultado de una educación religiosa.

La autonomía de la razón lleva a la anarquía

El individualismo, al proclamar la autonomía de las leyes morales respecto de Dios, conduce irremisiblemente a la anarquía. La misma pedagogía se ve invadida por toda una serie de tanteos, experimentos e innovaciones, que conducen al caos, por no saber responder a la cuestión más elemental: qué cosa es el bien y qué cosa es el mal.

La enseñanza de la moral religiosa es clara: el Bien Absoluto es Dios, y por tanto, su voluntad. Pero ¿qué es la moral para el pensamiento laicista? Moral es aquello que da fuerza a la voluntad (NIETZSCHE); lo que hacemos por compasión a los demás (SCHOPENHAUER); lo que hacemos por deber (KANT); lo que hacemos con gusto (DE LA METRIE); lo que corresponde a la sobria razón humana (REID); lo que perfecciona al «yo» (FICHTE); lo que causa un gozo sensual (HELVECIO); lo que sirve al «yo» sin tener en cuenta a los demás (STIRNER); lo que promueve la cultura (WUNDT, PAULSEN)..., y otras cien definiciones. Así, pues, en el momento de hacerse «autónoma» la moral pierde su firme fundamento. Tal clase de moral autónoma, ¿cómo podrá afirmar la voluntad del joven en los duros combates que tendrá que enfrentar cuando se vea tentado por hacer el mal, y le resulte muy difícil optar por el bien?

La autonomía de las leyes morales respecto de Dios, conduce irremisiblemente a la anarquía

¡Y qué es la verda

¿Qué será de la educación, del autodominio y de la fuerza de voluntad allí donde las leyes morales no son sino hipótesis?

Las leyes éticas o morales entonces no *son más que juguetes de la arbitrariedad individual*. Asentar la moral sobre esta base subjetiva equivale a destruirla. KANT trató con enorme trabajo de dar a la moral laica un apoyo firme, semejante al de la moral religiosa, que resistiese a los caprichos individuales que evaden sus incómodos mandatos morales. No lo logró, ni pudo aplicar a la vida diaria los dictados de la ética "independiente y científica", ya que cualquiera puede acallar la voz, en un caso dado, con miles de razones en contra, de aquella «razón pura» que nos fija las leyes morales.

La obra «Pecado y expiación» de DOSTOYEVSKI muestra a qué extremos puede llegar el hombre que sustituye la ética religiosa por la ética laica o la ética de la «recta razón humana». Sin lugar a dudas, el egocentrismo del hombre es tan fuerte que fácilmente le desvía de la verdad, cuando la fidelidad a la misma le acarrea sacrificios personales. En otras palabras: sin fe religiosa, sin la creencia en la vida eterna, en el cielo y en el infierno, no puede haber verdadera educación.

Una ética laica tendrá necesariamente que acomodarse a la opinión de la mayoría, aunque esté equivocada, o al gusto de los poderosos. Se premia así el vil servilismo, y se hace objeto de befa el mantenimiento de las propias convicciones y la perseverancia en el bien. ¿Qué otra cosa es esto sino anarquía moral?

«La razón y la experiencia nos atestiguan que en el pueblo no puede haber moral sin religión. Justamente estas dos cosas son las que dan fuerza a la democracia» (WASHINGTON).

Sólo la educación religiosa garantiza una correcta educación en la convivencia social. Las exigencias de la ética social no pueden sustentarse si no se asientan en la religión. Tan sólo de una fe anclada en Dios podemos esperar la subordinación de los intereses personales y egoístas al bien común.

Peligros de la moral laica

a) Carece de sanción

De todos es conocido que las sanciones de leyes de la moral irreligiosa o autónoma carecen de fuerza, pues apenas parecen más que un tenue suspiro en las luchas del bien y del mal.

Lo da a entender genialmente SAN AGUSTÍN: *«Del pantano más profundo del goce corporal sólo me retraía el miedo que tenía a la muerte y al juicio que la sigue... Cuando estaba discutiendo con mis amigos Alipio y Nebridio acerca del destino final de los buenos y de los malos, habría otorgado con gusto la palma a Epicuro (es decir, a los goces carnales), de no creer que después de la muerte sigue la vida del alma y el juicio»* (Confesiones VI).

Ante las exigencias desordenadas de los instintos placenteros sólo el pensamiento de Dios le servía de freno. Porque *«si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos»* (I Corintios 15, 32).

La escuela no tiene por fin simplemente llenar la cabeza del niño de cierta cantidad de conocimientos filosóficos, más o menos coherentes. El alma de la educación escolar es justamente reunir las diversas materias, independientes entre sí, bajo un punto de vista más alto y unificador, lo cual solo puede llevarse a cabo mediante la enseñanza de la religión. De ahí que la religión no puede considerarse como una asignatura más, sino como un principio pedagógico unificador de gran valor.

b) Vulnera los derechos del niño a la educación religiosa

No se puede transgredir el derecho que tienen los niños a la enseñanza de la religión. Por naturaleza los niños son de por sí los más religiosos. El niño es capaz de oír la música de las estrellas y de dialogar con los

ángeles. Las verdades religiosas le son tan cercanas como cercanas le parecen las brillantes estrellas cuando alarga la mano para cogerlas.

Por esto, resulta un verdadero atentado contra la psicología del niño, querer arrebatarle por la fuerza su paraíso de dichas. La escuela no tiene ningún derecho a hacerlo. Más todavía si los padres han cuidado con solicitud amorosa de cultivar su fe religiosa. ¿Podrán consentir que destruya la escuela lo que ellos inculcaron con tanto amor en su hijo?

c) Pone en peligro la misma educación

Cuando se rechaza la religión se pone en grave peligro la misma labor educativa de la escuela, su fin principal, bastante más importante que la simple instrucción. Naturalmente, debemos suministrar conocimientos a los alumnos; mas *siempre tendrá más valor que la ilustración del entendimiento, la formación del carácter*, lograr que el niño o el joven se decida libremente por el bien cueste lo que cueste. La ciencia no forma el carácter, ni puede sustituirlo. Y ya sabemos que las naciones tienen más necesidad de hombres de carácter que de bibliotecas ambulantes. Tales hombres solamente los forma la educación religiosa. Y sino pensemos en las consecuencias desastrosas de todo tipo que conlleva en muchos países la actuación de los hombres que no tienen moral, los que se venden al mejor postor, los *corruptos* que hacen tanto daño en el ámbito público como en el privado.

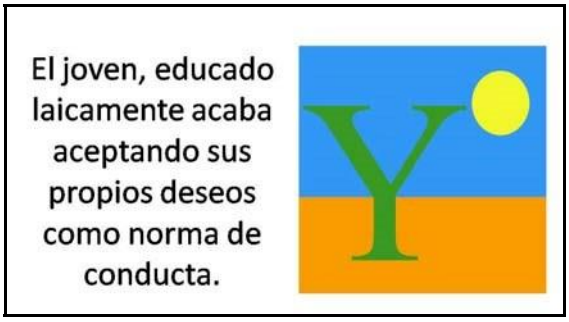
La moral autónoma carece de fuerza para luchar contra los deseos desenfrenados de los instintos y de las pasiones, para aceptar los grandes sacrificios exigidos por el cumplimiento del deber. ¿Por qué no engañar y mentir, cuando con ello puedo enriquecerme?

El que sigue la moral autónoma, sin Dios, no puede dar una respuesta satisfactoria a muchas preguntas: ¿Por qué he de renunciar a hacer el mal, cuando me resulta tan útil y placentero?

La escuela no puede renunciar a la enseñanza de la religión si quiere de verdad educar a los jóvenes.

Tampoco se pueden educar las virtudes cívicas sin la religión. La moral laica también impone sus dogmas. Ante las preguntas existenciales que todo hombre se hace —«¿existe Dios? ¿qué es Dios?—», responde con arrogancia: «De esto nada se sabe»; imponiéndolo como un principio de verdad. Pero ¿puede sostenerse un edificio sin sus cimientos? O ¿puede fundamentarse en unos cimientos heterogéneos? Porque si no se cimienta el orden moral en Dios, entonces lo hará en los motivos más antagónicos: utilitarismo, individualismo, consumismo… e incluso en el «santo egoísmo».

La educación moral laica no puede hacer otra cosa que admitir que a «tantos hombres, tantos pareceres». El joven, educado laicamente acaba aceptando sus propios deseos como norma de conducta. Y ¿qué es esto sino la completa anarquía moral? Se acaba dudando de la moral, de su realidad, de su necesidad y utilidad...



Si el fundamento de la moral no es la voluntad divina inmutable, entonces, ¿qué nos queda?: La moda, la necesidad del momento, los intereses

políticos del momento, acaso la opinión del ministro de Educación que está en el cargo. Con tales principios no se puede educar seriamente.

Sin religión no hay moral. Así lo han comprobado a lo largo de la historia muchas naciones. Donde se ha impartido educación laica siempre se ha seguido de un aumento la delincuencia y de la criminalidad.

d) Pone en riesgo la educación sexual

La educación religiosa presta además un gran apoyo para la educación del amor humano y sexualidad, lo que conocemos vulgarmente como *educación sexual*.

A la corrupción moral que amenaza el porvenir de las naciones, se intenta poner un dique mediante la *educación sexual*. Pero es innegable que la simple educación sexual no hace más que despertar los instintos o estimular la actividad sexual, si no va armonizada con un profundo sentido de la vida y con la formación de la voluntad.

Tan sólo la fe religiosa es capaz de dar en este campo la adecuada fuerza moral. De muy poco sirven los meros argumentos humanos, conocer lo que es correcto o no, estar informado de las enfermedades de transmisión sexual, de las graves repercusiones para los hijos, cuando las pasiones se desatan en la pubertad. Es el punto donde más se comprueba la impotencia de la moral autónoma. ¿Por qué me voy a privar de lo que me resulta más agradable? ¿Quién me lo podrá impedir? Si la vida no tiene otro sentido que gozar y aspirar lo más posible la copa antes de que llegue la muerte, ¿por qué renunciar al placer? De poco sirven las razones humanas si el alma no tiene un sentido trascendente del amor y no está fortalecida por la vida de la gracia.

¿Por qué perseverar en el «bien» cuando resulta tan arduo? Tan solo la fe religiosa nos da la respuesta: Porque tal es la voluntad de Dios, porque el amor verdadero supone sacrificios y renuncias, porque los sufrimientos de esta vida son pasajeros y mi fin es eterno… La fe religiosa es el único contrapeso eficaz contra los bajos instintos. *La ética autónoma puede parecer preciosa en teoría, pero tan sólo la fe religiosa nos permite conocer el verdadero bien y nos da la fuerza para realizarlo*.

e) No ofrece respuestas

Si se destierra a Dios de la escuela, la moral, al carecer de fundamento, va a la deriva. A la par que disminuye el sentimiento religioso, se pier-

de en los jóvenes el respeto de la autoridad paterna... Y el niño que no aprende a honrar a sus padres, tampoco respetará la autoridad del Estado… ¿Por qué va a obedecer? Desaparece el sentimiento del deber y se acrecientan la grosería y las actitudes violentas. El joven se vuelve egoísta, fanfarrón, insoportable.

El gran pedagogo, FOERSTER, lo afirma: «La enseñanza meramente ética requiere el complemento de una educación religiosa profunda, pues nunca podrá sustituir a ésta».

El joven no puede asentar su conducta sobre el suelo movedizo de una «moral subjetiva», en el que la moral varía con las diversas épocas y modas. La neutralidad en la escuela en este aspecto es una quimera, pues siempre tomará un sesgo antirreligioso. Si al niño no se le dan respuestas claras sobre el sentido de la vida, o si se le dice que no se sabe, entonces ya no hay neutralidad y la escuela enseña el agnosticismo en su vertiente atea (no sabemos si Dios existe, vivamos como si no existiese, no como si existiese).

El joven espera respuestas claras a sus preguntas, respuestas que justifiquen de un modo comprensible las renuncias y mortificaciones que se le exigen en muchas ocasiones.

Sin la enseñanza religiosa, la escuela instruirá, pero no educará.

«La gran maldición de nuestra época es el anhelo de querer encerrarlo todo en esta vida... Todos necesitamos dirigir nuestra mirada hacia el cielo, y ordenar nuestra vida conforme a la vida venidera, en que triunfará la verdad. Al final de todo está Dios. De nada valdría vivir si la vida no mereciese vivirse, si un día hubiéramos de morir y desaparecer en la nada. Lo que mitiga el sufrimiento, lo que santifica el trabajo, lo que nos hace buenos, sabios, pacientes, benévolos, justos... es la visión de un mundo mejor, que se vislumbra a través de los negros nubarrones de la vida... Quiero, pues, sinceramente, digo más, quiero ardorosamente la enseñanza

religiosa, pero la enseñanza religiosa de la Iglesia» (VICTOR HUGO, *Journal Officiel, L'enseignement libre* 15-1-1985).

e) La moral autónoma desune

Los que abogan por la supresión de la enseñanza religiosa de la escuela suelen aducir que la enseñanza de las diferentes religiones introduce la división entre los alumnos del mismo centro educativo.

Pues bien: es precisamente la laicización de la educación lo que conduce a tal resultado, ya que en el sistema moral autónomo cada profesor puede enseñar su *propia moral*. ¿Cómo convenceremos al joven entonces de que debe luchar por ser bueno, si le decimos al mismo tiempo que las leyes morales no se fundamentan en ninguna autoridad, en ningún poder que inspire respeto? Cada uno acabará fabricándose su propia moral.

Si no existe la Verdad absoluta, si la ética es relativa, no nos debe extrañar que prolifere la inmoralidad; porque nadie estará dispuesto a subordinar el «halago de lo prohibido» a una ética que varía con los deseos y las circunstancias.

En verdad, en lo profundo de nuestra alma, nuestra conciencia alza su voz para decirnos lo que es recto; sin embargo, los halagos de los instintos acallan esta voz con facilidad. Contra la tiranía del instinto, la única defensa eficaz del orden moral es la fe religiosa.

Desterrar la religión de la escuela equivale a socavar los cimientos del Estado, pues la religión ha sido durante milenios la gran educadora de los hombres, convirtiéndolos de materialistas y egoístas en espirituales y solidarios.

«Las leyes tienen su mayor garantía en la religión»[3] (HEGEL). El orden exterior se funda en el orden interior, y el respeto de toda ley escrita en la ley no escrita. El mejor sostenimiento del orden moral –lo que implica mortificación, dominio de sí mismo, delicadeza de conciencia— es la educación religiosa. La moral de los pueblos siempre se ha nutrido de la fe y se ha debilitado con la incredulidad. La supresión de la educación religiosa de los jóvenes no puede llevar más que a la descomposición de la sociedad.

---

[3] Philosophie der Geschichte. (Filosofía de la Historia.).

Cuando los principios e ideales religiosos desaparecen, son sustituidos por la duda y por el ansía de bienestar y de placer. Mas sin convicciones profundas no puede vivir la humanidad.

Capítulo 3º

NECESIDAD Y FIN DE LA EDUCACIÓN

Nunca se ha escrito tanto sobre «educación» como en nuestra época. Es enorme el caudal de sacrificios, materiales y espirituales, que se invierte en domar a los *pequeños bárbaros* que amenazan nuestra civilización, como llamó a los niños un escritor.

No hay misión más hermosa ni más cargada de responsabilidades que la educación. Muchos hombres ilustres podrían testimoniar el gran beneficio que les hizo los consejos o advertencias de un educador.

Pero el problema de la educación de los jóvenes está todavía por resolverse. Lo constata la escasez de hombres de carácter que muestra nuestra sociedad. Son más raros que el cuervo blanco. Los que sí pululan son los hombres flojos y egoístas, los desilusionados y cansados, los faltos de coherencia y mediocres…

¡Qué raro es encontrar un *hombre de verdad!* Un hombre sencillo, honrado, coherente, abnegado, humilde, de grandes ideales. En definitiva, un hombre educado, maduro, cultivado... un *hombre de carácter*.

¿Qué podemos esperar de un niño mal educado? Casi nada. Como se mueve más bien por los instintos, buscando satisfacer sus deseos más inmediatos y sensuales, no cae en la cuenta de que no ha venido al mundo por su propia voluntad, que ha sido creado por Dios, a quien debe rendirle

homenaje, y que le ha dado una vocación, parecerse a Él, vivir el amor de verdad… ¡Un niño que conoce bien sus derechos, pero poco sus deberes, y dista mucho de cumplirlos! Un niño que requiere ser educado, para que conozca su principal vocación en la vida, y adquiera la fuerza para llevarla a cabo.

No basta la educación naturalista

El individualismo, la idolatría de la persona, imbuida de relativismo, rechaza la idea de que el niño tenga que ser educado. Para todos, y también para el joven, reclama derechos ilimitados. «¡La juventud ha de disfrutar de la vida! ¡Ya tendrá tiempo el joven de saber sus deberes cuando sea adulto!» Pero «lo que no aprendió Juanito, nunca lo sabrá Juan».

Estos representantes de la pedagogía naturalista (personificados en la novela *Emilio* de ROUSSEAU) ensalzan hasta lo inaudito la bondad natural del hombre y piensan que él mismo puede formarse adecuadamente. Mas olvidan que en él también hay pasiones que fácilmente se desordenan y llevan la voz de mando. De esta forma, sin podas ni riegos, la plantita que hubiera podido convertirse en un roble imponente, abandonada a sí misma, no llega a ser más que un árbol medio podrido, de ramas torcidas y enmarañadas, llenas de parásitos. ¡Y qué difícil será en este estado, cuando el enemigo –las pasiones desordenadas— ya se haya apoderado de la fortaleza, que las leyes morales puedan hacer oír su voz! Si un niño pequeño se habitúa a dejarse llevar de la gula, de la terquedad, desobediencia, orgullo, vanidad o egoísmo, qué difícil será que más tarde, cuando ya tenga uso de razón, se libre del yugo de la costumbre. Es como un árbol torcido al que no se le trató de enderezar cuando todavía era pequeño.

La ciencia y la experiencia atestiguan al unísono que en el niño hay entremezcladas inclinaciones buenas y malas. Resulta un chiste de pésimo gusto afirmar que «el secreto mayor de la educación consiste precisamente en no educar», tal como lo hace la educación naturalista.

Los jóvenes necesitan ser educados para que no caigan en la degradación moral.

Concepto cristiano de la educación

El cristianismo entiende por educación el arte de conducir al hombre a la perfección moral, es decir, al máximo desarrollo de todos los valores que ennoblecen la dignidad humana.

Nosotros somos hombres merced al espíritu. La educación tiene como fin principal hacer que el espíritu sea quien dirija al hombre su modo de actuar. La persona para superarse tiene que ascender hacia arriba, transcenderse, y no quedarse dentro de los límites estrechos de la simple «naturaleza».

Dios es la Verdad, la Belleza, la Perfección absolutas. Todo lo bueno que hay en el mundo es bueno en cuanto participa de la bondad de Dios. El alma humana sólo puede tender a la perfección en el grado en que sea imagen y semejanza de Dios.

El cuerpo tiene su valor, también es un bien que tenemos que cuidar, pero debe estar sometido siempre al espíritu. No tiene los mismos derechos. La primacía la tiene el espíritu, que nos levanta a las alturas del mundo espiritual. No temamos que tal principio peque de unilateral; si el espíritu es el que prevalece, la naturaleza también se dignifica; mientras que si la naturaleza instintiva usurpa el trono, hunde en la tierra al alma.

El lema de CRISTO: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto», será en todos los tiempos el ideal de la pedagogía cristiana. Las enseñanzas y consejos de Cristo son los únicos que pueden asegurar el dominio del espíritu. ¡Con qué fuerza nos exige Cristo romper con todo deseo, con toda inclinación, con todo pensamiento que atente contra el espíritu! Romper… aunque cueste dolores atroces. *«Y si tu ojo es para ti ocasión de escándalo…»*, etc.

Hemos de libramos de las inclinaciones que nos atan a la tierra porque «la vida eterna consiste en conocerte a ti, único Dios verdadero» (Juan 17, 3) y Él quiere morar en el alma (cf. Juan 14, 23), y darle la vida divina como la savia en la vid da vida a los sarmientos (cf. Juan 15, 4). No puede concebirse un ideal más sublime que el de la educación cristiana: *el hombre se levanta, en cierto modo, a la altura divina* (cf. II Corintios 3, 18).

Capítulo 4º

EDUCACIÓN PREESCOLAR

Influencia de los padres

La educación de los niños pequeños corre pareja con la educación familiar. A este fin, los padres deben conocer los principios y medios de la pedagogía católica para que sean buenos educadores y cumplan el más hermoso servicio sacerdotal que brota de su bautismo: *conducir a Cristo las almas de los niños*. Es el fin de la educación familiar cristiana: instruir *a todos los hombres con toda sabiduría, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo* (Colosenses 1,28). Para lograrlo, la familia deberá vivir con coherencia la vida cristiana.

La Iglesia exige, que al recibir el Sacramento del matrimonio, los contrayentes den pruebas de instrucción religiosa. A este fin estableció la *instrucción de los novios*, que se hace antes de recibir el Sacramento, para que conozcan las verdades más esenciales de nuestra fe.

Los padres deben comenzar a educar a los niños lo antes posible y acostumbrarles a optar por el bien desde su más tierna edad. Hay niños precoces que, a los tres o cuatro años de edad, ya saben discernir el bien del mal y que muestran un interés sorprendente por conocer las verdades fundamentales de la religión. Recordemos que según la psicología, un niño aprende más en sus cuatro primeros años de vida que durante cuatro años de Universidad.

Los niños, al igual que todos, tienen cualidades buenas y malas, por lo que los padres deberán desarrollar las primeras y refrenar las segundas. Para ello habrá que robustecer la voluntad del niño y prevenir en lo posible los peligros morales que puedan acecharles. Han de reconocer que en la educación de los hijos, por encima de las palabras, nada es tan eficaz como el ejemplo de vida de los padres. ¿Cómo los padres han de educar a sus hijos?

SAN JUAN CRISÓSTOMO decía: «La causa de la maldad del niño es nuestra negligencia, porque no le acostumbramos desde pequeños al temor de Dios y a la religiosidad». Se hacía eco de la maldición que lanzó el Señor sobre los que escandalizasen a los niños.

La madre creyente debe ver en su hijo bautizado sobre todo un cristiano, un hijo de Dios, y, por tanto, debe sentir la gran misión que Dios le ha confiado: iniciarlo en los caminos de la santidad.

A este respecto, los padres ejercen una influencia decisiva en la idea que los niños se hacen de Dios. El niño apenas sabe pensar en abstracto; todo lo ve en forma concreta, de manera que nos debe extrañar que proyecte los rasgos del padre terreno –tanto los buenos como los malos— en Dios Padre.

Por el fervor que pone la madre al rezar, el niño aprende los primeros principios de su vida espiritual: el amor hacia Dios, la admiración por la belleza de la creación, el misterio de lo sagrado, etc.

Los padres deben influir en el alma del niño sobre todo con *ideas amables, serenas y alegres*. Han de ser más propensos a felicitarle por lo que haga bien, que reprenderle por lo que haga mal. Más que amenazarle con que Dios le va a castigar, es mejor ponderarle cuánto se alegra el Señor de sus obras buenas. Nunca deben insinuar ninguna acción pecaminosa (mentiras, engaños, fraudes, etc.) delante del niño; siempre le alentarán su fervor y deseos de ser mejor.

Los padres que saben inculcar en el alma del niño el amor a Dios Padre, están poniendo los mejores fundamentos de su educación. Más tarde, muchas veces tan solo les bastará con decir al niño que «Dios lo quiere» o que «a Dios no le agrada» para obedezca sin dificultad ante un determinado mandato.

Ojala todos pudiésemos decir lo mismo que decía aquel hombre maduro al recordar a su madre:

«Gracias, mi buena madre, el ejemplo que me diste. Todas las veces que recuerdo tu mirada, tus gestos, tus obras, tu sufrimiento, tu silencio, tu solicitud, tu trabajo, tus continuos rezos callados… renacen en mí la fe re-

ligiosa y los deseos de vida eterna, y este sentimiento no lo ha podido destruir pensamiento alguno, ni duda alguna, ni los goces de esta vida ni los ejemplos contrarios, ni el sufrimiento ni la tristeza, ni siquiera el pecado».

El proceder de los padres deja huellas imborrables en el alma del niño. No sólo han de hablarle de la bondad de Dios Padre, sino que han de mostrarle además las cosas que cada día nos regala: el rayo del sol, el canto del pájaro, las flores…, todo lo bello y lo bueno procede de Él.

Es de capital importancia que los padres inculquen en el niño el criterio, a través de su ejemplo, de que *sin oración no hay vida cristiana*.

A la edad de tres o cuatro años, el niño ya es capaz de oír con gusto cuentos del Niño Jesús, de su nacimiento, del Ángel de la Guarda, de la Virgen Santísima. ¡Hay que ver lo que se alegran los niños cuando reconocen en un cuadro o en una estatua al Niño Jesús!

La celebración de la Nochebuena, la asistencia a una Misa, la visita a una iglesia dejan huellas profundas en el alma de los niños. Hay que inculcar en los niños un *profundo respeto por la santidad del templo*, acostumbrándoles a guardar la debida compostura y silencio cuando están en él.

Junto con el santo temor de Dios los padres han inculcar en el niño estas tres virtudes: la veracidad y la obediencia y el pudor. Pongamos en práctica el consejo de ARISTÓTELES: «La buena educación consiste en acostumbrar a los niños desde su tierna edad a alegrarse o entristecerse, a sentir amor u odio, con lo que es digno de amor o de odio» (II *Ethic.*, cap. III).

La veracidad es una virtud propia de la inocencia de los niños, y a los padres les incumbe el deber de protegerla lo más posible. No hay más que ver la mirada incierta y el tímido sonrojo que muestra el niño cuando miente por primera vez.

Uno de los mayores enemigos de la veracidad es el temor del castigo. De ahí que unos padres prudentes han de animar a sus hijos, por medio de suaves insinuaciones, a decir la verdad en las ocasiones en que pudiesen sentirse inclinados a mentir por temor al castigo.

La obediencia es una virtud pareja de la humildad, que debe exigirse a los niños desde muy pequeños. Por desgracia aumenta cada vez más el número de padres que miman exageradamente a sus hijos y les consienten todos sus caprichos. Un niño así, al que se le conceden todos sus caprichos, rápidamente se da cuenta del poder tiránico que ejerce sobre sus padres; y cuando sea mayor, sus padres se arrepentirán de no haber sabido

educar tendrían que haberlo hecho. Ya el pagano QUINTILIANO decía que «el niño que no obedece, manda».

Los padres no deben olvidar que las correcciones y los castigos en ocasiones son necesarios como último remedio. «No escasees la corrección al muchacho, pues aunque le des algún castigo no morirá. Aplícale la vara del castigo y librarás su alma del infierno.» (Proverbios, XXIII, 13-14.)

Los niños deben entender que al obedecer a sus padres, están obedeciendo a Dios, y que la obediencia es una forma de amar a Dios. Pero es totalmente contraproducente, para que el niño aprenda a obedecer, que los padres abusen de su autoridad, estando siempre dando órdenes por cualquier motivo, porque bien sabemos lo costosa que es la obediencia a la naturaleza humana.

Los padres deben poner gran esmero en no lastimar el pudor de sus hijos (al vestirse, al bañarse, al jugar), sino más bien favorecerlo con avisos oportunos dados a su debido momento. El sentimiento de pudor es una preciosa inclinación natural que los niños van adquiriendo gradualmente, y uno de los auxiliares más eficaces para que puedan encauzar convenientemente los instintos sexuales que más tarde irrumpirán con gran fuerza.

Por esto es un grave error educar al niño en una cierta indiferencia sexual, acostumbrándole a estar desnudo o a ver personas desnudas. Ello revela un gran desconocimiento de la naturaleza humana y tendrá más tarde sus consecuencias negativas.

Enseñanzas de Benedicto XVI en el V Encuentro Mundial de las Familias

(Valencia, España, 8 y 9 de julio de 2006)

- El ser humano fue creado a imagen y semejanza de Dios para amar y que sólo se realiza plenamente a sí mismo cuando hace entrega sincera de sí a los demás. La familia es el ámbito privilegiado donde cada persona

aprende a dar y recibir amor. "Dios, que es amor y creó al hombre por amor, lo ha llamado a amar. Creando al hombre y a la mujer, los ha llamado en el Matrimonio a una íntima comunión de vida y amor entre ellos, «de manera que ya no son dos, sino una sola carne» (*Mt* 19, 6)" (*Catecismo de la Iglesia Católica*. Compendio, 337). Ésta es la verdad que la Iglesia proclama sin cesar al mundo.

- La familia es una institución intermedia entre el individuo y la sociedad, y nada la puede suplir totalmente. Ella misma se apoya sobre todo en una profunda relación interpersonal entre el esposo y la esposa, sostenida por el afecto y comprensión mutua. Para ello recibe la abundante ayuda de Dios en el sacramento del matrimonio, que comporta verdadera vocación a la santidad. Ojalá que los hijos contemplen más los momentos de armonía y afecto de los padres, que no los de discordia o distanciamiento, pues el amor entre el padre y la madre ofrece a los hijos una gran seguridad y les enseña la belleza del amor fiel y duradero.

- El padre y la madre se han dicho un "sí" total ante de Dios, lo cual constituye la base del sacramento que les une; asimismo, para que la relación interna de la familia sea completa, es necesario que digan también un "sí" de aceptación a sus hijos, a los que han engendrado o adoptado y que tienen su propia personalidad y carácter. Así, éstos irán creciendo en un clima de aceptación y amor, y es de desear que al alcanzar una madurez suficiente quieran dar a su vez un "sí" a quienes les han dado la vida.

- Cristo ha revelado cuál es siempre la fuente suprema de la vida para todos y, por tanto, también para la familia: "Éste es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene mayor amor que quien da la vida por sus amigos" (*Jn* 15,12-13). El amor de Dios mismo se ha derramado sobre nosotros en el bautismo. De ahí que las familias están llamadas a vivir esa calidad de amor, pues el Señor es quien se hace garante de que eso sea posible para nosotros a través del amor humano, sensible, afectuoso y misericordioso como el de Cristo.

- Junto con la transmisión de la fe y del amor del Señor, una de las tareas más grandes de la familia es la de formar personas libres y responsables. Por ello los padres han de ir *devolviendo* a sus hijos la libertad, de la cual durante algún tiempo son tutores. Si éstos ven que sus padres viven la vida con alegría y entusiasmo, incluso a pesar de las dificultades, crecerá en ellos más fácilmente ese gozo profundo de vivir que les ayudará a superar con acierto los posibles obstáculos y contrariedades que conlleva la vida humana. Además, cuando la familia no se cierra en sí misma, los hi-

jos van aprendiendo que toda persona es digna de ser amada, y que hay una fraternidad fundamental universal entre todos los seres humanos.

- Transmitir la fe a los hijos, con la ayuda de otras personas e instituciones como la parroquia, la escuela o las asociaciones católicas, es una responsabilidad que los padres no pueden olvidar, descuidar o delegar totalmente. "La familia cristiana es llamada *Iglesia doméstica*, porque manifiesta y realiza la naturaleza comunitaria y familiar de la Iglesia en cuanto familia de Dios. Cada miembro, según su propio papel, ejerce el sacerdocio bautismal, contribuyendo a hacer de la familia una comunidad de gracia y de oración, escuela de virtudes humanas y cristianas y lugar del primer anuncio de la fe a los hijos" (*Catecismo de la Iglesia Católica*. Compendio, 350). Y además: "Los padres, partícipes de la paternidad divina, son los primeros responsables de la educación de sus hijos y los primeros anunciadores de la fe. Tienen el deber de amar y de respetar a sus hijos como *personas* y como *hijos de Dios*... En especial, tienen la misión de educarlos en la fe cristiana" (*ibíd*., 460).

- El lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe crece y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana. (…) Vivir la integridad de esta fe, en su maravillosa novedad, es un gran regalo. Pero en los momentos en que parece que se oculta el rostro de Dios, creer es difícil y cuesta un gran esfuerzo.

- La familia es una escuela de humanización del hombre, para que crezca hasta hacerse verdaderamente hombre. En este sentido, la experiencia de ser amados por los padres lleva a los hijos a tener conciencia de su dignidad de hijos.

- La criatura concebida ha de ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos, con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret y sean preservados de toda clase de insidias y amenazas.

Los hijos tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret

• Ningún hombre se ha dado el ser a sí mismo ni ha adquirido por sí solo los conocimientos elementales para la vida. Todos hemos recibido de otros la vida y las verdades básicas para la misma, y estamos llamados a alcanzar la perfección en relación y comunión amorosa con los demás. La familia, fundada en el matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, expresa esta dimensión relacional, filial y comunitaria, y es el ámbito donde el hombre puede nacer con dignidad, crecer y desarrollarse de un modo integral.

• En el origen de todo hombre y, por tanto, en toda paternidad y maternidad humana está presente Dios Creador. Por eso los esposos deben acoger al niño que les nace como hijo no sólo suyo, sino también de Dios, que lo ama por sí mismo y lo llama a la filiación divina. Más aún: toda generación, toda paternidad y maternidad, toda familia tiene su principio en Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo.

La memoria de este Padre ilumina la identidad más profunda de los hombres: de dónde venimos, quiénes somos y cuán grande es nuestra dignidad. Venimos ciertamente de nuestros padres y somos sus hijos, pero también venimos de Dios, que nos ha creado a su imagen y nos ha llamado a ser sus hijos. Por eso, en el origen de todo ser humano no existe el azar o la casualidad, sino un proyecto del amor de Dios. Es lo que nos ha revelado Jesucristo, verdadero Hijo de Dios y hombre perfecto. Él conocía de quién venía y de quién venimos todos: del amor de su Padre y Padre nuestro.

• La fe no es una mera herencia cultural, sino una acción continua de la gracia de Dios que llama y de la libertad humana que puede o no adherirse a esa llamada. Aunque nadie responde por otro, sin embargo los padres cristianos están llamados a dar un testimonio creíble de su fe y esperanza cristiana. Han de procurar que la llamada de Dios y la Buena Nueva de Cristo lleguen a sus hijos con la mayor claridad y autenticidad.

Con el pasar de los años, este don de Dios que los padres han contribuido a poner ante los ojos de los pequeños necesitará también ser cultivado con sabiduría y dulzura, haciendo crecer en ellos la capacidad de discernimiento. De este modo, con el testimonio constante del amor conyugal de los padres, vivido e impregnado de la fe, y con el acompañamiento entrañable de la comunidad cristiana, se favorecerá que los hijos hagan suyo el don mismo de la fe, descubran con ella el sentido profundo de la propia existencia y se sientan gozosos y agradecidos por ello.

- La familia cristiana transmite la fe cuando los padres enseñan a sus hijos a rezar y rezan con ellos; cuando los acercan a los sacramentos y los van introduciendo en la vida de la Iglesia; cuando todos se reúnen para leer la Biblia, iluminando la vida familiar a la luz de la fe y alabando a Dios como Padre.
- En la cultura actual se exalta muy a menudo la libertad del individuo concebido como sujeto autónomo, como si se hiciera él sólo y se bastara a sí mismo, al margen de su relación con los demás y ajeno a su responsabilidad ante ellos. Se intenta organizar la vida social sólo a partir de deseos subjetivos y mudables, sin referencia alguna a una verdad objetiva previa como son la dignidad de cada ser humano y sus deberes y derechos inalienables a cuyo servicio debe ponerse todo grupo social.

La Iglesia no cesa de recordar que la verdadera libertad del ser humano proviene de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Por ello, la educación cristiana es educación de la libertad y para la libertad.

Nosotros hacemos el bien no como esclavos, que no son libres de obrar de otra manera, sino que lo hacemos porque tenemos personalmente la responsabilidad con respecto al mundo; porque amamos la verdad y el bien, porque amamos a Dios mismo y, por tanto, también a sus criaturas. Ésta es la libertad verdadera, a la que el Espíritu Santo quiere llevarnos.

- Jesucristo es el hombre perfecto, ejemplo de libertad filial, que nos enseña a comunicar a los demás su mismo amor: "*Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor*" (*Jn* 15,9). A este respecto enseña el Concilio Vaticano II que "los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, deben apoyarse mutuamente en la gracia, con un amor fiel a lo largo de toda su vida, y educar en la enseñanza cristiana y en los valores evangélicos a sus hijos recibidos amorosamente de Dios. De esta manera ofrecen a todos el ejemplo de un amor incansable y generoso, construyen la fraternidad de amor y son testigos y colaboradores de la fecundidad de la Madre Iglesia como símbolo y participación de aquel amor con el que Cristo amó a su esposa y se entregó por ella" (*Lumen gentium*, 41).
- La alegría amorosa con la que nuestros padres nos acogieron y acompañaron en los primeros pasos en este mundo es como un signo y prolongación sacramental del amor benevolente de Dios del que procedemos. La experiencia de ser acogidos y amados por Dios y por nuestros padres es la base firme que favorece siempre el crecimiento y desarrollo auténtico del hombre, que tanto nos ayuda a madurar en el camino hacia la verdad y el amor, y a salir de nosotros mismos para entrar en comunión con los demás y con Dios.
- María es la imagen ejemplar de todas las madres, de su gran misión como guardianas de la vida.
- La familia cristiana —padre, madre e hijos— está llamada a cumplir los objetivos señalados no como algo impuesto desde fuera, sino como un don de la gracia del sacramento del matrimonio infundida en los esposos.

Si éstos permanecen abiertos al Espíritu y piden su ayuda, él no dejará de comunicarles el amor de Dios Padre manifestado y encarnado en Cristo. La presencia del Espíritu ayudará a los esposos a no perder de vista la fuente y medida de su amor y entrega, y a colaborar con él para reflejarlo y encarnarlo en todas las dimensiones de su vida. El Espíritu suscitará asimismo en ellos el anhelo del encuentro definitivo con Cristo en la casa de su Padre y Padre nuestro.

Nos dirigimos a la Virgen María, como tantas familias la invocan en la intimidad de su casa, para que las asista con su solicitud materna. Con la intercesión de María, abrid vuestros hogares y vuestros corazones a Cristo para que él sea vuestra fuerza y vuestro gozo, y os ayude a vivir unidos y a proclamar al mundo la fuerza invencible del verdadero amor.

Oración del XVI Encuentro Mundial de las Familias

Oh, Dios, que en la Sagrada Familia nos dejaste un modelo perfecto de vida familiar vivida en la fe y la obediencia a tu voluntad.

Ayúdanos a ser ejemplo de fe y amor a tus mandamientos.

Socórrenos en nuestra misión de transmitir la fe a nuestros hijos.

Abre su corazón para que crezca en ellos la semilla de la fe que recibieron en el bautismo.

Fortalece la fe de nuestros jóvenes, para que crezcan en el conocimiento de Jesús.

Aumenta el amor y la fidelidad en todos los matrimonios, especialmente aquellos que pasan por momentos de sufrimiento o dificultad.

Unidos a José y María, te lo pedimos por Jesucristo tu Hijo, nuestro Señor. Amén.

Capítulo 5º

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE LOS PEQUEÑOS ESCOLARES

Los deberes de la educación familiar

Sería un error fatal que los padres pensasen que su labor educadora cesa al entrar su hijo en la escuela. Ellos siguen siendo los primeros responsables de sembrar la fe religiosa en el alma de sus hijos. En esto son insustituibles. La educación familiar tiene una importancia de primer orden.

Uno de los defectos más graves en que suelen incurrir muchos padres es el empeño que ponen por ahorrar al niño todo sufrimiento, toda mortificación o renuncia que pudiera robustecer su voluntad, y así corren azarosos a satisfacer todos sus caprichos. Que no se extrañen después que su niño parezca un potro salvaje.

Todos sabemos el gran cuidado que ponen los padres en la salud corporal de sus hijos. Ante el más leve percance o herida que sufre el niño, la madre lo deja todo para atenderle y curarle. Ojala se preocupasen en el mismo grado de la salud de su alma. Lo cierto es que a muchos padres no les preocupa tanto si el niño es negligente en el cumplimiento de sus deberes religiosos, si es orgulloso o si tiene otros defectos de carácter. Son bien pocos los padres, llegada la ocasión, que mantendrían la misma actitud que la madre de los Macabeos, estando dispuestos a que sus hijos sufran una muerte cruel antes que cometan un solo pecado contra Dios. En cambio, a muchos padres lo que más les preocupa es el ganar un buen sueldo y tener todas las comodidades posibles, y apenas dedican tiempo a educar a sus hijos en la piedad y en las buenas costumbres.

La madre es la que debe sobre todo acompañar al niño en su crecimiento espiritual, haciendo que su fe religiosa se fortalezca y acreciente. Nadie como ella conoce y comprende el alma de su hijo, y puede contestar mejor a las preguntas que se hace sobre Dios y las verdades de la fe. No le

faltarán oportunidades —ante las bellezas de la naturaleza, al explicar el Catecismo o la Biblia…—para infundir en su alma pensamientos religiosos.

Educación de la voluntad

No basta la educación preventiva, es decir, evitar los peligros que puedan influir en el niño negativamente. Hay que formar al niño ya desde pequeño *para la lucha espiritual*, de la que nadie se libra. Un día u otro tendrá que sostener algún duro combate, y entonces, no dispondrá de otras armas que *la voluntad de acero que se haya forjado templada en el fuego del amor divino*.

El éxito de la educación depende en gran parte de la educación de la voluntad. Por esto hemos de procurar con el mayor empeño de ejercitar la voluntad del niño, para que tenga a raya sus instintos y cumpla con sus deberes. Habrá que animarle a que haga pequeños actos de mortificación por amor de Dios o del prójimo, imitando los ejemplos de Nuestro Señor Jesucristo, y de los Santos. El niño que se haya acostumbrado a renunciar con facilidad a un dulce y a obedecer sin replicar a sus padres, estará mucho mejor dispuesto a enfrentar las batallas que le sobrevendrán cuando sea mayor.

La enseñanza religiosa en la escuela: catecismo, primera confesión y comunión

Los profesores de religión y catequistas han de ser conscientes de que están rindiendo uno de los mayores servicios a la Iglesia. De su trabajo, bueno o malo, brota la bendición o la maldición para la sociedad. Su responsabilidad es enorme ante Dios. A ellos también Dios les dice: *«Toma este niño y críamelo, que yo te lo pagaré»* (Éxodo, 2, 9), del mismo

modo que la hija del Faraón se lo dijo a la madre cuando le entregó el pequeño Moisés para que lo cuidara. A ellos también les hace la siguiente promesa: *«Los que hayan sido sabios, brillarán como la luz del firmamento; y, como estrellas por toda la eternidad, aquellos que hayan enseñado a muchos la justicia»* (Daniel 12, 3).

No olvidemos tampoco el castigo que Jesucristo anuncia a los negligentes: «A quien escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, mejor le valdría que le colgasen al cuello una piedra de molino y le tirasen al mar » (Mateo 18,6).

La labor primordial del educador cristiano consiste en enseñar el Catecismo a los niños, fundamento de todos sus futuros progresos y frutos espirituales, y en prepararles de la mejor manera posible para la primera confesión y comunión.

La buena preparación para la primera confesión ha de ser algo más que una simple preparación doctrinal sobre el significado de este sacramento. La instrucción ha de ir envuelta en prácticas ascéticas y piadosas: decir siempre la verdad, portarse bien, visitar al Santísimo Sacramento, orar por la noche, luchar contra el defecto dominante… Los niños deben llegar a apreciar en su justo valor y amar el Sacramento de la Reconciliación, deseando recibirlo con la mayor frecuencia posible, para poder experimentar la gran alegría que obra siempre en el alma.

Procuremos no retrasar la primera comunión. Si todos conocemos el gran número de peligros a los que se ven expuestos los niños y los jóvenes hoy día, ¿por qué habríamos de privarles de los tesoros de la comunión? Si los padres se hacen lenguas de las cualidades que van adquiriendo sus hijos, ¿tendrá que ser la comunión la única cosa que se le va a demorar? Que no se cumpla de nuevo la frase de la Sagrada Escritura: «Pedían pan los niños, y no había quien se lo repartiese» (Jeremías 4,4).

La primera comunión no ha de ser como un meteoro que aparece y desaparece repentinamente, sino sol que despide luz y calor sin cesar. He-

mos de procurar que la primera comunión vaya seguida de otras. No ha de ser solamente el momento más feliz de la niñez, sino el principio de una vida nueva, de una vida de intimidad con Cristo, de una vida eucarística. Y la formación religiosa ha de continuar después con mayor profundidad.

Asociaciones de niños

Existen asociaciones que tienen como fin que los niños comulguen frecuentemente y se conserven en estado de gracia. Sus miembros se comprometen, por lo menos, a una comunión semanal (en domingo mientras sea posible), y cada mañana y cada noche rezan tres Avemarías con esta jaculatoria: «Virgen María, mi dulce Madre, líbrame de pecado mortal».

Y donde no existan, los padres o los catequistas, en colaboración con el sacerdote, es aconsejable que las instauren.

Otras asociaciones están dedicadas a venerar el Sagrado Corazón de Jesús. En ellas los niños se comprometen: 1º A cumplir puntualmente con sus deberes religiosos: a participar de la misa todos los domingos y días festivos, etc. 2º. A rezar las oraciones propias del Sagrado Corazón de Jesús, junto a un Padrenuestro, Avemaría, Credo y una jaculatoria: «Dulce Corazón de Jesús, haz que cada día te ame más». 3º A confesarse y comulgar frecuentemente, especialmente en la fiesta del Sagrada Corazón. 3º. A tener buen comportamiento en casa, obedeciendo en todo a sus padres y superiores. 4º. A querer de verdad al prójimo, principalmente a los miembros de la familia y a los socios de la asociación. 5. Al apostolado en la familia y con los amigos.

Los niños se reúnen periódicamente para realizar dinámicas propias de su edad, contarse sus experiencias espirituales, aprender canciones, hacer representaciones teatrales, etc.

Y una vez al año hacen un pequeño retiro adaptado a su edad.

Hay otras muchas asociaciones dedicadas a los niños, como las cofradías del Niño Jesús de Praga, del Divino Niño, asociaciones marianas, etc.

Capítulo 6º

EDUCACIÓN RELIGIOSA EN SECUNDARIA O ENSEÑANZAS MEDIAS

CUALIDADES DEL APÓSTOL DE LA JUVENTUD

En la educación religiosa de los jóvenes son importantes el método y el libro de texto que se ha de seguir, pero más importante todavía es la *persona del catequista, del profesor de religión o educador*. Una persona dotada de las cualidades necesarias podrá compensar los posibles defectos del método y las imperfecciones del libro de texto; mientras que, si carece de ciertas cualidades, el método más idóneo y el libro de texto más excelente no lograrán más que exiguos resultados. Según el grado en que el estudiante aprecie al catequista o profesor de religión valorará la asignatura de religión.

Amigo de los jóvenes

Sobre la mesa del catequista o profesor de religión, tendría que colocarse el siguiente rótulo: «Nuestro Señor Jesucristo, amigo de los niños y de los jóvenes», para recordarle siempre el gran amor que les tiene.

Tenemos abundantes ejemplos en el Evangelio. Tras una jornada fatigosa, los apóstoles no querían que los niños se le acercasen, y Jesucristo les dijo: *«Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis; porque de*

los que son como éstos es el Reino de Dios» (Lucas 18,16). Incluso nos pone a los niños como modelo: *«Quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los Cielos»* (Mateo 18,4-5). Dios los quiere de un modo especial: *«Y el que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe»* (Mateo 18,5). Jesucristo promulga la primera ley en defensa del niño: *«Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le colgasen al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos, y le hundiesen en lo profundo del mar»* (Mt 18,6). ¡Con que mirada de amor miró al joven rico, y qué dolor le invadió cuando le vio irse triste!

Un gran amor por los jóvenes es lo primero que necesita el que quiera ser su educador. En todo joven debe ver «otro Cristo». Sólo el que ama las almas puede ganarse su confianza, porque el amor es la llave misteriosa que las abre. «No hay sacrificio más grato a Dios que el celo por las almas» (SAN GREGORIO MAGNO).

Este amor es el que le ha de mover a hacerse pequeño como ellos para poder ayudarles mejor. «Nos hicimos como niños en medio de vosotros» (I Tesalonicenses 2, 7). El alma de todo joven es todo un mundo que hay que conquistar y transformar. Este amor no conoce acepción de personas y no se reduce a un vano sentimentalismo.

Interés por la suerte de los alumnos

El catequista ha de tener un corazón cálido y abierto para sentir todos los pesares, dificultades y necesidades de los jóvenes, aun en lo que toca a sus asuntos materiales.

El joven ha de sentir que necesita del catequista, de su dirección espiritual, y en él ha de ver su primer y mejor amigo, a quien puede contarle todo y con quien tiene siempre entrada libre. ¡Que confortado se siente el joven cuando ve que el catequista se preocupa de sus pequeños asuntos! Por eso es bueno que el catequista tenga los teléfonos y direcciones de todos ellos para poder llamarles o visitarles cuando la ocasión lo requiera (enfermedad, ausencia…).

El interés que muestre por ellos es lo que ganará su confianza, lo cual es de valor incalculable. Si el chico puede decir: «Tengo un profesor de religión muy bueno, que se preocupa de mí», pronto podrá decir: «Es mi mejor amigo, a quien puedo abrirle mi alma».

No hay nada más hermoso que ver a un profesor de religión conversando amigablemente con sus alumnos. «Si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos» (Mateo 18, 3).

Pero si al apóstol le falta este amor por los jóvenes, que no espere que se le confíen y le abran sus corazones. «No escuchamos bien a quien no amamos» (San Gregorio Magno). Si no es más que un profesor que explica la lección y califica, que no se extrañe si que no se parezca a SAN PABLO: «Aunque hayáis tenido miles de maestros, no habéis tenido muchos padres. He sido yo quien, por el Evangelio, os engendré en Cristo Jesús.» (I Corintios 4, 15). La juventud tiene un sentido muy fino para darse cuenta de si el profesor de religión le guarda un amor real o ficticio.

SAN IGNACIO DE LOYOLA, gran educador en Cristo, se acomodaba a cada uno personalmente, y así decía: «Quiero entrar a ellos por su puerta para salir con ellos por la mía.» Ojala puedan decir del catequista lo que le dijo a ORIGENES su discípulo SAN GREGORIO EL TAUMATURGO: «Con amor nos ganaste el corazón» (*Discurso panegírico* de Orígenes).

Alcance pedagógico del amor

La educación es una tarea tan difícil que sólo el amor puede asumirla. Sólo el amor es capaz de llevarla a término. Sólo el amor da las fuerzas para responder a las exigencias y trabajos que supone educar. El amor es el que hace a la madre paciente con su hijo caprichoso; sólo el amor explica la inmensidad de sacrificios, de tiempo y de dinero que prodigan los padres por sus hijos.

A los profesores de otras asignaturas no se les puede exigir que se ganen el amor de sus alumnos, tan sólo se les pide que enseñen conocimientos; pero sí se puede exigirse con todo derecho del catequista, *cuyo*

primer deber no es tanto la comunicación de cierto caudal de conocimientos, sino la educación del alma, la formación del carácter.

El amor es lo más valioso que el joven espera del catequista. Donde reina el amor, allí reina el calor y la alegría. Naturalmente hablamos de un amor sobrenatural y no de si le «resulta simpático este chico». Sólo el amor sobrenatural da las fuerzas y la paciencia necesarias para poder educar con eficacia.

El amor lleva al educador *a examinar sus propios defectos*, puesto que la causa de una educación infructuosa no está sólo en el joven.

También el amor acrecienta la capacidad observadora del educador, para *poder mejor ayudar al joven*, y así descubrir los indicios más leves de su buena voluntad y las malas hierbas que brotan en su alma. El amor indaga las causas de los posibles defectos, y confiere un tacto delicado para extirparlos. El amor tiene en cuenta la fuerza de voluntad y la capacidad de sacrificio del joven, para evitar exigirle demasiado. El amor hace comprender al educador que no puede medir con el mismo patrón a todas las almas, sino que ha de educar a cada cual según su forma propia de ser.

El amor no sólo hace que el joven confíe en el catequista, sino que el catequista *confíe* en los jóvenes, y esta confianza es, sin duda, un requisito indispensable para el apostolado. Las dos cosas son necesarias: granjearse la fidelidad y el afecto de los jóvenes, y tener una esperanza inquebrantable en su progreso espiritual.

El que nos distingue con su confianza ha ganado nuestro corazón, porque espontáneamente correspondemos a la confianza con confianza. El que trata a los muchachos con desconfianza, no recibe más que recelo y desconfianza; en cambio, conforme más pronto les tratemos como a hombres, más pronto se comportarán como hombres.

El que un joven, por díscolo y rebelde que parezca, confíe en su educador, está manifestando ya su *buena voluntad y nobleza*, lo mínimo que se le pide para que se le pueda ayudar.

El amor da al apóstol de los jóvenes la paciencia, perseverancia, tacto y serenidad de ánimo necesarias para estar siempre alegre. Difícilmente será provechosa la catequesis si el que la imparte se muestra triste y descorazonado.

Optimismo pedagógico

Todo educador debe ser optimista respecto de los logros que espera alcanzar, sabiendo esperar contra toda esperanza. Quien carezca de este optimismo que no espere tener éxito en su tarea. Porque el apostolado con los jóvenes exige buena dosis de paciencia, de idealismo y de optimismo, ya que tratamos con muchachos inmaduros, inestables, que tropiezan a cada paso y les cuesta mucho ser constantes. Los chicos ponen de tal modo a prueba la paciencia del educador, que sólo un amor que comprende los defectos propios de esta edad tan difícil puede salir airoso.

No faltarán momentos en la vida del catequista en que le parezcan infructuosos todos los trabajos y fatigas que soporta con la mejor voluntad del mundo, dándole la impresión de que apenas logra nada. «Los jóvenes son seres especiales: inocentes como ángeles, orgullosos como príncipes, valientes como héroes, vanos como el pavo real, obstinados como el asno, reacios como el potro, sentimentales como niños. Se puede lograr mucho de ellos con amor, mientras que la dureza inmerecida los exacerba casi siempre» (STANLEY). Ciertamente «la necedad está enraizada en el corazón del joven » (Proverbios 22, 15). Tan sólo el verdadero amor, según Cristo, puede dar temple de acero al apóstol a punto de desfallecer.

El educador ha de creer firmemente que en el alma del peor de sus alumnos, allí en el fondo –aunque muy oculta—, hay una chispa de bien. Quien carezca de este optimismo pedagógico pronto *tirará la toalla* y desistirá de seguir intentándolo.

La clave de la educación espiritual, ya lo hemos dicho, es el amor; sólo él da fuerzas para superar los innumerables obstáculos y desalientos

que se presentan en el camino; sólo con amor se puede llegar al corazón de los jóvenes y se puede perseverar en actitud de servicio como educador. *«El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir»*.

Quien conquista a los jóvenes tiene conquistado el mundo. Los mayores santos no temieron que mezclarse con los niños y jóvenes para catequizarles. El anciano San Jerónimo, en la misma época en que de todas partes acudían a él como a un oráculo, escribió de esta manera a una dama romana: «Mándame tus hijos; me servirá de alegría poderles enseñar los elementos de la fe». SAN GREGORIO, siendo Papa, todavía encontraba tiempo para catequizar a los niños. Dieron ejemplo semejante: Orígenes, San Cirilo de Jerusalén, San Basilio Magno, San Agustín, San Vicente Ferrer, San Pedro Canisio, San Carlos Borromeo, San Francisco Javier, San José de Calasanz, San Juan de la Salle, San Juan Bosco, etc.

Alégrese el catequista de que los jóvenes acudan a él con frecuencia para consultarle. Por más atareados que andemos, no demos a entender nunca al joven que ha venido en tiempo inoportuno, porque el alma del joven suele ser bastante susceptible, y basta que una sola vez le recibamos de mala gana para que pierda su confianza en nosotros.

Amor y autoridad

SAN FELIPE NERI se distinguía por su carácter alegre chispeante de humor. Siendo ya sacerdote y de edad avanzada, consejero de Papas y amigo de futuros santos –como San Carlos Borromeo, San Ignacio de Loyola y San Francisco de Sales—, no se sonrojaba de tomar parte en los juegos de los muchachos. Muchas veces iba con ellos de excursión por los alrededores de Roma. Si alguien reprendía a los muchachos por la algarabía que causaban, y ellos se refugiaban junto a él, solía decirles: «No hagáis caso a los que os reprenden. Seguid jugando, con tal que no cometáis pecado». Y si alguien le criticaba por mostrarse tan blando, dispuesto estaba a seguir siéndolo por el bien de sus muchachos. Su lema favorito era: «Hay que despreciar el mundo; no hay que despreciar a nadie; hay que despreciarse a sí mismo; hay que despreciar el ser despreciado».

El amor a los muchachos no nos quita autoridad. No pensemos que el amor está reñido con la autoridad, ni con la firmeza y la exigencia.

La autoridad no se impone, nos la tenemos que ganar. La autoridad debe brotar natural y espontánea de la personalidad atrayente del catequista. No hay educación sin respeto y no hay respeto sin autoridad.

La autoridad sin amor nos conduciría a una educación excesivamente *varonil*; la blandura sin disciplina, a una educación excesivamente *femenina*; la autoridad y el amor obrando juntos son garantes de una verdadera educación. Es menester el amor, pero un amor cristiano, es decir, un amor que por el bien del alma, sepa exigir lo que haga falta, sin ser condescendiente con los caprichos. El amor no debe ablandar el carácter, ni la autoridad exasperar los ánimos.

Amor y exigencia

¡Los jóvenes están esperando que se les exija! Quieren dar cuenta de sus responsabilidades. Se les debe exigir puntualidad, orden, una actitud activa en la clase, guardar silencio a sus debidos tiempos, un modo de hablar comprensible y claro... etc. Nosotros a la vez hemos de tratar que nuestras clases resulten interesantes. Nunca nos mostremos severos y dominantes.

En la clase de «religión» se ha de tener muy en cuenta (más que en otras asignaturas) el comportamiento del alumno; a un estudiante menos aventajado pero bien dispuesto y diligente, se le ha de dar mejor nota, mientras que al listo de pésimo comportamiento, se le ha de exigir mucho más.

Tener amor por los jóvenes no significa que tengamos que hacer la vista gorda de sus faltas y defectos. Si son negligentes o irresponsables —

lo cual es muy frecuente a su edad—, tienen que dar la debida satisfacción. El deseo de reparación por el mal cometido es connatural a toda persona humana. Habrá que hacerles comprender que si quieren superarse y no volver a caer en lo mismo, que reparen el mal cometido poniéndose un correctivo, es decir, alguna acción opuesta al defecto o mal cometido. Sólo así conseguiremos jóvenes recios, prontos al sacrificio, templados en la lucha contra su defecto dominante. Pero por encima de todo habrá que robustecer a los débiles e infundirles ánimo cuando manifiesten buena voluntad.

Los castigos hieren el amor propio y apenas logran su objetivo. Después se suelen recordar estos castigos durante toda la vida, aun cuando uno se haya olvidado de la falta por la que los merecieron. Recordemos las palabras de SAN PABLO: *«Al siervo de Dios le conviene... ser manso con todos, propio para instruir, sufrido, que reprenda con modesta dulzura»* (II Timoteo 2, 24-25).

He aquí nuestro criterio con respecto al castigo: el educador ideal es aquel que sabe hacer su trabajo sin recurrir al castigo; porque el mejor de los casos no es sino medio negativo de educación. En este punto SAN JUAN BOSCO aconsejaba: «El educador ha de hacerse querer. Si después se ve obligado a castigar a alguien, basta que le niegue su amor, no mirarle con el amor de antes; esto, sin ser humillante, es el mayor castigo.»

El amor ciego de los padres, que todo lo permiten, es realmente pernicioso; pero a esto no se le debe llamar amor; es más bien apatía nacida de la comodidad. En cambio, si el discípulo ve que el educador busca su bien en todo, tratará de seguir sus consejos aunque no las comprenda del todo o le cueste vivirlos.

Alabemos con frecuencia, castiguemos raras veces, pero ambas cosas hagámoslas siempre con plena conciencia del objetivo que perseguimos. Nunca castiguemos inmediatamente, cuando estemos turbados o apasionados. Y en las raras que castiguemos hagámoslo de tal modo que compartamos de alguna manera el castigo, para que el joven vea que le tenemos amor. En el joven «más intratable» tratemos de descubrir la débil luz de la buena voluntad y procuremos avivar su llama. El catequista debe ser optimista y hacer mucha oración por el fruto de su labor.

Ser modelo y ejemplo de amor a Cristo

La santidad de vida es el arma más importante del catequista. Así lo era en la primitiva Iglesia, donde la vida de los cristianos era ya una forma de predicar del Evangelio. Su vida inmaculada y su muerte heroica eran un testimonio para todos.

La educación de la juventud es un trabajo arduo, y sólo el amor de Cristo puede librarnos de pesimismos. No es difícil pronunciar hermosos discursos y escribir bellos artículos sobre educación. Pero en este mundo tan desquiciado, infundir entusiasmo en los jóvenes por practicar el bien, robustecerlos en las virtudes, ennoblecer sus almas por la gracia divina y el trabajo continuo, perseverar en esta tarea aunque no se vea el éxito, no desesperarse por los desengaños e ingratitudes, vencer el tedio, la rutina, ya es otra cosa; para esto sólo puede darnos arrestos el amor de Cristo. El que quiera educar espiritualmente a los jóvenes sin recurrir a la gracia divina, pronto se desilusionará y acabará desistiendo.

Todo educador debe tener ante su vista un ideal, conforme al cual quiere moldear a sus educandos. Cuanto más claro tenga este ideal, con tanta más seguridad lo inculcará en las almas confiadas a su cuidado. Todos los ideales se pueden resumir en éste: *«Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo»* (I Corintios 11,1). En la imagen de Cristo que se vaya formando en el alma del joven, siempre se reconocerán los rasgos espirituales del catequista.

Es mucho más fácil enseñar una materia que educar; para lo primero basta saber algo; para lo segundo es menester ser algo. *«Hazlo todo conforme al modelo que se te ha mostrado»* (Hebreos 8, 5).

El que quiere educar a otros en el carácter, en la virtud, ha de empezar por él mismo. No solamente en el mundo de la naturaleza, sino también en el de las almas, tiene valor la frase: «Todo lo viviente procede de un ser vivo». Si el catequista es tibio, lo serán también sus discípulos; en cambio, si es fervoroso, fervorosos serán también sus alumnos.

SAN PABLO pudo anunciar con éxito a Cristo porque éste fue el fin de toda su vida. *«No me precié de saber entre vosotros sino a Jesucristo, y éste crucificado»* (I Corintios 2, 2). El catequista podrá irradiar el amor de Cristo a los otros si él mismo arde en este amor. No se puede dar lo que no se tiene.

Cuentan de FRAY ANGÉLICO que pintó todos sus cuadros de rodillas tras haber hecho oración; ésta es la causa de la exquisita espiritualidad que muestran todas sus pinturas. ¡Cuánto más estará obligado a hacer oración el apóstol de la juventud, que tiene por misión modelar el alma humana! Mas es utópico pensar que puede haber vida de oración sin meditación diaria, sin adoración del Santísimo, sin confesión y comunión frecuentes, sin retiros ni ejercicios espirituales.

«Sin oración no es eficaz el trabajo ni la educación» (FOERSTER). El catequista ha de orar especialmente por aquellos discípulos que le causan más preocupación y en quienes encuentra menos complacencia.

Coherencia de vida

Si nos limitamos a explicar en abstracto las lecciones de religión, el interés de los muchachos pronto se agotará. En cambio, el catequista que vive un cristianismo fuerte y consecuente, un cristianismo que no titubea, que no claudica, tal catequista atrae el alma de los jóvenes con gran fuerza. Un catequista de tal temple predica aunque esté callado. Cada frase que pronuncia, cada consejo que da, cada exigencia que presenta, tiene justificación en su propia vida. Y es que a la juventud siempre le atrae lo heroico, lo magnánimo, la superación.

Lo mínimo que se ha de exigir al profesor de religión es que el mismo viva lo que enseña.

El Señor subraya muchas veces en el Evangelio la responsabilidad de los educadores. « *¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?»* (Lucas 6, 39). «*El discípulo no puede sobresalir al maestro; ya le basta al discípulo ser como su maestro»* (Mateo 10, 24-25). «*No es el árbol bueno el que da malos frutos, ni el árbol malo el que los da buenos. Por el fruto se conoce el árbol. De los espinos no se cogen uvas, ni higos de las zarzas»* (Mateo 7, 16-20). «*El hombre bueno saca cosas buenas del buen fondo de su corazón, y el hombre malo, de su mal fondo saca cosas malas»* (Mateo 12, 35).

Según SAN JERÓNIMO, el deber de los siervos de Dios es «traducir en obras las palabras de las Escrituras, no tanto decir cosas santas, sino hacerlas». «Fácilmente podemos llevar a la fe cuando queramos –dice SAN BERNARDO— si mediante nuestro ejemplo demostramos que es cosa fácil» (Sermón 2 de Resurrección).

Por tanto, hasta el aspecto exterior ha de reflejar el interior del alma. Un catequista adusto, malhumorado y poco comunicativo es el peor reclamo para la evangelización. En cambio, ante un catequista alegre, que irradia gozo interior, las almas jóvenes se abren espontáneamente.

La vida privada del catequista debe ser coherente con lo que enseña. El joven juzga la doctrina por el maestro y lo primero que pide al catequista es que le muestre en su propia vida lo que pretende exigirle. El joven presiente rápidamente si hay o no armonía entre la vida y la enseñanza del catequista. No se puede inculcar el dominio de uno mismo si el propio educador no vive la puntualidad, el amor al orden, la mansedumbre, el esmero por aprovechar el tiempo, etc.

El catequista ha de comportarse de tal manera que los muchachos puedan siempre imitarle en todo. *«En todas las cosas muéstrate dechado de buenas obras»* (II Tito 7; I Timoteo 4, 12). Ya puede hablar el catequista de temor de Dios, de pureza, de puntualidad, de diligencia... si todas estas cosas no las ven realizadas en su propia persona, su enseñanza será como la semilla echada sobre roca estéril. De estos tales dice SAN JERÓNIMO: «Disertan del ayuno con el estómago lleno».

El muchacho más duro se deja llevar gustosamente por la persona que admira. Aún más, anhela realmente tener un modelo a quien pueda imitar. ¡El catequista ha de ser este modelo! Todo joven reconoce la insuficiencia de sus propias fuerzas; por eso acepta con gusto al educador que muestra una gran coherencia de vida. ¿Cómo podrá formar hombres de recio temple el catequista que no domina sus arranques de cólera y sus pasiones? Sólo el que es dueño de sí mismo puede influir positivamente so-

bre los demás. Es más hermoso hacer lo que se ha de decir, que decir lo que se ha de hacer.

El catequista debe tener una paciencia a toda prueba, y no extrañarse de las debilidades y defectos de la juventud. El estudiante olvida pronto lo que ha aprendido; pero no olvidara fácilmente quien fue su catequista ni su coherencia de vida.

«El buen ejemplo da voces más claras que la trompeta» (SAN JUAN CRISÓSTOMO). «La voz que penetra en el oyente es la que tiene su justificación en la vida del que habla» (SAN GREGORIO MAGNO). «Es más eficaz la voz de la obra que la de la boca; la voz de la palabra suena; la voz del ejemplo truena» (SAN BERNARDO).

Dónde poner especial esmero

El catequista o profesor de religión debe poner especial esmero en los siguientes puntos:

1º Para poder ordenar la vida de los estudiantes debe atenerse rigurosamente al orden. Por tanto: puntualidad, orden en la clase, etc. Sólo un espíritu disciplinado puede educar para la disciplina, sólo un hombre que cumple las leyes puede educar a otros para que también las cumplan.

2º Ser dueño de sí mismo. La mejor preparación para educar con eficacia es trabajar seriamente en la reforma del propio carácter.

Lo concedo; esto no resulta una tarea fácil, hay que demostrar dominio de sí mismo en los gestos, palabras, al sentarnos y levantarnos, al hablar y al callarnos, en la clase, en la excursión, al hacer un juicio, al contar un chiste... Pero es imprescindible. De lo contrario, no ganaremos a nadie; y menos a una juventud que quiere ver las ideas hechas vida: una vida seducida por el amor de Cristo, que irradia paciencia, comprensión, y a la vez firmeza y fortaleza.

«Con una gota de miel se pueden atrapar más moscas que con un barril de vinagre», decía SAN FRANCISCO DE SALES.

3º Ha de trabajar con desinterés; no ha de esperar gratitud a su trabajo, ni correspondencia a su bondad. El que trabaja por las almas ha de estar dispuesto a sacrificar su tiempo libre, su descanso y sus diversiones. Impulsado por el amor a Jesucristo, sólo ha de buscar el provecho espiritual de sus alumnos.

4º Formación doctrinal. No basta sólo ganarse la confianza de los jóvenes para poder educar sus almas. El apóstol de la juventud necesita además una buena formación doctrinal.

Aumenta no poco la autoridad del catequista si los estudiantes ven que su profesor, además de dominar los asuntos estrictamente religiosos, está curtido por su preparación filosófica o científica, y puede resolver sus dudas y conciliar fácilmente la fe con la ciencia. Esta preparación doctrinal del catequista es sobre todo necesaria en los estudios de secundaria o universitarios, donde más dudas de fe pueden manifestar los alumnos.

Elección del catequista y profesor de religión

En la elección de los catequistas y profesores de religión se ha de proceder con mucha cautela. Ellos representan ante el estudiante de alguna manera a *la Iglesia*; mediante ellos aprende el joven a amar la religión, o *por su causa* –como sucede a veces— vuelve las espaldas a la misma con indiferencia y desprecio.

Por cada alma que queremos ganar, hemos de dar un trozo de la nuestra. Tal tarea merece todos nuestros desvelos. Porque el deber más urgente de la sociedad actual es la educación de la juventud.

«Hoy estamos en el punto crítico –escribe FOERSTER—. O la civilización cristiana vence nuestro paganismo político y social, o bien la barbarie de lo que nosotros llamamos civilización occidental, desterrará la cultura cristiana... Si no pusiéramos nuestra esperanza en los nuevos movimientos de jóvenes, lo que estamos viendo nos forzaría a decir: Nosotros en Europa vamos ya inevitablemente por el segundo camino.»

El papel del catequista es primordial en el renacimiento religioso de la juventud.

Con todo derecho el papa LEÓN XIII dijo que «de la educación recta y religiosa de la juventud depende no solamente la felicidad de las familias, sino también en gran parte la felicidad del Estado».

No hay deber más hermoso, más grato, más difícil y de mayor responsabilidad para el hombre que la educación religiosa de los jóvenes. Es grato, porque al dar a otro, gana uno mismo. Todos recordamos con gratitud y emoción a la persona que más nos ayudó en nuestros momentos de crisis, cuando más lo necesitábamos. A la vez que repartimos tesoros espirituales a los demás, nos enriquecemos a nosotros mismos. Pero al mismo tiempo es una tarea difícil. ¡Cuántas veces nos parecen vanas todas las fa-

tigas que gastamos con tal o cual muchacho! Pero así como ninguna energía se pierde en el mundo de la naturaleza, así tampoco se pierde en el mundo del espíritu ninguno de nuestros esfuerzos. Nuestra responsabilidad es enorme: está en juego el destino temporal y eterno de las almas.

No podemos conducir a nadie por caminos que nosotros no hemos recorrido; no podemos moldear a los demás, sino a nuestra semejanza. La tarea es sobrecogedora pero preciosa. No tengamos miedo.

Modo de hablar a los jóvenes

Cuando hablemos a los jóvenes hagámoslo con entusiasmo y convicción, poniendo todo el corazón, si queremos ser escuchados.

Estemos convencidos de que la fe católica, lejos de ser contraria a la razón, responde perfectamente a los deseos más profundos del corazón humano. Es mucho más razonable creer en Dios que no creer o creer cualquier cosa. En realidad, todo el mundo «cree» en algo; el mundo que nos rodea está tan lleno de misterios que sin la fe no podríamos dar un solo paso. El que no cree en Dios cree en una ideología o cae en el absurdo de una vida sin sentido.

Cuando presentemos las verdades de la fe mostremos siempre los ejemplos de los santos, sobre todo de los que nos son más cercanos. De esta forma los jóvenes se darán cuenta de que la vida cristiana se puede vivir hoy también como ayer. La fuerza del ejemplo arrastra. Tenemos que entusiasmar a los jóvenes con las vidas de los santos.

Cuando hablemos a los jóvenes partamos de las inquietudes que tienen y de las situaciones que están atravesando. Mantengamos una amistosa y sencilla conversación con ellos, como quien los conoce y los ama. El muchacho ha de sentir que se le tiene en cuenta, que se habla de él y de sus problemas. Jesucristo ha de ser para ellos su mejor amigo. Sólo el que está

enamorado de Jesucristo puede animar a los jóvenes a ser santos y a sentir asco por el pecado.

Elijamos un tema o una anécdota —de la vida de Jesús y de los santos, de los acontecimientos actuales o pasados—, que cautive su interés e imaginación. Habrá que utilizar a veces el humor y otras el mismo lenguaje de los jóvenes, pero sin incurrir en la vulgaridad.

No caigamos tampoco en el sentimentalismo. Seamos claros y veraces. La juventud tiene sentido muy fino para descubrir la hipocresía, el fingimiento, la falsa imagen. El que se dirige a los jóvenes ha de tomarse en serio lo les dice.

Recemos al empezar alguna oración, un Padrenuestro o un Avemaría, o expresemos con palabras sencillas algunos pensamientos o súplicas a Dios relacionados con el tema de la charla, que dispongan los sentimientos. Al comenzar también puede resultar útil pedir a un alumno que resuma la materia que se impartió en la última charla. Así no solamente estimulamos la atención de los jóvenes, sino que nosotros mismos nos damos cuenta de lo que realmente han aprendido, qué es lo que cautivó más su interés y qué es lo que no comprendieron bien, etc.

También se puede hacer una oración final de acción de gracias y para pedir que cumplamos los buenos propósitos que nos ha sugerido el tema.

Capítulo 7º

LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL

Finalidad de la dirección espiritual

El fin de la dirección espiritual y de todo apostolado, incluido el de la juventud, es éste: *«que las almas tengan vida y la tengan en abundancia»* (Juan 10,10), sabiendo que no puede haber vida espiritual si no se conoce y se ama a Jesucristo. Es la vida sobrenatural y divina que hay que plantar, desarrollar y robustecer en el alma.

Cuidar el alma de los jóvenes es el centro del apostolado de la juventud. Mas no podremos lograr forjar cristianos auténticos, hombres de carácter, de convicciones arraigadas, si no seguimos un plan bien trazado.

El fin principal del apostolado de los estudiantes no es, pues, transmitirles *ciencia* religiosa, sino *vida* religiosa; es decir, *educar para que tengan una vida espiritual* permanentemente, siendo constantes, sin desanimarse, sin pararse, no cansándose de estar levantándose siempre. Los medios que utilizaremos serán la oración, los sacramentos del perdón y de la comunión, y la acción apostólica principalmente. El fin es hacer que los jóvenes amen a Cristo y vivan una vida según Cristo. Vivir en todo momento cumpliendo la voluntad de Dios.

Yo he venido para que las almas tengan vida y la tengan en abundancia»

En otros términos, hacer del hombre animal –que vive a merced de sus instintos— un hombre de fe, guiado por la razón iluminada por la fe.

De esta forma el joven que vive a merced de sus ganas, de sus sentimientos y estados de ánimo, que es esclavo de sus pasiones o de su egoísmo, se convierte en un joven de carácter, de voluntad, que vive la libertad del espíritu en la caridad. No es sólo un hombre guiado por la sola razón, sino un hombre espiritual, en el que la fe sobrenatural ilumina su razón y lo orienta todo. En definitiva, un alma que vive permanentemente *en gracia, en el amor de Dios*. Tal ha de ser la meta de la dirección espiritual.

A medida que el joven vaya creciendo irá comprendiendo mejor que la *vida de la gracia, la vida de oración y de fe,* es la mayor fuerza que tiene para vivir honradamente y ser feliz, y la luz que le señalará el camino a seguir. Sólo así podrá perseverar en el seguimiento de Cristo por muy adversas que parezcan las dificultades, *sin retroceder ante nada.*

La verdadera dirección espiritual, por tanto, no quita libertad, antes la posibilita, permitiéndole al joven ser él mismo, sin dejarse llevar de sus instintos o estados de ánimo. Por más que el joven confíe su alma a su director espiritual y transparente su alma, sigue siendo él mismo, con toda su capacidad de obrar y de decidir por sí mismo. El alma del joven no ha de ser una copia o imitación de la del director, sino tal como está llamado a ser. El buen director sabe que no es él, sino Dios el que traza el camino de cada alma. Lo único que hace él es ayudar a que el joven encuentre el recto camino.

Necesidad de conocer el alma del joven

La juventud no es solamente la época del desarrollo, sino la edad en que se fija de un modo decisivo la dirección de la vida. La juventud es el tiempo de duras refriegas, de combates interiores, de procesos de purificación, de cambios radicales en la manera de pensar. Pero no todos los jóvenes pasan por las mismas crisis y combates. Cada joven es diferente en este aspecto, porque cada uno tiene su propia *personalidad.*

La dirección espiritual de la juventud será *espiritual,* es decir, podrá encaminar hacia Dios, si el director *conoce bien el alma del joven.* Sin este conocimiento, todo trabajo resultará infructuoso, por más razonada que sea la explicación catequística, pues existe entre los dos, entre maestro y discípulo, un muro que resulta infranqueable: su distinta psicología y forma de sentir y pensar, y las objeciones y dudas de fe. Si el profesor de religión sólo se limita a explicar su materia, es fácil que cuando salga de clase, tenga la sensación de que ha hablado un lenguaje incomprensible a los estudiantes y por consiguiente, de muy poco provecho.

No se puede conducir el joven hacia Dios si no se conoce su alma. Se trata de moldear una vida de acuerdo con el Evangelio. No es suficiente con que el catequista exponga fielmente las verdades religiosas, se requiere, además, que conozca la vida interior del joven, *los laberintos de su alma*. Porque no basta una buena semilla para que se dé una buena cosecha; hay que conocer también las peculiaridades del terreno y cultivarlo de acuerdo con sus características.

La gracia no destruye la naturaleza, sino que la presupone. Esto significa que cuanto mejor conozcamos el alma del joven mejor podremos aprovechar sus buenas inclinaciones naturales, para acrecentarlas, espiritualizarlas a la mayor gloria de Dios.

¡Cuánto mayor sea la atención personalizada, *mejor será la dirección o guía espiritual!* Habrá que encontrar la forma de conocer el temperamento del joven, sus inclinaciones, debilidades, sus buenas cualidades, y así poder orientarle mejor en consonancia con lo que más requiera.

«¿Quién ignora –pregunta SAN GRECOIO MAGNO— que es más difícil conocer las llagas del alma que las del cuerpo? Y no obstante, hay muchos, que no tienen reparo en darse como médicos del alma, cuando ni siquiera conocen la vida espiritual» (*Regulae Past.*).

Cada alma es distinta; cada joven tiene su propia personalidad. No se puede aplicar el mismo patrón para todos.

La mayoría de los jóvenes no tienen criterios firmes, asentados. Muchos carecen de un sentido profundo de la vida y necesitan orientación. Cada uno tiene su defecto dominante, pero muchos no lo han descubierto todavía. Se parecen a un hombre enfermo que padece diferentes dolencias y no sabe la causa. Necesitan de un director espiritual que les ayude a conocerse a sí mismos y poner soluciones.

Dios no se repite en ninguno de los seres humanos. Los caminos de la gracia son variadísimos, y Él sabe hablar al alma de mil modos. La vida espiritual, como el abrirse de una rosa, no puede violentarse. El director espiritual debe de tenerlo en cuenta. El educando debe dejarse guiar y a la vez hacer él mismo la mayor parte del trabajo (si queremos que los resultados sean duraderos). Tal como el enfermo pone su confianza en el médico, el guiado la pone en su director espiritual, transparentándole toda su alma y siguiendo sus indicaciones.

Registro con datos de cada uno

El director espiritual, profesor de religión o catequista *ha de conocer a cada estudiante por su nombre.* Si tiene clase regularmente con ellos y se sientan en el mismo puesto, le ayudará mucho que desde el primer día se haga «un mapa» de la clase, para que en breve tiempo recuerde el nombre de todos.

En primera reunión o clase que tenga con ellos, les puede encargar que le rellenen una hoja con los siguientes datos:

1. *Nombre del estudiante*: …….
2. *Clase: ...* 3. *Edad*: …..
3. *Nombre, profesión y religión del padre: …….*
4. *Apellido, nombre, profesión y religión de* la *madre: …….*
5. *Hermanos ordenados por edad: …….*
6. *Señas de domicilio: ……..*
7. *¿Cuántas habitaciones tiene la casa? ……*
8. *¿Tienes una habitación para ti solo?.... ¿Con quién la compartes? …….....*
9. *¿Qué profesión o carrera te gustaría elegir? …….*
10. *¿Lees algún diario en casa? .....*

11.¿Cuál? …… ¿Escuchas la radio?…….

12.¿Qué libros has leído este año?[4] *……..*

(Firma del estudiante)

A continuación puede poner el catequista o director espiritual sus propias notas: Muchacho sincero, diligente, introvertido, colérico. No cuida sus libros, los llena de garabatos. Poco ordenado. Sabe convivir con sus compañeros, respeta a los profesores, etc.

Una vez que tengamos estos datos de cada estudiante, ya podemos descubrir muchas cosas y poder orientar personalmente a cada uno.

Así, por ejemplo, si por la pregunta 4 nos enteramos que su padre es un obrero o que no tiene trabajo, juzgaremos de un modo muy diferente las carencias o preocupaciones del estudiante.

Por las preguntas 4 y 5 podremos descubrir si la familia está bien constituida o no, y a partir de ahí encontraremos la clave de ciertas ausencias o problemas del joven. En los casos desfavorables trataremos de acrecentar aún más nuestra simpatía y comprensión, sobre todo si es huérfano, o si sus padres están divorciados.

Del punto 6 podemos deducir hasta qué grado se le mima en casa (si es hijo único) o, en caso de tener muchos hermanos, por qué no hace sus tareas (ambiente ruidoso en casa, comida escasa).

El punto 7, la dirección de su casa, nos servirá para conocer el medio social en que vive, y si se encuentra enfermo, podremos hacerle una visita. Estas visitas son una de las cosas que más agradecen los jóvenes. Y a través de ellas podremos conocer a los padres y tal vez acercarles a Dios.

Los puntos 8 y 9 nos indican si el muchacho puede estudiar con holgura, si puede orar a solas…

Los puntos 14 y 15 nos servirán para saber qué tipo de información están recibiendo y qué libros lee. Los profesores de religión deben ser expertos en poder aconsejar buenos libros, sobre todo católicos y espirituales,

---

[4]. Actualmente se podría incluir: ¿Qué programas de televisión sueles ver? ¿Cuánto tiempo le dedicas? ¿Ves además videos? ¿Cuánto tiempo dedicas al Internet y en qué sueles emplearlo: chatear, juegos, etc.?

libros que despierten el interés y susciten ganas de leerlos (vidas de los santos sobre todo).

Acaso convenga todavía subrayar la importancia de la firma del escolar. Mediante ella siempre nos será posible hacer la debida confrontación para saber, en caso de traernos algún certificado, si está o no firmado por él.

Estas hojas han de tenerse en las clases ante nuestra vista, y así nos será más fácil ser más objetivo al momento de juzgarle. Los estudiantes notarán en seguida que su profesor de religión se interesa personalmente por cada uno de ellos y tratarán de corresponder con su aprecio y agradecimiento.

Conversando con cada uno

Un medio excelente e insustituible para conocer a los jóvenes, es *poder hablar personalmente con cada uno* sobre su vida espiritual.

¿De qué se ha de hablar en estos coloquios confidenciales? Sobre todo de cómo el joven lleva su vida espiritual, de sus logros y dificultades.

El director espiritual debe dar la posibilidad a todos los jóvenes para que le expongan en confianza los asuntos que más les preocupan.

Las pláticas dirigidas a todo el grupo dejan sentados los principios y muestran su *posible aplicación en general*; mas estas conservaciones particulares versan sobre las *necesidades peculiares y concretas de cada joven*, para poder darles la debida orientación. Unos sufren de cambiantes estados de ánimo; otros pasan graves dificultades económicas; otros tienen problemas para estudiar por diferentes razones, etc.

Mucho tiempo roban al catequista estas conversaciones privadas; pero el que quiere ganar almas debe tomárselas en serio y dedicarles el tiempo que haga falta.

Se da por supuesto que el director espiritual debe mantener lo que se ha contado en estos coloquios *en el mayor secreto*. Es de sentido común.

¿Qué hacer para que el joven transparente su alma?

En esto no hay reglas fijas. La forma de abrirse el alma dependerá de la habilidad del guía o director espiritual. Acaso comencemos la conversación hablando de cosas intranscendentes. Con un muchacho hablamos de una novela, con otro de su afición favorita, etc. Pero siempre demostrando

gran interés. Cuando ya hayamos logrado su confianza fácilmente podremos encauzar la conversación hacia temas más espirituales.

A los más pequeños habrá que preguntarles en primer lugar si suelen o no rezar, y de qué forma. ¿Cómo se portan con sus padres? ¿Con sus hermanos? ¿Qué leen? ¿Cómo estudian? ¿Qué películas ven? ¿Quiénes son sus amigos? Etc.

A los mayores les formularemos preguntas más serias. ¿Cómo va su vida espiritual? ¿Qué tema le gustaría tratar? ¿Cómo va su oración diaria? ¿Cuáles son sus lecturas espirituales? ¿Hace deporte? ¿Cómo se divierte los fines de semana? ¿Tiene enamorada? ¿Qué es lo que más le preocupa? ¿Qué piensa de su vocación? Etcétera.

Según su formación y sus necesidades peculiares abordaremos las cuestiones que no se pueden tratar con tanto sosiego en la clase. El comportamiento con las chicas, sus enamoramientos, son temas que pueden presentarse, así como también las caídas de impureza del muchacho.

Con los de más edad habrá que hablar de cómo se está preparando para el matrimonio, de si ha tenido en cuenta la vocación consagrada, de cómo le influyen los criterios del mundo que se contraponen a los del Evangelio (búsqueda de placer, mentalidad antivida, individualismo, relativismo moral, etc.). Si nosotros nos callamos respecto de estos asuntos, que no nos extrañe si después siguen *criterios totalmente paganos en tales materias.* Cuando hoy todo el mundo habla de estas cuestiones, ¿será precisamente el catequista el único que no pueda expresar su criterio sano sobre las mismas?

¿Cuál es el fin principal de estas conversaciones?

Que el joven oriente su vida hacia Dios y adquiera una *fuerte voluntad dispuesta a hacer siempre el bien.* Dicho de otra forma: *que el joven se decida a ser santo.* Pero esto no se logra sino a costa de trabajo y de lucha, desconfiando de las propias fuerzas, y poniendo toda la confianza en Dios. En esta lucha el educador ha de estar continuamente al lado del que combate, vigilando sus fuerzas, escuchando, alentando, orientando… Para ello tiene que conocer las múltiples impresiones e influencias a las que está expuesto el joven. Por desgracia, la frialdad espiritual que se vive en muchas familias dificulta mucho la educación religiosa. Incluso el fervor entusiasta del joven puede estrellarse contra el indiferentismo religioso de sus padres.

Por muchas objeciones que nos presenten los jóvenes, por muchos conceptos erróneos que descubramos en ellos, hemos de escucharlos con

benevolencia y comprensión. A veces les atormentan dudas de fe, que el catequista ni siquiera sospecha.

En estas conversaciones habrá que preguntarles *cuál consideran que es su mayor defecto* y en qué cosas quisieran enmendarse. Así podremos aconsejarles los medios más apropiados para cada caso, y la próxima conversación la podremos empezar preguntándoles si han adelantado algo en ese punto desde la última vez.

Superfluo es decir que estas conversaciones no se pueden imponer, sino tan sólo brindar. Si el catequista ha sabido ganarse su confianza, el muchacho pensará para sus adentros: Esta persona me quiere, me comprende y me está ayudando bastante..., tengo que seguir hablando con él.

Suscitar vocaciones

En estas conversaciones privadas con el catequista pueden surgir los primeros brotes de una posible *vocación sacerdotal o consagrada.*

No quisiera que se me entendiese mal. No se trata aquí de violentar a los jóvenes para que abracen la vocación consagrada o sacerdotal. La primera y la última palabra en este punto la tiene Dios. Pero son muchas las almas en que se acalla la voz de Dios (y sin embargo tenían vocación) porque *¡no la cuidaron los educadores!* No somos nosotros los que sembramos la semilla de la vocación; pero a nosotros nos toca cuidarla, regarla y orar por su desarrollo.

Comprobamos hoy con tristeza cómo disminuyen las vocaciones sacerdotales o a la vida consagrada. Sin embargo la gracia de la vocación la otorga también hoy Jesucristo en la medida necesaria, y para su desarrollo necesita nuestra cooperación. Si en los corazones jóvenes la vocación no se suscita en la medida adecuada, la falta se ha de imputar a nosotros. No cumplimos con nuestro deber en este punto... El Salvador iba Él mismo buscando a sus seguidores; y así reunió a sus apóstoles: *¡Tú sígueme!,* tal era su arenga. Los sacerdotes, los catequistas y guías espirituales han de obrar de la misma manera. Tienen que estar atentos para reconocer entre

los jóvenes a aquellos a quienes Cristo llama. Y si notan señales de que tienen vocación, han de animarles a que respondan afirmativamente al Señor.

La cosa dista mucho de ser tan difícil como parece. Basta que haya un poco de buena voluntad en el catequista. El amor que tenga por Jesucristo y su testimonio de su vida, son ya *de por sí una continua exhortación para entregar la vida por Él*. No ha de violentar a nadie, pero ha de tener conciencia de su gran responsabilidad para no ver flaquear aquí y allí la llama de la vocación. Cada vocación debe cuidarse con solicitud amorosa. Cuidar y alentar las vocaciones a la vida consagrada o sacerdotal es el servicio más grato que podemos hacer a nuestro Señor Jesucristo. *«Rogad al Señor de la mies que envíe obreros a su mies»* (Mateo 9,38; Lucas 10, 2).

Capítulo 8º

ETAPAS DEL DESARROLLO

Desarrollo de la sensibilidad

La percepción sensitiva del niño *hasta la edad de los seis o siete años* es sintética: se fija en todo, sin interesarse por los detalles. Es la época de la síntesis fantástica. Ciertos rasgos los distingue muy finamente; los demás los añade su fantasía. Por esto goza con los cuentos, cuanto más increíbles, mejor; todo lo anima, todo lo personifica, y dota de sentimientos infantiles al mismo mundo inanimado. Por ejemplo, remueve una piedra de su lugar para que «la pobre piedra pueda ver también otras cosas», o dice a su madre: «Mamá, el gorrión dice en la ventana que le des una pequeña migaja».

A esta edad son tremendas las ganas de jugar que tiene el niño. Cualquier cosa le basta para jugar porque su fantasía es impresionante.

De los ocho a los trece años es la época *analítica*; lo que entonces le importa son justamente los detalles; el muchacho dibuja una casa, y ya señala el agujero de la cerradura, el picaporte, etc. aunque no sepa unir los detalles. Gusta aún de las narraciones; pero al final se pregunta: *¿Será verdad todo esto?*

Después viene *la época de la síntesis real*, cuando prevalece la valorización real y disminuye la fantasía.

Estos datos aportan una recomendación para el maestro: al niño se le debe ocupar más el tiempo en hacer dibujos, aunque sean elementales, para que ponga en práctica su gran fantasía.

Desarrollo de la memoria

Las impresiones de los sentidos dejan en nosotros imágenes, y la conservación de estas imágenes se llama memoria. Es la base de todo estudio y saber.

Sería erróneo identificar la memoria con la capacidad de aprender, a la comprensión rápida y segura, que alcanza su apogeo entre los veinte a veinticinco años, aunque es verdad que un hombre de cincuenta años puede sobrepujar en esto a los jóvenes. En cambio, la memoria es la conservación y rápida reproducción de datos e imágenes; está en su mayor auge entre los diez y catorce años; después va menguando con la edad.

Por tanto, el aprender textos de memoria (la memorización) resulta más fácil entre los diez a catorce años, mientras que el estudio sólido, de los veinte a los veinticinco años.

Desarrollo de la fantasía

La fantasía es la facultad por la cual, mediante las imágenes adquiridas, vamos formando otras.

Es una facultad importante porque suministra la materia para los pensamientos abstractos, presenta los conceptos en cuadros intuitivos y ayuda al descubrimiento de nuevas verdades mediante la combinación de las anteriores; finalmente muestra las ideas en todo su atractivo, logrando que el corazón se apasione por ellas.

Según las disposiciones y la facilidad con que trabaja la fantasía –auditiva, visual, cinestésica (de movimiento)—, distinguimos diferentes tipos de imaginación. Gracias a la imaginación podemos elaborar imágenes originales a partir de la que ya poseemos.

Esto viene a demostrar la sabia pedagogía de la Iglesia al utilizar todos los medios a su alcance*:* auditivos (explicaciones, historia de los santos), visuales (imágenes sagradas, películas), cinestésicos (dinámicas, escenificaciones), etc.

Desarrollo de la atención

Hay dos clases de atención: *intensiva y extensiva*. La primera es propia del investigador, cuya «distracción» proverbial no es propiamente distracción, sino más bien una poderosa atención concentrada en un solo objeto. Son los «distraídos absortos», muy diferentes de los «distraídos disipados».

En cambio, es propia del maestro la atención extensiva. La necesita el profesor para estar pendiente de toda la clase y al mismo tiempo poder prestar atención a la materia que explica. Si su atención no es extensiva, entonces una de dos: o solamente atiende a la explicación y no nota cuando los alumnos se distraen, o bien lo nota y se impacienta, y con esto pierde el hilo del discurso.

La atención del niño hasta los siete u ocho años de edad es limitada e inestable; presta atención a pocas cosas, y éstas llegan a absorberle por completo. Tal propiedad no es una ventaja, sino una debilidad.

Según otra división, la atención puede ser *voluntaria y espontánea*. Los niños no saben fijar la atención más que de forma espontánea, porque algo les interesa; por tanto, para que atiendan, no basta apelar a su buena voluntad, hay que ayudarles con una explicación que cautive su fantasía y sus sentimientos. A medida que crezca el muchacho se le podrá exigir más y más atención voluntaria, la cual es la base para estudiar seriamente.

Sin la debida atención no se puede trabajar bien. *Tenemos que educar para el trabajo bien hecho*. El cumplimiento sistemático y ordenado del

deber permite que gocemos de la satisfacción interior por el trabajo bien hecho; el desorden, la inconstancia disipan las fuerzas del alma.

Muchos niños no saben portarse bien porque no se les sabe dar una ocupación adecuada. El mismo niño que con gusto hace sus travesuras, con el mismo gusto estaría dispuesto a realizar una buena obra si viese en ella una ocasión para divertirse y para demostrar su valentía.

Al joven le gusta estar «activo» (¡cuánto le cuesta estarse sentado y quieto!), y la causa de muchas «fechorías» juveniles es precisamente su actividad mal encauzada. Debemos de señalar un blanco positivo a este deseo de actividad. Hay que aprovechar para el bien esta estupenda cualidad del joven, y no dejar que se malgaste en estúpidas travesuras.

El trabajo es un gran medio para ocupar debidamente la inquieta fantasía, y un auxiliar eficaz para desviar los malos pensamientos. Cuanto más arduo resulte un trabajo, tanto más robustece la voluntad, si se hace con toda el alma.

El que no presta atención tampoco será capaz de guardar orden y puntualidad. Es de gran valor pedagógico *acostumbrar a los jóvenes a estas dos virtudes*. El que sepa ser ordenado en las cosas pequeñas (llegar puntualmente a la clase, tener las cosas ordenadas, levantarse a una hora fija, estudiar a la hora señalada, seguir un horario prefijado), dominará más fácilmente sus cambiantes estados de ánimo, sus deseos de cambiar a cada rato, y podrá llegar a ser un hombre de una sola pieza, un hombre que no deja trabajos a medias. El que tiene en orden sus cosas, más fácilmente podrá poner orden en su interior; el que trata a los hombres ordenadamente, como se merecen, más fácilmente podrá ordenar sus relaciones con Dios.

Naturalmente, no se trata de exigir al joven la serenidad reposada de un anciano. Orden y puntualidad no están en pugna con la alegría juvenil.

No importa que los jóvenes sean rudos, traviesos y alocados; lo que importa es que sean valientes, magnánimos, animosos, constantes, trabajadores y sinceros.

Desarrollo de la razón

El niño piensa a través de imágenes; en vez de conceptos, que le hacen falta, emplea las nociones toscas que tiene de los objetos. Si le preguntamos: ¿qué es el pecado? Responde con sencillez: «Si alguien roba pan». ¿Qué es la prudencia? «Si alguien tiene calor y no bebe».

Así suelen ser hasta los catorce años de edad. También lo hacemos todos cuando tenemos que manejar conceptos difíciles; hasta el hombre más instruido recurre a las imágenes para ayudarse.

Pasados los catorce años el joven piensa mejor mediante conceptos; comienza a ordenar los conceptos adquiridos, y gracias a la asociación de ideas, descubre nuevos aspectos de las cosas y ello le estimula a querer comprenderlo todo y a llegar al fondo de los problemas. Hay incluso muchachos que son presa de una verdadera fiebre de «comprensión»: ¡lo quieren entender todo y no creer nada! No es de extrañar que a esta edad se presenten las primeras dudas religiosas.

Si logramos encauzar debidamente este gran deseo de saber, le ayudaremos enormemente y le libraremos de muchos problemas. Pero para salvaguardar su fe pongámosle de antemano en guardia sobre los límites de la razón: son innumerables las cosas que no entendemos y que solamente creemos. La razón y la fe tienen la misma relación entre sí que la mano y el ojo: aquélla ha de palparlo todo; éste no necesita de tan rudo proceder.

El joven anhela conocer la verdad. A nadie le duelen más las injusticias y las ofensas a la verdad que a los jóvenes. Ellos quieren saberlo y entenderlo todo. Aunque ciertamente muchas veces no pasan de ser más que unos críticos grandilocuentes, unos espíritus inquietos que dudan de todo.

El catequista debe fomentar en la juventud este anhelo por la verdad, para que la fe gratuitamente recibida en el bautismo pase a ser un *«obsequio racional»* (Romanos 12,1), una fe cimentada en razones convincentes. Dios llama ciertamente a los hombres a servirle en espíritu y en verdad. Por este llamamiento estamos obligados en conciencia, pero no coaccionados. Porque Dios tiene en cuenta la dignidad de la persona humana, que Él mismo ha creado, y que debe regirse por su propia determinación y uso de su libertad. La fe es así un acto profundamente humano, que responde a la dignidad del hombre en cuanto persona.

El estudiante que acude con sus múltiples preguntas al catequista no hace sino dar expansión a esta inclinación natural; quiere fundamentar su fe en razones que le convenzan. Alégrese el catequista de ello; aún más, salga al encuentro de sus inquietudes colocando un buzón en la clase para que cada alumno pueda poner sus preguntas (en atención a los jóvenes más tímidos y a las cuestiones más delicadas). Naturalmente, el catequista ha de distinguir los motivos por que las hacen: si realmente les interesan de veras, o sólo las hacen para robar tiempo a la clase. El estudiante debe entender que hacer muchas preguntas no es señal de ignorancia y, mucho menos, de incredulidad, sino de que tiene un interés serio por reafirmar su fe. No tengamos miedo, aunque la religión católica plantee graves y difíciles problemas, es capaz de encararse también con todas las dificultades.

No mostremos nerviosismo si nos hacen determinadas preguntas, para que no se vea menguada nuestra autoridad. Mientras sea posible, los mismos jóvenes han de contestar a las preguntas; pero al final hemos de dar nosotros nuestra respuesta clara y segura. Si no pudiéramos dar una contestación adecuada a la pregunta, pospongamos la respuesta para otra ocasión, en vez de dar una solución dudosa que siembre desencanto y desconfianza.

Como catequistas no tratemos de aparentar que todo lo sabemos, ni en las cuestiones profanas ni en las religiosas. En el campo religioso también hay problemas no resueltos; en estos casos es más recto y más provechoso decir «no lo sabemos», que dar una respuesta poco convincente.

La juventud ansía verdad y justicia. Por eso el catequista debe de ser muy cuidadoso de ser *justo en el trato con los jóvenes*. No ha de tener acepción de personas; no debe juzgar precipitadamente de nadie, y menos todavía, sin escucharle antes. Y si se prueba que ha cometido una falta, facilitemos la enmienda y la reparación. Lo más formativo es procurar que el propio joven reconozca su falta y se ponga él mismo una reparación o co-

rrectivo, consistente en una acción o propósito que le ayude a superarse a sí mismo en este punto.

Desarrollo de la afectividad

La adolescencia se caracteriza por cambiantes sentimientos y estados de ánimo. A esta edad el joven fácilmente se entusiasma por grandes ideales y no le importaría ofrendar su misma vida por alcanzarlos, ya que el entusiasmo y la capacidad de sufrimiento se alimentan recíprocamente. Pero esto no quita para que muchas veces esté descontento de sí mismo hasta caer en el abatimiento.

Con bastante frecuencia también puede experimentar *sentimientos de soledad* que le mueven a tener amigos para poder compartir sus preocupaciones más íntimas.

El muchacho a esta edad ya es capaz de mirar hacia su mundo interior y reflexionar sobre sí mismo (*reflectere*). Pero este Yo interior que contempla, en cierto sentido no está maduro todavía, pues es un mar en continuo movimiento de flujo y reflujo, que unas veces se encrespa rebosando energía, y otras se hunde inerte en una melancolía paralizadora. Es la época del zarandeo, del caos, de la cierta anarquía de sus sentimientos y

tendencias. Es la época de los ensueños y de las utopías. Hoy siente un entusiasmo que raya en delirio –sin ningún motivo— y al día siguiente está sumido en el abatimiento, en el tedio y cansancio de la vida, sin causa aparente. Muchas veces se agita, no se entiende a sí mismo y, por esto, desearía hablar con alguien que le comprendiese. De ahí que el que logra penetrar en su alma –padre, madre, director espiritual, catequista— y comprender sus luchas, sus gestos generosos y sus desaciertos, logra tener un gran ascendiente sobre él. Es el secreto de la dirección espiritual: comprender el alma y alentar en la lucha por alcanzar nobles ideales; hacerle ver que siempre sentirá cierta tensión entre el ideal que se propuso y los resultados que alcance, para que sea realista y no caiga en la dejadez y el abandono.

Los sentimientos ejercen una gran influencia en la voluntad y en el modo de pensar, y pueden ocasionar una gran inmadurez afectiva si no se saben bien encauzar y aprovechar. El director espiritual tendrá, por tanto, que enseñar al joven a que explote para el bien sus buenos sentimientos. Más que retorcerse directamente contra los malos pensamientos y las malas inclinaciones, es más provechoso fijar la atención en nobles ideales. Esto le será muy útil especialmente para salir airoso en los momentos de la tentación, pues los sentimientos nobles van siempre del brazo de los buenos pensamientos.

Desarrollo de la voluntad

El adolescente es consciente *de sus propios valores y de su fuerza*, lo que le lleva a querer *ser independiente y valerse por sí mismo*. Ello explica en parte las rebeldías, la desobediencia y el aparente desamor hacia sus padres.

Esta conciencia de su propia valía le incita a fijarse objetivos poco rentables y útiles, con el fin de comprobar de hasta cuánto es capaz. Por ejemplo, hace largas excursiones a pie, se entrega con pasión al deporte, se entrega con tesón a ciertos trabajos, hace planes ilusorios y se entretiene en

cosas de las más diversas... aunque toda esta fiebre no suele durar mucho... ¿De qué le ha servido? Ha comprobado en la práctica las capacidades que tiene, se ha sentido independiente, ha sido capaz de hacer él solo esto y aquello…

Incluso a veces, para afirmar su independencia, llega a hacer cosas deplorables. SAN AGUSTÍN, por ejemplo, a los dieciséis años de edad, hurtó unas peras en el huerto de un vecino, cuando en la huerta de su casa había mejores y más sabrosas frutas. ¿Por qué lo hizo? No por necesidad. «Quise hacer algo contra la ley a escondidas porque no podía rebelarme abiertamente.»

Debido a este sentimiento de rebeldía e independencia, se enfría la confianza que el joven siente hacia sus padres. Ellos le siguen tratando como si fuese un niño todavía, y esto le resulta insoportable muchas veces. Se suscitan en él sentimientos de rebeldía contra ellos, o contra la escuela y la religión. Sin embargo, estos sentimientos de suficiencia e independencia son sólo aparentes, pues en realidad está más que nunca sujeto *al que dirán y a la influencia del ambiente*.

Para comprobarlo, basta un dato: *sobre él ejercen una gran influencia que ejercen los dictámenes de la moda, la presión de la clase o del grupo de amigos*. Sigue sin darse cuenta el mimetismo de la moda. En todo trata de imitar lo que hace la mayoría, para sentirse acogido y no ser rechazado.

Aunque su espíritu de independencia y la obediencia a la autoridad parecen contradecirse, esta contradicción es tan solo aparente. El joven realmente desea afirmarse en alguna autoridad, aunque, eso sí, sin imposiciones. Si acepta la autoridad, lo hará libremente, guiado por sus ideas e intereses. Por este motivo, el catequista que logra hacerse querer, puede hacer maravillas de los adolescentes.

Los educadores superficiales considerarán *este afán de libertad e independencia* como un gran defecto de la juventud; sin embargo, si se sabe debidamente encauzar puede ser de gran provecho.

La religión nunca ha de imponerse, menos todavía en los jóvenes, que rechazan de entrada cualquier imposición. Habrá que dar razones válidas y convincentes para que la religión sea deseada libremente. Esto depende en gran parte del catequista. La religión no es más que la entrega consciente y libre de la propia persona a Dios, quien nos ha creado y redimido por amor. Excepto nuestro amor, nada podemos darle a Dios; por el contrario, Dios nos lo da todo. Hemos de hacer comprender al joven que no hay nadie más libre que la persona religiosa. Los mandamientos de Dios son la guía que nos ha dado para señalarnos el camino de la felicidad. Las obligaciones morales no son obstáculos ni lazos, sino liberación de nuestras ataduras para que podamos volar; no son barreras, sino apoyos. Tan sólo es libre el hombre que vive la vocación para la cual fue creado: ser imagen y semejanza de Dios, que es Amor. Mientras que «servir a Dios es reinar», obedecer al instinto, al egoísmo, al pecado, al respeto humano, es la peor de las esclavitudes.

Un joven que se decide libremente a hacer la voluntad de Dios, estará en la disposición de hacer los mayores sacrificios por una causa justa.

Hemos de animar a los jóvenes a que sean realmente libres, auténticos, *independientes de lo que opinen sobre ellos, o de lo que diga la masa*. Porque muchos de los vicios de la juventud (libertinaje, mentira, adicción al tabaco o a la bebida) se deben en gran parte al temor de ser etiquetado como diferente.

Los jóvenes requieren dominio de sí mismo y capacidad de abnegación para poder perseverar en la fe. El joven que vive a merced de sus instintos se comporta como un animal; pero el que domina sus instintos y tiene a raya sus inclinaciones caprichosas... es un verdadero hombre, todo un carácter.

La verdadera libertad no consiste en escoger el mal, sino en *la capacidad de hacer el bien*, merced a la cual hermoseamos nuestra alma, la moldeamos y alcanzamos la dignidad a la que estamos llamados. Esto es lo que nos levanta por encima de los otros seres creados. Somos libres cuando podemos hacer el bien y desechar el mal. El águila, el león, el roble y el cedro reciben su hermosura y su fuerza de forma natural; pero nosotros hemos de adquirirlas con nuestro propio esfuerzo, apoyados en la gracia de Dios. Es en el dominio de sí mismo donde se manifiesta el líder.

El *sentimiento de la propia dignidad*, la verdadera autoestima y conciencia del propio valer brotan espontáneamente de la fe religiosa. ¡Podemos ir por el mundo con la cabeza bien alta, pues somos conscientes de que tenemos un alma inmortal, pues hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios! Este *santo amor propio* nos espolea a hacer rendir los talentos que Dios nos ha dado, a luchar contra las tentaciones y a perseverar en el bien. Debemos aspirar a ser santos, a vivir la vocación a la que Dios nos ha llama: «Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfectos» (Mateo 5, 48). Ser perfectos en el amor, porque «Dios es amor» (I Juan 4,16).

La humildad no significa negar nuestras propias capacidades, sino reconocer que todo cuanto tenemos lo hemos recibido de Dios.

Pero actuemos con tacto, además del santo amor propio, hay también un amor propio que todo joven posee de forma natural. Debido a él, una ofensa o un castigo humillante por parte del educador puede causar daños irreparables en el alma del adolescente, pudiendo incluso hacerle insensible hacia lo moralmente recto. «¡Ya que cree mi profesor que soy malo, que por lo menos tenga razón»!.

De ningún modo humillemos el amor propio natural que todo joven posee, aun cuando nos parezca exagerado. A ningún profesor le ayuda mofarse de los estudiantes, y mucho menos a un catequista.

Si el joven comete una fechoría, no por eso hemos de dejar de quererlo y tratarlo con delicadeza. Un castigo humillante lo único que logra muchas veces es que el joven se rebele y rechace la enmienda y reparación.

A veces se pueden lograr resultados magníficos de los jóvenes más traviesos cuando se les confía una responsabilidad importante. Al confiar en ellos les ganamos el corazón.

Educación de la voluntad

No conseguiremos nada de provecho de los jóvenes mientras no eduquemos su voluntad. El hombre es un ser compuesto de cuerpo y alma, medio ángel y medio animal. Su interior es un campo de batalla donde lucha constantemente el espíritu contra la carne (instintos, sensualidad). *El fin de la educación es precisamente éste, ayudar al joven a que triunfe el espíritu sobre la carne, el amor sobre el egoísmo*.

Porque tenemos un cuerpo como los animales, tenemos instintos que tiran de nosotros con gran fuerza, y que hacen muy costoso a nuestra voluntad hacer el bien y evitar el mal. De ahí que a pesar de seamos libres, tengamos una voluntad *débil*, que sólo se hará fuerte si se ejercita. Resulta decisivo, por tanto, para llegar a ser realmente libres el ejercitar la fuerza de la voluntad. *Sólo es realmente libre el que se vence a sí mismo*.

Pues bien, ¿qué significa la educación de la voluntad? Significa que, así como a la pierna se la enseña a caminar, a la lengua a hablar, a la mano a escribir, así también a la voluntad hemos de enseñarla a querer.

Para conseguirlo, el joven ha de ser consciente: 1º) de su *debilidad*, de que se verá expuesto continuamente a tentaciones interiores y exteriores que les incitan al mal; y, 2º) de que puede ser *libre* con tal de que luche por

conseguirlo. La lucha será ardua, nadie lo niega; pero magnífico será el galardón que alcanzará el triunfador: dominio propio, libertad interior, nobleza de espíritu, dignidad humana.

Cuanto más pronto empecemos a educar la voluntad, tanto mejor. De esta manera, cuando se *levanten los deseos sensuales*, el joven podrá asirse al salvavidas de su voluntad disciplinada, obediente en todo a la razón. Si muchos desfallecen en las tempestades de la pubertad, esto se debe a que no tenían la voluntad lo suficientemente fuerte, porque no se habían preparado para las pruebas que les esperaban.

Para poder cantar victoria habrá que ejercitarse diariamente en las pequeñas pruebas durante años. Sólo así la voluntad se hace fuerte y a la vez flexible y disciplinada, resistente a afrontar cualquier tempestad. El árbol podrá doblarse cuando la borrasca arrecie, mas no romperse.

Naturalmente, el catequista no se descuidará de subrayar –y alentar con ello a los muchachos— que, como en otros ámbitos de la actividad humana, *los principios suelen ser los más costosos*. De nosotros depende que nos acostumbremos a obrar el bien y no a cometer el mal. Sin una voluntad adiestrada en el ejercicio continuo y en la constancia, no se puede ser un buen deportista, artista, empresario, menos todavía, un hombre de carácter.

Si no educamos la voluntad del joven en el sacrificio y en la mortificación, imposible que pueda soportar las pruebas que le depare la vida y, por tanto, que sea feliz a la larga.

Desgraciadamente, el ambiente que se vive en muchas familias educa para todo menos para fortalecer la voluntad. Autodominio, disciplina, abnegación, espíritu de sacrificio, son conceptos que resultan desconocidos. ¡Qué difícil resultará, en estas condiciones, la misma vida cristiana!

El ambiente que se vive en muchas familias educa para todo, menos para fortalecer la voluntad.

El raquitismo de la voluntad explica los continuos tropiezos que vemos en la vida espiritual de los jóvenes. La mayoría de los jóvenes están

llenos de buena voluntad, quisieran «ser buenos»; pero no pasan más allá de la intención, porque no se esfuerzan por conseguirlo.

Dios se complace en el joven que lucha por superarse, por ser mejor. Mira con singular agrado al joven que detesta el pecado; no tanto al viejo, que muchas veces sólo es bueno porque ya no le tiran con tanta fuerza las pasiones pecaminosas.

Es imposible educar si no tratamos por todos los medios posibles de fortalecer la voluntad de los jóvenes. *¡Hay que enseñar a querer, a querer el bien!* A no cansarse de luchar.

Desarrollo de la vida moral

El niño no tiene todavía criterios morales porque no es realmente libre e independiente, ya que se acomoda por completo al ambiente, todo lo idealiza y piensa que todos cuantos le rodean son buenos.

La adolescencia puede producir en este sentido una conmoción muy dolorosa. El joven se da cuenta de que muchos de los adultos, a los que antes admiraba, no son consecuentes con la verdad y la fe que dicen profesar. Y esto contrasta con *una de las cosas que más admira la juventud: la virtud de la valentía*, la firme decisión por hacer lo que es bueno y justo.

Una completa educación religiosa no solamente instruye el entendimiento sobre las verdades de la fe, sino que fortalece la voluntad para que el joven viva con valentía su fe en todas las situaciones que le toque vivir. No hay nada más bello, más bueno y más noble que la santidad de vida.

Así como en los otros ámbitos de la vida (deporte, estudio, aficiones…) los jóvenes se complacen en medir sus fuerzas, en lo que es arduo y requiere esfuerzo, así también ocurre en la vida religiosa. Y esto se da incluso con las llamadas virtudes pasivas. La paciencia, la obediencia, la rectitud de intención, la abnegación por el bien de los demás, el ayuno, el

acostumbrase a comer de todo, el no fumar o tomar alcohol, el no ser caprichoso, el acostumbrase a no quejarse de nada, etc., son oportunidades para exigirse a sí mismo y ayudan enormemente a progresar en la santidad, mientras que los actos opuestos a tales virtudes son signos de debilidad, cobardía y derrota.

Capítulo 9º

EDUCACIÓN PARA LA VIDA SOBRENATURAL

Ciertamente hemos de poner los cimientos en los valores humanos, pero esto sólo no basta, detenernos en este punto significaría hacer un trabajo a medias. Hemos de tender un puente del orden natural al sobrenatural, y sobre la base humana hemos de levantar el edificio de la vida sobrenatural.

Relaciones entre la educación natural y la sobrenatural

La gracia no sólo no destruye la naturaleza, sino que la supone; no obstante, en nuestra labor educadora nos olvidamos muchas veces de esta verdad. No se puede alcanzar la santidad de vida sin desarrollar las virtudes humanas.

Los jóvenes poseen muchas virtudes naturales, que aunque latentes, están por desarrollar. Es tarea del educador el potenciarlas debidamente para poder levantar sobre ellas el edificio de la vida espiritual. Estas virtudes naturales serán los cimientos sobre los que se apoyen las sobrenaturales.

No juzguemos a los jóvenes por las apariencias. Tras la aparente «virtud» de muchos jóvenes puede esconderse una postura hipócrita, falta de carácter, afán de abrirse camino sea como sea; y en cambio, tras la aparente «maldad», la travesura, el estrépito, el bullicio de otros estudiantes, late a veces un carácter precioso. En un mozalbete vivaracho puede esconderse muchas veces un alma rica y valiosa. No desechemos a ninguno, y menos a estos.

Alegrémonos cuando descubramos en los jóvenes estas disposiciones: veracidad, honradez y rectitud de intención. Demos más importancia a la educación del carácter que al estudio de la lección; no nos contentemos con impartir bien nuestras clases, dediquemos un tiempo a cada alumno en particular, sólo así podremos comprender las dificultades y luchas que encuentran, en sus casas o en la calle, para vivir la fe religiosa.

La gracia no modifica de buenas a primeras ni el temperamento ni los hábitos, si la persona no se decide a cambiarlos mediante la ayuda de la misma gracia y merced a un esforzado trabajo.

La educación en el orden y en el cumplimiento del deber, aun cuando no sean más que virtudes humanas, ejerce una gran influencia en el alma. CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, en su «Protrepticus», enseña como educar las virtudes naturales, y no omite las cuestiones aparentemente tan triviales como el comer, beber, vestirse, la forma de comportarse en sociedad, el deporte, el juego, el trabajo, el baño, etc. SAN FRANCISCO DE SALES –según testimonian su «Philotea» y sus cartas—sabía apreciar debidamente la delicadeza espiritual y la cortesía. El hábil pedagogo ha de descubrir y enseñar los valores cristianos que se esconden en las reglas de urbanidad.

Demos también razones humanas para motivar las virtudes sobrenaturales. Si queremos que los jóvenes aprecien la oración, no simplemente repitamos que la oración es un mandato divino. Debemos mostrar cómo la oración es la actividad más noble del alma humana, pues es una gran distinción el poder levantar nuestra mirada a Dios, nuestro Padre. Del mismo modo hemos de mostrar a los jóvenes que el ayuno no es solamente un mandato de la Iglesia, sino una victoria sobre uno mismo; que la caridad no es solamente una virtud teologal, sino también una virtud social; que no sólo la ética, sino también la salud, exigen la castidad; que la veracidad no es sólo una obligación impuesta por Dios, sino también una condición básica para la convivencia humana. Los jóvenes han de confiar en Dios, mas al mismo tiempo han de tener gran confianza en sí mismos y un arraigado sentimiento del deber y de la responsabilidad.

Las virtudes no se pueden enseñar a los jóvenes tal como se enseñan los conocimientos. No se pueden adquirir sino a costa de esfuerzo y empeño, colaborando con la gracia de Dios. Nuestra labor educadora irá, por tanto, dirigida a que el joven se acostumbre a hacer el bien en todo mo-

mento, a que viva en gracia de Dios, y a que luche contra sus malas tendencias.

Apliquemos a nuestro caso las palabras de SAN PABLO: *«Conforme a la gracia de Dios que me fue dada, yo, como buen arquitecto, puse el cimiento»* (I Corintios III, 10). Sólo así formaremos cristianos auténticos imitadores de Jesucristo; hombres cimentados en valores humanos, hombres de carácter, católicos que viven conforme al Evangelio y no según los criterios mundanos; jóvenes señores por su voluntad y siervos obedientes de su conciencia.

Educar para la vida

Tratemos de que nuestros jóvenes vivan un *cristianismo atractivo*, pues un cristianismo mediocre no satisface a nadie.

El joven, como todo hombre, es un ser social, que no sólo es influido por sus padres y educadores, sino por los amigos, la calle, el barrio, la publicidad, los diarios, las lecturas… Por este motivo, debemos acostumbrarlos a que vivan su cristianismo en pleno mundo, sin miedos ni complejos, en medio de luchas y tentaciones. Esto no significa que tengamos que enviarlos al lugar del peligro, sino que aprendan a comportarse como católicos en cualquier sitio, con audacia y sin respetos humanos. Según SAN GREGORIO MAGNO, no es completamente bueno aquel que no sabe serlo cuando se encuentra entre personas malas (*Lbr. I. Moral*, cap. I).

El que un joven cristiano se comporte con timidez y encogimiento en el mundo, muchas veces se debe más a que le faltan valores humanos que vida sobrenatural. De ahí que una recta educación espiritual ha de dar como resultado una *piedad robusta, esforzada, sana y alegre*.

Educamos también para la vida cuando formamos en los jóvenes *una verdadera conciencia católica*. El joven no sólo ha de vivir en toda su plenitud la *conciencia de que es hijo de Dios* sino que ha de sentirse parte viva de la Iglesia; ha de vivir su catolicismo con temple de acero, y no como

débil caña o veleta que no resiste las pruebas; ha de estar orgulloso de su Iglesia y de la influencia que ésta ha tenido en el mundo a lo largo de su historia dos veces milenaria, de sus logros y de las persecuciones que ha tenido que soportar y de las que ha salido renovada…

Educar para el amor de Cristo

El fundamento de la vida espiritual ha de ser *el amor a Jesucristo*. El que se ha dejado mirar una vez siquiera por los ojos de Jesús, no podrá olvidarle ya jamás.

En el ábside de las antiguas basílicas aparece con frecuencia representado, en mosaico o pintura, la figura de Cristo, Redentor y Juez, sentado en su trono. Tal es la majestad que irradia que nadie que entre en una de estas basílicas puede esquivar su mirada.

El alma humana también es templo vivo de Dios, una basílica que cada cual va construyendo y hermoseando hasta el día de la muerte. La mirada de Cristo también ha de presidir este templo. La tarea de la educación ha de consistir en acostumbrar al joven a vivir cada día bajo la mirada de Cristo, siendo otro Cristo por su conducta y ejemplo.

¿Cómo obedecería Jesús en Nazaret a sus padres? ¿Cómo iría Cristo por las calles de Nazaret? ¿Cómo se comportaría en casa o en la escuela?

¿Cómo trabajaría en el taller con San José? ¿Cómo rezaría Jesús sus oraciones por la mañana, a mediodía y por la noche? ¿Cómo se comportaría con sus amigos y vecinos? ¿Cómo ayudaría a los necesitados que se encontrasen con él?

Jesús también tuvo que luchar, esforzarse, aprender un oficio, trabajar con ahínco..., sufriéndolo todo calladamente, sin quejas ni críticas.

Jesucristo, Dios y hombre verdadero, escogió a pobreza y la humildad. Su figura está llena de contrastes: enérgico y misericordioso; activo y en íntima unión con el Padre; prudente y audaz; majestuoso y sencillo; generoso para con todos y pobre hasta no tener donde reclinar la cabeza…

Jesucristo es Alguien que está vivo, no una doctrina. Hablemos mucho de Jesucristo a nuestros alumnos. Nuestro amor a Jesucristo lo tenemos que contagiar a todos. Hablemos de Él con pasión, con calor, con entusiasmo. Tienen que ver que estamos enamorados de Él. Lo pueden encontrar en la Eucaristía, en la Confesión y en la Sagrada Escritura. ¡No nos limitemos a que lo conozcan por el libro de texto! Los jóvenes deben aficionarse a leer y meditar diariamente el Nuevo Testamento.

Encendamos la llama del amor de Jesucristo en el corazón de los jóvenes. En Jesucristo, el Hijo de Dios, han de ver al Dios omnipotente, al Juez eterno y majestuoso, al Taumaturgo poderoso; pero también al "Hijo del Hombre", de figura tan amable y atractiva. Los jóvenes han de trabar amistad directa con Jesús por medio de la oración. Hemos de acostumbrarles a que le busquen siempre y en todo. Cristo ha de ser para ellos una persona viva, alguien que les ama, en el que deben poner todas sus esperanzas, sus planes y todos sus deseos, con quien se comparte no sólo las alegrías y triunfos, sino también las tristezas y los fracasos. ¡Esto es lo que significa una enseñanza religiosa Cristocéntrica!

Demos mucha importancia a la vida interior. Pongamos todo nuestro empeño en prepararlos bien para que hagan una buena confesión y se acostumbren a hacerlo con regularidad; invitémosles para que comulguen con

la mayor frecuencia posible y con la mejor disposición adecuada; que se acostumbren todos los días a dedicar un rato a la oración y meditación, ya sea en su casa o recogidos en una iglesia ante el Santísimo Sacramento.

Juan, Pablo, María Magdalena, Leví… se encontraron un día con la mirada amorosa de Jesucristo; ese fue el momento decisivo que marco su vida. Que cada joven tenga un encuentro con Jesús, es la meta que se debe proponer todo catequista.

Todos los jóvenes anhelan tener un amigo ideal. No hay mejor amigo que Jesucristo.

Cristo no es un personaje histórico que hace 2000 años dijo y obró cosas maravillosas, para acabar colgado de una cruz. No. Cristo resucitado y glorioso quiere vivir hoy en el corazón de cada joven.

Aprovechemos todas las ocasiones para avivar en los corazones juveniles el amor a Cristo. Jesucristo es Dios y hombre verdadero. Por ser *Dios*, debemos ante su majestad hincarnos de rodillas, tal como lo hicieron Pedro y Tomás. Por ser *Hombre*, hemos de sentir su bondad y su cercanía. Él es humilde y está dispuesto siempre a perdonarnos.

«Acérquese toda alma a Cristo, porque Cristo lo es todo para nosotros. Si deseas curar la llaga, Él es el médico; si ardes en fiebre, Él es la fuente; si la iniquidad te oprime, Él es la justicia; si necesitas auxilio, Él es la fuerza; si temes la muerte, Él es la vida; si anhelas el cielo, Él es el camino; si huyes de las tinieblas, Él es la luz; si tienes hambre, Él es el alimento» (SAN AMBROSIO).

Prendamos este amor a Cristo en el alma de los jóvenes y toda nuestra labor educativa se nos hará mucho más fácil.

El arte de orar bien

1.° Importancia educativa de la oración

No sin fundamento se llama a la oración la *respiración del alma*, porque lo que es la respiración para la vida del cuerpo, esto es la oración para la vida del alma. De esto se desprende que el arte de rezar bien constituye uno de los recursos principales de la enseñanza religiosa.

Si el gran objetivo de la educación religiosa es despertar la vida religiosa, es decir, inculcar la práctica de la religión, uno de los medios principales para lograrlo tendrá que la enseñanza de la oración, ya que según SANTO TOMÁS: «la oración es propiamente el acto de religión» *(Summa theol.* IIª II, q. 83 art. 3 c).

El catequista nada conseguirá mientras no enseñe a sus discípulos a rezar bien. Es un deber importantísimo y más hoy, porque el joven vive en un hogar donde reina muchas veces la indiferencia religiosa, apenas conoce las oraciones más elementales, y no tiene una conciencia clara de la necesidad de la oración.

2º La oración vocal

En primer lugar hemos de mencionar *la oración vocal*, aunque no sea ésta la más importante. Hagamos un experimento elemental con los jóvenes. Hagámosles recitar, por ejemplo, el Credo. ¿Cuántos llegarán más allá de la mitad sin un desliz? ¿Cuántos habrán tropezado ya al llegar a Poncio Pilatos? Si queremos que todos sepan bien las oraciones, hagámoselas recitar a cada uno personalmente en la clase hasta que se las aprendan.

Incluso podemos intentar con los jóvenes de los cursos superiores, que las aprendan en latín: Pater noster, Avemaría, Credo, Angelus, Salve Regina.

Cuidémonos también de que la oración, al empezar y terminar la clase, se haga *con el mayor orden y fervor*. Demos una mirada a la clase para asegurarnos de lo hacen con el debido recogimiento y con la adecuada postura de manos y cuerpo. Antes de la oración, hay que recordarles que van a hablar con Dios y, por tanto, que no piensen en otra cosa. Añadamos una intención especial para pedir en la oración: un compañero gravemente enfermo, el éxito de los exámenes, un asunto de interés general para la Iglesia, etc.

Procuremos recitar las oraciones apropiadas para las época del año litúrgico en que nos encontramos: Adviento, Navidad, Cuaresma, Semana Santa, Pascua de Resurrección (*Regina caeli laetare)*, Mes del Sagrado Corazón (Junio), etc. Recitemos las oraciones en voz alta, vocalizando bien, sin afectación ni indiferencia.

3.° Los libros de oración y meditación

Los libros de oración y meditación para jóvenes han de contener, además de las oraciones propiamente dichas, textos para meditar, para que el joven tenga alguna materia para hacer su oración.

Es un hecho lamentable que haya tantos jóvenes que no rezan ni dedican ni siquiera un ratito todos los días a la oración. Es una obligación primordial del director espiritual introducir a los jóvenes en la vida de oración, que aprendan a orar y meditar. No escatimemos tiempo para conseguirlo.

Desafortunadamente son pocos los jóvenes que saben *orar* y *rezar bien*. Muchas veces salen del colegio sabiendo las mismas oraciones que sabían de niños cuando fueron por primera vez a la escuela: el Padrenuestro, el Avemaría, alguna que otra oración... y nada más. Se las saben de memoria, pero no saben rezar, ni menos orar. ¿Nos podrá extrañar entonces que poco después abandonen aquellos rezos que repetían sin sentimiento ni alma?

Enseñemos el arte de la oración de acuerdo con la edad y grado de madurez del joven.

4.° El arte de rezar bien.

Rezar bien es un arte. Y como todo arte, también tiene su método.

Lo primero que debe hacer el catequista es despertar *el interés por la oración y suscitar la alegría que resulta de hacerlo bien*. Cuanto más pequeño sea, tanto más habrá que poner por móviles de su oración las pequeñas necesidades o preocupaciones cotidianas.

Tendremos que aprovechar los diferentes temas que explicamos, para enseñar las diferentes oraciones. Por ejemplo, después de explicar la escena de la Anunciación, rezaremos *el Angelus*; rezaremos la oración al ángel de la Guarda, después de hablar de la existencia de los ángeles; haremos una oración por los padres, después de comentar el cuarto mandamiento;

rezaremos algún misterio del Rosario, después de exponer los dogmas que se les correspondan; una oración por los difuntos – «Señor, dales el reposo eterno»--, cuando les hablemos sobre la muerte…

Pero habrá ciertas situaciones (muerte de un ser querido, una desgracia, enfermedad, etc.) en que las motivaciones de la oración se suscitarán espontáneamente; en tales trances hemos de recitar las oraciones que se adecuen mejor a la situación dada.

«Cuando rezamos, hablamos con Dios» --dice el catecismo—; sin embargo, al enseñar a rezar, olvidamos con harta frecuencia que la oración es realmente *la conversación del alma con Dio*s, y no la recitación mecánica de ciertas fórmulas. Ya desde pequeño el niño debe acostumbrarse a ponerse en contacto directamente con Dios, y a expresarle con palabras propias sus sentimientos y preocupaciones.

Hemos de preguntar: ¿Cómo rezarías si tu madre se pusiera enferma? ¿Cómo rezarías si muriese tu hermano? ¿Cómo rezarías si te tentara el pecado? ¿Cómo rezarías por tu patria?, etc. Naturalmente, hemos de empezar con los pequeños; si se acostumbran ya desde entonces a rezar bien, no se les hará cuesta arriba cuando sean más grandes. A los mayores hemos de proponerles que escriban en su casa oraciones por diferentes motivos. Salta a la vista que estas oraciones han de ser ardientes, sentidas, fervorosas.

Pongamos frecuentes ejemplos para enseñar cómo se ha de rezar, cómo se ha de hablar con Dios, sin prisas, sin demasiadas palabras, exponiendo nuestras necesidades y sentimientos con sencillez y humildad.

Aprovechemos las ocasiones que se nos presentan, durante la explicación de las diferentes lecciones, para poner un ejemplo de oración personal. No estará mal que el catequista, el profesor, detenga algunas veces su explicación para dar paso al *místico, al contemplativo*. ¿No es natural que, por ejemplo, al narrar la historia de la Pasión, cerremos la explicación con una oración a Cristo crucificado (diciéndola el catequista en voz alta y contestando los alumnos en voz baja); que después de hablar del Santísimo

Sacramento recitemos una acción de acción de gracias, o que, después de explicar el sacramento de la penitencia, recemos el *«Señor mío Jesucristo»*? En ningún lugar está mandado que se empiecen y terminen las lecciones siempre con el Padrenuestro.

La oración más sencilla suele ser de carácter impetratorio, pidiendo por alguna necesidad. Los demás tipos de oración –acción de gracias, oración de alabanza y de expiación— requieren una vida espiritual más desarrollada. Conforme más maduren los jóvenes en la vida espiritual, tanto más *utilizaremos estas formas de oración*. Por ejemplo: «Te damos gracias, Señor, por habernos otorgado el don de la salud, los ojos, las manos..., los padres..., las flores..., un mundo lleno de hermosura», etcétera.

El Rey David recitando los salmos nos puede servir de modelo para aprender a orar con fervor.

Un instrumento musical, para ser perfecto, ha de tener buena resonancia. El alma, para poder orar, también necesita buena resonancia: en el tiempo de la oración, deben resonar en ella los pensamientos celestiales y no los terrenos.

Para tocar un instrumento musical, antes debe estar afinado. Antes de rezar también tenemos que poner en orden nuestro cuerpo y nuestra alma, todos nuestros deseos y anhelos, para que estén en la armonía adecuada para poder conversar con Dios.

El que se limita a tocar siempre las mismas piezas musicales, pronto se cansará de la música; el que repita siempre mecánicamente las mismas oraciones aprendidas en su niñez, difícilmente podrá avanzar en el camino de la oración.

El principiante toca primero leyendo el pentagrama, aprende de memoria algunos acordes y sólo más tarde llega a hacer algunas composiciones propias. Igual sucede con la oración. Al principio se aprende a rezar leyendo atentamente algún libro de meditación, saturando el alma de pensamientos religiosos y recitando las oraciones conocidas. Más adelante se

componen oraciones nuevas, utilizando palabras y sentimientos propios. Y así como para el artista el mayor placer consiste en tocar las composiciones que él mismo ha compuesto, así también para el que aprende a orar bien, le resulta más grato dirigirse directamente a Dios con sus propias palabras.

5º Reglas para rezar bien

Según lo que queda expuesto, *hemos de dar a los jóvenes las reglas siguientes*:

a) Antes de rezar *recojámonos unos momentos*. Al santiguarnos y decir: *En el nombre del Padre y del Hijo*... pensemos que vamos a hablar con Dios; y que lo que hacemos por su gloria debemos hacerlo con el mayor esmero. *

Durante el rezo dediquemos repetidas veces, en algunos momentos, a crear el ambiente adecuado; y procuremos compensar con algunas palabras la gran pobreza de pensamientos propia del niño. Las ideas que así les brindamos, sirven de introducción al rezo, y suscitan un ambiente de piedad. Servirán mucho mejor para introducirles en la oración que la simple actitud de dar golpes sobre la mesa y gritar: «Basta ya de ruido». Pensemos como la Iglesia, antes de la oración, se dirige a los fieles por boca del ministro, diciendo con suavidad: *«Oremus», «Oremos»*.

b) Antes de empezar la oración, pasemos la mirada por la clase: veamos *si se ha hecho un silencio completo*, si los muchachos están con la postura más apropiada (manos, ojos...). Después de esta inspección preliminar, empecemos a rezar. Sin estos requisitos es imposible orar con fervor. La compostura exterior ayuda en gran manera al recogimiento interior.

¿Qué hemos de pensar de la costumbre, muy extendida entre los jóvenes, de rezar en la cama? Ciertamente, más vale algo que nada. Pero en cuanto sea posible, hemos de acostumbrarlos a hacer las oraciones de la mañana y de la noche fuera de la cama. La postura debe mantener el respe-

to que se le debe a Dios, y no se debe correr el riesgo de quedarse dormido antes de rezar al completo las oraciones.

c) *Recemos despacio*. Mejor es rezar poco, atendiendo a lo que se dice, que rezar mucho sin atención.

d) A los más pequeños les puede ayudar a veces orar a *media voz*; les puede resultar más fácil fijar la atención escuchando su propia voz. Naturalmente, los mayores ya no necesitan recurrir a este medio.

e) Resulta más fervorosa la oración cuando al final damos gracias por haberla podido hacer con devoción.

f) Hemos de procurar que el joven se haga la pregunta: *¿por qué rezo?* Si fuera dueño absoluto de mí mismo, si me hubiese creado yo mismo, no rezaría. Pero puesto que todos mis días, todos mis momentos, dependen de Dios, me veo obligado a rezar. *Es necesario. Es una obligación dar gracias al que me creó por amor.* Por tanto, no rezo porque es algo muy dulce o agradable, sino porque estoy firmemente convencido de que debo hablar y amar a Aquel que me amó antes de que yo le amase.

g) Es de importancia decisiva acostumbrar a los jóvenes *a la oración personal*. En la oración, el alma aprende a conocer y amar a Cristo. De ninguna manera hemos de contentarnos con que los estudiantes de los cursos superiores musiten por la mañana y por la noche las oraciones aprendidas en la niñez. El joven debe ponerse en contacto directo con Dios. De otra manera, si únicamente se recitan las oraciones de siempre, no ha de extrañarnos que no se crezca en la vida espiritual.

h) *La oración es una forma personal de hablar con Dios*. Aunque no es posible prescindir por completo de las formas exteriores, hemos de inculcar la idea de que éstas no son más que un medio que nos ayuda, y que lo mejor es *orar personalmente con Jesucristo, Dios y hombre verdadero.* Para enseñar a orar personalmente ayudará expresar espontáneamente los sentimientos que nos suscitan la materia del catecismo que estamos estudiando. La clase no puede terminarse de modo mejor que *uniendo en el marco de una oración los sentimientos* de gratitud, admiración, respeto, alegría, esperanza, etc., que se han suscitado durante la explicación del catecismo.

Mientras los muchachos siguen con el pensamiento al catequista que reza en voz alta, aprenden también ellos a expresar en la oración sus propios sentimientos. Por ejemplo: ¿Qué dijeron los pastores cuando se arrodillaron en Belén ante el Niño Jesús? ¿Qué habríais dicho vosotros? ¿Qué

habríais dicho si hubieseis presenciado la flagelación de Jesús? ¿Y si hubieseis estado al pie de la cruz?, etcétera.

Hagámosles saborear especialmente la *presencia de Dios*: «ahora estoy en presencia de Jesús», «ahora Jesús viene a mí», etc. ya sea durante la Santa Misa, antes de la Comunión o cuando me pongo a hacer mi oración. Si logramos despertar en ellos estos pensamientos, ellos mismos experimentarán la presencia de Dios en su alma a lo largo del día, y mucho más fácil les resultará la jornada que empezaron con la oración. Y con esto les habremos ganado para la oración.

Meditación diaria y examen de conciencia

El catequista debe inculcar la práctica de la meditación diaria para que puedan progresar en la vida espiritual. ¿En qué consiste la meditación diaria? En meditar durante un rato tranquilamente sobre una verdad religiosa, y en dejarnos llevar por los sentimientos que tal meditación despierte en nosotros.

No es necesario ponderar lo valioso que resulta también para la autoformación, para la formación del carácter, *el examen de conciencia* que se hace diariamente cada noche. Difícil será que puedan progresar en la vida espiritual sin tal práctica. SAN JUAN CRISÓSTOMO lo aconsejaba especialmente: «Al ir a dormir, pide cuenta a tu conciencia; haz esto todos los días. Si lo haces cotidianamente, podrás presentarte confiado ante aquel tribunal tremendo» (CHRYSOST. *in Psalm.* IV).

Las lecturas y la lectura espiritual

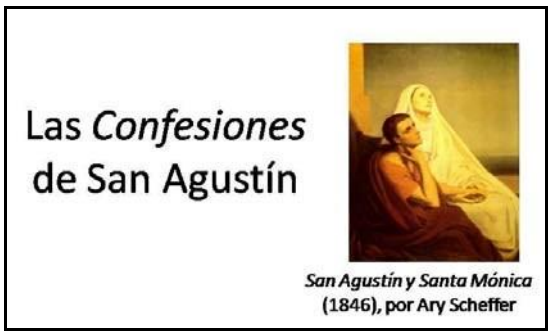
1.° Lecturas peligrosas

El director espiritual de jóvenes debe de *encauzar rectamente la pasión por la lectura que tienen algunos estudiantes*. Las lecturas pueden ser

muy provechosas, pero también pueden ser muy nocivas si son de contenido dudoso o inmoral. Incluso la lectura de buenas novelas no está exenta de ciertos peligros, cuando se les dedica excesivo tiempo a expensas del cumplimiento del deber.

2º Libros aconsejables

Los buenos libros pueden ejercer un efecto muy beneficioso en la vida espiritual de los jóvenes. El catequista debe tener una lista de buenos libros para poder aconsejar su lectura. En esto sobresalen las biografías de los santos y los clásicos de la ascética y espiritualidad. Muy aconsejable es dar a leer las *Confesiones* de San Agustín. No será difícil conseguir que algunos jóvenes hagan cada día por lo menos un cuarto de hora de lectura espiritual.



Capítulo 10º

DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE LOS ADOLESCENTES

Necesidad de la dirección espiritual

No hay edad que más necesite la dirección espiritual como la adolescencia, etapa tempestuosa y llena de peligros, por los cambios que en ella ocurren. Aunque a esta edad la influencia de los padres va perdiendo su fuerza, todavía el alma del joven está blanda como la cera para ser modelada. Razón de más para que el catequista o director espiritual, conocedor de las luchas de la juventud, pueda prestar con el debido tacto una gran ayuda en este sentido.

Es un error pensar que los jóvenes rechazan de entrada la dirección espiritual seria y que son indiferentes a la religión. Precisamente en estos años es cuando más desean conocerse a sí mismos y dar un sentido profundo a sus vidas. ¡Dichoso el joven que encuentra a un guía que le pueda orientar! Si muchos adolescentes abandonan la práctica religiosa, en muchos casos se debe a que los educadores no les supieron orientar ni responder a sus inquietudes. Por esto, el catequista y profesor de religión tienen una gran responsabilidad.

Los cambios psíquicos que acontecen en la pubertad tienen su repercusión en la vida religiosa: la religiosidad natural propia del niño pasa a ser en el joven una religiosidad más consciente y más crítica.

La religiosidad del niño se suele caracterizar por una gran fe en Dios, sin sombra de duda. El niño espontáneamente recurre a Él con amor y fervor, y acepta sin más la religión tal como se practica en su familia. Pero en la edad de la pubertad se da un cambio radical. A la vez que se borran los rasgos infantiles, el adolescente desea cada vez con mayor fuerza fundamentar racionalmente su fe religiosa y vivirla de forma personal. Ello no se produce sin combates ni luchas en una gran parte de los jóvenes.

La edad de la pubertad es más refractaria a las manifestaciones exteriores de la religiosidad. El respeto a la autoridad entra en crisis, y es sustituido por un creciente deseo de independizarse. Sin embargo, el adolescente tiene un firme sentimiento del compañerismo y es muy sensible al respecto humano, llegando a veces a sonrojarse de sus creencias religiosas ante sus compañeros, cuando no coinciden con las suyas.

Las dudas religiosas corren parejas con el deseo de libertad. Aunque muchas de ellas no sean serias, no obstante, si el joven no recibe la ayuda adecuada, puede acabar abandonando la práctica religiosa, no tanto por motivos racionales, sino por las luchas morales que tiene que sostener.

A esta edad el joven también se ve sacudido por el problema del enamoramiento y de las tentaciones impuras. El muchacho puede caer en el ensimismamiento, replegándose sobre sí mismo y consumiéndose en su propio fuego. Es entonces cuando más necesita de un educador que le pueda orientar, aunque visto desde fuera parezca que no necesita de nadie.

La orientación no ha de ceñirse únicamente a la crisis sexual, sino a todo la problemática que resulta de hacerse hombre. La cuestión sexual no es más un apartado más de este proceso.

El joven no se explica lo que le pasa y desea más que nunca encontrar un guía experimentado en quien confiar. Pero esta confianza no se puede imponer, sino que nace de la amistad. Sólo el catequista que sepa ganarse la amistad del joven, podrá franquear la "muralla china" que rodea su alma, y estar en condiciones de poder ayudarle. Pues es imposible llevar una guía espiritual si no hay apertura del alma. Para poder ayudarle, el formador necesita conocer el alma de cada joven en particular, sus miedos y sus ilusiones, sus virtudes y sus luchas.

Al ser la pubertad es una etapa de inexperiencia y de pasiones encontradas, de tentaciones y luchas, la práctica religiosa es más necesaria que nunca. Además, la religión preocupa a los muchachos mucho más de lo

que nos imaginamos. Es un deber nuestro de caridad ayudarles lo mejor posible para que no pierdan el rumbo. El amor de Cristo ha de ser la brújula y la fuerza que necesitan para salir victoriosos de las borrascas que tendrán que pasar.

Cambios que se originan en la pubertad

No estará por demás esbozar siquiera brevemente los síntomas peculiares de la edad de la pubertad. Aunque puede variar según el clima, ésta se inicia alrededor de los trece a los dieciséis años.

Pensemos que la entrada en la pubertad es como un segundo nacimiento. Durante los años de la adolescencia se decide en gran parte el futuro de la vida: o una vida esplendorosa o una horrorosa tragedia.

1.° Transformación corporal y psíquica

La transformación corporal se manifiesta marcadamente en el desarrollo rápido del organismo. Este pierde el encanto de la infancia y se va pareciendo más al de un adulto. Le cambia la voz y la constitución ósea. Se ensancha la caja torácica. Los caracteres sexuales se acentúan. Esta revolución toca su punto culminante en las muchachas entre los catorce y dieciséis años de edad; en los jóvenes, entre los dieciséis y dieciocho.

El adolescente se siente descentrado; ya no es un niño, pero tampoco es un adulto. Ni con los niños ni con los adultos se halla a gusto. No sabe qué conducta seguir.

Su porte es vacilante, como inestables son sus movimientos, ideas, lecturas y actos.

Todas estas transformaciones corporales despiertan en los muchachos sentimientos de fuerza, de valentía, de personalidad, de independencia. El joven se separa del mundo objetivo; aún más, toma posiciones frente al mismo. Tiene valor para oponerse. El mundo de las ideas en él está en plena ebullición. Se le ocurren ideas geniales para transformar el mundo, mejorar lo antiguo, estructurar lo nuevo, según sus propias ideas. Piensa que es su deber el lograrlo.

El educador debe aprovechar todas estas energías y saber orientarlas en actividades provechosas: deporte, estudio, excursiones, voluntariado… Si no se encauzan estas energías, se perderán.

El joven tiene una gran sed de saber. Desea penetrar la esencia de las cosas. Pero sobre todo al principio no pisa tierra, y no hace sino soñar y

tejer planes muchas veces irrealizables. Su fantasía galopa a rienda suelta por el mundo de las novelas y de las utopías.

A esta edad descubre especialmente sus aficiones e inclinaciones personales. Está preocupado por el destino de la propia vida y por la carrera o profesión que tendrá que escoger.

Las cuestiones filosóficas y religiosas le interesan enormemente. Por falta de experiencia y de sabiduría, fácilmente abriga ideas erróneas y disparatadas, aunque también de cuando en cuando concibe pensamientos sorprendentes y originales.

2.° Vida volitiva y sentimental

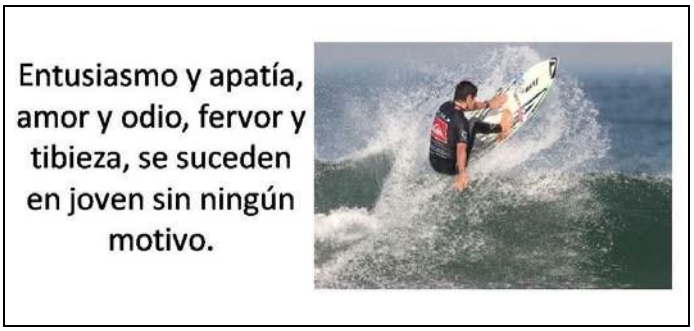
La conciencia del «yo» despierta de un sueño profundo. Parejo al desarrollo de la conciencia es *el deseo de libertad*. No pocas veces se opone abiertamente a sus padres y educadores, a sus consejos y órdenes, siendo tachado de rebelde, terco, insoportable o caprichoso… Sus juicios sobre la realidad son seguros, aplastantes, duros. El joven quiere ser «alguien»; no consiente que le traten como a un niño. Pero aunque se parezca que se enfría su cariño para con ellos (no es raro que se eche a correr cuando su madre quiere besarle), eso no significa que ya no los quiera.

Ante estos cambios, ¿cómo tendrá que comportarse el educador? No le quedará otra que ganarse hábilmente su confianza, aunque sin ceder en un punto su autoridad. Si a los jóvenes les gusta que se les considere como personas mayores, démosles esta satisfacción en el modo de tratarlos; pero no perdamos de vista que, a fin de cuentas, siguen siendo jóvenes, a quienes debemos formar sobre todo en la voluntad y en la coherencia de vida.

El joven tiene sentimientos encontrados. Al mismo tiempo que desea independencia y autonomía, ya lo hemos apuntado, percibe sus grandes limitaciones; frente a un activismo desmesurado que le empuja a transformar el mundo, al mismo tiempo puede verse embargado por el abatimiento

y la melancolía; siente enormes ideales de justicia, y a la vez, un sentimentalismo enfermizo paralizante; anhela ser solidario con los más pobres, y al mismo tiempo, se comporta muchas veces como un egoísta; quiere ser un líder y al mismo tiempo se resiste a la autoridad.

Sus sentimientos además son a esta edad muy inestables. Entusiasmo y apatía, amor y odio, fervor y tibieza, se suceden en el alma sin ningún motivo.



Por un lado se sienten animados a las mayores empresas, y no consideran que haya para ellos obstáculo invencible ni objetivo lo suficientemente elevado. Quieren reformarlo todo –naturalmente, porque desconocen en absoluto la realidad—, y lograrlo de un modo sencillísimo y con un radicalismo espantoso. No nos ha de sorprender entonces que se conviertan en el principal partido de oposición contra la situación religiosa, política y social vigentes. Algunos incluso llegan a irse de casa para poder llevar a cabo sus «grandes empresas».

Pero, por otra parte, no es raro verlos abatidos, amargados e indecisos, porque no logran alcanzar sus ideales y porque comprueban sus grandes limitaciones.

Al mismo tiempo los instintos sexuales se despiertan con fuerza y reclaman sus exigencias. Al joven no le queda otra alternativa, si no quiere ser esclavizados por ellos, que recurrir a un ideal elevado y adquirir una voluntad firme, por la lucha y el ejercicio continuo.

La conducta respecto del otro sexo también experimenta cambios. Mientras eran pequeños, los niños y las niñas convivían sin grandes problemas, pero una vez ya adolescentes, los chicos y las chicas experimentan cierta timidez y se retraen instintivamente respecto al otro sexo. Lo cual está muy bien... así como está. Entra en el plan del Creador el que a esta edad los dos sexos se eduquen cada uno por su lado y no se influyan entre sí, para que pueda el joven desarrollarse como hombre, y la muchacha co-

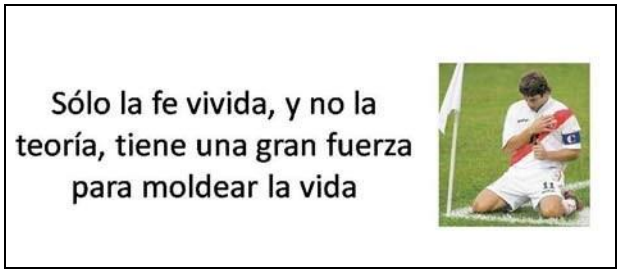
mo mujer. De todas formas, este distanciamiento de los sexos suele ser pasajero.

3.° Cambios religiosos

La fe y la vida religiosa pasan por muchas crisis en esta época. Se esfuma la fe espontánea del niño en Dios Padre, y la fe y la razón muchas veces pugnan entre sí. El abandono en las manos de Dios, la humildad y confianza que tenían cuando era niños ceden su puesto a la crítica, a la duda, a la desconfianza y al deseo de encontrar la clave de todos los misterios. Ya no es el niño bueno, piadoso y obediente de antes. Se atreve a criticar y obedece a regañadientes. No obstante, sería equivocado sacar la impresión de que la juventud es indiferente a lo religioso, aunque no se manifieste mucho exteriormente. Habrá temporadas en que buscará a Dios con toda su alma, y otras en que apenas rezará durante varias semanas.

Para poder superar esta crisis, el catequista deberá suscitar el entusiasmo por la «verdad» y por la vida sobrenatural, y transformar la confianza propia de la niñez, en obediencia consciente y entregada como respuesta agradecida al amor de Dios.

Se ha de poner especial empeño en que el joven ponga en práctica la enseñanza religiosa, pues sólo la fe vivida, y no la teoría, tiene una gran fuerza para moldear la vida.



No asustarse, serenidad

El joven es todo actividad y vida, y no debe de extrañarnos que cometa travesuras. Es como un auto de carreras al momento de la salida, desea ponerse en marcha, desplegar todas sus fuerzas y energías traduciéndolas en actos.

Las innumerables travesuras que cometen pueden sacar de quicio al catequista, y hacer que pierda los estribos, quien ya no se acuerda que él también fue como ellos en su juventud. Mas es imposible educar bien en una clase donde llueven continuamente las llamadas de atención y las re-

prensiones. Por este motivo, el educador ha de tratar de mantenerse sereno por encima de todo. Requiere de mucha paciencia y de mucho tacto para poder educar. No puede pretender exigirles una madurez que no tienen todavía. Menos todavía utilizar la ironía y el sarcasmo como arma contra sus travesuras, pues si humilla su amor propio, lo único que conseguirá es ganarse su antipatía.

Alentemos lo bueno que hay en ellos

Alabemos más lo bueno, más bien que reprender lo malo. Aplaudamos lo que es merecedor del aplauso. Al bruto animal se le trata a latigazos; pero al hombre se le gana siendo amables.

Sobre todo tratémosles con cierta emoción, respeto y temor cuando nos abren su alma. Cada alma humana es un misterio. Es el alma de otro, no es propiedad mía, no dispongo de ella como a mí me place.

El director espiritual ha de tener una *mirada de lince* para poder descubrir en cada joven las buenas cualidades que constituyen su *nota personal*, por las que podrá iniciar y alentar su formación espiritual. Tendrá que conocer las dificultades y luchas por las que está pasando, para poder aconsejarle y orientarle con provecho. Ha de ser consciente también de cuán caprichoso e inconstante es el ánimo de los jóvenes; unas veces el adolescente estará en las alturas, al día siguiente, de repente, sin aparentes motivos, podrá verse sumido en la incertidumbre y el desaliento.

El joven fácilmente se entusiasma y fácilmente se deprime, sintiéndose sin fuerzas para vivir lo que se había propuesto. El catequista ha de hacérselo ver, para que no se extrañe de la gran distancia que existe entre el entusiasmo y la realización práctica. También ha de hacerle ver que los defectos habituales, aunque sean pequeños, son con harta frecuencia más difíciles de vencer que los grandes pecados. Si tiene en cuenta todas estas cosas, siempre tendrá palabras de aliento y de consuelo para poder orientarles.

Dificultades en la educación religiosa

Si difícil es la educación de los adolescentes en general, más todavía lo es la educación religiosa. Mas hay algo que está a nuestro favor: los jóvenes se sienten atraídos por *los grandes ideales, por todo lo que manifiesta generosidad y magnanimidad de ánimo*. Y es precisamente en el Cristianismo donde se dan principalmente estas notas; no tenemos más que pensar en la vida de los santos, en las persecuciones de la Iglesia, en el desprendimiento y heroísmo de los misioneros.

La religión no es una asignatura más, sino la asignatura de la vida; no basta con aprendérsela de memoria para dejarla arrinconada después del examen, tiene que llevarse a la práctica e impregnar toda la vida y la forma de ser. De ahí que nuestro fin no ha de ser tanto llenar la cabeza de ciencia religiosa, sino más bien dar un sentido religioso a la vida que se traduzca en actos.

Sí, la religión ha de apoyarse en la razón, sobre buenos fundamentos, más sin descuidar la voluntad y los sentimientos. Si la educación cristiana es *exigente*, lo es porque enseña al hombre a amar de verdad, a vencer el propio egoísmo para hacer el bien a los demás. «Amarás al Señor tu Dios, y al prójimo como a ti mismo».

Si la educación cristiana es *exigente*, lo es porque enseña al hombre a amar de verdad.

Jesucristo y el joven rico

No podemos conceder, tal como se hace en otras asignaturas, una estima exagerada al saber teórico, en perjuicio del desarrollo del carácter, de la educación de la voluntad y del corazón. El joven debe ser generoso para con Dios. No ha de medir con estrechez la obediencia y el amor que le debe.

Conciliar la autoridad con la libertad

Uno de las tareas más difíciles del educador es conciliar la autoridad con la libertad, porque el joven valora la libertad como su mayor don y

considera todas las prescripciones –incluso las religiosas— como una mengua de ese tesoro.

Cuanto más va creciendo el muchacho, tanto más hemos de moderar la educación autoritaria. Las palabras no surten efecto si no van refrendadas por el ejemplo de vida.

Porque aprecia la autenticidad y la valentía, el joven desea que le exijan y le pidan todo lo que puede dar. Anhela encontrar un guía seguro que le oriente y le fije con claridad el objetivo a seguir. Porque es hiperactivo, necesita que alguien le ponga límites y condiciones para que sus obras lleguen a feliz término.

Como hemos dicho ya repetidas veces, es decisivo que fortalezcamos la voluntad del joven para que tenga capacidad de decisión y lleve a cabo sus buenos propósitos. Hay que ofrecerle incentivos fuertes e ideales atrayentes, y, por otra parte, ejercitar y robustecer su voluntad dominando sus bajos instintos. La ascética católica no es otra cosa que una escuela insuperable de fortalecimiento de la voluntad para buscar en todo agradar a Dios.

Mas en esta etapa del desarrollo surge altivo el *espíritu de crítica*. Los jóvenes son observadores y fácilmente descubren los defectos de los demás. De ahí que el catequista sólo podrá ganar su voluntad si manifiesta una conducta ejemplar.

Este espíritu de crítica y dureza de juicio de los jóvenes tiende a suavizarse con el correr de los años. Esta crisis interior suele ser pasajera. Seamos comprensivos y tengamos paciencia, aunque parezcan a veces insoportables. La crisis no va a durar siempre.

Pero esto no significa que su situación no corra peligros. Ayudémosles en todo lo que podamos, sin abandonarles, para que las dudas de fe no se conviertan en incredulidad permanente... San Pedro también dudó en la tempestad cuando caminó sobre las aguas; seamos para ellos otro Cristo y no dejemos que se hundan.

El adolescente suele ser en general mejor de lo que aparenta. Por desgracia, muchas veces esto lo olvidamos en la práctica. Ellos son como los instrumentos de música antes de ser afinados; dan muchas notas disonantes, porque todavía no han adquirido la armonía necesaria.

Jóvenes de carácter difícil

Los jóvenes que parecen incorregibles son los que más ponen más a prueba la paciencia y la caridad del educador y director espiritual. En la

conducta de estos “incorregibles” influyen muchos factores: temperamento, carencias de la vida familiar, errores en la educación, etc. Realmente tratar con ellos exige una enorme paciencia. ¿Pero qué sería de ellos si también nosotros les abandonásemos en la lucha? Ellos mismos hasta reconocen que no son felices. Habrá que alentarles y devolverles la confianza en sí mismos, para que no pierdan la esperanza y sigan luchando.

Si conservar un alma en gracia es algo asombroso, mucho más asombroso es recuperar a la vida de la gracia al que le dábamos por perdido.

Estos jóvenes han de saber que en el confesionario les espera siempre Jesucristo, nuestro Dios y nuestro hermano, el que nos enseñó la parábola del hijo pródigo, el amigo de los pecadores y de los publicanos, dispuesto siempre a perdonar.

Lo peor no son las caídas, sino no levantarse enseguida de haber caído. «El justo cae siete veces al día» (Proverbios 24,16). Nadie hay tan bueno que no pueda volverse malo por efecto de las malas costumbres; mas todos pueden, por muy bajo que hayan caído, con la gracia de Dios y con esfuerzo y paciencia, levantarse y volver al camino de la santidad.

El hombre es capaz de grandes cosas si tiene confianza de poder hacerlo. Nuestra misión consistirá alentar esta confianza, hacer que el joven emprenda con ánimo de nuevo el combate de la vida cristiana.

Esto no quita para que estos jóvenes “incorregibles” dejen de ser una pesada cruz para el guía o director espiritual. Habrá momentos en que parezca que todo nuestro esfuerzo y toda nuestra buena voluntad caen en el vacío, pero aún en esos momentos no manifestemos al exterior nuestro desaliento. ¿No sacamos del agua al hombre que se ha ahogado? ¡Cuánto más al que todavía tiene un poco de vida!

Nunca seamos duros con ellos ni les agobiemos con reprimendas. En la educación nunca se ha de perder la paciencia. De todas las criaturas vi-

vientes el hombre es el que crece con más lentitud, pero también es el que adquiere mayor perfección.

Aprendamos del labrador. El prepara la tierra con esfuerzo y sudores, la remueve con el arado, siembra la simiente y después espera pacientemente la cosecha. Lo demás no depende de él: el que haga sol, haya sequía, llueva o granice. Aunque en los años anteriores haya habido malas cosechas, no por eso perderá las ganas de trabajar al año siguiente. Cada año emprende su trabajo con esperanza: quizás esta vez haya una cosecha espléndida. Aprendamos del labrador y no seamos educadores pesimistas... «Tened, paciencia, hermanos, fortaleced vuestros corazones porque la venida del Señor está cerca. Mirad cómo el labrador espera el fruto precioso de la tierra y aguarda con paciencia que Dios le envíe la lluvia temprana y tardía. … » (Santiago 5, 7-8).

Ante los aparentes fracasos nos puede consolar el pensar que la semilla que sembramos en estos “estudiantes incorregibles” germinará más tarde, acaso después de muchos años. La experiencia demuestra que las duras luchas de la vida hacen cambiar a no pocos de estos jóvenes que juzgábamos perdidos, y la simiente de la vida religiosa, que fue sembrada en su alma sin gran esperanza, ya en la edad madura, aunque sea después de muchas vicisitudes, llegará a dar su fruto.

Capítulo 11º

EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD EN LA PUREZA

Trascendencia pedagógica

El fin de la educación moral es hacer que el joven sea capaz de seguir la voz de su conciencia en todas las situaciones de la vida, aun a costa de cualquier sacrificio. Todos sentimos la lucha sin cuartel que se entabla entre el bien y el mal en el alma humana, el perenne campo de batalla de dos mundos en lucha. De todos los instintos, los dos más fuertes son el instinto de conservación del individuo (instinto *egoísta*) y el de la conservación de la especie (instinto *sexual*). Los dos son necesarios, porque sin el primero perecería el hombre, y sin el segundo perecería la humanidad. Pero ambos han de encauzarse en sus debidos límites, para que el egoísmo desenfrenado no convierta a este mundo en un antro de ladrones, y el desenfreno de la vida sexual no haga del orbe un inmenso burdel.

Los jóvenes deben recibir una adecuada orientación sobre el amor humano y la sexualidad, para que la impureza no dé al traste con toda nuestra labor educadora.

Si la peregrinación en esta vida eterna es una batalla incesante, no existen refriegas más largas y peligrosas que las que atañen a la castidad. En vano se introducirán reformas pedagógicas y se escribirán nuevos libros de texto si no se gana esta batalla; todo será inútil. Mientras la lujuria destroce a la juventud, todos los más nobles esfuerzos pedagógicos resultarán estériles. Este fracaso explica el sinnúmero de planes de enseñanza, de artículos y libros de pedagogía que a cada año salen a la luz. La desdicha que causa el mal uso de la sexualidad en nuestra época, aun mirado desde un punto de vista meramente humano, adquiere proporciones alarmantes.

Importancia religiosa

Si tanta importancia conceden los educadores a este problema, ¿qué no sentirá el director espiritual, catequista o profesor de religión? Hoy, cuando de múltiples maneras la tentación de la impureza acecha a los jóvenes, llevándoles a una vida triste y sin esperanza, ¿podrá el apóstol de los jóvenes quedarse tranquilo sin hacer nada?

Un tsunami de inmundicia corre impetuoso arrastrándolo todo. ¿No oímos los gritos de los jóvenes a punto de ahogarse pidiendo auxilio? ¿Quién de nosotros sería capaz de quedarse tranquilamente sin hacer nada? «La caridad de Cristo nos urge» (San Pablo). ¡Vengan las lanchas! ¡Aprisa los remos! ¡Vamos a salvarlos!

Pensemos que la mayor desgracia del desorden sexual no son las enfermedades de transmisión sexual, sino la ruina moral que traen consigo los abusos sexuales. Hagamos todo lo que esté a nuestro alcance para evitarlo… por el bien de la familia, por el respeto hacia la mujer, por la fidelidad al compromiso dado, por la pureza de la juventud. Los jóvenes hoy están muy bien informados sobre el sexo, pero ignoran generalmente lo más importante: cuál es sentido profundo de la sexualidad, y cómo ponerla al servicio del amor verdadero. Es lamentable comprobar como muchos jóvenes son esclavos de la impureza a una edad bien temprana (pornografía, la masturbación, la promiscuidad…). Incluso no se dan cuenta la gravedad y de la trascendencia que tiene para su felicidad. Y cuando toman conciencia y quieren romper con este vicio moral, le cuesta lo indecible dejarlo.

Los jóvenes saben muchas cosas pero ignoran lo más esencial: cuál es el sentido profundo de la sexualidad.

Satanás bien sabe lo mucho que aquí se juega. Si logra dar jaque mate a la pureza del joven, la partida la tiene prácticamente ganada.

Hoy el ambiente social proclama los derechos ilimitados del individuo al placer, al *eros*, y con una fuerza irresistible precipita a los jóvenes, los más indefensos, en la ciénaga moral.

¿Por qué son los más indefensos? Porque en el despertar de la madurez sexual (en los muchachos, a partir de los trece o catorce años de edad; y en las muchachas, a partir de los doce o trece), las hormonas sexuales no sólo provocan el desarrollo de los caracteres sexuales, sino que abren las puertas de la imaginación y de los sentimientos del joven a un mundo erótico hasta antes desconocido.

El joven se pregunta entonces muchas cuestiones. Nosotros debemos adelantarnos y darles a conocer el plan de Dios sobre la sexualidad y cómo vivir la pureza de corazón para que sean felices y no se dejen esclavizar por la lujuria.

Lo que puede parecer imposible para las propias fuerzas, es posible para Dios y para quien recurre a su gracia.

Así como se prepara al soldado se durante años para el combate, así hemos de adiestrar a nuestros jóvenes para las luchas espirituales que les esperan.

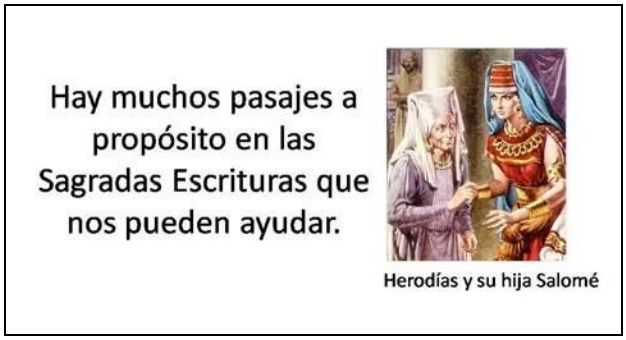
¿A quién incumbe sobre todo la tarea de educar a los jóvenes en la pureza?

En primer lugar, a los padres. Ellos son los que mejor conocen a sus hijos. Ellos son los llamados a seguir con atención su desarrollo corporal y espiritual, y los que pueden dar las explicaciones necesarias a su debido momento, cosa que muchas veces no se hace, por desgracia. Cuántas veces se repite lo que le aconteció a SAN AGUSTÍN en sus años juveniles: «¡Ay! ¿dónde y qué lejos estaba yo de las alegrías de tu casa a los dieciséis años de edad? Entonces se irguió en tirano la voluptuosidad desenfrenada... Los que me rodeaban tan sólo se preocupaban de que preparase magníficos discursos. Mi padre no le importaba si lo que hacía era agradable o no a Dios, o de cómo estaba en punto a pureza, con tal que llegase a ser un buen orador» (Confesiones cp. 2).

Después de los padres, son sobre todo los catequistas, los profesores de religión, el confesor y el director espiritual, los principales educadores de la castidad.

Avisos a tener en cuenta cuando hablemos de la pureza

Hay muchos pasajes a propósito en las Sagradas Escrituras que nos pueden ayudar. Por ejemplo: la creación de nuestros primeros padres, la destrucción de Sodoma y Gomorra, José y la esposa de Putifar, Sansón y Dalila, el pecado de David, la fidelidad de Susana, Jacob y Raquel, la muerte de Juan el Bautista… Todos ellos nos pueden ayudar para explicar el sexto mandamiento y noveno mandamientos.



Cuando el catequista hable del tema en la clase es importante que lo haga con sumo cuidado y con seriedad, sin caer en ligerezas ni frivolidades. Hay que dar fundamentos sólidos sobre el amor y la sexualidad tanto de tipo humano como espiritual. El lenguaje debe ser claro y a la vez delicado, lo cual no resulta fácil. Las razones de índole espiritual y religiosa le dan al tema la debida profundidad: así, por ejemplo, al hablar de la dignidad del cuerpo humano, hay que decir que es la morada del alma y templo del Espíritu Santo.

Pero la explicación en la clase no resuelve la cuestión más que en parte. Hay que hablar personalmente con cada uno, en el marco de la guía espiritual o en el confesionario.

Los alumnos deben tener clara la diferencia que existe entre los fenómenos meramente fisiológicos (que pueden ser causa de tentaciones) y los pensamientos y deseos inmorales conscientemente buscados y consentidos. Sólo así se podrán prevenir muchos falsos escrúpulos de conciencia.

La educación en la sexualidad y en el amor es más cuestión de voluntad que de ciencia. En este sentido, la información explícita puede promover lo que quisiéramos evitar, pues despierta la curiosidad del joven y fija su atención en lo erótico. Todos conocemos lo débil que resulta contra los instintos el mero saber sin la debida fuerza de voluntad. De por sí, el conocimiento de las consecuencias perniciosas de nuestros actos no basta para defendernos contra la tiranía la lujuria. El énfasis tendremos que ponerlo,

no tanto en la información, sino en la motivación espiritual y en la educación de la fuerza de voluntad. Debemos educar a los jóvenes en la superación, para el dominio propio y el sacrificio.

Habrá que darles a conocer la maravilla del inicio de la vida y del desarrollo del niño no nacido en el seno de la madre. Tendremos que enseñarles por qué el matrimonio es una institución ordenada por Dios y elevada por Él a la dignidad de sacramento. Al mismo tiempo tendremos que ponderar el daño moral, físico y social que origina la actividad sexual fuera del matrimonio.

Hablémosles con la suficiente claridad pero sin caer en la vulgaridad ni en la grosería, para que todos lo entiendan. Habrá que poner el énfasis en la voluntad amorosa del Creador y en lo que atañe a la responsabilidad humana. Nuestra explicación ha de ser sobre todo espiritual. Los datos fisiológicos han de estar en segundo término y reducirse a lo imprescindible. Detenerse en detalles irrelevantes es contraproducente, pues incita la curiosidad del joven. Lo que pudo saber la Virgen Santísima en el momento de la Anunciación, puede saberlo también todo joven sin que tenga que sufrir detrimento en su pureza.

Necesitan conocer sobre todo los principios religiosos y las razones antropológicas. Aunque tengamos que hablar de las consecuencias negativas para la salud física (enfermedades de transmisión sexual, etc.) hagamos hincapié *en las consecuencias espirituales del pecado*. Así no podrán ufanarse algunos jóvenes y decir: «*He pecado, y ¿qué me ha sucedido?*» (Eclesiástico 5,4). El sexto mandamiento no es un capricho, ni una forma de amargar la vida, sino salvaguarda de la felicidad.

Subrayemos que todo cuanto ha creado Dios es santo. La vida sexual también es santa; es solo el hombre quien la convierte en pecado cuando hace mal uso de ella.

Dejemos en claro qué cosas es pecado y cuáles no lo son. De esta manera evitaremos muchos falsos escrúpulos y temores infundados.

El hombre consta de cuerpo y alma. No podemos tratar al cuerpo a nuestro antojo, porque es templo del Espíritu Santo. Eduquemos en el pudor, salvaguarda de la castidad.

Muchos chicos se ven muy presionados por sus compañeros a realizar actos impuros. Debemos prevenirlos con nuestras explicaciones. Por lo menos no seremos responsables si no nos escuchan, como no lo fue SANTA MÓNICA, tal como SAN AGUSTÍN nos cuenta en sus Confesiones: «Con qué temor me prevenía mi madre a solas, para que no cometiera pecado carnal… Entonces yo me creía que todo lo que me decía no eran sino habladurías de mujer y me hubiera dado vergüenza hacerle caso… Me precipitaba tan ciegamente en mi propia perdición, que me daba vergüenza no ser yo tan malo como mis compañeros cuando ellos mencionaban sus «éxitos» en tono de jactancia. El más depravado era el que llevaba la voz cantante… Yo procuraba ser peor para que mis compañeros no me despreciasen; y si no podía seguir sus pasos en la corrupción, les mentía, diciéndoles que había hecho tal o cual cosa con tal que no me despreciasen por ser menos depravado y no me tuvieran por cobarde por no revolverme en el lodo tanto como ellos» (*Confesiones*).

A los chicos varones que están entrando en la pubertad, tendremos que explicarles las nuevas señales de la maduración sexual que van a experimentar (polución nocturna…). No solo es santa nuestra alma, sino también nuestro cuerpo es santo. Nuestro cuerpo es obra de Dios. Respetémoslo. El Señor ha querido venir a morar en él (Comunión) y también él está llamado a disfrutar de los goces de la vida eterna.

Los instintos corporales no son malos en sí mismos ni lo es el instinto sexual. El cuerpo no es impuro, ni es pecaminosa ninguna de sus partes, sino el abuso del mismo. Gracias al instinto sexual nos hacemos participes de la fuerza creadora de Dios.

Medios naturales para vivir la castidad

a) Motivación de la pureza y educación de la voluntad

Hemos subrayado que la formación en la pureza no depende tanto de los conocimientos, sino de la práctica de las virtudes. ¿Cuál ha de ser nuestro fin principal? En primer lugar, motivar en el joven el ideal de la pureza de corazón. En segundo lugar, educar su voluntad para que sea dueño de su instinto sexual, no solo en los actos, sino en el fuero interno, en los pensamientos y sentimientos. La victoria, por supuesto, no será fácil, pero es posible.

El que conservemos la pureza del alma depende de la fuerza de voluntad sostenida por la gracia de Dios. La pasión sexual es tan fuerte que, en la mayoría de los varones, resulta casi imposible tenerla a raya con meras razones humanas. Menos todavía si la educación es permisiva y condescendiente.

Los jóvenes deben entender que la continencia que tienen que observar en su juventud está supeditada *a fines más altos*, y que lo que ahora les cuesta muchos sacrificios les dará más tarde grandes compensaciones. El instinto sexual es como el motor de un auto, algo necesario para la vida, pero que hay que saber manejar para no tener un accidente que puede ser mortal. ¡Pobre del conductor que no sepa dominar su auto y no frenar a tiempo!

Habrá que aprovechar las pequeñas mortificaciones que tiene la vida para robustecer la fuerza de voluntad. Difícil será que se pierda quien en su niñez y juventud supo negarse a sí mismo en muchos pequeños placeres, tal como soportar el cansancio, la sed, el frío, el sol abrasador… sin proferir palabra. Negarse a sí mismo también es dominar la curiosidad y la ira.

En vez de espiar con temor todos los movimientos del niño y del adolescente, resulta mucho más provechoso que los padres y educadores les *acostumbren a dominarse a sí mismos, a soportar pequeñas mortificaciones, a triunfar sobre la pereza, a saber sufrir sin quejarse*. Sólo así el joven llegará a convencerse de que el alma es quien debe mandar, y no el cuerpo o los sentimientos. La mejor educación sexual se fundamenta en la educación del carácter. Educar en la pureza, en la sinceridad, en la ascética, en el orden, es de por sí ya educación sexual y en el amor. El joven así comprobará que es capaz de dominar las excitaciones y deseos del cuerpo. La verdadera educación para el amor consiste en ejercitar la voluntad del joven desde pequeño, acostumbrándole al trabajo, a ser puntual, a la obe-

diencia, a exigirse a sí mismo, al dominio propio. El muchacho que sabe dominar su estómago y su gula tendrá a raya con más facilidad los deseos sexuales desordenados.

b) Educación de la afectividad

No hay cosa más difícil de sujetar que los sentimientos. Quien *domine sus sentimientos*, difícilmente será esclavo de las pasiones pecaminosas.

Pero, por desgracia, la educación moderna adolece de una grave falta: es permisiva y condescendiente. Ha sustituido la antigua «educación en el esfuerzo» por la comodidad, la dejadez, la blandura excesiva. Este relajamiento de la voluntad es tremendamente peligroso pues promueve más la inmoralidad que cualquier ignorancia sexual.

Los bajos instintos tienen sus exigencias, y si estos no se dominan, piden cada vez más (desorden, pereza, comodidad, glotonería, orgullo, ociosidad…). Por esto, habrá que educar al joven ya desde niño a que sea ordenado, a levantarse a la primera de la cama, a ser puntual, a callar cuando se debe, a renunciar de vez en cuando a sus platos favoritos, a ser veraz a toda prueba, a saber sufrir las pequeñas incomodidades, a ser constante en el trabajo, etc.

No se trata de que el niño no tenga alegrías, ni de echarte a perder su mejores años con privaciones y trabajos. No. El niño debe ser alegre, ha de reír, ha de saltar de alegría, ha de estar lleno de vivacidad; pero también ha de aprender que por muy ricos que sean sus padres, tendrá que sacrificar muchas cosas por otras de mayor valor. El que de niño tenga cuanto se le antoja, difícilmente renunciará a las tentaciones propias de la adolescencia. Tanto más hemos de impartir la «educación en el esfuerzo», cuanto más blandengue sea la educación moderna.

Hoy los niños tienen muchas diversiones. Reciben tantos regalos que ni siquiera los aprecian. Se les facilita tanto el estudio, que difícilmente se acostumbran al trabajo serio. Los padres y educadores respetan tanto «los

derechos del individuo», que consienten todos los caprichos del chico. Pero *esta molicie de las costumbres perjudica enormemente la formación del carácter.*

«Es cosa santa el niño», «res *sacra puer»,* decía ya la antigüedad pagana. ¡Defendamos los derechos del niño!, gritamos ahora. El niño se merece todo nuestro respeto. ¡Respetemos al alma pura e inocente del niño! No les mimemos en exceso. Eduquémosles en la disciplina, en la abnegación de sí mismo, en el esfuerzo, en vencer la glotonería, la pereza, la falsedad, etc.

Los jóvenes aprecian enormemente *la libertad y la autenticidad*. Pero sólo podrán ser realmente auténticos si conservan la libertad de espíritu frente a los bajos instintos. Ese es el campo donde deben probar sus fuerzas. Y mientras sean débiles en este punto, no podrán ser plenamente felices.

No podemos apartar completamente a los jóvenes de las malas influencias. En la calle, en la escuela, incluso en la propia casa, ven y oyen muchas cosas que no deberían ver ni oír. No podemos tenerlos encerrados, como en un invernadero, para poder educarlos. Incluso si lo lográsemos, los expondríamos a un gran peligro cuando al fin saliesen al mundo. No hay otra forma de inmunizarlos contra las tentaciones que *robustecerlos en lo espiritual y en la voluntad.* Están llamados a grandes cosas. ¡Llenemos sus almas de grandes ideales!

Propongamos a todo joven vivir el desafío del amor:

«En todo joven duerme un héroe. Muchacho: conserva puros tu cuerpo y tu alma. Respétate a ti mismo. Respeta a la mujer. Toda mujer ha de ser santa para ti. Tal como amas y respetas a tu madre, y amarías y respetarías a tus futuras hijas y a tu esposa, ama de la misma manera a cualquier mujer. Ultrajas a la mujer cuando te acercas a cualquiera de ellas con intenciones aviesas. Sé todo un hombre.»

«Muchacha: Busca la santidad por encima de todo. Guarda tu pureza y respeta la pureza del joven. Busca su bien por encima de todo, tal como buscas el bien de tu padre, de tu hermano, de tu futuro esposo o de tus futuros hijos. Ultrajas al hombre cuando con tu forma de comportarte y de vestir, eres para él causa de tentación.»

Educar no es negar la libertad al alumno, sino *enseñarle a que la use rectamente*. El educador no hace más que trazarle el camino, pero es el propio joven el que debe conducir el auto de su propia vida. Si el joven quiere ser respetado, tendrá que respetarse primero a sí mismo. El pecado de la impureza es antes que nada un gran ultraje y una gran humillación para el que lo comete.

c) Educación de la imaginación

La guarda de la pureza del alma está supeditada al dominio de la imaginación.

«La salvación está en la huida», decían con realismo los antiguos respecto de la tentación sexual. Esto significa huir de todo aquello que pueda ser ocasión de pecado: imágenes, pensamientos impuros… todo aquello que pueda excitar la pasión sexual.

Los jóvenes han de darse cuenta de cuántas veces los engaña su fantasía, cuántas veces les ilusiona con falsas alegrías para luego imponerles una esclavitud vergonzosa. La imaginación tiene que estar sometida a la razón y a la voluntad. Es terrible ver el gran daño que causan las películas y revistas inmorales en este punto.

Nuestra labor en la escuela se contrapone muchas veces a los criterios del mundo. En la escuela les alentamos a que luchen por un ideal elevado, que sean libres y dueños de sus bajos instintos, que sean puros en sus pensamientos, en sus palabras, en sus actos... Y estos mismos jóvenes ven como el mundo rinde culto al placer y al libertinaje. No es de extrañar entonces que el joven que quiera mantenerse puro, que quiera respetar a la

mujer y vivir el verdadero amor, se vea expuesto muchas veces al sarcasmo y a la burla por su forma de ser.

¿Qué hacer cuando surge un pensamiento impuro? Un «No» enérgico de la voluntad no es suficiente para rechazarlos. Hay que sustituirlos por pensamientos buenos, siguiendo el consejo de SAN PABLO: «*No te dejes vencer por el mal, sino procura vencer al mal con el bien*» (Romanos 12,21).

d) Actividad continua, trabajo y deporte

Acostumbremos a los jóvenes *a no estar nunca ociosos,* a tener siempre alguna ocupación entre manos, porque «*la ociosidad es maestra de todos los vicios*» (Eclesiástico 33,29). Entre los medios naturales para no estar ocioso está *el ejercicio físico (*deporte, trabajo corporal no excesivamente pesado) o psíquico (actividades culturales o artísticas, voluntariado social, estudio científico…). Hay que gastar las energías en cosas que merezcan la pena, en vez de obsesionarse con el sexo. Prevengamos las tentaciones teniendo el tiempo ocupado en el estudio y en actividades creativas. La continencia perfecta hasta el matrimonio es difícil pero posible.

El deporte vigoriza el cuerpo, aumenta la resistencia al estrés, infunde alegría y despierta nobles pensamientos. Además, por cansar al cuerpo, asegura un sueño tranquilo y reparador, evitando con ello las tentaciones de pensamientos impuros que suelen sobrevenir a los que permanecen despiertos en la cama. Es muy recomendable para los estudiantes que pasan muchas horas sentados y encerrados en la habitación, pues el cuerpo en estas condiciones es más sensible a las excitaciones sexuales. Pero no perdamos de vista que el deporte no es un fin en sí mismo, sino tan solo un medio para mantener la salud y robustecer la voluntad. El deporte en exceso es perjudicial para la formación integral de la persona.

El deporte vigoriza el cuerpo, infunde alegría y despierta nobles pensamientos.

Hay que evitar todo lo que desencadene la excitación sexual: las bebidas alcohólicas, las malas lecturas, el baile, la ropa interior demasiado ajustada, la cama demasiado blanda, la habitación demasiado caliente, ciertas posturas…

Es muy conveniente que el joven se acostumbre a ducharse con agua fría por las mañanas, para robustecer su voluntad y mortificar el cuerpo, pues siempre debe estar sujeto a servidumbre. Quien tiene que enfrentarse a duras batallas ha de tener un cuerpo robusto y resistente.

Los siguientes medios ayudan también a educar el corazón: soportar animosamente los dolores corporales y espirituales; vencer el propio egoísmo en pequeños detalles; superar los sentimientos de antipatía o envidia hacia determinadas personas...

e) Veracidad

Acostumbremos a los jóvenes a que digan siempre la verdad, a que sean veraces. La *veracidad* es una virtud fundamental que dignifica a la persona humana. Por el contrario, la mentira nos debilita moralmente; nos despoja del propio respeto, y de esta manera nos lleva a cometer otros pecados.

Si bien el que miente logra algunas ventajas, es mucho más lo que pierde: ultraja el respeto que se debía tener a sí mismo y lesiona gravemente la confianza que los demás habían depositado en él.

El que miente lo hace a veces por vanidad, buscando el aprecio de sus compañeros, o por no quedar mal, para que no pierdan la confianza que le tenían. O lo hace por temor al castigo. Pero no se da cuenta la verdad al final siempre sale a relucir y de que la mentira siempre señal de debilidad y de cobardía que hiere la dignidad de la persona. Poco podemos esperar del que miente contra la verdad y oculta sus convicciones. El que miente se hace merecedor del desprecio y se gana la desconfianza de los demás.

La mentira supone tal degradación de la persona que la deja sin resistencia y a merced de todas las ignominias. En cambio, la lucha por ser veraz dignifica a la persona y la defiende de cualquier degradación moral.

Los jóvenes han de ser sinceros especialmente *con sus padres*. Ello es una gran ayuda para guardar la castidad. ¡Cuántos tropiezos se evita el joven que es sincero con sus padres! Para esto ayudará enormemente que los padres no sean excesivamente severos, para que el joven no le cueste decirles la verdad, y no se acostumbre a mentir.

f) Lecturas adecuadas

Además de la conversación personal, es de gran ayuda que el joven lea algún *libro que hable de la belleza de la castidad y pureza de corazón.* Hay que alentarles a que después de leerlo nos propongan personalmente sus dudas y las dificultades que experimentan para vivir la pureza, mejor que ante toda la clase. Naturalmente, pondremos en manos de los jóvenes libros escogidos [Por ejemplo los libros del mismo autor: *Energía y pureza*, para los muchachos. *Pureza y hermosura*, para las muchachas].

Medios sobrenaturales para vivir la castidad

Aunque los medios naturales ayudan a vivir la castidad —el amor verdadero en la esfera sexual—, bien sabemos que la victoria final es *obra de la* gracia *sobrenatural.* La vida de la gracia es tan poderosa para rechazar los pensamientos impuros y para conservar la pureza de corazón, que sin ella es prácticamente imposible vivir la continencia y vencer las tentaciones.

El temor de Dios no solamente es el principio de la sabiduría, sino el fundamento de la pureza de corazón

Todos los esfuerzos naturales que hagamos serán infructuosos si falta la ayuda de la gracia. Dice el *Libro de la Sabiduría: «No podría ser continente si Dios no me lo daba»* (Sab 8,21). De ahí que tenga razón TERTULIANO al escribir: «Donde está Dios, allí hay pureza» (*De cultu feminar*., cap. 5). Las meras consideraciones humanas, ya sean de índole médico o ético, de poco sirven cuando se desata la pasión sexual en la pubertad. A la pregunta que hace el hombre con tanta impaciencia: «¿Por qué no me es lícito hacer lo que me pide con tanta vehemencia *mi naturaleza?»*, solo puede dar una contestación satisfactoria la fe religiosa. Sólo la colaboración de la gracia divina con la voluntad humana tiene arrestos para conducirnos a la victoria.

La fe religiosa no elimina la sensualidad, más bien la pone al servicio del verdadero amor, santificándola y espiritualizándola. Pero solamente lo hará si esta fe es profunda, y no una pura formalidad exterior.

El amor a Dios es el escudo invisible de la pureza espiritual, algo así como los párpados lo son para el ojo, los cuales se cierran instintivamente ante la más pequeña amenaza exterior.

Nuestro Señor JESUCRISTO nos manda: *«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto»* (Mateo 5,48). Con ello nos está afirmando que Dios es la fuente primera de toda belleza natural o espiritual; y una fuente abundante, porque Él no está limitado por el espacio ni constreñido por la materia. Lo que asemeja el hombre a Dios es vivir el amor verdadero, lo cual sólo se puede lograr quien vive la pureza de corazón y no está esclavizado por sus instintos.

Sólo el amor a Cristo nos inmuniza contra el egoísmo. Sólo el que permanece unido a Él puede tener la fuerza que se requiere para permanecer puro. Mas no se puede permanecer unido a Jesucristo si no se tiene espíritu de oración, si no se cultiva la oración todos los días. *Cualquier otra pedagogía fracasará si olvida sacar el agua de la fuente del amor que es Cristo.*

Mucho ayuda a vivir la castidad *el pensamiento de la presencia* de Dios. Todo joven debe pensar con frecuencia que en cualquier sitio donde se encuentre Dios lo ve. Esto le inspirará el santo temor y amor de Dios que necesita para poder alcanzar los goces eternos. *«Porque te has portado con varonil esfuerzo y has tenido un corazón constante; porque has amado la castidad..., por esto también la mano del Señor te ha confortado y, por lo mismo, serás bendita para siempre»* (Judit 15,11).

Vivir puro no es imposible, pero cuesta enormes sacrificios. «La pureza es una clase de martirio» (SAN JERÓNIMO). Es un martirio incruento que pasa desapercibido para el mundo, mas no para Dios, que todo lo ve y que no dejará de premiar cualquier sacrificio que se haga por amor a Él.

La confesión y comunión frecuentes, vividas con devoción y seriedad, son medios insuperables para alcanzar y mantener la pureza de corazón.

El confesor debe de ser muy prudente a la hora de juzgar y tratar la gravedad del pecado.

El placer sexual, completo o incompleto, que se necesita para que haya pecado grave, fisiológicamente apenas se puede dar *en los niños.* Por tanto, las palabras, las miradas o los actos impuros de los niños no pueden tildarse de pecados graves. Los pecados que cometen los niños, por curiosidad o por juego, no pueden ser mortales, ya que no implica verdadero goce sexual ni hay conciencia de pecado grave.

Tampoco se pueden juzgar *en los adolescentes según un solo patrón la* gravedad de los pecados cometidos contra el sexto mandamiento. Existen bastantes jóvenes que luchan tratando de mantenerse puros, orando, confesándose y comulgando con frecuencia, y evitando las ocasiones de pecado, no obstante fácilmente reinciden en el pecado por debilidad. No cabe duda que estas almas después de cada caída se arrepienten sinceramente; habría que preguntarse si tienen el pleno consentimiento que se requiere para el pecado grave.

La confesión y comunión frecuentes son medios insuperables para vivir la pureza.

Otra cosa es ver si será prudente pedagógicamente darles a conocer tal hecho. Generalmente no es conveniente, si bien podrán darse casos en que el director espiritual podrá hacerlo, no para dar carta de libertad para seguir pecando con ligereza, sino para infundir nuevas fuerzas al alma que estaba a punto de desesperarse.

Capítulo 12

LA RELIGIÓN COMO ASIGNATURA

Por mucho que insistamos en la educación de la voluntad y de los afectos, todo debe asentarse sobre *el fundamento racional de la fe*. No se puede omitir la explicación de los dogmas de nuestra religión. Porque si bien los niños acogen con naturalidad la fe religiosa, si falta *el «obsequio racional» de la fe,* y no se alimenta ésta de conocimientos acordes con la edad, dicha fe no podrá mantenerse en pie mucho tiempo, sobre todo cuando se vea atacada.

En la Edad Media, en que todas las manifestaciones de la vida individual y social estaban saturadas de la fe religiosa, no se necesitaba emplear especiales recursos pedagógicos para que los jóvenes adquiriesen una concepción católica del mundo. La familia, la calle y la sociedad vibraban con la fe religiosa.

Hoy la situación ha cambiado. El niño muchas veces no oye hablar de religión más que en la clase de religión o en la catequesis. Apenas recibe otra influencia religiosa. En un mundo que niega orgullosamente la fe, el niño ve burlados y puestos en duda todos los ideales hermosos de la religión.

La clase de religión es una *gran oportunidad para renovar la fe y la práctica religiosa de los alumnos.*

La *fe infantil* del niño debe pasar a ser, en el joven, una *fe madura*. El joven debe ser consciente de las alegrías y felicidad que la fe le proporciona, así como de las exigencias que comporta, para que pueda decir con San Pablo: «*Bien sé yo de quién me he fiado*» (Colosenses 4,6). La clase de re-

ligión, en este sentido, debe ser una *gran oportunidad para renovar la fe y la práctica religiosa de los alumnos*.

Deficiencias de la actual enseñanza religiosa

1º Errores de método: demasiado teórica

Es una pena que *en general los estudiantes no valoren la clase de religión como se merecería.* Bastantes la consideran poco grata, y algunos hasta la tachan de aburrida.

El que les resulte grata o no, no depende de la materia en sí sino del *método de enseñanza, de la manera de presentarla o de la persona del catequista o profesor de religión.*

¿Por qué no valoran los estudiantes la clase de religión? ¿No hay una manera de hacerla más fácil? ¿No se podría adaptar mejor al modo de pensar del adolescente? ¿No podría ser más atrayente para los alumnos?

Para lograrlo, es imprescindible que el profesor de religión o catequista este convencido de que no existe una tarea más grata que la suya. Y para hacerla atrayente, hay que tratar de que parta de la vida, de las cosas que le ocurren al muchacho; de este modo nuestros consejos serán bien recibidos y no serán insustanciales de puro abstractos o generales. No hablemos a los chicos del futuro que tienen que forjarse, porque su voluntad y sus arranques son efímeros, debido a sus permanentes cambios de estado de ánimo, sino hablémosles de lo que pueden hacer cuando esa misma tarde vuelvan a casa, de la oración que puedan hacer esa misma noche, de su próxima confesión... No les hablemos como si fuesen adultos, sino hablémosles de las virtudes y pecados propios de su edad, de cómo robustecer su voluntad, de la lucha contra su defecto dominante... etc.

No rebajemos la clase de religión a ser otra asignatura más. No nos contentemos con que simplemente aprendan bien las lecciones y hagan un buen examen. Nuestra labor no es sólo instruir, sino educar, algo mucho más difícil e importante. Debemos educar jóvenes de carácter, católicos que vivan su fe.

Según ARISTÓTELES el hombre es un «animal racional». Si no hacemos más que cultivar su razón, podrá ser, no cabe duda, más inteligente, pero no dejará de ser animal. Más aún, cuantas más cosas sepa, tanto más orgulloso y engreído se volverá, si no se preocupa al mismo tiempo de ennoblecer su alma. Es muy importante saber dar razón de nuestra fe religiosa, pero no olvidemos que este conocimiento no es más que eso, conoci-

miento, y no la vida de la gracia que todo católico debe vivir. Para que *el conocimiento se transforme en vida* es menester, además de la iluminación de la razón, la vida de gracia de Dios y la cooperación de la persona, es decir, la *educación de la voluntad y del corazón*.

Un gran error de la enseñanza religiosa es exigir que los alumnos sepan mucha teología sin tratar de que ésta influya en su vida. Lo que el joven católico necesita sobre todo, más que retener en la memoria muchos conocimientos teológicos, es que ame la religión que profesa, que este orgulloso de ella, que valore la grandeza histórica del catolicismo, en qué se diferencia de las demás religiones, que ame su doctrina y aprecie las múltiples y maravillosas manifestaciones de la vida católica, tan conformes con la naturaleza humana; es decir, que conozca a grandes rasgos lo que ha aportado y sigue aportando el catolicismo al mundo. Más que formar sabios, que discutan sobre los diversos puntos de la fe, tenemos que formar creyentes que la vivan; no teólogos, sino seglares fervorosos; no teóricos de la fe, sino hombres de fe acrisolada que aman a la Iglesia; hombres que oran, que realizan el bien en su vida cotidiana y que son apóstoles de los demás.

2.° Materia y textos de la enseñanza religiosa

Pero no solamente el método tiene deficiencias, también las pueden tener la materia que se imparte en las *clases de religión. Muchas veces la materia de religión en la escuela de secundaria viene a ser una edición reducida de un tratado de teología; los libros de texto, en bastantes ocasiones, no son sino manuales teológicos*. Pero si lo que nos importa sobre todo es formar creyentes fervorosos, más que pequeños teólogos, entonces tendremos que adaptar los textos al fin que pretendemos lograr. Desgraciadamente, la instrucción religiosa que se imparte en muchos colegios apenas tiene implicaciones en la vida práctica. Y así no es de extrañar que una gran parte de los intelectuales que se formaron en colegios religiosos, no se consideren católicos practicantes en su vida diaria.

Los libros de texto no pueden ser simples manuales de teología, sino que han de perseguir claros objetivos educativos en la formación del carácter y en la práctica de la vida cristiana.

De poco servirá que los jóvenes, al acabar la secundaria, conozcan su fe con gran profusión de detalles, mientras no la amen, no se enorgullezcan de ella ni la pongan en práctica. Porque la vida religiosa es cuestión más bien de vida que de conocimientos. El joven que no vive en gracia y que no tiene una voluntad firme y disciplinada, pronto será derrotado, por mucho que conozca la teoría. El mal no está tanto en que el desconocimiento de la doctrina, *sino en que le falten al joven las fuerzas para vivirla.*

En conclusión, hemos de procurar que los jóvenes amen la fe que profesan y la vivan, más que atiborrar sus mentes de conocimientos teológicos. ¡Menos intelectualismo y más vida espiritual!

Una enseñanza religiosa con planteamiento educativo

En la enseñanza religiosa tendrá, pues, que prevalecer el planteamiento educador sobre el intelectual.

1º Más amor de la religión

El catequista ha de impartir, por supuesto, la materia prescrita, pero ha de importarle sobre todo que los alumnos vivan la fe, que sean jóvenes que vivan la vida de la gracia, que tengan una voluntad recia para enfrentar los duros combates que les esperan.

Tal era el objetivo principal del primitivo catecumenado cristiano; el mismo fin se perseguía en la Edad Media; mas en la Edad Moderna el intelectualismo, es decir, el aprecio exagerado por los conocimientos, ejerció tal influencia sobre la enseñanza religiosa católica, que acabó rebajando la catequesis a una mera instrucción religiosa. La catequesis debe volver a ser lo que era antes, una verdadera formación del carácter cristiano.

La clase de religión ha de educar para la vida. Los jóvenes deben quedar convencidos de que la clase de religión es la más importante y valiosa. Esto lo logrará el catequista que no sólo sabe llegar a la cabeza, sino al corazón.

2.° Participación del corazón

Hay que lograr que nuestros estudiantes *abracen de* todo corazón la fe que profesan, es decir, que la amen.

Dos jóvenes escalaron una preciosa montaña de los Alpes; uno de ellos subió tan sólo por ver si era capaz de llegar a la cumbre; al otro lo llevó el entusiasmo por el paisaje que esperaba contemplar. Al volver a casa se les preguntó qué habían visto. El primero contestó con un ánimo que no traducía ninguna emoción: «¿Qué es lo que vimos? No gran cosa. Nada más que árboles, campos, riachuelos, praderas, cielo azul, mucho sol… El otro contesto lleno de entusiasmo: «¿Qué es lo que vimos? Oh! Árboles, campos, riachuelos, praderas, cielo azul, un sol espléndido», delatando con la entonación de sus palabras el júbilo que le embargaba.

Algo parecido ocurre con la explicación de la doctrina católica. Uno la puede explicar sin manifestar apenas emoción, o bien la puede enseñar entusiasmado, irradiando alegría y amor. Para que una semilla germine, no solo hace falta sembrarla, necesita además de calor. Para que el catequista pueda desarrollar la fe en el joven, no solo tendrá que sembrarla (conocer la doctrina), sino infundir calor en el alma (poner entusiasmo).

El arte del catequista consiste en esto: en trocar de una u otra forma la doctrina católica *en vida* para el discípulo, y así lograr que en su alma arraigue la fe religiosa. De esta forma el joven, cuando acabe sus estudios, no olvidará los principios religiosos que le enseñaron, antes le servirán de mucho en determinadas situaciones. En cambio, si el joven no aplica a la vida las enseñanzas católicas, sino que tan sólo se quedan en su inteligencia, la religiosidad que manifieste al terminar sus estudios quedara reduci-

da a una mera exterioridad, de la que se desprenderá en la primera ocasión favorable.

Un catequista que sepa poner entusiasmo en sus palabras y que viva lo que predica, podrá compensar las deficiencias que encuentre en el método de enseñanza. Esto no significa que no sea importante el método. El método tiene cierto parecido con los trajes confeccionados de fábrica, que son diseñados para la población en general. Así el método no hace más que sentar las reglas generales y no se extiende a los pormenores de la vida diaria. Para que un buen método dé magníficos resultados tendrá que ser aplicado en cada uno personalmente, tal como ajusta el sastre los trajes hechos de fábrica a la talla de cada individuo.

Para poder explicar la fe católica necesitamos la luz y del Espíritu Santo. Acudamos a Aquel que *«a unos ha constituido... pastores y doctores, a fin de que perfeccionar a los cristianos del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y al conocimiento completo del Hijo de Dios consiguiendo el estado de hombre perfecto, a la medida de la edad de la plenitud de Cristo, para que de ninguna manera seamos niños vacilantes y nos dejemos arrastrar por ningún viento de doctrina al capricho de los hombres por la astucia que nos induce a la maquinación del error»* (Efesios 4, 11-14).

3.° Enseñanza religiosa de calidad

La enseñanza religiosa debe echar mano de todos aquellos conocimientos que interesen al mundo actual y que puedan iluminar de alguna forma los fundamentos de la fe religiosa. Así, por ejemplo, las ondas invisibles de la radio refutan de forma admirable la tesis fundamental del positivismo: no hay nada más que lo que sentimos. Los clásicos y las modernas ciencias nos pueden ayudar mucho en este sentido. Tenemos que saber enfrentar, a la luz de la doctrina de la Iglesia, los nuevos retos que vayan surgiendo, ya sean de tipo científico, cultural o ético.

4º Temas escritos

Para hacer más eficaz la enseñanza religiosa resulta muy provechoso, aparte de seguir el programa de religión, el tratar ciertos temas de interés. Podrían ser, por ejemplo, los siguientes:

a) En las clases inferiores: Modelos de virtud en el Antiguo Testamentos contra la corrupción imperante. Profecías sobre el Mesías. Las distintas épocas de la Antigua Alianza, sus acontecimientos más destacados. Jesús, ejemplo de obediencia. Ejemplos a imitar en los misterios del Rosario. Nuestro Señor, ideal de vida. Pensamientos que suscitan el Domingo de Ramos, la Pascua, la Navidad. ¿Cómo puedo ayudar a las almas del Purgatorio? ¿Cómo puedo vivir la caridad mediante las distintas obras de misericordia, tanto espirituales como corporales? Hacer un resumen de la homilía oída en la Misa del domingo. Cómo hacer una buena confesión. Cómo hacer la acción de gracias después de comulgar. Examen de conciencia. La influencia de las faltas sobre el carácter.

b) En las clases superiores. Presentación de diversos modelos de santos: San Pablo, San Agustín, San Francisco , San Luís, San Francisco Javier, Santo Tomás Moro, San Juan Bosco, Santo Domingo Savio, San Martín de Porres, Santa Rosa, Santo Toribio de Mogrovejo, Santa María Goretti, etc. ¿Quién es Jesucristo? ¿Por qué debo amar a la Iglesia? La importancia de la lectura espiritual diaria. La influencia de la fe vivida en la formación del carácter, apoyándose en la vida de algún santo. Dios, el destino más elevado del alma. El ideal de la pureza de corazón. La importancia de la vida de fe, que no es lo mismo que el sentimiento religioso (puedo tener fe y no por ello sentirla sensiblemente). ¿Cómo influencian mi forma de pensar los distintos los medios de comunicación? ¿Qué hacer para difundir la prensa católica? ¿Qué características debería reunir un diario para llamarse católico? ¿Qué labores sociales y de caridad desarrolla la Iglesia? El testimonio de los mártires. La diferencia entre la doctrina católica y la protestante. Las manifestaciones de la divina Providencia en la Iglesia. Lo que ha hecho la Iglesia por la dignidad de la mujer y del niño. El papel de la religión en la formación de los pueblos. Los milagros. Lourdes y Fátima.

También es bueno que los jóvenes se acostumbren a componer oraciones con sus propias palabras. ¿Cómo rezas por la mañana, por la noche, después de la comunión?, etc.

4º Lectura de textos religiosos

Hay que acostumbrar a los alumnos a leer algunos textos en su versión original:

a) Lectura de pasajes escogidos de los *Evangelios* (por ejemplo, el nacimiento, el sermón de la montaña, la Pasión), los *Hechos de los Apóstoles*, las *Confesiones* de San Agustín; textos del Antiguo Testamento.

b) Es muy conveniente también leer a Tertuliano (la *Apologética*); a Lactancio («el Cicerón cristiano»); otros escritos de San Agustín (*La ciudad de Dios*); a los Padres de la Iglesia (San Cipriano, San Juan Crisóstomo, San Ignacio de Antioquia, San Gregorio Nacianceno, San Basilio, San Policarpo, San Jerónimo, etc.); a Tomás de KEMPIS (Imitación de Cristo).

De esta forma el joven será consciente del espíritu que ha animado a la Iglesia desde sus orígenes. Podrá sentir también la emoción, el vigor, la belleza y profundidad de pensamiento de los autores cristianos. ¡Con qué fuerza dan cuenta de su fe inquebrantable los primeros cristianos! ¡Cuán elocuentes son los sermones de San Juan Crisóstomo!

* * *

Del Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI a los Jóvenes del Mundo con ocasión de la XXI Jornada Mundial de la Juventud (9 de abril de 2006):

"Queridos jóvenes, os exhorto a adquirir intimidad con la Biblia, a tenerla a mano, para que sea para vosotros como una brújula que indica el camino a seguir. Leyéndola, aprenderéis a conocer a Cristo. San Jerónimo observa al respecto: "El desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo" (*PL* 24,17; cfr. Dei Verbum, 25). Una vía muy probada para profundizar y gustar la palabra de Dios es la *lectio divina*, que constituye un verdadero y apropiado *itinerario espiritual* en etapas. De la *lectio*, que consiste en leer y volver a leer un pasaje de la Sagrada Escritura tomando los elementos principales, se pasa a la *meditatio*, que es como una parada interior, en la que el alma se dirige hacia Dios intentando comprender lo que su palabra dice hoy para la vida concreta. A continuación sigue la *oratio*, que hace que nos entretengamos con Dios en el coloquio directo, y finalmente se llega a la *contemplatio*, que nos ayuda a mantener el corazón atento a la presencia de Cristo, cuya palabra es "lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana" (*2 Pe* 1,19). La lectura, el estudio y la meditación

de la Palabra tienen que desembocar después en una vida de coherente adhesión a Cristo y a su doctrina. Advierte el apóstol Santiago: “Pero tenéis que poner la Palabra en práctica y no sólo escucharla engañándoos a vosotros mismos. Porque quien se contenta con oír la palabra, sin ponerla en práctica, es como un hombre que contempla la figura de su rostro en un espejo: se mira, se va e inmediatamente se olvida de cómo era. En cambio, quien considera atentamente la ley perfecta de la libertad y persevera en ella — no como quien la oye y luego se olvida, sino como quien la pone por obra— ése será bienaventurado al llevarla a la práctica.” (*St* 1,22-25). Quien escucha la palabra de Dios y se remite siempre a ella pone su propia existencia sobre un sólido fundamento. “Todo el que oiga estas palabras mías y las ponga en práctica, —dice Jesús— será como el hombre prudente que edificó su casa sobre roca” (*Mt* 7,24): no cederá a las inclemencias del tiempo. Construir la vida sobre Cristo, acogiendo con alegría la palabra y poniendo en práctica la doctrina: ¡he aquí, jóvenes del tercer milenio, cuál debe ser vuestro programa! Es urgente que surja una nueva generación de apóstoles enraizados en la palabra de Cristo, capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo y dispuestos a para difundir el Evangelio por todas partes…”

El desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo.
San Jerónimo

Capítulo 13

ACTIVIDADES Y RECURSOS A UTILIZAR EN LA ENSEÑANZA RELIGIOSA

El contenido de la fe religiosa siempre será el mismo, no puede cambiar, pues se trata de una verdad revelada. Pero si pueden variar, según el espíritu de la época, el método o modo de enseñarla.

Participación activa de los alumnos

Es importante que al explicar los relatos bíblicos, que tratemos de meter a los alumnos en la escena, como si presentes se hallasen cuando sucedieron los hechos.

Imaginémonos de qué diferente manera se conducirían los jóvenes si ellos hubiesen estado presentes al momento de producirse los hechos que se narran en los Evangelios. ¡Qué impresión se hubiesen llevado! Es como un joven que ha pasado una enfermedad que le ha puesto al borde de la muerte: ¡Qué grandes lecciones saca respecto del valor de la vida, de la muerte, del pecado, del juicio particular!

Por ello, interrumpamos la narración en el momento más dramático, y preguntemos: «¿Qué cosa habrías hecho tú en tal situación?... »

Narremos los pasajes bíblicos con viveza y colorido, de modo que la vibración de los sentimientos producida en el alma de los protagonistas se apodere también de los oyentes. Para ello nos podemos ayudar de algunos libros o comentarios de la Biblia.

Que nuestra enseñanza mantenga activos a los alumnos, desde el principio hasta el final. Sólo así podrán asimilar y hacer suyas las verdades de la religión, para que las pongan en práctica. Todos han de sentirse activos en la clase, hasta los peores dotados.

Naturalmente, no podemos aspirar a cosas imposibles. Nunca los dogmas podrán ser comprendidos en su totalidad, sino que han de ser aceptados con fe.

Las verdades de la fe son espíritu y vida; el justo vive de la fe. Dios no nos reveló las verdades únicamente para que la sepamos, sino para que orienten nuestra vida y nuestras acciones. De ahí que se hayan de «aprender obrando», empezando por el catequista o profesor.

La religión cristiana es una verdad revelada; el hombre por sí mismo no puede descubrirla, sino sólo en parte y, por cierto, de forma muy reducida. La divina gracia mueve nuestro entendimiento y nuestra voluntad si colaboramos con ella. Nuestra razón acoge la verdad de fe porque Dios sale fiador de la misma. Nuestra enseñanza no es mero subjetivismo ni racionalismo. Dependiendo de la intensidad con que el catequista viva la vida de la gracia será el fruto espiritual que obtenga de sus alumnos.

Recursos a utilizar

Habrá que ayudarse, sobre todo en las clases de primaria, de los siguientes recursos:

1.° El dibujo

Dibujar una iglesia, Belén, la Eucaristía, el Bautismo, el Ciclo litúrgico con sus diferentes fiestas, los pasajes bíblicos más destacados… valiéndose de un modelo o dejando vía libre a la inspiración personal y a la fantasía. También es bueno recurrir de vez en cuando a los dibujos simbólicos.

El catequista tiene que ayudarse de todos los recursos a su alcance.

2.º El canto

Escojamos los más adecuados a los diferentes temas que vayamos tratando.

3.° La dramatización

Si en la Edad Media se representaban los misterios de la fe en las iglesias, nosotros también podemos dramatizar en la escuela la materia enseñada, resumiéndola en un texto de algunos minutos, y haciendo una pequeña representación al final de la clase. La forma de hacerlo dependerá de la habilidad del catequista y de las cualidades de los alumnos. Algunos ejemplos de dramatización bíblica*:* el viaje a Belén; el nacimiento de Jesús; las parábolas; otros pasajes de la vida de Jesús.

4.° Trabajos escritos: redacciones, estudios, resúmenes, contestar a diversas preguntas…

Por ejemplo, si estamos repasando los diez mandamientos, conviene que los alumnos contesten en columnas a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué quiere Dios con este mandamiento? 2. ¿Qué es lo que exige? 3. ¿Qué prohíbe? 4. ¿Qué hemos de hacer?

Cuando se trata de repasar los sacramentos, las preguntas pueden ser las siguientes: 1 ¿Cuál es la señal exterior de este sacramento? 2. ¿Qué gracia nos otorga? 3. ¿Cuándo lo instituyó Cristo?

Aplicaciones prácticas (educa para la vida)

El profesor debe aplicar la enseñanza a la vida diaria, no *limitándose sólo a que la entiendan.* La fe debe hacerse vida.

La religión no es solo para los domingos, cuando hay que asistir a la Misa. Por desgracia, para bastantes católicos la vida religiosa se limita a oír misa de vez en cuando, o a rezar de tiempo en tiempo alguna oración.

Hay que *llevar inmediatamente a la práctica* la materia aprendida; más aún, si es posible, hacer que los chicos la pongan en práctica en la misma clase. Por ejemplo, se si se ha explicado una virtud, al final el catequista recita una oración corta que hable de esta virtud, y los chicos la repiten para sus adentros.

«Aprender obrando», ha de ser nuestra divisa. Uno de los grandes errores de nuestra enseñanza religiosa es que se ha alejado demasiado de la vida. Definimos, analizamos, distinguimos, subdistinguimos con la mayor calma del mundo...; mientras tanto la vida va por cauces totalmente diferentes a los cristianos, porque la enseñanza religiosa no se cuida de la vida.

Habrá que aprovechar las noticias para relacionarlas con la fe religiosa. Tanto las noticias buenas (actos heroicos, ejemplos de vida…) como

las desagradables (incendios, muertes, asesinatos, etc.), nos ofrecen una ocasión propicia para tratar de un sinnúmero de verdades religiosas.

La actividad para la vida debe seguir tres etapas: *preparación* (temas para hacerlos en casa), *asimilación* (durante la clase) y *práctica* (después de clase).

a) La preparación consiste en encargar a los alumnos tareas que despierten el interés por la materia a tratar en la próxima clase. Por ejemplo, razones por las que Cristo está presente en la Eucaristía; qué es el Adviento...

b) Sigue después en la próxima clase la *asimilación* de las observaciones hechas por los alumnos, ampliadas naturalmente y ordenadas por el catequista. Esto sirve de materia a la clase, aprovechando las preguntas de los alumnos. Tal clase de religión brota de la vida diaria y se aplica a la vida.

c) La tercera etapa consiste en *la práctica de las virtudes* que se desprenden de la materia estudiada. Por ejemplo, cómo prepararse bien para recibir la Comunión; con qué disposiciones han de prepararse para la Navidad; cómo descubrir en la naturaleza las huellas de la mano del Creador, etc. La aplicación para la vida siempre a ir después de haber caldeado el corazón.

Algunos temas a desarrollar, sacados del Catecismo, pueden ser los siguientes:

A) FIN DEL HOMBRE

Tema para hacerlo en casa.- Los alumnos han de contestar por escrito a las preguntas conocidas de SAN FELIPE NERI: ¿Qué quieres ser? (médico). Y ¿después? (tendré mucho dinero). Y ¿después? (tendré un bonito auto). Y ¿después? (envejeceré). Y ¿después? (moriré). Y ¿después?

Durante la clase.- La vida es un viaje; su fin: el cielo; el boleto o billete: los méritos de Cristo y mi colaboración; el sostén: los sacramentos.

Después de clase.: El programa de vida en el marco de una oración.

B) HOMBRE

Tema para desarrollar en casa.- Señalar la diferencia entre el hombre y el animal.

Durante la clase.- Resumir los datos recogidos y ampliarlos de esta manera

Hombre	**Animal**
	Va encorvado hacia el suelo.
	Nace con vestido.
Va construyéndose una casa cada vez mejor.	Su casa siempre es la misma.
Su lengua cada día es más perfecta.	Su voz siempre es la misma.
Fabrica herramientas cada vez más perfectas.	Sus herramientas son las extremidades.
Indaga el pasado, el porvenir: ciencia, arte, religión.	No hace más que alimentarse y reproducirse.
Progresa continuamente.	Permanece en un estado de estancamiento.
Tiene razón, conciencia.	Únicamente se guía por el instinto.
Camina derecho.	Se ve impulsado por el instinto.
Se hace el vestido.	Es un ser que depende del cuerpo.
Inmortal.	Mortal.

Después de clase.- Apreciar en mí la imagen de Dios. No tratar a las demás hombres como si fuesen animales (burro, animal, mono, etc.).

C) REVELACIÓN

Tema parle desarrollar en casa.- Hacer una lista de los personajes bíblicos a quienes habló el mismo Dios, directamente o por medio de sus ángeles.

Durante la clase.- Ordenar la materia reunida por los alumnos.

Después de clase.- Avivar la fe mediante una breve oración.

D) LA SAGRADA ESCRITURA

Tema para desarrollar en casa.- ¿Quién tiene la Biblia en casa? Hojearla y apuntar los títulos de los libros que la componen.

Durante la clase.- El contenido de los principales libros. Cómo hemos de citarlos.

Después de clase.- Buscar tal o cual parte de la Sagrada Escritura. ¿En qué pasajes de la Sagrada Escritura se habla de Jesucristo, de San Pablo, de Moisés, de José de Egipto?

E) LA EXISTENCIA DE DIOS

Tema para desarrollar en casa.- ¿Quién ha visto algún cuadro en que se represente a Dios? ¿Cómo concebías a Dios cuando eras pequeño?

Durante la clase.- Esbozar un cuadro lo más sublime posible de Dios. *Después de clase*.- Pensar e imaginarse muchas veces con gran viveza que Dios está junto a mí en todas partes.

F) ÁNGELES

Tema para desarrollar en casa.- El que tenga un cuadro en que se ve pintado un ángel ha de traerlo para la próxima clase. ¿Quién ha sentido alguna vez la ayuda del Ángel de la Guarda? ¿En qué te ayudó? Hacer una lista de los pasajes de la materia ya estudiada de la Biblia en que figura un ángel.

Durante la clase.- Tratar de las apariciones de ángeles consignadas en la Biblia.

Después de clase.- Oración al ángel de la guarda. El ángel custodio está siempre a nuestro lado.

G) JESUCRISTO

Tema para desarrollar en casa.- Hacer una lista de los pasajes bíblicos que hablan del Redentor.

Durante la clase.- Colocar en orden cronológico los diversos pasajes (mostrar en la pizarra los siglos que median entre ellos). Hacer cuadros cronológicos de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Así, por ejemplo:

1. Baja del cielo (Encarnación y Navidad);
2. Es niño en Nazaret (hasta los doce años de edad);
3. Su vida oculta en Nazaret (hasta los treinta años);
4. Su vida pública (durante tres años);
5. La Semana Santa (entrada en Jerusalén); lunes-miércoles (enseña); jueves (la Ultima Cena, le prenden por la noche); viernes (ante Anás, a la una de la noche; ante Caifás, a las dos; le atormentan, de las dos hasta las cinco; a las cinco, el Gran Consejo le condena a muerte; a las seis ante Pilatos; a las siete, ante Herodes; a las ocho, de nuevo ante Pilatos; a las nueve, la flagelación, el escarnio,, la corona de espinas; a las once, el «Ecce homo», Barrabás, Pilatos ratifica la condenación; a las once y media, el camino de la cruz; a las doce, la crucifixión; a las tres, la muerte; a las seis, el entierro; sábado (en el sepulcro); en la madrugada del domingo (resurrección);
6. Resucitado, se queda aún cuarenta días en la tierra; Vuelve a los cielos el lado de su Padre.

Después de clase.- Oración, canto a Jesucristo. Mirar el crucifijo y moverse al arrepentimiento.

H) MUERTE, JUICIO

Tema para desarrollar en casa.- ¿Quién ha visto morir a un hombre? ¿Cómo murió? ¿Cómo puede morir el hombre? ¿Hasta cuándo piensas que vivirás? ¿Cómo quisieras morir? ¿Qué inscripción quisieras poner en tu sepulcro?

Durante la clase.- Tratar del pensamiento cristiano de la muerte a base de la materia aprendida.

Después de la clase.- Rezar cada noche para obtener una buena muerte. Jaculatorias. («Padre mío, si es posible, no me hagas beber este cáliz... »; «Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu.»)

I) PURGATORIO

Tema para desarrollar en casa.- ¿Adónde iría tu alma si murieras hoy? ¿Qué desearía tu alma después de la muerte, de tus padres, de tus compañeros? ¿Has ayudado ya a las almas de los difuntos? ¿Cómo se las puede ayudar?

Durante la clase.-Ordenar la materia.

Después de la clase.- Oración, canto. Recitar después del Ángelus y un Padrenuestro por las almas del purgatorio.

J) RESURRECCIÓN

Tema para desarrollar en casa.- ¿Qué cosa encontramos en la naturaleza semejante a la resurrección? ¿Qué dijo Nuestro Señor Jesucristo tocante a la resurrección?

Durante la clase.- Los siguientes pasajes: Mateo 14, 30 y siguientes; 25, 31 y siguientes; y Juan 5, 21 y siguientes. *Después de clase*.– Canto: «Reina del cielo, alégrate...»

K) INFIERNO

Tema para desarrollar en casa.-Leer las parábolas del rico Epulón y del pobre Lázaro. ¿Han visto algún cuadro del infierno? ¿En qué pasaje habla el Señor del infierno?

Durante la clase.- Estudio de la parábola. a) ¿Cómo vivía el rico Epulón? ¿Y el pobre Lázaro? ¿Qué le pasó a Epulón cuando murió? ¿Qué le pidió Epulón a Abraham? ¿Qué hay entre el cielo y el infierno?

Después de clase.- Ante el pecado que me seduce, pensaré en la eternidad del infierno. Oración, para que no seamos arrojados al infierno. Arrepentimiento.

L) CIELO

Tema para desarrollar en casa.- Contemplar algunos cuadros que lo representan. ¿Cómo te lo imaginas?

Durante la clase.- Reconstruir a base de las palabras del Señor la felicidad del cielo.

Después de clase.- Fe. Anhelo. Implorar fuerzas para vencer la tentación.

Explicación de los Mandamientos

Más que fijarnos en lo negativo, en los pecados, habrá que fijarse sobre todo en lo positivo, la virtud opuesta. Más que preguntarse: ¿qué cosa *prohíbe Dios?*, es mejor preguntarse ¿qué hemos de hacer? Por ejemplo, al tratar del *primer mandamiento, preguntemos:*

¿Qué cosa ordena Dios en el primer mandamiento?

¿Cómo hemos de honrar a Dios?

¿Cómo podemos acrecentar nuestra fe?

¿Por qué hemos de confesar nuestra fe?

¿Cómo hemos de defender nuestra fe? Etc.

Repasemos de esta manera los mandamientos:

Mandamiento I: Dios no solo nos pide que le adoremos, reconociéndolo como nuestro Creador, sino que quiere establecer un diálogo con nosotros a través de la oración. De ahí que en la misma clase lo pongamos en práctica, dejando algún espacio para hacer una oración.

Debemos amar a Dios porque nos ha creado por puro amor. ¡Qué grande e infinitamente bueno es Dios! ¡Y qué cosa somos nosotros en comparación con Él! (Hacer dibujar al margen de la página una vela encendida, que sirve de símbolo al amor. Todas las veces que en una iglesia veamos cirios encendidos, pensemos en el amor de Dios. Cuando oremos en común en la escuela, hagámoslo recogidos, con los ojos bajos, rezando acompasadamente, sin monotonía, y vocalizando bien).

Pongamos el énfasis en la alegría de ser católico, porque por el bautismo somos hijos de Dios. Hagamos actos de fe, confesando públicamente nuestra fe, para disipar las dudas que atentan contra ella. Son también actos de fe, por ejemplo, el santiguarse al pasar delante de una iglesia, el hacer una genuflexión ante el Sagrario, el participar en alguna procesión, etc. Al hacer esto, nos tiene que tener sin cuidado el respeto humano, el pensar si se reirán de mí.

2º Mandamiento.- Hemos de llamar la atención, en sentido positivo, sobre el respeto que se debe al nombre de Dios. Sobradas veces se pronuncia con indiferencia este nombre santo, o el de Jesús, reparemos de alguna manera inclinando la cabeza al pronunciarlos; y al oír una blasfemia, digamos: «Alabado sea Jesucristo»; etc.

3º Mandamiento. Instruir a los alumnos para que participen activamente en la Santa Misa; han de acompañar con las oraciones correspondientes las diferentes partes de la Misa. Todos tendrían que saber «ayudar» a Misa.

4º Mandamiento. Todos debemos de obedecer cuando sea necesario. El que no obedece de pequeño, tampoco obedecerá en las cosas grandes. El buen hijo obedece con alegría, le basta una mirada de sus padres para adivinar su voluntad y cumplirla. Muchos son los que les hubiera gustado obedecer, pero ya no pueden hacerlo porque es demasiado tarde, porque ya han muerto sus padres. Tratar varios casos de la manera cómo puede el muchacho contentar a sus padres, encargándoles que lo pongan en práctica ese mismo día.

5º Mandamiento. Vencer la antipatía hacia el que te cae mal, o el deseo de venganza, con un acto contrario; reconocer las buenas cualidades del otro, disculparle, hacerle algún favor, rezar por él. ¿Te mofas de otra persona? Colócate en su lugar. ¿Atormentas a los animales? Cuida en casa algún pajarito, un conejo, una paloma.

6º y 9º Mandamientos. ¿Cuál es la dignidad del hombre en la creación? ¿Cómo debe tratar su cuerpo si es templo del Espíritu Santo? ¿Cómo has de cuidar la pureza de corazón?

7º y 10º Mandamientos.- Practica la austeridad de vida (aprende a saber renunciar a alguna cosa que te apetezca); ayuda al prójimo; respeta la propiedad ajena (la escuela, el campo) y las cosas propias.

8º Mandamiento. Sinceridad y veracidad a toda prueba.

Entusiasmar sobre la excelencia de esta virtud.

¿Cuál es la dignidad del hombre en la creación?

Capítulo 14

ENSEÑANZA RELIGIOSA EN LOS CURSOS SUPERIORES

Sobre el método de enseñanza de los cursos superiores destacaré algunos puntos que considero importantes.

El Credo

Se deben enseñar con la mayor claridad las verdades reveladas, contenidas en el Credo, sin dar lugar a equívocos, mostrando su importancia y sus consecuencias prácticas. Cuidémonos de que su enseñanza no sea demasiado árida o abstracta. Nuestro amor y ardor por la verdad revelada nunca han de faltar. Los apóstoles no hubiesen extendido el Cristianismo si se hubiesen limitado a anunciar conceptos y definiciones frías. Ellos hablaban sobre todo de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, enviado por el Padre para salvarnos.

El fundamento principal de toda vida religiosa es *Dios,* que quiere establecer relaciones de amor con nosotros. Jesucristo nos reveló a Dios como *«Padre.* Es obvio que ante Dios, *el completamente Otro,* somos incapaces de abarcar el misterio que encierra. Las imágenes o palabras que utilizamos para describirlo no son más que meros símbolos. Sí Él nos ha creado y es nuestro Padre, le debemos obediencia y amor. Su divina Providencia es patente hasta en la más pequeña florecilla. Dios es «santo», de una belleza sin igual. Las bellezas de este mundo no son más que un pálido reflejo de la belleza de Dios.

Dios es «justo» y misericordioso, capaz de recompensar el más pequeño acto de bien que hicimos por Él.

Pero por encima de todo, Dios es «amor». Dios es el Sumo Bien, y para nosotros es un gozo indecible y una distinción altísima el poder amarle y sacrificarnos por Él.

A Dios le conocemos por Jesucristo. A través de Él Dios se ha hecho visible para nosotros. «El que me ve a mí, ve a aquel que me ha enviado » (Juan 12,45). «Yo y el Padre somos uno » (Juan 10,30).

Dediquemos algunos días, al final la clase, un tiempo para meditar y orar.

Supongamos que acabamos de hablar de la muerte redentora de Jesucristo. «Ahora, muchachos, inclinemos la cabeza sobre nuestras manos...; así..., cerrad los ojos y meditad lo que voy a deciros. Nuestro Señor Jesucristo, atado a una columna...; le quitan los vestidos... ¡Qué rubor le causa! Esto sucedió por mi culpa...; vienen los soldados...; en cada extremo del látigo hay una pieza de plomo... ¿Te duele, dulce Jesús?... ¿Sufres por mí?... ¡Cómo es escarnecido el Señor!... Ayúdame, Señor mío Jesucristo, para que en adelante sea fuerte contra el pecado..., para que no aumente más tus dolores.»

Los Sacramentos

Pongamos todo el empeño y tiempo que sean necesarios para que los jóvenes conozcan y amen los Sacramentos, principalmente el Bautismo, la Eucaristía y el sacramento de la Reconciliación. Estos sacramentos son de una importancia trascendental para la vida del cristiano.

La Confirmación deberá recibirse a una edad adecuada, para que dé su mayor fruto. Aunque pueda haber jóvenes mejor preparados que otros, lo más recomendable sería que lo recibieran a los catorce o quince años de edad. A esta edad los jóvenes pueden comprender mejor la importancia del Sacramento, que nos hace soldados de Cristo para luchar los combates del Señor. Toda la enseñanza religiosa de la escuela es en sí misma una *preparación remota* para el Sacramento de la Confirmación.

Así como *«el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas»* (Génesis 1,2) para poner en orden el caos; así también va transformando nuestra alma para hacernos más parecidos a Jesucristo. ¿De qué forma sentimos que actúa en nuestro interior? Cuando hacemos una buena confesión y salimos decididos a no pecar jamás; cuando superamos una tentación; cuando tomamos una decisión noble.

¿Cómo prepararse para recibir la plenitud del Espíritu Santo? Viviendo en cada instante el espíritu de amor, siendo constantes en el bien obrar, en la oración y en el apostolado.

Este día de la Confirmación no se repetirá en toda la vida. Procuremos que lo recuerden con emoción. Todos los años deberían celebrar el aniversario de su Confirmación, asistiendo a Misa y comulgando con fervor. Y cuando la materia de la clase de religión se preste a ello, recordemos agradecidos la gracia que recibimos en ese día. Lo que dice SAN PABLO, refiriéndose a la santidad del sacerdocio, puede aplicarse muy bien a la gracia de la Confirmación: «No descuides la gracia que tienes la cual se te dio mediante la imposición de las manos...» (I Timoteo 4,14).

La moral católica

Hablemos de ella sobre todo en plan positivo. A nuestra juventud, incluso la educada religiosamente, le falta muchas veces la firmeza moral que se necesita en la vida para la conservar y acrecentar la fe religiosa que de pequeños tuvieron. Es triste comprobar como muchos jóvenes, que incluso pasan por "*buenos",* no son capaces de perseverar en la lucha contra el pecado, y no son, por tanto, luz para el mundo que ilumina el camino, como deberían ser. Pero más que fijarnos en la lucha contra el pecado, hay que educar en a los jóvenes a vivir las virtudes y aspirar a la santidad, en coherencia con la fe que profesan.

Uno de los grandes defectos de muchos manuales de moral es que tratan mucho menos de la «virtud» que del «pecado». Y si continuamente urgimos al joven con que «no hagas tal cosa» o «no hagas aquella otra», no haremos más que infundirle tedio para vivir una vida auténticamente cristiana.

En todo joven hay encerrada una gran energía potencial que busca abrirse camino y que hay que saber aprovechar. Por esto el educador más que decir: *No hagas esto*..., ha de estar continuamente proponiendo a que hagan el bien: *Atrévete a hacer esto o aquello*. Incluso psicológicamente, todo muchacho sano rechaza de entrada lo negativo, y no quiere ser bueno en el sentido negativo del término. Están cansados de que se les diga: «Sé bueno y no hagas tal o cual cosa.». Pero el joven que hace el mal ya está haciendo algo, incluso derrochando audacia, inteligencia y osadía..., y los demás (los "buenos") le envidan y le admiran por ello. No porque hace el mal, sino porque *hace algo.*

El joven díscolo o rebelde manifiesta que tiene grandes cualidades, sólo que las aprovecha para hacer el mal. Mientras que lo que se suele entender por *niño bueno* resulta aburrido porque su único mérito radica en no hacer nada malo, y no es más que una caricatura del verdadero joven católico.

En todo joven hay en germen muchas cosas buenas y siempre resultará más provechosa la educación que procure desarrollarlas (educación *positiva*) que aquella otra que no haga más que extirpar las malas raíces (educación *negativa).* La educación positiva motiva más con el amor que con el temor, aunque los dos sean necesarios. Su divisa es: «Teme a Dios para no caer; ama a Dios para adelantar».

El que hayamos sido creados a imagen y semejanza de Dios, es lo que nos debe animar más a tender a la santidad. Y esto es aplicable con todos los atributos divinos. Si Dios es la Verdad, no solamente hemos de deducir que *«no nos es lícito mentir»,* sino que hemos de ser veraces, fieles a la verdad. Dios es *santo*, yo debo ser santo; Dios es *justo*, debo ser honrado; Dios es amor, yo he de vivir el amor verdadero; Dios es *misericordioso*, yo perdonaré, etc.

Hemos de orientar en esta dirección positiva el examen diario de conciencia. Éste es un excelente medio para adelantar espiritualmente. Pero, desgraciadamente, el examen de conciencia que los jóvenes hacen por la noche, en la mayoría de los casos, no difiere del examen de conciencia que precede a la confesión: «¿Qué pecados he cometido?» Olvidan las obras buenas que podrían haber hecho y omitieron; habrían podido ser más amables, más puntuales, más comedidos, más mortificados, más compren-

sivos, etc. Naturalmente, el que trata de mejorar en tales puntos rápidamente progresará en el camino hacia la santidad.

La moral y la felicidad

Debemos mostrar al joven la belleza y esplendor de la moral católica. Por fundamentarse sobre la ley natural y la naturaleza del hombre, incluso a la sola luz de la razón es perfectamente necesaria para que el hombre alcance la felicidad.

Hay que evitar el pecado no solamente porque está prohibido, porque es malo, sino porque el hombre que lo comete se degrada a sí mismo y pierde su dignidad, la paz interior y la alegría espiritual. *Lo que exige la moral católica es éticamente bueno, estéticamente hermoso y perfectamente saludable.*

Hay multitud de experiencias que nos lo confirman. Pongamos algunos ejemplos. ¡Qué felicidad siente uno después de una victoria moral y qué de remordimientos deja el pecado! Estos ejemplos nos permiten comprender mejor las abstractas reglas morales.

Mostremos también los criterios de moral que imperan en la sociedad, contrastándolos con los de la moral católica. De esa forma se darán cuenta de la gran diferencia que hay entre ellos.

Pero no sólo hablemos de las virtudes morales, sino de *los medios concretos para poder vivirlas*. Por ejemplo, si estamos tratando de la virtud de la pureza de corazón, de cómo vivir en forma positiva el 6º y 9º mandamiento, tendremos que bajar a los pormenores para que estén alertas de los peligros. De esta forma la enseñanza será práctica, aplicable a la vida, y no se limitará a llenar la cabeza de reglas generales.

Hagamos hincapié en las diferentes actitudes que se pueden dar en la vida de un joven. A cada paso hay que decirse por el cumplimiento del deber o la negligencia, por la veracidad o la mentira, por la generosidad o el

egoísmo, por la actitud de servicio o el engreimiento, por el dominio propio o la precipitación, por la amabilidad o la descortesía, etc. Sirvámonos también de los actos ejemplares o heroicos y de los casos de corrupción pública que están en boca de todos; aprovechemos estos casos para asimilar mejor los criterios morales. Por ejemplo, si ha habido un asesinato, ¿cómo ha llegado tal persona hasta tal extremo? No creía en nada; no recibió ninguna educación religiosa, montaba en cólera con facilidad, vivía para el placer y la diversión... Después hagamos ver a los jóvenes que *también en ellos se esconde la mala inclinación que les puede llevar a caer en lo mismo, y todos tenemos que luchar y que alcanzar las fuerzas de la oración*. Terminemos la clase con una oración por todos aquellos que se encuentran en estas situaciones y por nosotros mismos, para que no lleguemos a tales extremos.

El tesoro de la fe vale tanto para los chicos como para las chicas. Mas la enseñanza religiosa no solamente es un conocimiento, una instrucción, sino una educación, y ésta no puede ser la misma para los muchachos que para las muchachas, pues son diferentes en la forma de ser y de comportarse. Hay que tener en mente, por tanto, la diferente psicología del varón y de la mujer.

La doctrina social

Los jóvenes han de ser conscientes de su responsabilidad social. Cuando hago el bien, estoy ya mejorando el mundo. Cada uno de mis actos tiene responsabilidad social.

La cuestión social no podrá resolverse mientras cada uno trate de hacer en todo la voluntad de Dios, que siempre busca nuestro bien. No se puede perseverar en la lucha contra el propio egoísmo sin la gracia de Dios.

Esta responsabilidad social hay que aplicarla a todas las acciones de nuestra vida, por insignificantes que parezcan, para poder ser transformadores del mundo ya desde ahora.

Historia de la Iglesia

La historia de la Iglesia se ha de enseñar con una finalidad ante todo educativa. De poco sirve que los jóvenes sepan de memoria todas las herejías, la sucesión de los Papas o el nombre de los concilios si no aprenden lo fundamental. La enseñanza religiosa ha de estar al servicio de la fe. Los jóvenes deben descubrir que su fe religiosa se apoya en hechos históricos, comprobables por cualquiera, y que no es puro subjetivismo. No hay más que ver las luchas y persecuciones que ha tenido que enfrentar la Iglesia en estos dos milenios. Si fuese sólo una institución humana ya hubiese desaparecido, pero ha pervivido gracias al elemento divino que también hay en ella. La Iglesia es la institución más antigua del mundo, pero siempre en constante renovación. Se cumple así la afirmación de San Agustín: «La cruz permanece en pie, mientras la tierra da vueltas».

Es impresionante el enorme influjo que ha ejercido la Iglesia en el mundo, en la cultura, en la literatura, en la educación (fundación de universidades), en las artes, en la familia, en toda la sociedad civil. La fuerza organizativa del cristianismo ha abarcado países y continentes enteros. El cristianismo es una fuerza viva, una vida que impulsa a la acción.

Tenemos también la gran epopeya de *las misiones católicas*, todo un derroche de generosidad, solidaridad y fraternidad con los pueblos más pobres y marginados. Llamemos la atención sobre la vida sacrificada de los misioneros, sobre todos los peligros que han tenido que exponerse por amor a Jesucristo y a las almas.

El joven ha de ver por doquier, que más allá de los acontecimientos fragmentarios, está la *Divina Providencia* que lo dirige y permite todo. Es el Espíritu Santo quien realmente guía a la Iglesia.

Mostremos también la gran labor que ha desarrollado la Iglesia por elevar *la dignidad de la mujer*, ya desde sus inicios. Este respeto por la mujer fácilmente se constata en la fundación de las órdenes religiosas femeninas, dejando que sean gobernadas por ellas mismas.

Según LUTERO la vocación de la mujer –descontando unas pocas excepciones— no es otra que el matrimonio; la mujer ha de estar siempre al lado de su esposo, porque sino es presa de la inmoralidad. Lutero se equivocó al exagerar el papel sexual de la mujer en contra de su dignidad personal. El protestantismo desdeña la virginidad.

La Iglesia siempre ha estado en la vanguardia a favor de la emancipación de la mujer[5]. Recordemos, por ejemplo, como el Papa Benedicto XIV nombró a una mujer, llamada Agnesi, para la Facultad de Matemáticas de la Universidad de Bolonia, y otra, llamada Bassi, para la Facultad de Física, y lo hizo en la época en que Rousseau y Kant no proferían más que palabras sarcásticas respecto de la capacidad intelectual de la mujer.

Angela Merici fundó la congregación de las Ursulinas, para dar respuesta a las exigencias culturales de la mujer, y a ésta la siguieron otras congregaciones femeninas.

Debemos remarcar la labor caritativa, silenciosa y heroica de la mujer en estos dos milenios de cristianismo. Las vidas de las santas nos brindan abundantes ejemplos. Pensemos en el gran aporte que han supuesto las religiosas en las misiones católicas, en la catequesis, el cuidado de los pobres, de los niños, de los huérfanos, de los enfermos…

Apologética

La Teología Fundamental recibe este nombre porque estudia la realidad primera y fundamental del cristianismo, que es la revelación de Dios a la humanidad. En efecto, toda la economía de la salvación descansa en la intervención de Dios en la historia, y en el diálogo amoroso por el que se

---

[5] En 1988 Juan Pablo II escribió la Carta apostólica *Mulieris Dignitatem* de Juan Pablo II sobre la dignidad y la vocación de la mujer.

dirige al hombre y lo invita a una comunión de vida con el Padre, el Hijo y el Espíritu. La apologética es la parte de la Teología Fundamental que trata de demostrar cómo, en conformidad con las exigencias de la ciencia, la religión cristiana es digna de fe por ser de origen divino. En otros términos, es la exposición científica o racional de los signos que atestiguan el hecho de la Revelación, y por consiguiente la credibilidad de la religión cristiana. Expone, en un discurso válido a los ojos del que no cree, lo que el creyente considera como los fundamentos racionales de su fe religiosa. En lo que se refiere al modo y fin de la exposición, no perdamos de vista nunca que no vamos a *probar* científicamente las verdades de nuestra fe (no podemos hacerlo), sino solamente su credibilidad. La apologética se mueve en el campo de la razón, y en éste podemos lograr una certeza razonable, no una certeza física o matemática.

La apologética, por tanto, fundamenta la *credibilidad* de nuestra fe. Los jóvenes han de tener una fe fuerte y resistente, que no sucumba ante las contrariedades, y en esta área la apologética presta una gran ayuda.

Más que los errores o herejías ya relegadas al pasado, debemos saber contrarrestar los errores de las ideologías actuales.

Tendremos por supuesto que discutir las *posibles dificultades u objeciones que se suelen poner contra la fe católica.* No podemos silenciar las dificultades y los ataques. Habrá que aclarar las dudas que surjan. Pero *contestar a todas las objeciones contra la fe católica es de todo punto imposible e inútil.* Es más provechoso tratar unas pocas cuestiones, pero básicas, y refutar los errores que están más en boga, pero en profundidad. Las soluciones dadas con precipitación y superficialidad rápidamente se olvidan; en cambio, difícilmente se olvidará el serio trabajo que supone afrontar con éxito ciertos graves conflictos y objeciones que se aducen contra la fe.

Nos bastará, por ejemplo, que tratemos a fondo algunos de estos temas: la existencia de Dios, la espiritualidad del alma, la divinidad de Jesucristo, el origen sobrenatural del cristianismo, la realidad histórica de la Iglesia primitiva...

Habrá jóvenes que en el tema tratado traten de entrometerse en cuestiones discutibles u opinables, que no son esenciales ni se pueden probar. No exijamos más de lo que permite el estado actual de la cuestión. No hagamos dogmas donde no los hay.

Evitemos tratar milagros dudosos o acontecimientos históricos de carácter incierto. Tampoco es justo condenar en masa sistemas enteros o

ideologías. Aunque refutemos los sistemas erróneos, reconozcamos los elementos buenos que tienen. Los jóvenes han de sentir, hasta en este comportamiento caballeroso con el adversario, una prueba de estar en la verdad. Hemos de atacar las ideas erróneas, pero no a las personas. Apreciemos las buenas cualidades del adversario (no lo «ejecutemos» sencillamente con el arma del sarcasmo), excepto si una razón especial no le hace perder el derecho a semejante trato.

Nuestra fe no es solamente creíble, sino además hermosa y apetecible.

El fin de la apologética ha de ser doble: el joven ha de convencerse de que nuestra fe es tan racional, que puede creerla un hombre sensato, y tan apetecible, que tampoco hay dificultad para que un hombre equilibrado la acepte.

Contra la infinidad de objeciones que se presentan contra la existencia de Dios, habrá que valerse también de las maravillas que nos regala este mundo creado. Dios, nuestro Creador y Señor, puede ser conocido de alguna manera por sus obras, a la sola luz de la razón. Las maravillas complejas que encierra tanto el macrocosmos como el microcosmos, solo se pueden explicar por Alguien que lo ha diseñado con perfección. Pensemos, por ejemplo, en el cuerpo humano, en la multitud de sistemas de enorme complejidad, totalmente organizados para conseguir un fin (la vista, el oído, el aparato digestivo, etc.) y que no se pueden explicar por el puro azar o la mutación fortuita. Ninguno de estos sistemas tiene sentido si no funciona desde el primer momento a la perfección. Estos ejemplos, presentados con bastante detalle, producen una profunda impresión en los jóvenes.

En los viajes y excursiones, dirijamos el interés de los muchachos hacia los fenómenos interesantes de la naturaleza; por ejemplo, la oruga, la

crisálida, la mariposa; la multiplicación del trigo; las muchas clases de alimentos necesarios para el hombre, etc. Si vamos por la orilla de un riachuelo, hablémosles de las propiedades conocidas del agua; por qué tiene la mayor densidad cuando está a cuatro grados sobre cero, las ventajas que se originan de que las dos terceras partes de la superficie de la Tierra sean agua; que la Luna está completamente seca, etc. y la importancia que esto tuvo para que apareciese la vida en nuestro planeta. Así surgirá espontáneamente de los jóvenes los sentimientos de gratitud que nos habla el libro de la Sabiduría: «Tú dispones todas las cosas con medida, número y peso» (Sab. 11,21).

El joven cuanto más admira a Dios, tanto más le respeta, y con tanta más fuerza edifica su vida sobre Dios. Ésta es la verdadera religiosidad.

También será muy provechoso, en vez de explicarles minuciosamente la posibilidad de los milagros, lo cual llevaría mucho tiempo, hacerles *una descripción* concreta de un milagro. Hagámosles leer, por ejemplo, la curación del ciego de nacimiento, narrada en el capítulo IX del Evangelio de San Juan, descrita con tanta exactitud y precisión, que vale tanto como la prueba teórica más ingeniosa. La lectura del pasaje evangélico (Juan, cap. VI) en que se promete la Eucaristía, robustece más la fe de los jóvenes en este sacramento que las más rebuscadas razones teológicas. El relato evangélico de la resurrección de Cristo, con sólo leerse, aviva la fe. Etc.

Saquémosle partido también a todo aquello que despierte el amor a Dios. Por ejemplo, la grandeza de Dios mostrada en la creación, en su providencia (cuando se trata de la revelación), etc. Merced a estas vivencias, no será difícil crear en la clase aquel ambiente espiritual, en que *el joven no solamente cree, sino que también experimenta la cercanía de Dios.*

Si logramos que los jóvenes vean la grandeza divina de Jesucristo en su misma humanidad, los jóvenes no solamente saldrán convencidos de la racionalidad de la fe, sino que sentirán el poderoso atractivo que encierra su mirada. «El que vio una vez a Jesús, aunque con ojos medio vendados, no puede olvidarle más» (Chamberlan).

Aparte de los Evangelios, la lectura de los *Hechos de los Apóstoles* y las *Epístolas de San Pablo* nos presentan una tras otra cuestiones a cual más interesantes: la Iglesia, el Primado, el sacerdocio, los obispos, el celibato, la continencia, los sacramentos, etc.; cuestiones de las que hay habrán oído hablar antes, pero nunca de forma tan viva y profunda como se muestran aquí.

Dejemos claro que la fe religiosa es un *obsequio racional*, un don gratuito de Dios, pero que requiere de nuestra razón y de nuestro deseo sincero por conocer la verdad.

Misa especial para jóvenes

Es muy recomendable que haya misas apropiadas para los jóvenes, más acordes con su psicología. Ello aporta grandes ventajas.

La Santa Misa es la renovación incruenta del sacrificio de la Cruz, lo más importante de la liturgia de la Iglesia. En la Misa se rememora o actualiza para mí *la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo.* Es la repetición del Sacrificio del Calvario, en que Jesús se ofrece por nosotros. Las gracias que nos obtuvo en la cruz, se aplican para mí en ese momento. Los jóvenes han de estar convencidos de ello. *«Ahora se renueva el sacrificio de la cruz, Jesucristo se ofrece por nosotros y se aplican los méritos de su sacrificio.»*

Difícilmente los jóvenes se entusiasmarán con la Misa si no conocen en profundidad sus diferentes partes y su importancia. Dediquemos algunas clases para que las conozcan.

Se ha de animar a los jóvenes a que *ofrezcan con Cristo el santo sacrificio.* Sólo así los jóvenes participarán activamente en la Misa. Si cuando les llevamos a la misa, les decimos únicamente frases generales («sed

buenos durante la *misa»)* o cosas meramente negativas («no *charléis», «no* miréis a todas partes»), y no les enseñamos a estar durante la misa con una disposición activa, entonces se pasarán el tiempo sin pensar nada y acabarán aburriéndose. No es de extrañar entonces que luego, al acabar sus años escolares, dejan de asistir a Misa.

La Santa Misa, como hemos dicho, es esencialmente un sacrificio, la renovación del sacrificio de la cruz; en ella se actualizan o aplican los méritos del sacrificio del Calvario. En la Santa Misa, al ver el ejemplo de Cristo que se ofrece en sacrificio por nuestra salvación, el cristiano se ofrece también por sus hermanos, y se decide a ser otro Cristo, estando dispuesto a sacrificar su vida por los demás (participación activa).

La participación en la santa misa comprende por tanto contemplación y acción (ofrecimiento de mi persona). No sólo contemplo el sacrifico incruento del Calvario, sino que me uno a los sentimientos de Jesucristo y me decido a imitarle. La participación es una contemplación activa.

Hemos de despertar en los jóvenes este *espíritu de sacrifi*cio. Cristo se sacrificó por nosotros; también nosotros debemos ofrecernos en la Santa Misa, en unión con Cristo, por los demás.

Puede servir de gran ayuda para este propósito ofrecer la Misa por una *intención especial*: por mis padres, por algún enfermo, por un difunto, por la conversión de un compañero, por vencer un defecto de carácter, etc.

Habrá que disponer el espíritu unos momentos antes de la Misa. También han de prepararse muy bien las canciones que se canten durante la Misa.

Ejercicios espirituales para jóvenes

Un medio excelente para que los jóvenes profundicen en la vida cristiana y se encuentren con Jesucristo son los Ejercicios Espirituales de San

Ignacio. Mediante ellos lograremos auténticas conversiones, que ejercen una influencia espiritual mucho más sólida y duradera. Deberemos invitar a que los hagan una vez al año. Pero sólo serán eficaces si van con la debida preparación y si los realizan cómo es debido.

El éxito de los Ejercicios Espirituales depende, en gran parte, de que el catequista haya preparado convenientemente a los jóvenes antes de hacerlos.

Hemos de explicar a los jóvenes el *fin* de los ejercicios espirituales es lograr un encuentro personal con Jesucristo. Son además una auténtica escuela para la vida, pues dan respuesta a la cuestión más esencial de la vida: *¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?* Los Ejercicios darán mucho fruto en la medida en que el joven los viva con radicalidad y generosidad, tratando de conocer qué es lo que quiere Dios para su persona. Eso implica oración y meditación constantes, silencio y desprenderse de cualquier otra ocupación.

Los Ejercicios Espirituales una auténtica escuela para la vida.

El método que se ha de seguir en los Ejercicios Espirituales es el trazado por San Ignacio de Loyola.

Las meditaciones han de abundar en ejemplos y aplicaciones prácticas, que despierten el entusiasmo y la generosidad de los jóvenes.

Capítulo 15

VALOR EDUCATIVO DEL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

La importancia educadora de la confesión frecuente es enorme. Entre los medios más seguros que llevan al joven a Cristo está sin lugar a dudas la confesión. No podemos hablar de educación cristiana sin contar con la ayuda de la gracia, es decir, de los sacramentos, que son los canales de la gracia divina (*causas instrumentales).*

Por inconstancia de la naturaleza humana y por las múltiples ocasiones de pecado muchos sucumben en la lucha. Pero el divino Salvador, profundo conocedor del alma humana, puso en nuestras manos este medio, cuyo valor educativo es inapreciable: el Sacramento de la Penitencia o Reconciliación. Sí, en la confesión late una gran fuerza formadora de pueblos.

Pensemos que si logramos ganar a la juventud para la confesión y la comunión frecuentes tendremos en gran parte resuelto el gran problema de la educación católica. El valor educativo de *la confesión* bien hecha y bien dirigida es enorme y ha sido justamente envidiado por otros sistemas *pedagógicos*.

Sabemos que el valor principal de la confesión se cifra en la gracia divina que va aneja a ella y no en la habilidad del confesor. Pero para que está gracia pueda hacer ser eficaz se requiere una apropiada disposición del penitente y un adecuado tacto por parte del confesor. No hay ningún otro sacramento en que tanto influya la colaboración del ministro y del sujeto que lo recibe.

Acorde con nuestra psicología

La conciencia del pecado siempre ha pesado sobre la humanidad, la cual habría querido librarse de ella con sumo gusto. No se puede soportar

por mucho tiempo los sentimientos de culpa que se siguen después de haber obrado mal. El que proliferasen tanto los cultos esotéricos en la época pre-cristiana se debió a que prometían la expiación de los pecados, aunque fuesen promesas falsas. También en la actualidad sigue pesando sobre el hombre la conciencia de pecado, por mucho que se esfuercen las ideologías por querer borrarlo.

En el proceso psicológico para liberarse del pecado presupone varias etapas: 1º, dolor por el mal cometido; 2º, propósito de enmienda; 3º, satisfacción. Es decir: arrepentimiento, firme propósito y expiación. El arrepentimiento no puede reducirse a un simple lloriqueo o lamentación por lo que se ha hecho (y que no puede deshacerse), lo que únicamente paralizaría al sujeto y le llevaría a la desesperación. El arrepentimiento verdadero comporta odio al pecado, y por tanto, conversión hacia un camino mejor, hacia el bien. Bien es verdad que nos hace ver nuestra propia debilidad, mas no para desalentarnos, sino para que reconociéndola pongamos más cuidado y empeño en el bien obrar.

El sentimiento de culpa no se aquieta simplemente con arrepentirse y proponerse empezar una vida mejor. Quiere expiar o satisfacer. Este deseo de expiación está profundamente arraigado en la naturaleza humana. Los casos de los criminales que se delataron a sí mismos, son prueba contundente de que la naturaleza humana desea la expiación.

El pecado es el ultraje de la persona inferido a Dios. Por otra parte, el pecado tiene un poder terrible para esclavizar al hombre que lo comete. Pero del Redentor brota la gracia que borra nuestros pecados.

Para que se nos puedan perdonar los pecados, no solo hace falta que haya arrepentimiento y propósito firme de no volver a hacerlo, sino que es necesaria la satisfacción. Esta nos la ofrece el Hijo de Dios, que ofreció por nosotros la expiación completa, porque nosotros por nuestras propias fuerzas, dada la malicia del pecado, no habríamos sido capaces de ello. Pero aunque Cristo nos haya alcanzado la gracia para que sean perdonados los pecados de toda la humanidad, sin embargo la justificación del individuo no se hace sin su propia colaboración.

Significado pedagógico de la confesión

El que se confiesa se constituye en acusador de sí mismo, y esto ejerce una gran fuerza para hacerle desistir del pecado, así como el tener que confesarse nuevamente si se vuelve a caer. Si *descubrir* la falta es ya prin-

cipio de enmienda, ¡cuánto más lo será confesarla delante de otra persona!: «Confesar los propios vicios es indicio de salud» (Séneca).

1.° Valor educativo del examen de conciencia

La primera condición para adelantar en la vida espiritual es ser sincero con uno mismo, lo que implica el conocimiento propio.

No en vano aconsejaba el sabio de la antigüedad: *Conócete a ti mismo*. Este conocimiento propio, esta mirada penetrante hacia nuestra propia alma es muy importante, pero difícil porque en muchas ocasiones nos resulta desagradable. El que desconoce el estado de su propia alma, ¿cómo podrá esperar mejorar?

Para esto ayuda la confesión bien hecha, cuya preparación exige recogimiento, examinar nuestro egoísmo, orgullo y vanidad, las pasiones que nos esclavizan..., en definitiva, ser sincero con uno mimo. No se trata de una mirada superficial, sino de un examen serio de conciencia, cuyo resultado se ha de comunicar al confesor, el cual puede ayudarnos a profundizar en nuestro propio conocimiento y juzgar si realmente estamos en una disposición de verdadero arrepentimiento y enmienda.

En este caso el confesor actúa como un educador, ayudando al joven a vivir su vocación, que es ser imagen y semejanza de Dios, que es Amor. Este fin sublime de la vida humana brilla más que nunca ante nosotros en el examen de conciencia que precede a la confesión, en el que reconocemos que el pecado es el gran obstáculo que nos cierra la puerta para alcanzarlo. El hombre que se confiesa con frecuencia conoce realmente el sentido de su vida y es consciente de para qué vive.

Ejemplo magnífico de buen examen de conciencia es el libro de las *«Confesiones»* de SAN AGUSTÍN, donde reconoce todos los pecados de su vida y se arrepiente de ellos ante la majestad de Dios. El propósito que busca al hacerlo no es atormentarse a sí mismo por lo que no hubiera deseado haber cometido. «Quiero mencionar –escribe— todos los horrores que he cometido... No porque encuentre complacencia en ellos, sino por

quererte, Dios mío... Quiero pagar con mi corazón tu amor. Es amargo para mí este recuerdo; pero repaso una vez más mis malos caminos para más sentir tu embelesadora, segura, única, verdadera dulzura».

Hay una gran diferencia entre el examen de conciencia que precede a la confesión y el conocimiento propio recomendado por el oráculo de Delfos. El poeta de Delfos vivía en la creencia de que era suficiente con llegar a conocerse a sí mismo; en cambio, el que se prepara para la confesión, sabe muy bien que esto no es más que el principio, que se requiere además arrepentirse de los pecados y enmienda de la propia vida. Sólo el que claramente divisa el ideal según el cual ha de moldear su propia alma, puede enmendarse y educarse a sí mismo. Y la profunda sima que separa la imagen santa de Dios y la de la propia alma, afeada por el pecado, en ningún momento se nos presenta tan claramente como al hacer el examen de conciencia antes de la confesión. El gran valor pedagógico del examen de conciencia consiste precisamente en que nos espolea de continuo a trabajar por embellecer nuestra alma. Al fervoroso le instiga a hacer nuevos progresos; al que vive en pecado le despierta y le humilla para que se convierta.

2.° Valor educativo del arrepentimiento y del firme propósito de enmienda

Mientras *el examen de conciencia se dirige a la razón* y nos da a conocer la diferencia que existe entre el ideal divino y el estado de nuestra alma, *el dolor del arrepentimiento toca al corazón y a la voluntad.*

El arrepentimiento no es cobardía, ni traición hacia uno mismo, ni algo meramente negativo –como creía Nietzsche—, sino el despertar de nuestro mejor «yo», el cambio de la traición por la fidelidad y la valentía. Cobardía es echar la culpa de mis pecados al fatalismo o a la influencia negativa de las estructuras o de la sociedad en que vivo. Mientras que el católico que se arrepiente de sus pecados y dice por tres veces: *por mi culpa, sí, por mi culpa, por mi grandísima culpa*, denota una sinceridad y autenticidad.

Bien es verdad que el arrepentimiento es renunciar al pecado, lo cual es *algo negativo;* pero no se queda allí, es además un volverse hacia el bien, algo netamente positivo; una retractación vigorosa de la voluntad, tal como el Concilio de Trento define a la contrición: «dolor del alma y detestación del pecado cometido, con el propósito de no pecar más» (Sess. 14). El odio al pecado y el propósito firme de optar por el bien son las dos caras

de una sola moneda: no pueden separarse. Por tanto, cuando nos apartamos del pecado descubrimos nuestro mejor «yo» y sacamos la fuerza y la valentía necesarias para vivir una vida más hermosa. El hombre que se arrepiente de sus pecados, quema lo que antes adoraba antes y adora lo que antes había arrojado a las llamas; renace y empieza una vida nueva. ¿No es éste el fin primordial de la educación?

3.° Valor educativo de la confesión del pecado

No basta para enmendarse con darse cuenta del pecado cometido; hay *que reconocerlo.* En la confesión, el joven reconoce ante Dios, por medio del sacerdote, que infringió la *ley santa* que nos obliga a hacer el bien, y que los mandamientos de Dios son intangibles.

Además, uno de los méritos de la confesión es que *el joven se acusa a sí mismo*, lo cual es muy diferente de si le hubiese acusado otro o si le hubieran cogido in *fraganti.* El que se acusa a sí mismo está dispuesto a oír con gusto la amonestación; descubre los repliegues de su corazón, lo que ha ocultado a sus mejores amigos, a sus mismos padres; aún más, se siente feliz de haber podido hablar delante de alguien con toda sinceridad. No hay en el mundo otro medio que pueda compararse con éste para educar eficazmente en la sinceridad y en la honradez.

En nuestra época pululan muchos pseudoprofetas en libros, folletos, escritos y artículos de cualquier ralea que corren por millares en manos de los jóvenes confundiéndoles en un terrible caos de ideas, tildando de pasada de moda a la virtud, llamando virtud al pecado y derecho de la naturaleza a los bajos instintos. Y lo peor es que nadie está libre de ser influenciado por tales pseudoprofetas: la calle y los medios de comunicación social están saturados de tales conceptos.

¡Bendita confesión!, que da vigoriza la conciencia relajada y mediante el juicio imparcial del confesor restaura los fundamentos de la integridad moral.

El que un joven se confiese con frecuencia no significa que no vaya a pecar más, pero por lo menos *no podrá vivir tranquilo en pecado*, pues lo siente como un aguijonazo, como una espina que se le ha clavado.

¡Bendita confesión!, que mediante el juicio imparcial del confesor restaura los fundamentos de nuestra integridad moral.

Otra de las ventajas de la confesión es que nos brinda una buena oportunidad para encontrar un *director espiritual* apropiado, de experiencia y sabiduría.

Es posible que uno mismo pueda *equivocarse en lo que toca al estado de su* alma; pero la mirada imparcial y aguda del confesor descubre fácilmente el engaño. De ahí que puede considerarse dichoso el joven que se deja guiar por la mano segura de un director espiritual. Podrá contrarrestar la voluntad débil propia de su edad, las pasiones que le seducen con fuerza, y sobre todo, podrá ascender por camino seguro sin miedo a perderse.

Este sacramento no solamente nos libra del pecado, sino que nos da la gracia para perseverar en el camino de la santidad. Esto explica por qué nos tenemos que confesar con frecuencia aunque no hayamos cometido pecado grave, y por qué aconsejamos a hacerlo incluso a los niños que ya tienen uso de razón, quienes difícilmente habrán podido cometer un pecado grave.

La Confesión no solamente nos libra del pecado, sino que nos da la gracia para perseverar en el camino de la santidad.

Precisamente en estas almas es donde la fuerza preventiva de la confesión puede obrar plenamente; porque toda la fuerza que en los otros casos se ha de aprovechar, para curar llagas, reanimar heridos, resucitar

muertos, puede entonces aplicarse a acrecentar la hermosura del alma. *El que se confiesa con frecuencia no se confiesa porque tenga muchos pecados, sino para no tenerlos.* Cada confesión es entonces un fortalecimiento del alma para las luchas que están por venir. Y aunque se caiga de nuevo, uno no tiene por qué desanimarse. «Luchamos contra los vicios, no tanto para vencer, cuanto para no ser vencidos.» (Séneca).

El psicoanálisis frente a la confesión

El psicoanálisis ha resultado ser una gran apología de la confesión. Durante mucho tiempo se levantaron acusaciones en masa contra el catolicismo denunciando que la confesión es un suplicio, un auténtico *"tormento del alma"*. Y he aquí que hoy son precisamente los psicoanalistas los que se ponen *"a confesar"*, pero con tal insistencia, con tales tormentos y con preguntas tan inverosímiles, que ni el más famoso casuísta lo habría podido soñar.

Todo lo que ahora se pretende pasar como un *gran* descubrimiento del psicoanálisis (la psicología individual, la *psicología de los afectos, la psicología de las profundidades, etc.),* no con nombres tan altisonantes, pero sí, en cuanto a su esencia, se ha venido practicando desde hace dos milenarios en el sacramento de la penitencia. El examen de conciencia que precede a la confesión, verdadero buceo en las profundidades del alma humana que saca a la luz lo más escondido, se ha venido haciendo muchos siglos antes de que los psicoanalistas lo descubrieran y lo ensalzaran con tanto ruido.

Pero existe una enorme diferencia entre los dos métodos. El psicoanalista interroga durante meses o años al enfermo con la creencia de que sacando a la superficie las impresiones del subconsciente logrará su curación; en cambio, en el sacramento de la penitencia el examen de conciencia y la confesión de los pecados no son más que una parte de la curación, a los que hay que añadir un dolor sincero de haberlos cometido y un *propósito firme de enmienda.*

La Iglesia católica ha tenido siempre que defender la confesión de los rudos ataques que se le dirigían por quienes la tildaban de sacrificio sobrehumano. ¡Confesar los propios pecados a otro hombre! Y he ahí que la flamante psicología de nuestros días manda al hombre a confesar (es verdad que no ante el sacerdote, sino ante el psiquiatra, pero de todos modos, a «confesarse»), y trata de proteger a los que han intentado suicidarse haciéndoles hablar mucho, es decir, *confesando* todo lo que tienen por den-

tro, naturalmente sin gran éxito, por falta de la gracia y virtud sacramentales.

El arte de confesarse bien

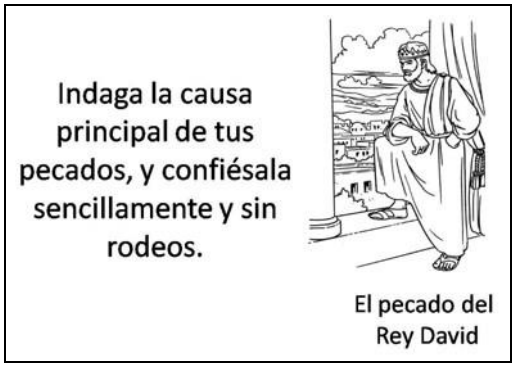
Para que nuestros jóvenes se beneficien lo más posible hemos de enseñarles *el difícil arte de confesarse bien.*

1.° Examen

No resulta fácil enseñar a los jóvenes a que realmente se conozcan como son, a que hagan un profundo *examen de conciencia.* Más difícil que lograr que confiesen sus pecados, es que transparenten el verdadero estado de su alma al confesor. Muchos se confiesan con buena fe de muchos pecados, pero se quedan *en la superficie* sin llegar a descubrir las raíces de sus pecados. De ahí que al hacer el examen de conciencia se han de buscar principalmente los motivos que nos llevaron al pecado. No solamente hay que declarar los pecados de pensamiento, acción u omisión, sino las malas inclinaciones y los motivos u ocasiones que nos llevaron al pecado, para que se nos pueda ayudar.

Así lo aconseja San Francisco de Sales: «En la confesión omite aquellas acusaciones superfluas de las que algunos se acusan por costumbre; por ejemplo: no he amado a Dios como es debido; no he rezado con el debido fervor; no he recibido los sacramentos con el debido celo, etc. La razón es clara. De estas acusaciones generales tu padre espiritual no deducirá el estado de tu alma, porque aun los hombres más perfectos del mundo podrán repetir las mismas cosas... Busca, pues, la causa principal de tus acusaciones, y si la encuentras, confiésala sencillamente y sin rodeos. Te acusas, por ejemplo, de que no has querido bastante al prójimo; pues bien, la causa de ello ha podido ser quizá el no haber ayudado al pobre que padecía miseria y haberle consolado, cuando lo hubieras podido hacer con facilidad. Si es así, entonces acúsate de este caso especial y di que no le has

ayudado según tus posibilidades por negligencia, por dureza de corazón o por despecho. Del mismo modo no te acuses de que no has amado a Dios con el debido celo... Ni te baste decir que has mentido, sin causar daño a nadie, sino di también por qué lo hiciste, por vanidad, por alabarte a ti mismo, por disculparte, por broma o por testarudez» (Filotea).



Enseñémosles a confesar todos sus pecados tal *como los cometieron*. Hemos de aducir ejemplos concretos: Si un niño cometió tal o cual falta ha de confesarla de ésta o de aquella manera. A fuerza de ejemplos, los niños llegan a comprender que una misma falta cometida puede ser confesada de modo diferente según sea la persona. Si logramos esto, la confesión *será más personal y más consciente.*

Veamos algunos ejemplos concretos.

Dice el niño en la confesión: «He sido desobediente seis veces.» No nos fijemos ahora en el número; la expresión «he sido desobediente» no basta para hacer ver los motivos. Porque uno ha podido ser desobediente por falta de atención, y en cosa muy baladí; el otro, por pereza de hacer lo que se le había mandado; el tercero, que ya se puso en camino para ir a la tienda, adonde le mandaron, por haberse enredado en el camino con sus amigos; el cuarto, por testarudez, por terquedad. ¡Cuán distintas serán los consejos del confesor si conoce bien los motivos que le llevaron a hacerlo!

O también: «He murmurado de otros.» Pero ¿por qué? Por una tontería; por envidia; por antipatía, etc.

«He hecho rabiar a alguien, le he pegado.» Sí, pero ¿por qué? Porque ya lo tengo por costumbre –dice uno—. Nunca suelo hacerlo –contesta el otro—; pero tanto me hicieron enfadar y perdí la cabeza.

«No he cumplido con mi deber.» ¡Cuántas veces confiesan esto los estudiantes! Pero ¿quién es el que añade: «porque ver películas», «porque soy un comodón y no me esfuerzo», «porque me paso el tiempo leyendo novelas», etc.?

«He dejado de ir a misa.» Por pereza. Porque me he dormido. Porque nunca me levanto con puntualidad. Porque me fui de excursión.

«Tengo fuertes tentaciones de impureza.» Por estar demasiado tiempo en la cama. Porque leo continuamente libros de tal índole. Porque tengo tales amigos. Porque veo tales películas, etc.

«He mentido.» ¿Por qué? Porque temía que me regañasen. Por vanidad, para que me admirasen. Porque se me escapó, pues no lo suelo hacer nunca...

¡Cuán diferente será la confesión si se hace de esta manera! No cesemos, pues, de animarles a que lo hagan así.

También hay muchas cosas de las que uno no se suele acusar y que son motivo de confesión. Por ejemplo, el perder mucho tiempo leyendo novelas, el despilfarro inútil del dinero, la excesivo tiempo dedicado a ver películas, las apuestas de dinero, algunos caprichos superfluos, la frivolidad en el trato con las personas del otro sexo, el desconfiar sin motivo de los demás, el mostrarme duro o insoportable con los demás, etc. Muy poco se mencionan estas cosas en la confesión, cuando son precisamente las faltas más frecuentes de la pubertad. Enseñémosles con ejemplos cómo han de confesarse para lo hagan con el máximo provecho. Es aconsejable tratar de hacerlo siempre con el mismo sacerdote, para que nos conozca bien y sepa cuál es nuestro defecto dominante y pueda darnos el consejo más apropiado.

Si pudiéramos libramos de nuestra pasión o de nuestro defecto dominante, lo demás nos resultaría mucho más fácil. El defecto dominante es la raíz de muchos tropiezos y pecados. Llegar a conocerlo es conocer la causa de mis caídas, cómo concatenan mis deslices y pecados, algo imprescindible para poder avanzar en la vida espiritual.

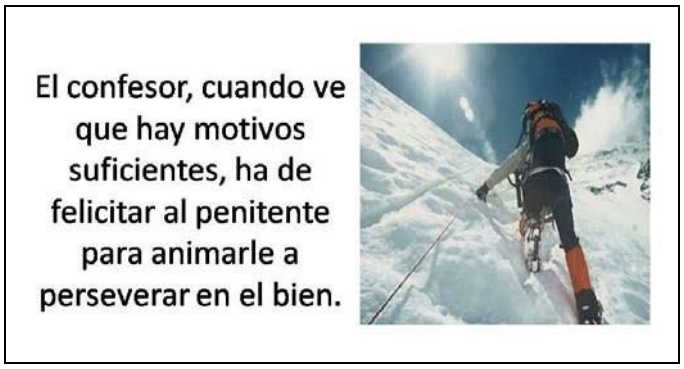
Es aconsejable confesarse siempre con el mismo sacerdote

Con el fin de ser consciente de los progresos alcanzados, acostumbremos a los jóvenes a empezar la confesión con un *pequeño resumen:* «Desde mi última confesión me he enmendado en tal punto»; «he podido

evitar tal o cual falta; «soy peor en lo que respecta a tal defecto»; o también: «no hay en esto cambio alguno».

Por esta razón el examen de conciencia debe aspirar a ser mucho más que una simple indagación de los pecados cometidos. Debemos fijarnos también en los logros alcanzados desde la última confesión. Ciertamente, hay que arrancar las malas raíces, pero también hay que reconocer con alegría lo que la gracia de Dios va haciendo en nuestra alma, cuando colaboramos con ella.

De manera que el confesor, cuando ve que hay motivos suficientes, ha de felicitar al penitente para animarle a perseverar en el bien. Es lo que hace el apóstol San Juan al dirigirse a los jóvenes: *«A vosotros, jóvenes, os escribo porque sois valientes, y la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al maligno»* (I Juan 2,14).



Hay que procurar que los jóvenes, no sólo den cuenta de los pecados cometidos, sino también de las luchas que han sostenido desde la última confesión, de las cosas en que se han vencido, de los ejercicios de abnegación que han hecho, y de los pecados que han evitado. Esto les anima muchísimo, tal como se comprueba por la gran alegría que experimentan al contarlo y en cómo agradecen a Dios la más pequeña victoria.

Alabemos también a los que se confiesan con frecuencia. Estos jóvenes dan pruebas de conocer el valor de la confesión.

No temamos que los jóvenes cobren demasiada confianza en sí mismos por dar cuenta de algunos éxitos, efecto de la gracia de Dios, pues no les han de faltar ocasiones de confesar cosas negativas. El examen de conciencia que únicamente se fija en contabilizar los pecados puede desanimar a cualquiera. El hecho de notar que hay enmienda, por lo menos en algunos puntos, infunde ánimo y confianza para las luchas del porvenir. Pensemos que en la confesión no sólo nos lavamos el alma, sino que adquirimos la fuerza para progresar en la vida espiritual.

En ciertas ocasiones, por ejemplo, en unos ejercicios espirituales o en algún retiro, es muy provechoso animar a los jóvenes a que hagan una confesión general desde sus últimos ejercicios espirituales o de toda su vida, incidiendo sobre todo en la lucha contra su defecto dominante.

Varias veces he tenido ocasión de oír esta clase de confesiones y me han edificado por la emoción y la espontaneidad con que los jóvenes las hacen. Hay quienes hacen un verdadero balance, una lista de «Debe» y «Haber» del año transcurrido. Tales confesiones, en que, como es obvio, se ha de permitir a los jóvenes que se expansionen a su gusto, llevan bastante tiempo, no cabe duda, pero hacen mucho provecho al alma. La confesión deja de ser una fría recitación de pecados y pasa a ser una sencilla y sincera revelación del estado espiritual del alma.

El arte de confesar bien

La confesión impone graves deberes *también al confesor. El celoso* pastor de almas, al confesar, no solamente administra un sacramento, sino que cumple a la vez la función de director espiritual. Según San Alfonso María de Ligorio, ejerce las funciones de «padre, juez, doctor y médico».

El confesor que es educador de almas (¡no hay en el mundo ocasión mejor para educar!), tratará de que todas sus palabras, consejos y amonestaciones estén orientadas a un mismo objetivo: encaminar las almas a la santidad.

1.° Valor pedagógico de los consejos y avisos dados en la confesión

Las exhortaciones y la penitencia bien escogidas tienen un gran valor formativo. Pero por desgracia, se repiten hasta la saciedad exhortaciones que parecen cortadas por un mismo patrón, como si el confesor no se diese cuenta cabal de la gran fuerza que tiene un buen consejo o amonestación. El *IV Concilio de Letrán*, al prescribir la confesión obligatoria, añadía acto

seguido: «Sea el sacerdote discreto y precavido, para que a manera de médico perito «administre el vino y el óleo..., usando diversos tratamientos para la salvación del enfermo». No nos contentemos, por tanto, con dar avisos generales y con prescribir como penitencia cinco Padrenuestros y cinco Avemarías. El arte de aconsejar bien y dar buenos avisos para el alma acrecienta el valor de la confesión y la hace más apreciada.

«Vale mucho más oír pocas confesiones bien, que muchas de una manera precipitada y por ende sin fruto.» (San Francisco de Sales)

Cada confesión ha de ser un motivo de profunda conversión, por los avisos y consejos que se reciben acordes con las necesidades personales.

Los *consejos generales* («en adelante sé bueno», «ve con cuidado», «no cometas más pecados») de poco sirven. Lo eficaz es detenerse en *el pecado principal* de la confesión. Y aún es mejor dialogar con el penitente: «¿Cuál crees, hijo mío, que ha sido tu mayor pecado?... Sí; éste ha sido. Pues bien, fíjate...» Y llamemos entonces la atención sobre este defecto, el primero, el mayor, sobre esta inclinación o costumbre, del que derivan acaso todos los demás defectos. Inculquemos la costumbre de que cada mañana, al hacer el joven su oración, que piense un ratito en las posibles ocasiones que le vendrán de caer en dicho pecado, el más grave, y que reflexione sobre qué puede hacer para poder evitarlo.

Si nos contentamos con que el joven haga un buen propósito general: «Prometo enmendar mi vida», en vano esperemos buenos resultados prácticos. Con una frase, lo más concreta que sea posible, hemos de llamar la atención contra qué pecado ha de luchar el joven con todas sus fuerzas en adelante, y luego hagamos *el más detallado* plan estratégico contra el mismo, hablándolo con el penitente: ¿cuándo sueles cometer tal pecado?, ¿en qué circunstancias?, ¿qué medios vas a aplicar para vencerlo? etc.

Este, por ejemplo, no sabe poner freno a su boca, blasfema con frecuencia. La amonestación puede ser la siguiente: «Piensa por la mañana:

ahora voy a la escuela, algunos muchachos se meterán conmigo, pero iré con cuidado y les diré otra cosa en vez de blasfemar; después, a mediodía, vigilaré también en casa, para que no se me escape nada...; por la tarde, al jugar al fútbol, también se me suele escapar la lengua, me contendré y diré alguna cosa graciosa... ; por la noche me examinaré con rigor: «¿He cumplido o no lo que me he propuesto por la mañana?»; en la próxima confesión rendiré cuentas: «Tales y tales fueron mis propósitos. He logrado cumplirlos en tal o cual grado».

«No lo quiero, pero se me escapa», dice con desaliento otro penitente. «Date un golpe en la boca; pero que te duela; ya verás cuán fácil te será ir con cuidado en adelante».

Al que se acusa de ser desordenado en el cumplimiento de su deber, aconsejémosle, por ejemplo, que el día que comulgue sea rigurosamente puntual en todo. Al que ha desobedecido a sus padres recomendémosle que esté atento a cualquier indicación que le puedan hacer y que corra con redoblado ánimo para cumplirla. Al que ha ofendido a su compañero encarguémosle que busque una ocasión propicia para alegrarle la vida, etc.

Es muy provechoso aconsejar al penitente que *se ejercite en las virtudes opuestas a* los pecados que con frecuencia comete.

Al que se deja arrastrar por la vehemencia de las pasiones y ofende a los demás, aconsejémosle la cortesía; al joven quisquilloso, la amabilidad; al que curiosea de continuo, que deje la lectura en el punto más interesante, o que espere por lo menos diez minutos para abrir la carta que le acaba de llegar; al perezoso, que se levante con puntualidad, etc.

Se le ha de hablar al penitente tratando de despertar en él el *más profundo arrepentimiento.*

«Mira: has cometido este pecado grave. Dime: ¿has sido feliz? ¿Te has sentido tranquilo? ¿Ves ya cuán tristemente te ha engañado la tentación? ¡Cuán ingrato has sido para con Dios! ¿Lo sientes? ¡Cuánto más hermoso habría sido resistir la tentación! En adelante trata de ser más fuerte, ¿verdad?»

Hemos de mostrar mucha confianza al alma que promete enmienda: «Ya veo, hijo mío, que no te sientes bien con el pecado. Has venido a confesarte para que el Señor te cancele esta gran deuda; pero en adelante, cueste lo que costare, lucha para no caer de nuevo. Sé que es esto lo que quieres. Si no lo quisieras, no estarías ahora arrodillado aquí.»

Hay que *infundir confianza* al alma presa del desaliento. Vemos muchas veces que, después de confesar un pecado grave, el desaliento se apodera del penitente. Como si dijera: «Estoy como hace años. Ya no hay remedio para mí».

Es natural que no pueda esperarse gran cambio después de una confesión hecha con tal disposición de ánimo. Por esto hemos de procurar infundir confianza en el alma que está paralizada por el desaliento. «No desconfíes, estás dando muestras de buena voluntad, pues tienes al menos el propósito de cambiar». Si no es posible darle ánimos por haber conseguido grandes victorias, no omitamos por lo menos sacar provecho de los pequeños éxitos. Hemos de poner gran cuidado en que el ánimo nunca decaiga.

«Mira, hijo, la otra vez pudiste estar dos semanas sin caer en este pecado; ¿verdad? Eso significa que lo puedes conseguir. Pues bien; ahora resiste más tiempo.»

En el caso de pecadores reincidentes consideramos de especial importancia que se les digan algunas palabras respecto del *porvenir*, dando como posible una nueva caída. Esto porque a pesar del propósito firme que tienen, por ser débil la voluntad pueden caer de nuevo, para que no dejen arrastrar por el pecado cuando ya quebrantaron su propósito. Hagámosles saber que lo más probable es que vuelvan a caer por debilidad. «Sé que ahora te has decido con toda firmeza. Pero mira, si a pesar de todo cayeses (yo creo que no caerás; pero en caso de que cayeses...), no te desalientes. Haz un acto de contrición perfecta en seguida y vuelve a hacer un firme propósito de no volver a caer. ¡No y no! No quiero caer. Todo depende de la buena voluntad que tengas. Mucho peor que hayas caído, es que no te levantes.»

De este modo, de acuerdo con la persona, hemos de escoger los avisos. A éste le recomendamos la puntualidad, a aquél el orden, a otro una veracidad absoluta, etc.

En la próxima confesión pidámosle cuenta de los éxitos logrados en lo que toca a la enmienda propuesta. Si no los han logrado, hemos de proponerles otra vez el mismo fin de diferente forma. De esta suerte el sacramento de la penitencia será un medio eficaz de dirección individual.

En este sacramento se abren los corazones más cerrados y recobran la confianza. Por eso es muy importante, para poder ayudarles, tratar de conocer sus tentaciones, su modo de pensar, sus dificultades…

2.º Valor educativo de la satisfacción

La penitencia que les impongamos no ha de ser siempre la misma sino variada en relación con la persona y sus necesidades.

Generalmente la penitencia consiste en hacerles rezar ciertas oraciones. Los argumentos que abogan por esta práctica son realmente tan serios que en general no podemos menos de ratificarlos. Pero si se trata de jóvenes ya algo crecidos, podemos mandarles también algunos *minutos de meditación ante el Santísimo Sacramento,* o la recitación meditada del «Padrenuestro», etc.

Mas al prescribir la oración se ha de tener en cuenta el punto de vista principal que hemos escogido precisamente en la confesión. Podemos también combinar una oración con el ejercicio de aquella virtud que le ha faltado el penitente.

Por ejemplo: Tu mayor defecto es el desamor a los demás. En penitencia rezarás cinco Padrenuestros a las cinco llagas de Jesús, en cada uno de estos Padrenuestros meditarás un minuto sobre el gran amor a que te invitan estas cinco llagas. O también: Reza en penitencia las Letanías a la Virgen (Letanía Lauretana) y a cada invocación piensa en ti mismo de esta manera: «¡*Virgen clemente*! –Y yo, ¿cómo soy? *Virgen fiel*.— ¿Soy fiel yo también? *Madre castísima*. –¿Y yo? *Madre inmaculada*.- ¿Y yo...?»

La penitencia ha de tener una *finalidad educadora de la persona.* Lo pregona con toda claridad el *Concilio de Trento,* al decir con respecto a los actos que se prescriben a manera de satisfacción.: «Ellos curan las reliquias de los pecados, y cercenan, mediante los ejercidos de las virtudes opuestas, las inclinaciones pecaminosas contraídas por una vida de pecado.» (S. XVI, c. 8). Por «reliquias de los pecados» hemos de entender aquellos hábitos nocivos que hayamos adquirido, los cuales, heridos en su raíz por la absolución, han de ser arrancados por una penitencia que tenga fuerza pedagógica.

La satisfacción tiene fuerza educativa si se hermana con la victoria sobre el defecto dominante; por esto es provechosa una penitencia repetida durante algún tiempo (la Iglesia primitiva no conocía el presente acto de penitencia, sino la disciplina *penitencial);* por ejemplo, renovar durante una semana en la oración de la mañana el propósito hecho en la confesión. El Catecismo Romano enumera tres clases de penitencia: oración, es decir, cualquier acto religioso; ayuno, esto es, toda clase de abnegación, y limosnas, o, lo que es lo mismo, cualquier obra buena.

Además de la oración (pues siempre hemos de prescribir alguna) se puede escoger una penitencia de las otras dos clases.

Por ejemplo: al perezoso podemos mandarle que en los tres días siguientes sea más puntual en la oración y en el estudio de lo que exige el estricto deber. Al que es ligero de lengua, que no hable una sola palabra, que no sea necesaria, durante medio día. Al que ha sido grosero en casa, que procure dar alegría a sus padres. Al glotón le podemos prescribir una especie de ayuno, o lo que es mejor aún, que deje sobre la mesa el bocado de dulce que más apetece. A otros podemos mandarles que hagan la oración de rodillas, que vengan a confesarse más a menudo, que hagan diariamente el examen de conciencia, que ofrezcan con espíritu de penitencia un rato de estudio que se les hace cuesta arriba, que se priven de algo en el juego, en las diversiones, que hagan la visita al Santísimo Sacramento, etcétera. La penitencia que más educa es la que comporta un acto moral, un esfuerzo personal.

Es obvio que antes de dar tal penitencia hemos de saber si el penitente puede cumplirla sin llamar la atención y sin grave dificultad. Preguntemos antes al joven si no va a tener problemas para hacerla.

La vida es lucha contra el pecado. La penitencia debe de alguna manera también fortalecer la voluntad del penitente para no vuelva a caer.

Dirección espiritual mediante la confesión frecuente

Uno de los principales medios para educar espiritualmente a la juventud es la confesión frecuente. No obstante, ésta exige ciertas condiciones especiales en el director. Ya se sabe que el efecto *sacramental* de la confesión, si ésta se hace como es debido, existe siempre; pero no así su influencia educadora, que es de valor incalculable para adelantar en la vida sobrenatural y para evitar el peligro de la rutina en que se puede caer si las confesiones frecuentes se hacen meramente *por devoción*.

1.° La confesión frecuente prepara la dirección espiritual

Ante todo, el confesor ha de tener la convicción profunda de que la confesión frecuente ofrece a *la dirección espiritual una ocasión tan favorable* que no es posible encontrar otra semejante.

Los que se confiesan frecuentemente, *normalmente se confiesan sólo peca*dos veniales, lo que permite al confesor conocer más en profundidad el alma del penitente.

Es un hecho atestiguado por la historia que en el cristianismo primitivo sólo se confesaban los pecados mortales, porque los pecados veniales se pueden perdonar por otros muchos medios. Así se comprende, por ejemplo, que San Cipriano, San Ambrosio, San Agustín, San Jerónimo no se hayan confesado en toda su vida. Sus pecados eran perdonados con el bautismo, y después no volvieron a cometer ningún pecado grave. La práctica de confesar los pecados veniales empezó en los siglos IV y V. Con el desarrollo de la vida monacal en común, los monjes se acostumbraron a descubrir sus faltas y defectos más pequeños al abad, aunque éste no fuese sacerdote, para recibir de él dirección espiritual. Más tarde estos pequeños deslices se introdujeron también en la confesión; y desde el siglo VIII, la práctica de confesar los pecados veniales se generalizo también entre los fieles seglares.

La confesión de los pecados veniales no busca tanto el perdón (ya que éste se puede lograr por otros medios) como adelantar en la vida espiritual y servir de ayuda para la dirección espiritual. El efecto sacramental en estos casos robustece la vida de la gracia, que no se había perdido, sino solamente debilitado. Esto sucede sobre todo si se trata de niños pequeños que se confiesan frecuentemente. Difícilmente hallaremos en su vida pecado grave; el valor de la confesión estriba en renovar la vida cristiana.

La confesión de los pecados veniales no busca tanto el perdón como progresar en la vida espiritual y ayudar a la dirección espiritual.

La confesión periódica no sólo nos prepara mejor para recibir la comunión, sino que es un medio de profunda influencia educadora y espiritual que impulsa a la santidad.

Este es el fin principal de aconsejar la confesión frecuente: *robustecer la persona para la lucha.* La *«gracia habitual»* del sacramento, además de perdonar los pecados *cura y robustece* la debilidad que nos causó el pecado y que persiste en nuestra naturaleza después de la justificación. Por esto llamamos a la gracia del sacramento de la penitencia «*gracia sanativa»,* mientras que a la del bautismo le damos el nombre de *«gracia regenerativa»*. Por el bautismo renacemos espiritualmente (estábamos muertos a la vida espiritual, y volvemos a nacer). Si después el alma se enferma por cometer pecados veniales, la confesión nos sana de la enfermedad.

Además, la confesión, sobre todo si se pide perdón por los pecados pasados ya confesados, sirve también para *borrar el reato de pena temporal* (las penas temporales, en esta vida o en el purgatorio, originadas por el pecado venial). «Cuanto más veces se confiesa alguien de los mismos pecados, tanto más se le mitiga el castigo.» (S. Tomás de Aquino, Supplem. Qu. 10, art.2).

2.° Juicio y dirección personales

La educación espiritual que puede esperarse de la confesión frecuente exige dos cosas del confesor: a) *juicio personal,* y b) *dirección personal.*

a) Juicio personal.- No hay dos almas humanas. Una misma forma de confesar pueda provocar en diferentes personas distintos estados de ánimo. Por tanto, incumbe al confesor leer como entre líneas y descubrir la situación espiritual de la persona, sobre todo las inclinaciones habituales que le llevan al pecado. Hay que extirpar la cizaña en su raíz, no basta cortarla, si no queremos que brote de nuevo.

b) Dirección personal.- La homilías van dirigidas a los fieles en general; la confesión trata personas concretas. En ninguna ocasión hemos de obrar guiados según la rutina ni llevados por un mismo patrón.

Empecemos por determinar en cada caso la *frecuencia de la confesión.* A unos puede ayudarles la confesión semanal o quincenal; a otros, más espaciada. Dependerá de varios factores: si le asaltan muchas tentaciones o no, de los escrúpulos que tenga, de la sensibilidad espiritual del alma y de sus deseos de santidad. Algunos jóvenes se sentirán satisfechos si se confiesan sólo cuando cometen pecados graves. Pero el joven que quiera avanzar en la vida espiritual deberá esmerarse en confesar sus peca-

dos veniales (que ya sabemos no es obligatorio) y a la vez fijarse especialmente en su defecto dominante, para que el confesor le pueda exigir propósitos concretos para vencerlo; también deberá dar cuenta de sus tentaciones, pero siempre añadiendo si ha habido consentimiento o no.

El confesor, experto en la «discreción de espíritus», tratará a cada joven en consonancia con sus notas peculiares y necesidades propias, alentándole siempre a crecer en el amor de Dios.

La dirección espiritual en jóvenes escrupulosos

Los jóvenes de conciencia escrupulosa merecen una dirección especial.

1.° Causas de los escrúpulos

Todo joven de nobles ideales suele tener una conciencia delicada, que no es lo mismo que escrupulosa. El temor de cometer un pecado no impide tener un concepto claro de la mayor o menor gravedad de los actos. Pero lo que define al alma escrupulosa es precisamente la incapacidad *de enjuiciar rectamente la moralidad de los actos que realiza.* Por ejemplo, puede deberse a que no sepa distinguir claramente la diferencia que hay entre tentación y pecado.

Los escrúpulos pueden también ser causados por un método erróneo de educación. Si, por ejemplo, se presenta al joven un ideal digno de admiración, pero inasequible en las circunstancias ordinarias de la vida humana, y le proponemos este ideal como si fuese obligatorio, transformando los consejos en mandatos, no resultará extraño que el joven, al verse lejos del ideal propuesto, a pesar de su buena voluntad, sienta temores infundados de no corresponder a lo que le pide Dios, y pierda la paz de conciencia.

Los escrúpulos suelen darse más en los jóvenes, precisamente por su conciencia delicada, que en los adultos. El mayor peligro de los escrúpulos, si no se tratan a tiempo, es que el alma, por no vivir en paz y por sentirse incapaz de vivir lo que pretende, acabe abandonando la vida espiritual y caiga después de algunos años en la indiferencia religiosa.

2.° Tratamiento de los escrupulosos

Debemos tener suma paciencia ante las angustias y quejas de los jóvenes escrupulosos, aunque como es natural, con mesura y prudencia.

Estos jóvenes deben ser conscientes de qué mandamientos son los más importantes, y de que Dios, no es un juez mezquino que busca algún motivo para condenarnos, sino un Padre que nos ama inmensamente y es infinitamente *bueno*. También será bueno tal vez advertirles que nunca estaremos exentos de defectos, por nuestra limitada naturaleza y débil voluntad. Pretender no tener ningún defecto es signo de orgullo manifiesto.

Exijámosles obediencia absoluta a *nuestra dirección,* que cumplan incondicionalmente todo cuanto les mandamos (a estos tales no se les puede «aconsejar»), y que después se queden tranquilos: nosotros asumimos la responsabilidad.

Hay de tener una confianza ilimitada en Dios misericordioso. La *libertad y alegría espiritual de los hijos de Dios* no se compagina con la agitación de los escrúpulos. Dios espera de nosotros que le sirvamos con un amor alegre y confiado.

Regla práctica. Cuando el penitente duda de si cometió pecado, esto indica que no puede haber pecado grave. Si los escrúpulos arrecian, será prudente prohibir el examen de conciencia en lo tocante a la materia del escrúpulo; más aún, ordenar a estos espíritus torturados que se preparen para la confesión con la sola contrición, esperando que el examen sea guiado y medido por *las preguntas del confesor.*

Se les ha de acostumbrar a que no miren sus actos desde este único punto de vista —si ha habido pecado o no—, sino que ofrezcan su vida a Dios con generosidad y vivan después alegres y confiados. El que se esfuerza en la vida espiritual por entregar su vida a Dios, no debe tener miedo de cometer pecado grave, porque esto no se da repentinamente, sino después de una serie de infidelidades progresivas.

No seamos pródigos *en repartir el calificativo de «pecado mortal».* El juicio precipitado es tanto más peligroso cuanto más fina es la delicadeza del alma. No en vano escribe San Juan: *«No hay temor en el amor; sino*

que el amor perfecto expulsa el temor, porque el temor mira el castigo; quien teme no ha llegado a la plenitud en el amor. Nosotros amemos, porque él nos amó primero» (I Juan 4,18).

Los niños cometen muchas faltas que no podemos tildar de pecados, por lo menos, graves. Muchas veces obedecen a cierta ligereza, despreocupación, superficialidad, insensatez juvenil propia de la edad... Eduquemos a los muchachos para que sean hombres de conciencia, pero no escrupulosos. Deben evitar el pecado, pero sobre todo hacer el bien. Ciertamente el santo temor de Dios ayuda, pero mucho más el amor de Dios. Difícilmente un niño podrá cometer un pecado mortal si le falta el pleno conocimiento de lo que hace y la mala voluntad.

Si pronunciamos con demasiada precipitación el fallo de pecado mortal, fácilmente podremos desanimar a los jóvenes y que dejen de luchar. En cambio, más fácilmente extirparemos las malas costumbres, profundamente arraigadas, si impulsamos a las almas al ejercicio alegre de las virtudes opuestas.

Pedagógicamente valdría la pena dar al pecado venial el nombre de «falta», de «tropiezo», y reservarnos el nombre de «pecado» para el mortal; de esta forma nos sería mucho más fácil destacar la enorme diferencia que media entre ambos. A la enfermedad tampoco le damos el nombre de «muerte».

Y a los reincidentes que luchan y que por debilidad humana tropiezan, sírvales de consuelo la frase de San Bernardo: «Nuestra perfección no consiste en haberla alcanzado, sino en el esfuerzo constante de perfeccionarnos.»

Consejos prácticos para el confesor

Gran tacto y habilidad pedagógica se necesitan para confesar, y esto no puede aprenderse por completo con libros y consejos. La maestría procede de una *larga práctica hermanada con un corazón sacerdotal inflamado de amor.* No obstante, juzgamos oportuno añadir a lo dicho algunas notas de índole práctica, que tal vez ayuden al difícil arte de oír confesiones.

1.° Preparación de las confesiones

Cuando en un colegio se invita a los alumnos a recibir el Sacramento de la Reconciliación un día determinado, la clase anterior debería dedicarse *a prepararles para que lo reciban con la mejor disposición.*

¿Qué hacer en esta clase preparatoria? Motivarles sobre todo para que se arrepientan sinceramente y hagan un propósito firme de enmienda; invitarles a cambiar de vida; que se den cuenta de la fealdad del pecado y la belleza de la virtud; que sean consciente de su responsabilidad en la salvación de su alma, y de que el perdón nos viene de la pasión de Cristo; que vislumbren la alegría que irradia un alma que está libre de pecado.

2.° Orden y tiempo suficiente

Cuidemos el orden. Cerca del confesionario no ha de esperar más que uno; los demás deben estar más alejados, en los bancos.

Como sacerdotes, antes de ponernos a confesar, oremos unos instantes de rodillas. Nada mejor para hacer caer en la cuenta a los jóvenes sobre la importancia del acto que van a realizar que el mismo confesor se santigüe despacio y se ponga en la presencia de Dios.

Demos tiempo al joven para que pueda confesarse con tranquilidad. El resultado de la confesión depende en gran parte de nuestro comportamiento tranquilo, lleno de tacto y comprensión.

La confesión bien hecha es uno de los medios que más nos acercan a Cristo; en ella descubrimos nuestras enfermedades del alma y recibimos la medicina más apta para curarnos. Por la virtud de Cristo se nos libra la podredumbre de los pecados.

4.° Suficiente número de confesores

Ha de haber los confesores suficientes para que los muchachos no tengan que esperar demasiado.

O más confesores o menos penitentes. Con vistas a una confesión reposada es conveniente que, donde haya pocos confesores y muchos alumnos, se distribuyan éstos a lo largo de varios días para poder hacerlo.

Los efectos beneficiosos de la confesión son enormes; pero para que dé el mayor fruto habrá que tener en cuenta la situación y necesidades concretas de cada persona.

Para evitar posibles confesiones sacrílegas enseñemos a los penitentes (principalmente a las muchachas, ya que es mayor el peligro en éstas) algunas fórmulas que les sirvan de ayuda. Si tienen horror a confesar algún pecado digan solamente: «Todavía tengo otro pecado, pero me cuesta decirlo», o «no sé cómo confesarlo»; y así el confesor les podrá ayudar.

A los muchachos mayores hay que dedicarles mucha más atención. Es una bendición de Dios encontrar un sacerdote que sepa tratar con habilidad los problemas de los jóvenes; no solamente se necesita buena voluntad, sino un carisma especial que no puede aprenderse en los libros. Enviemos los estudiantes mayores a este confesor capaz de curar con fino tacto las llagas del alma.

Los ejemplos de los santos (San Juan Bautista Vianney, San Francisco de Sales, San Vicente de Paúl, etc.) nos enseñan que para confesar y hacer mucho bien a las almas se requiere gran espíritu de sacrificio y abnegación. Sólo si el sacerdote se confiesa con frecuencia y con devoción podrá confesar bien a los demás.

6.° El diálogo

En las confesiones no nos contentemos con escuchar los pecados, sino que dirijamos algunas preguntas al penitente. Después, en el momento de la amonestación y de los avisos espirituales, sobre todo si nos alargamos, procuremos hacerlo en forma de diálogo, pues es sabido que los jó-

venes no son capaces de mantener durante mucho tiempo la atención, sobre todo si se les habla de temas abstractos o generales.

Por ejemplo:

–He mentido –dice un joven en la confesión.

–Dime, ¿por qué has mentido?

–Porque no me atreví a decir la verdad.

– ¿Y si hubieses dicho la verdad qué hubiese pasado? – Entonces me habrían castigado.

–¿Y qué?, si entonces te hubiesen castigado, ¿te dolería todavía?

–No, Padre, ahora ya no me dolería.

–Pues bien; porque has mentido, no te han castigado; pero tú te has castigado cien veces más a ti mismo; te has condenado a un castigo que todavía sigue remordiendo tu alma... Haz el propósito firme de aquí en delante de decir siempre la verdad. Si vuelves a cometer algo por lo cual mereces que te castiguen, más vale que lo sufras y se lo ofrezcas arrepentido al Señor, pero mentir... ¡jamás!

Otro caso. El joven dice en la confesión

–He cometido un pecado de impureza conmigo mismo.

–¿Te vio alguien?

–No, Padre, no me vio nadie.

–¿Nadie, hijo mío? –Nadie.

–¿Y Dios?

El penitente asiente con tristeza:

–Sí, Él me vio.

–Pues bien, Él te vio. Y en cualquier parte que hubieses estado, Él te habría visto. No puedes esconderte de Dios...

Con semejantes diálogos la confesión produce una impresión mucho más honda que con una amonestación recitada de un tirón.

8.° Preparación para la comunión siguiente

Mencionemos en cada confesión, aunque sea con pocas palabras, *la santa comunión que ha de seguir*. De esta suerte la confesión se transforma en la mejor preparación para la comunión. Es de desear que los jóvenes comulguen en gran número todos los domingos; pero basta en rigor con

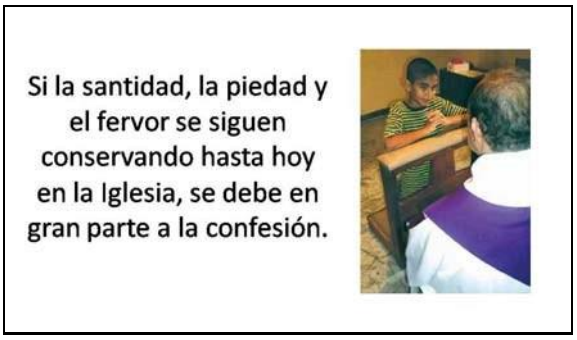
que se confiesen cada tres o cuatro semanas. Pongamos todo el empeño posible en acostumbrarles a confesarse periódicamente.

10.° Ultima pregunta

Antes de dar la absolución, dirijamos una última pregunta: *«¿Tienes algo más que contarme?»*. Muchos jóvenes contestan que no; entonces se da la absolución. Pero ocurre con mucha frecuencia que el penitente aprovecha esta ocasión para proponer algún problema que está pasando o alguna duda que le perturba.

Si el penitente está dispuesto a librar batalla contra una costumbre pecaminosa que le tiene esclavizado, prometámosle que oraremos por él para que lo consiga. Los jóvenes nos lo agradecerán.

Pensemos en la importancia de una buena confesión. El que la santidad, la piedad y el fervor se sigan conservando hasta hoy en la Iglesia, se debe en gran parte a la confesión.



Capítulo 16

VALOR PEDAGÓGICO DE LA SANTA COMUNIÓN

La influencia educadora de la confesión encuentra su natural complemento en la santa comunión. La confesión frecuente y bien hecha asegura los frutos de la santa comunión, y la santa comunión, a su vez aviva el fuego del amor y ayuda a extirpar la raíz de los pecados y corrige nuestras inclinaciones desordenadas. El gran Papa de la Eucaristía, San Pío X, bien lo sabía cuando aconsejó la comunión temprana y frecuente como medio para lograr poner en práctica el lema de su pontificado: *«Instaurar todas las cosas en* Cristo».

Jesús sacramentado y la juventud

El que los jóvenes se preserven del pecado y aspiren a la santidad es, más que una tarea nuestra, tarea de Jesucristo. La instrucción religiosa no ha de tener otro objeto que dar a conocer al joven a Jesucristo, ponerle en contacto con Él, para que le ame y le siga. De ahí la gran importancia de la comunión frecuente: mediante ella se aprende a conocer y a saborear íntimamente «cuán dulce es el Señor».

La comunión es el centro de la vida cristiana. Jesucristo, el divino Maestro, el *primer educador de todos los tiempos, entra en el alma y ejerce su tarea educadora.* En el silencio misterioso de los instantes que siguen a la comunión, cuando el alma arde en amor, la voluntad se robustece y se afirman los buenos propósitos. Es la savia que corre de la vid a los sarmientos para santificarlos.

Así nos lo asegura SAN CARLOS BORROMEO, quien siendo estudiante, sacaba de la santa comunión las fuerzas que necesitaba para mantenerse en la santa pureza y triunfar de las tentaciones.

En la sagrada comunión recibimos el cuerpo de Cristo, la vida del alma. Pero los efectos de la gracia y su influencia educadora son incomparablemente mayores cuando encuentran un corazón bien dispuesto. De ahí la importancia de una buena preparación. Debemos darnos perfecta cuenta del gran don que se va a recibir. De ahí la responsabilidad del catequista, él debe ser modelo de cómo prepararse para recibir el Cuerpo de Cristo.

Acción de gracias

Inculquemos en los jóvenes la costumbre de hacer una fervorosa *acción de gracias después de comulgar*. Démosles materia *suficiente para* conversar con el Divino Huésped que mora en sus almas. Podrá ayudarnos para ello recordar alguna escena evangélica apropiada, en consonancia con las necesidades del alma y el tiempo litúrgico que estamos viviendo. Si en la santa comunión recibo a Cristo en mi alma, debo preparar bien mi casa para recibirle y he de tratar de que no se vaya de ella por ninguna razón.

Conversemos con los alumnos de la siguiente manera:

–¿Sabes quién entra en ti en la Santa Comunión?

–Sí; Nuestro Señor Jesucristo.

–¿Le quieres?

–¡Y tanto!

–Pues ya ves qué dicha tan grande será para ti poder recibirlo en la comunión. ¿Y sabes cuánto tiempo permanecerá en ti?

–Todo el tiempo, mientras no cometa pecado grave.

–Justo. Y dime: ¿serías tan duro de corazón que querer echar a Nuestro Señor Jesucristo de tu alma?

–No. Nunca.

–Pues entonces, trata de vivir de tal manera que Jesús permanezca siempre en tu alma. Cuando salgas de la iglesia, Él irá contigo. Y cuando vayas por la calle puedes repetir: *El Señor está conmigo*. ¡Es asombroso! El Señor está conmigo. Y en cualquier parte que te encuentres, puedes repetir: *El Señor está conmigo*. Al acostarte hoy por la noche, pregunta: Señor, ¿estás conmigo todavía? Y oirás: «Sí; todavía, sí; hoy te has portado bien.» Y mañana por la noche le preguntas de nuevo. Y pasado mañana también. ¡No hay cosa más hermosa que poder tener al Señor en la propia alma permanentemente! ¿Lo vas a intentar? –Lo intentaré.

Brindémosles también pensamientos como éstos: «Mira, tú tienes un *carácter muy vehemente, no* sabes sufrir una palabra dura. ¿Sabes quién viene a ti en la comunión? Nuestro Señor Jesucristo; quien al ser escarnecido en la cruz oraba por sus enemigos. Pídele fuerzas contra tu debilidad. ¿Te quejas de no *ser comprendido* muchas veces? ¿Sabes quién viene a ti? Jesucristo, quien sufrió tantas veces la incomprensión de los hombres. *¿Estás triste porque no te salen bien las cosas*? Tampoco le salieron bien a Jesucristo. Aquel cuyo cuerpo vas a recibir, después de una vida santa, murió en la ignominia más absoluta, clavado en la cruz. Parecía que todo lo había perdido, y todo lo ganó justamente con esta muerte de cruz...»

Con semejantes pensamientos podemos hacer más provechosa la santa comunión. No es difícil hallar pensamientos parecidos.

Otra forma de hacer más consciente la comunión, para preservarla de la monotonía y de la rutina, consiste en *tratar con Jesucristo que mora en el alma* la manera de llevar a la práctica los propósitos que se hicieron en la última confesión. «Conozco las ocasiones peligrosas que me llevan a cometer el pecado en que más suelo caer; pronto podré encontrarme en semejantes trances, aquí..., allí; mira, Señor: obraré de esta manera, diré tal cosa, iré hasta tal punto y... ni un paso más, etc.»

El joven puede redactar algunos pensamientos, con sus propias *palabras, para que al recordarlas en el momento* de la tentación, le ayuden a cumplir los propósitos que se hizo.

También se ha de aprovechar la comunión para pedir al Señor por alguna intención especial en beneficio de los demás. Por ejemplo, ofrecer la comunión por los propios padres, que hace tiempo no se confiesan; por los enfermos; por expiar algún escándalo público; por los misioneros; por los que están agonizando, etc.

Este modo «activo» de comulgar tiene la ventaja de despertar en ellos el espíritu apostólico.

También ayuda mucho, para disponerse para la comunión, acostumbrar a los jóvenes a que hagan, antes o después de la comunión, alguna mortificación –por pequeña que sea–, para corresponder al gran amor que nos ha mostrado Jesucristo en el sacrificio en el Calvario y que se actualiza en la Santa Misa. Hay ocasiones abundantes en la vida diaria –pequeñas renuncias, pequeños vencimientos…— que nos ayudan a unirnos más íntimamente con Cristo en el momento de la comunión. La mejor preparación para la comunión será por supuesto tratar de llevar una vida cristiana coherente, sin reservas ni regateos, durante todo el día.

La comunión frecuente

1.° Finalidad

Los hombres buscan desorientados un camino para salir de la triste situación actual en que se encuentra nuestra patria y el mundo. Unos buscan la solución por un lado, otros por otro. Pero la verdadera solución no puede estar sino en Cristo. Todas las reformas del mundo han de empezar por la reforma de nuestra propia vida, porque la integridad de una nación se sustenta en la integridad de las almas que la forman.

Mediante la comunión frecuente nos purificamos de los defectos cotidianos, refrenamos nuestras malas inclinaciones y nos fortalecemos para no pecar. La comunión no puede menos que embellecer nuestra alma. Cuando nos unimos íntimamente con Dios, fuente inagotable de todo bien, nos hacemos mejores, más espirituales y nobles, más limpios de corazón. ¡Y éste es el fin último y principal de la educación!

Los únicos requisitos que se necesitan para comulgar frecuentemente son vivir en *estado de gracia y hacerlo con buena intención.*

2.° Medios para lograrla

El principal medio es procurar que los jóvenes tengan una idea clara de los efectos de la comunión, el mayor de los cuales es hacernos semejantes a Jesucristo, o mejor dicho, que ya no seamos nosotros quienes actuemos sino Cristo en nosotros.

En la comunión recibimos al *Creador* del mundo, al mejor *Amigo,* y al *Maestro* divino. En la comunión percibimos el amor inmenso que Jesucristo nos tiene, y esto es fuente inagotable de fuerza y de renovación espirituales. Ya no hay lugar para el desaliento ni la baja autoestima. Nunca estará el joven mejor dispuesto para librarse de sus defectos, para comprometerse con un ideal, para mortificar sus pasiones, que cuando sabe que Cristo mora en él. Es lo primero que hemos de dar a conocer: el gran tesoro que se recibe en la comunión.

Después de comulgar, ya no hay lugar para el desaliento ni la baja autoestima. Jesucristo, el mejor amigo, mora en el alma.

Hay quienes se quejan de que a pesar de comulgar con frecuencia, no logran más que resultados mediocres o regulares. Y no piensan en el estado ruin en que se encontrarían sin no recibiesen la comunión. ¡De cuántas tentaciones les ha librado el pan de los fuertes! ¡Y cuántas veces les dio fuerza para cantar victoria la comunión de aquel mismo día! ¡De cuántas enfermedades del espíritu se han librado, sin que ellos mismos lo notaran, por la santa comunión! No se dan cuenta de las duras luchas que otros han de sostener, privados de las gracias sobrenaturales de la comunión.

Hagámosles conocer los efectos de la comunión y contagiémosles el amor Jesucristo, después ellos solo desearán la comunión practicar la comunión frecuente. Aprovechemos todas las ocasiones que se presenten para exhortar a la comunión frecuente: charlas, clases de religión, conversaciones particulares... Animémosles a vencer los obstáculos que lo impiden. Por ejemplo: Mira ¡qué hermoso sería si comulgaras frecuentemente!... acaso se animarían otros al ver tu ejemplo...; recibirás tantas cosas buenas de Nuestro Señor..., etc.

Pronto nos convenceremos de que es mucho más fácil de lo que creíamos ganar para esta noble costumbre a un buen número de jóvenes.

El que los jóvenes practiquen la comunión frecuente, es la el mayor galardón que puede esperar un catequista *del arduo trabajo de muchos* años.

Capítulo 17

VALOR PEDAGÓGICO DEL CULTO DE LOS SANTOS

Si el fin de la educación es la imitación de Cristo, ¿qué papel desempeñan los santos en la educación de los jóvenes?

No podemos vivir tal como vivió el Señor en Palestina, porque las circunstancias han cambiado. Pero los santos, los verdaderos imitadores de Cristo, han sabido vivir según el espíritu de Jesucristo, y nos dan ejemplo de cómo imitarle.

Los santos además son más parecidos a nosotros en cuanto que no nacieron santos, sino que lucharon, tropezaron, se *hicieron santos, incluso después de haber vivido en pecado durante muchos años.*

Honremos e imitemos a los santos por dos razones principalmente. La humanidad siempre ha sido propensa a honrar y admirar a los gran*des hombres.* Esta admiración crece todavía más al descubrir que la santidad de los santos procede en gran manera directamente de Dios, cuando el hombre colabora con Él. Por otra parte, *el sentimiento de nuestra debilidad* nos incita a buscar protectores e intercesores ante Dios que nos puedan ayudar.

Uno de los rasgos de la juventud es la tendencia a imitar a los que consideran héroes o grandes hombres. Pues bien, no hay hombre por brillante que parezca que pueda equipararse con el ejemplo sublime de los Santos. Son justamente los jóvenes quienes más admiran *a los héroes* y *celebran sus* hazañas. Son los que más leen novelas de aventuras, los que más admiran el sacrificio de los héroes por una causa noble. Todo corazón joven, al ver la vida de un héroe, se enciende en deseos de imitarlo. Cuanto más limpio y generoso es el corazón del joven, tanto más se entusiasma con los nobles ideales.

En los héroes se admira, no tanto el vigor físico que poseen, cuanto su fuerza de ánimo, su autodominio, su titánica voluntad. Estas cualidades se dan sobre todo en los santos, en aquellos jóvenes que murieron mártires por su fe, o los misioneros que evangelizaron en las condiciones más arduas. Cualquier joven que tenga algo de educación espiritual no podrá por menos de querer imitarlos, alistándose con gusto en las filas de los campeones de la causa divina.

Los santos, verdaderos imitadores de Cristo, no sólo nos llevan a Cristo, sino que nos hacen vivir la verdadera «libertad», la virtud tan cacareada por el hombre moderno. Su vida, llena de luchas y de victorias alcanzadas sobre sí mismos, es fuente inagotable de inspiración y de nobles ideales.

Sabemos que las riquezas y los dones de la naturaleza esconden el gran peligro de que, al ser seducidos por su belleza, nos hagan esclavos de ellas en vez de colocarnos por encima de ellas. Por esto es bueno que surjan personas como los santos, que sacrificando estos valores, incluso bellos y hermosos, por otros valores más altos, nos den ejemplo de libertad de espíritu. Solamente así se comprenden ciertos actos, al parecer exagerados de algunos santos, como sus austeridades y mortificaciones. Tenemos muchos ejemplos para escoger en la historia de la Iglesia.

Los santos, al sacrificar riquezas y placeres, por otros valores más altos, nos dan ejemplo de libertad de espíritu.

La pobreza, la castidad y la obediencia que los consagrados abrazan espontáneamente por amor a Jesucristo, constituyen el contraveneno más eficaz para calmar la codicia, las ansías de placer y la soberbia del hombre mundano; y el hecho de saber que ha habido millares de santos que han estado dispuestos a renunciar por Cristo aun en las cosas lícitas, es un gran incentivo para animar al joven que lucha por dominar sus pasiones.

¿En qué puede sernos útil la vida de los santos?

Ya desde la primitiva Iglesia se veneraba a los santos. No hay forma mejor de animar a la virtud que mostrando ejemplos reales sacados de la vida de los santos. Animemos a los jóvenes a leer vidas de santos. Y cuando contemos la vida de alguno de ellos, despertemos el interés haciendo preguntas como las siguientes: «¿Qué creéis que dijo entonces dicho santo? ¿Qué pensáis que hizo en tal situación? ¿Qué habrías hecho tú?» Al acabar la narración puedes preguntar: «¿Qué rasgo es el que más te gusta en este santo? ¿Cómo podría imitar sus cualidades más relevantes un joven en la actualidad? Componed una breve oración dirigida a este Santo».

Resulta muy práctico en las clases o charlas designar de antemano a un joven para que narre brevemente la vida de su santo patrón, y que ponga el acento, más que en los hechos extraordinarios o milagros que hizo, en las cosas que podamos imitarle. Todos suelen acoger con gusto esta tarea.

Expliquemos lo más importante de la vida los santos más célebres en los días que preceden a su fiesta.

Es sobre todo en las lecciones de la historia de la Iglesia donde hemos de poner especial cuidado en dar a conocer la vida de los santos. *Los santos son el testimonio más elocuente de la gran fuerza educadora del Cristianismo*. Muchos santos supieron imprimir en la época que vivieron el *sello de su personalidad*, transformado con su labor y ejemplo países enteros, perdurando su influencia todavía hasta hoy. Por ejemplo, los santos Agustín, Benito, Gregorio Magno, Bonifacio, Bernardo, Tomás de Aquino, Francisco de Asís, Francisco Javier...

Otros muchos santos tal vez no hayan dejado en la historia huellas tan profundas, pero todos nos sirven de ejemplo y acicate de cómo *hemos*

de luchar para alcanzar la santidad de vida, superando los obstáculos que surjan con la ayuda de la divina gracia. Todos estamos llamados a la santidad.

Lo mejor de la historia de la Iglesia no es la historia de las herejías, sino la vida de los santos, los héroes que lucharon por vivir el ideal cristiano. *Los Santos nos traducen a nuestro lenguaje cotidiano las enseñanzas sublimes de Nuestro Señor Jesucristo* y nos muestran con ejemplos vivos cómo pueden llevarse a la práctica. El ejemplo de los santos nos impide caer en el desánimo, llevándonos a la convicción de es posible seguir e imitar a Cristo a pesar de las circunstancias adversas.

Recto concepto de la santidad

Es muy importante que los jóvenes tengan un *concepto* exacto de lo que es la santidad. El santo es el *héroe que ha logrado, en Cristo, vencer al mundo.* La santidad no consiste en huir del mundo sino en vencerlo. La santidad es el deseo de perfección llevado hasta el infinito y es también la justa estima de los valores de este mundo. «La vida de los santos – escribe SAN FRANCISCO DE SALES— no es otra cosa que el Evangelio ilustrado con obras. Entre el Evangelio escrito y la vida de los Santos no conozco otra diferencia que la que existe entre la música *escrita en pentagrama y la música tocada por un maestro».*

De modo que podemos decir a los jóvenes con toda confianza, que la santidad no es la negación de la vida natural, antes al contrario, su *ennoblecimiento.*

Los santos, tal como nosotros, han tenido que combatir arduas batallas. Su ejemplo sublime nos alienta a seguir luchando, pues nos muestran hasta dónde llega la capacidad de heroísmo de la débil voluntad humana cuando es robustecida en el amor de Cristo. El ejemplo de los santos es la confirmación de nuestra fe en el alto destino de la humanidad.

¿Cómo se ha de explicar la vida de los Santos?

Si queremos que sea atrayente la vida de los santos y que ejerza una influencia educadora en nuestra juventud, es condición *sine qua non que sea presentada en su realidad histórica,* porque solamente la verdad puede dejar una impresión duradera.

Aquel género de biografías que sobrecarga la vida de los Santos con leyendas en perjuicio de los hechos reales, ha creado un «tipo de santo»

que de puro inverosímil espanta al lector, principalmente al lector joven, en vez de alentarlo. Ha habido biografías de jóvenes santos que al leerlas un muchacho normal, le hacían exclamar: «Que éste fuese un santo, no lo dudo; pero que fuese, un joven, un muchacho, no puedo creerlo.»

Debemos basarnos en los hechos históricos, porque la verdad aunque parezca pequeña, produce siempre más profunda impresión que el producto más grandioso de la fantasía. La *historia verdadera* es maestra de la vida, y no la poesía. Naturalmente, esto no significa que tengamos que disminuir en nada el fervor y la piedad; incluso se pueden respetar las leyendas; pero entonces titúlense como *leyendas de los san*tos y no como *biografías.*

La descripción excesivamente legendaria de la vida de los santos no sólo es reprobable históricamente, *sino, completamente desatinada pedagógicamente*. En la vida de los santos lo que hemos de acentuar es la coherencia y armonía entre los valores humanos con los sobrenaturales. La santidad solamente tendrá valor para los hombres de hoy si los santos, sin mengua de la vida de gracia, se *muestran dignos de respeto aun como hombres* de carne y hueso como nosotros. Ciertamente no es lícito rebajarlos al plano de una vida meramente natural pero tampoco es permitido negarles la naturaleza humana. La gracia y la naturaleza en ellos se hermanan en una rica unidad rebosante de fuerza; el hombre es tanto más hombre (es decir, ser espiritual), cuanto más santo. El santo no es perfecto desde todos los puntos de vista; ni se ha podido librar por completo de las debilidades humanas (puede persistir alguna extravagancia, alguna que otra exageración o desequilibrio espiritual), pero estas cosas no impiden su santidad de vida.

No nos basta con admirar la vida de los santos; lo más importante es que podamos seguirlos, imitarlos. Mas si sacamos demasiado su figura del marco de la vida real y la relacionamos siempre con acontecimientos sobrenaturales y milagrosos, el lector a lo más admirará su vida, pero ni siquiera se le ocurrirá seguirla. Aún más, acaso se diga: «Imposible; yo no soy capaz de semejantes cosas.»

Debemos admirar a los santos, rendirles culto y pedirles su protección; pero sobre todo imitarles. Una religiosidad meramente sentimental no es capaz de impulsar a la acción. Debemos de mover la voluntad.

Fijémonos, sobre todo, más que en lo extraordinario, en los éxtasis misteriosos, o en los milagros, en *el espíritu* que guiaba al santo. De esta manera no se escandalizarán de aquellas cosas que son más bien para ad-

mirar pero no para imitar. El santo, en medio de cualquier ocupación, aun en las más ordinarias, irradia amor a Dios. El santo no nació santo, sino que tuvo que luchar con sus debilidades, con sus malas inclinaciones. Si es verdad que ser hombre significa luchar, entonces es también verdad que ser santo significa luchar con heroísmo, incluso teniendo caídas pero siempre levantándose de nuevo.

Ahí tenemos, por ejemplo a San Juan Berchmans, de los Países Bajos, un joven sereno y equilibrado, que cumple su deber, pero lo cumple por completo, hasta en los detalles más pequeños. No hace nada extraordinario durante toda su vida, pero la fidelidad en las cosas pequeñas y la valentía para abrazar la vida ordinaria es lo que le hace santo. Estaba siempre tan alegre que recibió el nombre de *hermano alegre*.

Las luchas que los santos tuvieron que enfrentar entusiasman más a los jóvenes que la perfección más acabada. Y si los santos tuvieron defectos no los pasemos por alto, antes bien, mencionémoslos «no solamente – escribe SAN FRANCISCO DE SALES— para ver la bondad de Dios que los perdonó, sino también para aprender a detestarlos, evitarlos y expiarlos como ellos lo hicieron».

San Luis, por ejemplo, tuvo mucho que luchar contra sus arranques de ira y de vanidad.

«El reino de Dios sufre violencia...» La vida de los santos nos lo demuestra. Si el joven llega a conocer a los santos de esta manera, fácilmente se convencerá de que también él puede ser santo.

No podremos imitar los actos concretos de la vida de los santos de otras épocas, pero sí apropiarnos del espíritu con que las hicieron. Así lo pide la Iglesia en las oraciones de la liturgia: «Te rogamos, Señor, que excites en nosotros el espíritu a que vivía San N., para que nos esforcemos en amar lo que él amaba y practicar de obra lo que él enseñaba».

Presentemos a los jóvenes vidas de santos en los que el amor a Dios se hermana muy bien con una gran capacidad intelectual y con grandes va-

lores humanos. La santidad no suprime en nosotros estas cualidades, antes al contrario, las pule, ennoblece y les da valor.

No hay nada más hermoso que un joven de mirada limpia y puro corazón en medio de un mundo corrompido. Tal como hemos dicho, lo importante de los santos no son sus actos, sino el *espíritu* que los anima. Las circunstancias exteriores y concretas podrán cambiar según las épocas, los pueblos y la clase social; pero no su espíritu, siempre admirable e imitable. Los santos, con su fe entera y entrega incondicional a Jesucristo, son la mejor prueba de la libertad de espíritu de los hijos de Dios.

Mientras que el materialismo afirma que el hombre no es más que un animal que sólo sirve para comer y disfrutar de los placeres, la vida de los santos nos grita sin palabras que *no hemos nacido para esta tierra sino para el cielo.* Por la vida eterna hay que estar dispuesto a los mayores sacrificios, renunciando a la idolatría del dinero y del placer. Este mundo no mejorará mientras cada uno no se mejore a sí mismo. Es el dogma católico del Cuerpo místico de Cristo, una unidad orgánica donde la santificación de un miembro repercute en la santificación de los demás.

Hoy día, principalmente en las familias en que no tienen más que un solo hijo, cunde una nueva idolatría, se adora al niño: todos se apresuran a satisfacer sus exigencias instintivas, sus tontos caprichos; el niño de esta forma no aprende a privarse de la cosa más insignificante, a renunciar a uno solo de sus deseos. ¿Cuál es el resultado? Un joven sin brío, sin voluntad. O como diría HORACIO: «Dúctil como cera para el vicio, duro para quienes le reprenden».

Por eso, la vida de los santos, tan exigentes consigo mismos, nos recuerdan que necesitamos estar siempre convirtiéndonos. Hay que pedírselo constantemente con humildad al Señor. «Pídeme, Señor, lo que quieras, y

dame la fuerza para llevarlo a cabo» (San Agustín). *¡Dame un corazón puro y una voluntad firme!*[6]

[6] Algunos ejemplos de santidad para los jóvenes: Pier Giorgio Frassatti (universitario italiano), María Goretti y Pierina Morosini (italianas, mártires de la pureza), Bartolomé Blanco y Francisco Castelló (mártires españoles), Pedro Calungsod (mártir catequista filipino), Josefina Bakhita (esclava y religiosa), Teresa de Lisieux (patrona de las misiones), Kateri Tekakwitha (indígena de Estados Unidos), Ceferino Namuncurà (joven argentino), Teresa de los Andes (carmelita chilena), Carlos Luanga (mártir africano de la pureza), Laura Vicuña (mártir de la pureza), Domingo Savio (santo a los catorce años de edad), Agustín Pro (mártir mejicano), Carlos Manuel Rodríguez (universitario puertorriqueño), Marcel Callo (scout y mártir de los nazis), Estanislao de Kostkas (joven polaco), Luis Gonzaga (mártir de la caridad por atender a los apestados), Francisco y Lucía (pastorcitos videntes de Fátima), San Tarsicio (11 años), Juana de Arco, San Francisco Javier, Juan Pablo II, Teresa de Calcuta**...**

Capítulo 18

VALOR PEDAGÓGICO DE LA ALEGRÍA

Algunos achacan a la educación católica el que forme individuos escrupulosos, tristes y con pocas ganas de vivir. Nada más cierto de la realidad.

Todo cristiano por vivir la virtud de la esperanza, es de por sí optimista, a pesar los épocas sombrías que atraviese a veces la humanidad. No hay mayor alegría que la del que se supera a sí mismo y se esfuerza por ser santo. La persona acoge todo lo bello, bueno y noble que hay en el mundo. Es la alegría que subyace en los Salmos, que invita a toda la creación a entonar alabanzas a Dios: *«Servid al Señor con alegría»* (Salmo 99,2). *«Me alegraré de tus promesas, como quien halla en ellas ricos tesoros»* etc. (Salmo 118). ¡Y con qué vigor pregona SAN PABLO la alegría! (II Timoteo 1,7; Romanos 12,10; Filipenses 3,1; 4,4; I Tesalonicenses 5,16). De esta alegría rebosaban los primeros cristianos, porque no puede haber santidad de vida sin verdadera alegría espiritual. No puede haber santidad en una cara sombría y en un ceño adusto.

La Iglesia siempre ha considerado la tristeza como un gran mal y no cesa de rezar para recuperar la alegría perdida: «Líbranos de la tristeza presente y haznos gozar de la alegría eterna».

SAN FRANCISCO DE ASÍS llama a la tristeza «mal babilónico»; SANTA CATALINA DE SENA descubre en ella una influencia diabólica. SANTA TERESA escribe que nada teme tanto como ver a una hermana triste. Y es que el alma que se sumerge en Dios, en la verdad eterna, se ve inundada de alegría, de una alegría misteriosa y suave.

Las biografías de los ermitaños de la Tebaida, las de San Pacomio, San Antonio, San Basilio el Grande, San Martín, San Romualdo, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco de Asís, Santa Clara; Santa Isabel de Hungría, Santa Catalina de Sena, San Bernardino, San Vicente de Paúl, etcétera, prueban de una manera clara que la alegría y el amor son los dos signos distintivos del cristiano.

La misma mortificación y renuncia no son más que medios y no fines últimos. Para nosotros la ascética es escuela de vencimiento propio, la mortificación, entronización del espíritu; la obediencia, maestra del arte de mandar.

La alegría y la esperanza es parte esencial de la dirección espiritual de la juventud. Sigue el principio de SAN FELPE NERI: «Dejad que estén alegres, con tal que no cometan pecado». No se puede educar sin alegría. Hay que adornar las clases con flores y con fotos alegres; la luz y el aire fresco no deben faltar. Pero sobre todo la alegría se transluce en la mirada, en las palabras, en los actos, en todo el comportamiento del educador.

La alegría se transluce en la mirada, en las palabras, en los actos, en todo el comportamiento del educador.

Significado pedagógico de la alegría

La alegría es fuerza

La alegría es fuerza en la tentación. ¡Cuánta facilidad, cuánta alegría promete el pecado! Frente a estos goces falaces es muy bueno acordarse que la verdadera alegría espiritual brota de la virtud. Si es preciso que haya renuncia, dominio de sí mismo, abnegación, elementos claramente de

signo negativo, el cristiano se caracteriza sobre todo por el gozo que siente por vivir con Cristo.

La historia de la Iglesia es *un perenne Pentecostés,* alentado por el soplo vivificador del Espíritu Santo, que hace brotar en todos los siglos brotes nuevos de este árbol.

Los jóvenes se complacen en las prácticas religiosas, porque obedecen a un imperativo del alma. No hay nada como una buena confesión para estar alegre. La alegría es el don pascual que nos ha regalado Cristo resucitado. La alegría hace suave y la carga ligera. La alegría del corazón brota de la santidad (Eclesiástico 30,23). La alegría brota de sentirse amado por Dios Padre, tal como nos lo presenta Jesucristo.

La alegría preserva al joven de la mediocridad y del cansancio que lleva consigo la lucha espiritual. La alegría impulsa a trabajar más, y a su vez, el éxito del trabajo aumenta la alegría. En cambio, la tristeza y la falta de entusiasmo van siempre juntas. El que está triste fácilmente cae en la pereza y deja de hacer el bien. Mientras que un profesor alegre todo lo puede de sus discípulos.

Vida espiritual alegre

No escatimemos medios para irradiar alegría en las clases de religión. Ello implica un rostro alegre, una manera atractiva de enseñar, y sobre todo buen humor.

Para el alma que ama a Dios y que tiene su conciencia en paz, la santa comunión, las oraciones cotidianas, el examen de conciencia, todos los actos de piedad, la misma confesión, son una fuente inagotable de alegría interior. ¡No hay más que ver la alegría que se siente después de haberse confesado!

No hay mayor alegría que la que brota de una vida espiritual profunda. Vivir en gracia es un tesoro magnífico que hay que conquistar cueste lo que cueste. Es una alegría muy similar a la que experimenta el montañero cuando divisa un hermoso panorama después de llegar a la cumbre. No hay nada más alegre que la virtud, y nada más triste que el egoísmo y el vicio.

La alegría del alma que vive en gracia no sólo se *manifiesta en la oración, sino en el juego, en el* deporte, *en el estudio, en cualquier ocupación.* Para el que tiene el corazón limpio todas las cosas le hablan de Dios: una rosa, el rayo de sol, todo lo bueno, lo noble y lo bello... y en todas estas cosas experimenta una gran alegría.

El joven anhela la alegría

El joven es alegre por naturaleza. Por tanto, sin detrimento de que la materia sea seria y profunda, el educador o catequista ha de fijarse sobre todo en lo que irradia alegría y gratitud, en lo que entusiasma y anima.

Mucho más lograremos si educamos a los jóvenes en el amor al bien, que si los educamos en el temor del mal. A lo mismo apunta el salmista cuando afirma que nuestra alegría santa es el mejor medio para alcanzar lo que pedimos: «Cifra tus delicias en el Señor y te concederá cuanto desea tu corazón» (Salmo 36,4). El temor es algo negativo; el amor de la virtud es algo positivo. El temor, a lo más, nos frena nuestra inclinación al mal; el amor, en cambio, nos empuja a hacer el bien. Pongamos más empeño en mostrar la belleza y la bondad de la virtud, que en destacar la maldad del pecado. Si tenemos que hablar, por ejemplo, contra las tentaciones sensuales, aludamos más al respeto de sí mismo y a las alegrías del corazón puro que a las amenazas de los castigos eternos. Los jóvenes que más adelantan en la vida espiritual son los que más aman a Dios.

Obedecer a Dios con alegría, con gratitud y amor. Preguntémonos: ¿Cómo puedo obrar mal ante un Dios que me quiere tanto? Dios exige esto de mí... La alegría está unida al amor de Dios y no está reñida con el santo temor de Dios. «Infúndenos para siempre el temor y el amor de tu santo nombre».

¡Formemos una juventud alegre! Los jóvenes de alma noble, los jóvenes mejores han de ser al mismo tiempo los más alegres, los más amables, siempre dispuestos a prestar una ayuda franca y simpática, con la sonrisa en los labios. *Alégrese quien busca al Señor* (Salmo 104,3). La alegría es don del Espíritu Santo (Gálatas 5,22).

Los santos siempre han sido hombres de corazón alegre. «Ten buena conciencia y tendrás alegría» (Imitación de Cristo). El gran mal eterno es la tristeza, el gran bien de la eternidad, es la alegría. *«Oh Dios, otorga a tus fieles perpetua alegría, para que aquellos que libraste de las caídas de*

la muerte perpetua los hagas disfrutar de los gozos eternos». El alma que vive en unión con Dios no puede reflejar más que felicidad y paz.

El joven que vive alegre no buscará los goces pecaminosos, porque no es la alegría, sino la falta de alegría, la madre del libertinaje. No puede haber verdadera educación si no se transmite entusiasmo y alegría por superarse.

Las bóvedas de las catedrales góticas se yerguen hacia las alturas porque descansan en un suelo firme. La vida espiritual ha de asentarse también sobre las virtudes humanas, y una de ellas es la alegría. Lo que no es bueno para el hombre*, tampoco lo es para el cristiano.*

Fuentes de alegría en la naturaleza

Toda la naturaleza nos habla de Dios. El blando césped, la humilde florecilla, el robusto roble, la mariposa, la aurora matinal, el estrépito de la tempestad, los trinos del ruiseñor, el relámpago y el trueno, la brisa vespertina, el silencio del bosque, las mieses, la primavera, las blancas nieves, el perfume de los campos, la belleza de los lagos montañeses, el canto de los pájaros... todo es belleza, todo es arte sublime. Arte que misteriosa pero incesantemente alaba a Dios. «Créeme, pues yo lo he experimentado –dice SAN BERNARDO–; en los bosques encontrarás algo más que en los libros. La hierba, las rocas te enseñarán algo de que no saben hablar los maestros.» (*Epist.* 106 Migne. P. Lat., 182,242)

¡No hay nada más joven que la naturaleza siempre renovándose! No hay nada más alegre que ver correr a un niño por el bosque. En la naturaleza están impresas las huellas de la mano de Dios. *Los hombres más religio*sos han sido a la par fervorosos amantes de la naturaleza. Recordemos al «heraldo del gran Rey», SAN FRANCISCO DE ASÍS, y su gran amor por la naturaleza.

El amor de la naturaleza educa nuestros sentimientos. El simple acto de coger una flor, que Dios creó para nuestro bien, educa nuestro corazón

en el agradecimiento. Un corazón sensible a las bellezas de la naturaleza estará más predispuesto a todo lo que signifique belleza y bondad.

El contacto con la naturaleza educa al hombre si tiene alma contemplativa. Fácil es fijarse en los sorprendentes fenómenos de la naturaleza; más difícil trascender a pensamientos más altos. Hemos, pues, de llamar la atención de los jóvenes sobre el sentido religioso de la naturaleza, para que ellos también lo descubran. Las excursiones ofrecen multitud de ocasiones. A partir de la contemplación de una débil brizna de hierba, de un ave canora, de una alta cima, de un lago escondido entre montañas, hemos de levantarnos a nuestro Padre celestial que nos ha dado todas estas cosas para nuestro disfrute.

La alegría, como queda dicho, es fuente inagotable de energía espiritual, y el pecado, fuente de tristeza. Si queremos ser buenos cristianos; antes hemos de ser hombres sanos de cuerpo, de espíritu y de corazón. «La gracia no destruye, sino que perfecciona la naturaleza.»

El silencio de la naturaleza facilita la concentración; ayuda al alma a recogerse en su propio e íntimo «aposento», para orar a solas con Dios, siguiendo el consejo del Señor. Él permaneció cuarenta días en el desierto. Él se retiraba con gusto a la montaña, y su jardín favorito era el Monte de los Olivos. San Pablo pasa tres años en el desierto de la Arabia; San Benito y San Francisco de Asís buscan la soledad de los peñascos; San Ignacio de Loyola tiene sus revelaciones en la cueva de Manresa, etcétera.

No es lo mismo hacer unos ejercicios espirituales en una casa de retiro de una gran ciudad, que hacerlos en un claustro situado a la vera de un bosque o en medio de un jardín silencioso. Esto nos prueba cuánto influye la naturaleza en la vida espiritual.

Los goces honestos que propicia el contacto con la naturaleza ayudan a fortalecer el alma y el cuerpo. Después de ascender a una cumbre, donde

el aire es más sutil y puro, no sólo se robustece el cuerpo, sino el alma. Tras vencer toda clase de dificultades, la persona se hace tenaz y constante para embestir los arduos deberes de la vida; y está más sensible, después de mirar tan bellos paisajes, para contemplar la grandeza y majestad de Dios Creador.

Ascender a una cumbre robustece el cuerpo y el alma, para el que sabe contemplar.

Pier Giorgio Frassatti

Imitemos a Nuestro Salvador, que con cuadros tomados de la naturaleza y con finas alusiones a los hechos de la vida popular ilustraba con gracia insuperable las verdades espirituales más sublimes y abstractas.

"Me preguntas si estoy alegre. ¿Cómo no estarlo mientras la fe me da fuerzas? La tristeza debe ser erradicada del alma del católico. El dolor no es la tristeza, la más detestable de todas las enfermedades. Esta enfermedad es casi siempre producto del ateísmo; pero el fin para el cual hemos sido creados nos señala el camino, sembrado, si se quiere, de muchas espinas, pero de ningún modo triste. Es alegre, incluso a través del dolor" (Pier Giorgio Frassatti)

Capítulo 19

EDUCACIÓN EN INTERNADO

Mucho antes que lo hiciera el Estado, la Iglesia ya había fundado residencias o internados para educar a los jóvenes, previendo el fruto espiritual que se seguiría.

Desarrollo histórico del internado

La forma más antigua del internado era una institución que tenía por fin educar para el sacerdocio. Tales fueron las célebres escuelas catequéticas, a las cuales se unieron poco a poco las escuelas de los claustros y catedrales. Siguiendo el ejemplo de SAN AGUSTÍN, los obispos fundaron los convictorios en sus respectivas sedes. Con las universidades nacieron también los internados universitarios o colegios mayores.

Pero más tarde, el relajamiento de la disciplina y las nocivas influencias mundanas bajaron tanto el nivel de su formación espiritual y ascética, por lo que el Concilio Tridentino sintió la necesidad de poner orden en ello, y lo hizo con el célebre decreto de reforma. Este decreto prescribe que el Obispo reúna en convictorios, y en número proporcional a la importancia de la diócesis, a «muchachos que ya han cumplido los doce años de edad y sienten vocación por la carrera sacerdotal, y allí los haga educar religiosamente, dándoles una formación teológica. A raíz de este decreto nacieron los llamados seminarios tridentinos, tomándose principalmente por modelo el seminario fundado por SAN CARLOS BORROMEO el año 1580, o el seminario de San Sulpicio, fundado el año 1645 por OLIER. Al principio, los seminarios tridentinos educaban a los jóvenes desde la niñez hasta la consagración sacerdotal, y por lo general imponían las mismas reglas a todos los alumnos. Pero después los jesuitas, con la aprobación de la Santa Sede, fueron dividiendo a los alumnos según la edad, y así hicieron posible una educación más personal de acuerdo con la etapa del desarrollo.

La disolución de la Compañía de Jesús, la revolución francesa y la usurpación por el Estado de los bienes eclesiásticos acarrearon la ruina y muerte de muchos seminarios episcopales y religiosos. El Estado moderno poco a poco fue legislando sobre la escuela, pero no se cuidaba de fundar internados. La supresión de los convictorios amenazaba con grave peligro la vida moral de los estudiantes abandonados a sí mismos. PÍO IX, el 13 de noviembre de 1846, se dirigió a todos los Obispos del mundo y les pidió que «donde hiciere falta, fundasen seminarios con gran circunspección y celo incansable, según las prescripciones del Concilio Tridentino, ampliándolos si ya existían y procurando que los que deseasen ser sacerdotes fuesen educados ya desde temprana edad en piedad, en virtud verdadera, y se les instruyera en la ciencia».

Mientras que antiguamente los internados se dedicaban más bien a educar jóvenes para el sacerdocio, hoy se ven por todas partes internados, regidos por el Estado o por particulares, en que se educan los jóvenes para otras carreras. Inicialmente la mayoría de los internados fueron fundados por órdenes religiosas de hombres o de mujeres; los que adquirieron, más celebridad fueron los internados de los jesuitas, cuyo método pedagógico se desarrolló en base a una experiencia de siglos.

Ventajas y peligros de la educación del internado

1.° Ventajas

La educación del internado tiene *varias ventajas, ciertamente valiosas.*

a) Ventajas materiales: gracias al internado, familias que viven en el campo pueden educar a sus hijos en escuelas de secundaria o universitarias.

b) En un internado bien dirigido, los jóvenes están siempre vigilados. Los padres no han de preguntarse preocupados durante el día: ¿Por dónde andará mi hijo ahora? ¿Qué estará haciendo nuestro hijo allá en la ciudad?

c) Gracias al horario de actividades del internado, puede el joven aprovechar el tiempo mucho mejor de lo que hacen en general los que viven por cuenta propia en una pensión.

d) La vida en común de los jóvenes que tienen temperamentos distintos y la misma separación de la familia, los acostumbran a relacionarse socialmente con los demás y a valerse por sí mismos. L o s jóvenes se acostumbran a obedecer, y aprenden a subordinar el individuo a la comunidad.

e) Los jóvenes tienen más posibilidades de organizar juegos y deportes en común con muchachos de la misma edad, lo que proporciona descanso y alegría.

f) En el internado pueden los muchachos fundar círculos de estudios, formar asociaciones, practicar con más facilidad ciertas aficiones como la música. En un internado se organizan veladas, se discuten cuestiones escolares, se representan pequeñas piezas teatrales, que mantienen en actividad sana a los jóvenes y les despierta capacidades que tenían inactivas.

2.° Peligros

Pero la vida de internado tiene también sus peligros. Y no es extraño, porque así tiene que suceder donde se encuentran muchachos de distintas clases sociales, de edad y temperamento diferentes, educados hasta entonces de diversa forma, o quizá faltos de educación.

a) Una desventaja del internado es que el alumno está *demasiado sujeto*. Esta clase de vida pone trabas a su libertad de movimientos. Hay que buscar una compensación. Y la encontramos en los paseos, en las excursiones, en el montañismo, en los deportes.

b) Otro inconveniente: si no se tiene cuidado y se tratan de la misma forma personas diferentes, se puede perjudicar de alguna manera a los jóvenes con menos aptitudes o capacidades.

c) Si no se cultiva un ambiente de familia, puede cundir el tono grosero en la conversación e imperar el llamado «espíritu de cuartel».

d) Pero el peligro más grande del internado –aun del mejor dirigido– es el que ejercen los jóvenes ya corrompidos sobre los demás: «El hombre inicuo halaga o su amigo y le guía por malos caminos» (Proverbios 16,29). «Con el santo serás santo, y con el perverso te pervertirás» (Salmo 17,27).

Es lo que afirma San PEDRO CANISIO respecto del internado donde pasó gran parte de su juventud: «Nuestros compañeros malos hacían cosas abyectas y se jactaban de su corrupción. Yo pecaba por amor a mis compañeros y ellos hacían lo mismo. Ahora me avergonzaría de confesar abiertamente lo que entonces no me avergonzaba de hacer».

El espíritu colectivo influye en todos, pero de modo principal en el alma joven que aún no ha madurado lo suficiente. «Se mezclaron con los gentiles y aprendieron sus obras» (Salmo 105,35).

Para evitar estos males los únicos remedios son el cultivo de la vida espiritual y una atenta vigilancia (modo de comportarse, amistades, lecturas, etc.).

Pero ni aun el mejor internado llega a compensar la educación dada en el seno de la familia, principalmente en los niños más pequeños. El principio pedagógico de TÁCITO no deja de ser hoy verdad: «La educación ideal es la que se da en la familia».

Cualidades que debería tener el director de un internado

Precisamente porque el valor formador del internado depende exclusivamente de las dos o tres personas que lo dirigen, y porque esta labor exige un sacrificio mucho mayor que el del simple profesor de religión, ya que en todos los momentos el educador está atado a los jóvenes, habrían de escogerse los más capacitados para esta difícil misión. En el internado se puede tratar a cada joven de forma personal y conocerle en profundidad. Para esto se requiere amor inagotable, habilidad, tacto, paciencia…

Quien no lo haya probado, no podrá imaginarse la ardua labor que supone la dirección de un internado. El trabajo del director no puede circunscribirse al cuidado de las horas oficiales; ha de estar allí desde la mañana hasta la noche, ha de verlo todo; más aún, cuando ya hayan ido a des-

cansar todos los alumnos, la mirada del educador ha de vigilar y descubrir no pocas cosas.

Quien no lo haya probado, no podrá imaginarse la ardua labor que supone la dirección de un internado.

Estar siempre en guardia para atajar los múltiples defectos de jóvenes en formación, que no han madurado todavía y están en ebullición continua; llamándoles la atención sobre ellos, dedicarles todo el tiempo, para al final no recoger muchas veces más que amargas desilusiones..., es realmente una labor poco grata. Para semejante tarea no sirve sino un alma apostólica de grandes arrestos.

El buen educador sabe que es importante que se cumpla el reglamento del internado, pero más que insistir en lo exterior, trata de conocer a cada joven personalmente, para después poder formarles en lo que más necesitan. No hay dos chicos iguales. Los acontecimientos de la vida del internado le ofrecen abundantes oportunidades para conocerlos y para formar su fuerza de voluntad. Tiene que hallar el justo medio entre la disciplina, absolutamente necesaria, y la confianza, sin la cual no podrá educar a cada uno personalmente y con provecho.

Capítulo 20

DIRECCIÓN ESPIRITUAL DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Los universitarios merecen una atención especial

El ganar una clase tan importante e influyente como la de los universitarios no es para el catolicismo mera cuestión de prestigio, sino una cuestión vital. Porque el indiferentismo religioso de las clases altas, universitarias e intelectuales, tiene una gran influencia nociva en la fe de las masas populares.

Así como el arroyuelo emprende su curso desde elevadas cimas y se dirige hacia los valles, así también las ideas que surgen de los intelectuales o de las altas clases sociales pasan a las más bajas. Así se difunden las ideas y se hacen vida. Lo que ayer no era más que filosofía encerrada en libros de especialistas es pregonado hoy por el diario, la novela y el cine, y mañana regula la vida de los hombres. Todos los cambios culturales y religiosos empezaron desde arriba.

Los intelectuales serán siempre los guías del pueblo, al que llevaran a las cumbres de la civilización o a los abismos de la perdición, según sea su orientación. De ahí que el cuidado espiritual de las clases cultas no es para la Iglesia cuestión de prestigio, sino un deber que tiene una importancia trascendental para toda la sociedad.

Si continua avanzando el ateísmo y agnosticismo en los sectores cultos de la sociedad, el cristianismo se verá expuesto también a trocarse con facilidad en *«paganismo»*, según el significado antiguo de la palabra, cuando con la difusión de la religión cristiana la religión romana se vio relegada a la aldea, al *«pagus»*. Y así como la religión romana, despojada de la cultura, no pudo permanecer en pie, de modo idéntico, el cristianismo corre un grave peligro si prescinde de las clases intelectuales.

La ciencia y la cultura de por sí no salvan el alma, tan solo la salva el Evangelio.

El espíritu de SAN PABLO nos obliga a anunciar el Evangelio no sólo a una u otra clase determinada, sino a todas. *«De todos me he hecho siervo para ganar a los más que pueda. Con los judíos me he hecho judío para ganar a los judíos… Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo para todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio para ser partícipe del mismo.»* (I Corintios 9,19-23).

El Redentor entró en las mansiones de los pobres, pero buscó también a los ricos, y no tuvo reparo en hablar con espíritus distinguidos como Nicodemo.

El cristianismo nunca ha sido, ni en tiempos de las más sangrientas persecuciones, una religión exclusiva de esclavos. Los monumentos más antiguos dan testimonio de que penetró ya desde el principio en los palacios de los emperadores y de la aristocracia romana.

La Iglesia, por ser católica, es universal. Es la única «Iglesia del pueblo», en el sentido de que quiere acoger a todos los hombres. Hemos de trabajar en consecuencia para que así sea en realidad.

Y es importante la cuestión, no solamente por los malos ejemplos que dan la clase intelectual, sino también por los buenos que dejan de dar. El apostolado entre la clase culta influye portentosamente en la vida religiosa del pueblo en general.

El buen ejemplo de los fieles instruidos tiene una enorme influencia, aun de forma indirecta, sobre la vida religiosa del pueblo; vale tanto como un buen sermón. Porque el ejemplo vale más que mil palabras, como ocurre cuando hombres prestigiosos por su ciencia o por su posición social hacen abierta confesión de su fe religiosa.

Pensemos en el bien que el profesor puede hacer entre sus alumnos, el médico entre sus pacientes, el ejecutivo entre sus subalternos, el patrono y el fabricante entre sus obreros, donde el sacerdote difícilmente podría llegar y si llegara sería recibido con más prevención que cualquier seglar.

No podemos excluir a ningún laico ni a ninguna clase social de la actividad apostólica. Nadie puede juzgarse inepto para tal fin. Para la persona que arde en amor de Dios no puede haber alma tan alejada de Dios, que no valga la pena de sacrificarse por ella y trabajar para convertirla. Toda persona que está alejada de Él, aunque aparente ser feliz, muchas veces encubre un alma vacía que anhela algo que dé un sentido profundo a su vida.

El apostolado con los intelectuales

Nuestro Señor Jesucristo habló a los hombres instruidos de Jerusalén de modo muy distinto que a la gente sencilla de Galilea. Aunque la religión es la misma para todos, cada cual *la asimila de un modo personal y distinto*. Y hemos de alegrarnos de ello. La variedad – dentro de la debida unidad en los principios fundamentales— no hace sino aumentar la belleza.

Pues bien: los criterios religiosos de los intelectuales y de la gente culta difieren bastante de los que tiene el pueblo. El pueblo sencillo cree mucho más fácilmente en los prodigios y milagros; mientras que el hombre culto, imbuido de racionalismo, enfoca todo milagro con escepticismo y por doquier busca una explicación natural.

El pueblo se deja guiar con más facilidad y acata más fácilmente la autoridad; participa con gozo de las celebraciones religiosas; tiene un concepto de Dios más concreto, atendiendo a sus necesidades personales. En cambio, el hombre intelectual e instruido, más propenso a la crítica, quiere juzgarlo todo por sí mismo. El apostolado con los intelectuales, por tanto, deberá responder a sus exigencias, teniendo la misma actitud que SAN PABLO, que se hizo siervo de todos para ganarlos a todos; vivió como judío con los judíos, como pagano con los paganos; se hizo débil con los débiles, y se hizo todo para todos, para salvarlos a todos. La conquista para Cristo de los universitarios también tendrá que adaptarse a su forma de ser. No cabe duda que los obstáculos a vencer serán muchísimos y muy difíciles de salvar, *hasta que se forme Cristo en sus almas* (Gálatas 4,19).

El apóstol de los intelectuales requiere una amplia preparación filosófica, cultural y científica. No basta la sola instrucción estrictamente teológica para resolver las cuestiones que seguro le van a plantear. Los intelectuales, por ser mucho más conscientes de su valía, son mucho más desconfiados y difíciles de aconsejar. De ahí que hacer apostolado entre los intelectuales sea muchas veces heroico. Habrá que ganarse el debido respeto con gran esfuerzo, venciendo los falsos prejuicios que hay sobre la fe y de Iglesia Católica. Habrá que estar preparados para responder a las dificultades y preguntas más peregrinas; habrá que estar dispuestos a sufrir incluso desprecios e ironías. A muchas de las dificultades que nos proponen – precisamente porque se trata de cosas sobrenaturales— acaso no podremos darles razón por su modo de pensar materialista; de ahí que el apóstol sienta con mayor intensidad la propia impotencia para poder convertirles.

El apostolado con los universitarios e intelectuales no suele brindar resultados espectaculares. Y de ahí se comprende el porqué el apostolado se suele orientar más hacia otras clases sociales, más sencillas y menos cultas, por no estar dispuestos a «sufrir la ignominia por el nombre de Cristo». Nos retraemos de la senda espinosa del apostolado de los intelectuales y con triste resignación abandonamos a su suerte almas tan valiosas.

La Iglesia ha cuidado siempre con amor solícito todos los sectores sociales. No olvidó a los más abandonados, a los ancianos, ciegos, sordomudos, paralíticos, alineados. Es un deber auxiliar a los más necesitados, a los que yacen en el error, a los que van a tientas por la vida en su incredulidad; a los que buscan en la filosofía el sentido de sus vidas; incluso a los que con triste satisfacción se dicen a sí mismos: *«Yo soy rico... y no necesito de nada»* (Apocalipsis 3,17).

El hombre que sea a la vez instruido y católico, coherente con sus principios, competente en su profesión, que siente su responsabilidad social y política, y que a la vez es profundamente religioso y que manifiesta

un gran amor a la Iglesia, tal hombre, no cabe duda, será el mejor apóstol y apologista del cristianismo.

El apostolado con los intelectuales es realmente difícil; hay que armarse de una paciencia nada común para lanzarse a su conquista. Es necesario pasar años y años en un trabajo lleno de sacrificios sin esperar resultado tangibles a la corta. Mas por muy ardua que sea la tarea, la Iglesia no puede renunciar a los intelectuales, a no ser que consienta en dejar de ser «católica», es decir, de todos.

El apóstol de los intelectuales requiere una amplia preparación filosófica, cultural y científica.

Gran importancia tiene la dirección espiritual de los estudiantes universitarios. Muchísimo esfuerzo y sacrificio cuesta la educación católica de los jóvenes en las escuelas de secundaria. Pero todo se queda a medio hacer si no hay después un seguimiento espiritual de los jóvenes en la universidad. «Ese hombre empezó a edificar, y no pudo terminar la obra» (Lucas 14,30).

El joven que entra en la universidad no es un hombre acabado, necesita seguir formándose, sobre todo espiritualmente. Y vemos con dolor que en estos momentos en que más profundiza en las ciencias, es cuando su fe está expuesta a los mayores peligros, por el ambiente de indiferencia irreligiosa que se suele respirar en universidad.

Apostolado con universitarios: se requiere mucha paciencia para esperar resultados tangibles.

Pensemos en el estudiante de provincias, que con su título de bachiller en el bolsillo, llega a la capital a estudiar en una universidad. Del ambiente familiar de secundaria, del círculo de sus amigos y padres, pasa a relacionarse con personas desconocidas. Ahora el profesor termina su clase y desaparece. Escucha en las cátedras de la Universidad cosas completamente contrarias a las que le enseñaron hasta entonces. Ideas contradictorias vienen a turbar su alma. Profesores ateos o agnósticos le inculcan ideas nuevas, incompatibles con su anterior modo de pensar. Tiene que leer en muchos casos libros que prescinden del cristianismo e incluso le atacan, llenos de ideas peregrinas y difíciles de comprender. Sus dudas se acrecientan por momentos. Aunque llegue con miles de ilusiones nobles y bellas, todo puede venirse abajo en unos pocos meses y acabar hundido en el fango del escepticismo y de una vida vulgar.

Los años universitarios ponen a dura prueba la débil planta que se había cuidado con tanto cariño hasta ese momento, y sacuden de tal suerte los puntos de vista netamente católicos, que fácilmente sucumbirá si no tiene mano un guía o director espiritual que le oriente.

La asignatura de religión, lo mismo que la educación religiosa, brillan por su ausencia en la universidad, precisamente cuando las tentaciones más arrecian, cuánto más vacila su fe, y cuánto más lo necesitaba.

La labor del estudiante en la escuela de secundaria es más bien pasiva, receptiva. Acata y cumple lo que conjuntamente le enseñaron los padres, el maestro y la Iglesia. Pero la universidad produce una profunda revolución en el ánimo del joven. Le asaltan dudas, que no puede por sí mismo contestar. Y el problema más difícil con que tiene que enfrentarse el joven universitario es que, una vez terminada la instrucción religiosa, a que se le obligaba en la escuela de secundaria, ha de trocar en convicción personal aquel complejo de sentimientos y actos que antes se debían más o menos a influencias exteriores.

La universidad produce una profunda revolución en la forma de pensar del joven.

El joven, hallándose en medio de tan terribles contrastes, puede llegar a pensar con triste desencanto que la vida del mundo es muy distinta de lo que hasta entonces había creído. Y la falta de justicia en el mundo, las desigualdades sociales, el gran abismo que separa a los pobres de los ricos… ponen a prueba su fe religiosa.

Estos peligros que cercan universitario sólo pueden evitarse si se desarrolla una gran labor pastoral en la universidad que englobe también a las asociaciones y movimientos de universitarios católicos.

El director espiritual de universitarios

Las necesidades espirituales de los jóvenes universitarios, requieren de *un director espiritual preparado para ello*, el cual debe saber dar respuesta a las inquietudes y dudas religiosas que puedan plantear, por muy novedosas y extrañas que sean. Eso requiere tiempo y una atención personal. Muchos universitarios también plantean cuestiones referentes a su vocación.

Los jóvenes han de tener ocasión de tratar sus dudas espirituales. Eso requiere por parte del director o guía espiritual un profundo conocimiento teológico, filosófico y apologético, conocer las ideas que más están en boga, y tener un gran amor a la Iglesia y a los jóvenes. Ese es el primer deber, el más difícil, pero lo más provechoso del trabajo del director es la labor personal, el trato individual. *¡Es incalculable el efecto que puede tener en esos momentos una palabra de aliento, un buen consejo y hasta una reprensión amistosa en esa edad!* La Iglesia católica conoce admirablemente lo que es el corazón humano y puede dar respuesta a todos los interrogantes espirituales.

La atención espiritual de los universitarios requiere de un director bien preparado en filosofía y teología.

El director o guía espiritual de la juventud ha de disponer de libros apropiados –espirituales y de apologética— para poder prestarlos a los jóvenes que los necesiten. Ha de fomentar entre los universitarios la *frecuencia de sacramentos*.

El capellán universitario ha de propiciar *conferencias que traten las* cuestiones religiosas y morales que más interesan a la juventud. Ha de disponer también de una capilla para poder celebrar misa, confesar y tener actos de adoración eucarística. Y sobre todo, han de animar a los jóvenes a que mantengan la dirección espiritual y a que participen en actividades apostólicas. Si el fuego no se propaga, se apaga.

Apéndice I

Sexualidad humana: Verdad y significado

Orientaciones educativas en familia
Pontificio Consejo para la Familia[7]
1995
Extractos del documento

El amor, que se alimenta y se expresa en el encuentro del hombre y de la mujer, es don de Dios; una preciosa reserva para el don de sí que todos, hombres y mujeres, están llamados a cumplir para su propia realización y felicidad. La sexualidad no es algo puramente biológico, sino que mira a la vez al núcleo íntimo de la persona. El uso de la sexualidad como donación física tiene su verdad y alcanza su pleno significado cuando es expresión de la donación personal del hombre y de la mujer hasta la muerte. Este amor está expuesto sin embargo a la fragilidad debida al pecado original. Sin embargo la redención del Señor, ha hecho de la práctica positiva de la castidad una realidad posible y un motivo de alegría, tanto para quienes tienen la vocación al matrimonio como para aquellos que reciben el don de una llamada especial a la vida consagrada. [n. 3]

La virtud de la castidad no debe entenderse como una actitud represiva, sino, al contrario, como la transparencia y, al mismo tiempo, la custodia de un don, precioso y rico, como el del amor, en vistas al don de sí que se realiza en la vocación específica de cada uno. La castidad es aquella energía espiritual que sabe defender el amor de los peligros del egoísmo y de la agresividad, y sabe promoverlo hacia su realización plena. [n. 4]

---

7 Lo que aquí mostramos es tan sólo un extracto del documento. El texto completo puede encontrarse en la página web del Vaticano:
http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/family/documents/rc_pc_family_doc_08121995_human-sexuality_sp.html

La formación a la castidad implica también otras virtudes como la templanza, la fortaleza, la prudencia. La castidad, como virtud, no subsiste sin la capacidad de renuncia, de sacrificio y de espera. [n. 5] Llamados al verdadero amor

El hombre, en cuanto imagen de Dios, ha sido creado para amar. Esta verdad ha sido revelada plenamente en el Nuevo Testamento, junto con el misterio de la vida intratrinitaria: *Dios es amor* (1 Jn 4, 8) y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen..., Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión. El amor es por tanto la vocación fundamental e innata de todo ser humano. Todo el sentido de la propia libertad, y del autodominio consiguiente, está orientado al don de sí en la comunión y en la amistad con Dios y con los demás. [n. 8]

El amor humano como don de sí

La persona es, sin duda, capaz de un tipo de amor superior: no el de concupiscencia, que sólo ve objetos con los cuales satisfacer sus propios apetitos, sino el de amistad y entrega, capaz de conocer y amar a las personas por sí mismas. Un amor capaz de generosidad, a semejanza del amor de Dios: se ama al otro porque se le reconoce como digno de ser amado. Un amor que genera la comunión entre personas, ya que cada uno considera el bien del otro como propio. Es el don de sí hecho a quien se ama, en lo que se descubre, y se actualiza la propia bondad, mediante la comunión de personas y donde se aprende el valor de amar y ser amado.

Todo hombre es llamado al amor de amistad y de oblatividad; y viene liberado de la tendencia al egoísmo por el amor de otros: en primer lugar de los padres o de quienes hacen sus veces, y, en definitiva, de Dios, de quien procede todo amor verdadero y en cuyo amor sólo el hombre descubre hasta qué punto es amado. Aquí se encuentra la raíz de la fuerza educativa del cristianismo: ¡El hombre es amado por Dios! Este es el simplicísimo y sorprendente anuncio del que la Iglesia es deudora respeto del hombre. Es así como Cristo ha descubierto al hombre su verdadera identidad: Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación.

El amor revelado por Cristo, al que el apóstol Pablo dedicó un himno en la primera Carta a los Corintios, es ciertamente exigente. Su belleza está

precisamente en el hecho de ser exigente, porque de este modo constituye el verdadero bien del hombre y lo irradia también a los demás. Por tanto es un amor que respeta la persona y la edifica porque el amor es verdadero cuando crea el bien de las personas y de las comunidades, lo crea y lo da a los demás. [n. 9]

El amor y la sexualidad humana

El hombre está llamado al amor y al don de sí en su unidad corpóreo-espiritual. Feminidad y masculinidad son dones complementarios, en cuya virtud la sexualidad humana es parte integrante de la concreta capacidad de amar que Dios ha inscrito en el hombre y en la mujer. La sexualidad es un elemento básico de la personalidad; un modo propio de ser, de manifestarse, de comunicarse con los otros, de sentir, expresar y vivir el amor humano. Esta capacidad de amar como don de sí tiene, por tanto, su "encarnación" en el carácter esponsal del cuerpo, en el cual está inscrita la masculinidad y la feminidad de la persona. El cuerpo humano, con su sexo, y con su masculinidad y feminidad visto en el misterio mismo de la creación, es no sólo fuente de fecundidad y de procreación, como en todo el orden natural, sino que incluye desde el "principio" el atributo "esponsalicio", es decir, la capacidad de expresar el amor: ese amor precisamente en el que el hombre-persona se convierte en don y — mediante este don— realiza el sentido mismo de su ser y existir. Toda forma de amor tiene siempre esta connotación masculino-femenina. [n. 10]

La sexualidad humana es un Bien: parte del don que Dios vio que "era muy bueno" cuando creó la persona humana a su imagen y semejanza, y "hombre y mujer los creó" (Gn 1, 27). En cuanto modalidad de relacionarse y abrirse a los otros, la sexualidad tiene como fin intrínseco el amor, más precisamente el amor como donación y acogida, como dar y recibir. La relación entre un hombre y una mujer es esencialmente una relación de amor: La sexualidad orientada, elevada e integrada por el amor adquiere verdadera calidad humana. Cuando dicho amor se actúa en el matrimonio, el don de sí expresa, a través del cuerpo, la complementariedad y la totalidad del don; el amor conyugal llega a ser, entonces, una fuerza que enriquece y hace crecer a las personas y, al mismo tiempo, contribuye a alimentar la civilización del amor; cuando por el contrario falta el sentido y el significado del don en la sexualidad, se introduce una civilización de las "cosas" y no de las "personas"; una civilización en la que las personas se usan como si fueran cosas. En el contexto de la civilización del placer la

mujer puede llegar a ser un objeto para el hombre, los hijos un obstáculo para los padres". [n. 11]

En el centro de la conciencia cristiana de los padres y de los hijos, debe estar presente esta verdad y este hecho fundamental: el don de Dios. Se trata del don que Dios nos ha hecho llamándonos a la vida y a existir como hombre o mujer en una existencia irrepetible, cargada de inagotables posibilidades de desarrollo espiritual y moral: la vida humana es un don recibido para ser a su vez dado. El don revela, por decirlo así, una característica especial de la existencia personal, más aun, de la misma esencia de la persona. Cuando Yahvé Dios dice que "no es bueno que el hombre esté solo" (Gn 2, 18), afirma que el hombre por sí "solo" no realiza totalmente esta esencia. Solamente la realiza existiendo "con alguno", y más profunda y completamente, existiendo "para alguno" ". En la apertura al otro y en el don de sí se realiza el amor conyugal en la forma de donación total propia de este estado. Y es siempre en el don de sí, sostenido por una gracia especial, donde adquiere significado la vocación a la vida consagrada, manera eminente de dedicarse más fácilmente a Dios solo con corazón indiviso para servirlo más plenamente en la Iglesia. En toda condición y estado de vida, de todos modos, este don se hace todavía más maravilloso por la gracia redentora, por la cual llegamos a ser “partícipes de la naturaleza divina " (2 Pe 1, 4) y somos llamados a vivir juntos la comunión sobrenatural de caridad con Dios y con los hermanos. Los padres cristianos, también en las situaciones más delicadas, no deben olvidar que, como fundamento de toda la historia personal y doméstica, está el don de Dios. [n. 12]

El amor abarca también el cuerpo humano y el cuerpo se hace partícipe del amor espiritual. “La sexualidad caracteriza al hombre y a la mujer no sólo en el plano físico, sino también en el psicológico y espiritual con su huella consiguiente en todas sus manifestaciones. Esta diversidad, unida a la complementariedad de los dos sexos, responde cumplidamente al diseño de Dios según la vocación a la cual cada uno ha sido llamado. [n. 13]

El amor conyugal

Cuando el amor se vive en el matrimonio, comprende y supera la amistad y se plasma en la entrega total de un hombre y una mujer, de acuerdo con su masculinidad y feminidad, que con el pacto conyugal fundan aquella comunión de personas en la cual Dios ha querido que viniera concebida, naciera y se desarrollara la vida humana. A este amor conyugal, y sólo a él, pertenece la donación sexual, que se realiza de modo verdade-

ramente humano, solamente cuando es parte integrante del amor con el que el hombre y la mujer se comprometen entre sí hasta la muerte. El Catecismo de la Iglesia Católica recuerda que "en el matrimonio, la intimidad corporal de los esposos viene a ser un signo y una garantía de comunión espiritual. Entre bautizados, los vínculos del matrimonio están santificados por el sacramento". [n. 14]

Amor abierto a la vida

Signo revelador de la autenticidad del amor conyugal es la apertura a la vida: En su realidad más profunda, el amor es esencialmente don y el amor conyugal, a la vez que conduce a los esposos al recíproco "conocimiento"..., no se agota dentro de la pareja, ya que los hace capaces de la máxima donación posible, por la cual se convierten en cooperadores de Dios en el don de la vida a una nueva persona humana. De este modo los cónyuges, a la vez que se dan entre sí, dan más allá de sí mismos la realidad del hijo, reflejo viviente de su amor, signo permanente de la unidad conyugal y síntesis viva e inseparable del padre y de la madre. A partir de esta comunión de amor y de vida los cónyuges consiguen esa riqueza humana y espiritual y ese clima positivo para ofrecer a los hijos su apoyo en la educación al amor y a la castidad. [n. 15]

AMOR VERDADERO Y CASTIDAD

Tanto el amor virginal como el conyugal, que son las dos formas en las cuales se realiza la vocación de la persona al amor, requieren para su desarrollo el compromiso de vivir la castidad, de acuerdo con el propio estado de cada uno. La sexualidad —como dice el Catecismo de la Iglesia Católica— “se hace personal y verdaderamente humana cuando está integrada en la relación de persona a persona, en el don mutuo total y temporalmente ilimitado del hombre y de la mujer". Es obvio que el crecimiento en el amor, en cuanto implica el don sincero de sí, es ayudado por la disciplina de los sentimientos, de las pasiones y de los afectos, que nos lleva a conseguir el autodominio. Ninguno puede dar aquello que no posee: si la persona no es dueña de sí —por obra de las virtudes y, concretamente, de la castidad— carece de aquel dominio que la torna capaz de darse. La castidad es la energía espiritual que libera el amor del egoísmo y de la agresividad. En la misma medida en que en el hombre se debilita la castidad, su amor se hace progresivamente egoísta, es decir, deseo de placer y no ya don de sí. [n. 16]

La castidad como don de sí

La castidad es la afirmación gozosa de quien sabe vivir el don de sí, libre de toda esclavitud egoísta. Esto supone que la persona haya aprendido a descubrir a los otros, a relacionarse con ellos respetando su dignidad en la diversidad. La persona casta no está centrada en sí misma, ni en relaciones egoístas con las otras personas. La castidad torna armónica la personalidad, la hace madurar y la llena de paz interior.

La pureza de mente y de cuerpo ayuda a desarrollar el verdadero respeto de sí y al mismo tiempo hace capaces de respetar a los otros, porque ve en ellos personas, que se han de venerar en cuanto creadas a imagen de Dios y, por la gracia, hijos de Dios, recreados en Cristo quien "os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz" (1 Pe 2, 9). [n. 17]

El dominio de sí

La castidad implica un aprendizaje del dominio de sí, que es una pedagogía de la libertad humana. La alternativa es clara: o el hombre controla sus pasiones y obtiene la paz, o se deja dominar por ellas y se hace desgraciado. Toda persona sabe, también por experiencia, que la castidad requiere rechazar ciertos pensamientos, palabras y acciones pecaminosas, como recuerda con claridad San Pablo (cf. Rm 1, 18; 6, 1214; 1 Cor 6, 9-11; 2 Cor 7, 1; Ga 5, 16-23; Ef 4, 17-24; 5, 3-13; Col 3, 5-8; 1 Ts 4, 1-18; 1 Tm 1, 8-11; 4;12). Por esto se requiere una capacidad y una aptitud de dominio de sí que son signo de libertad interior, de responsabilidad hacia sí mismo y hacia los demás y, al mismo tiempo, manifiestan una conciencia de fe; este dominio de sí comporta tanto evitar las ocasiones de provocación e incentivos al pecado, como superar los impulsos instintivos de la propia naturaleza. [n. 18]

Para algunos, que se encuentran en ambientes donde se ofende y descredita la castidad, vivir de un modo casto puede exigir una lucha exigente y hasta heroica. De todas maneras, con la gracia de Cristo, que brota de su amor esponsal por la Iglesia, todos pueden vivir castamente aunque se encuentren en circunstancias poco favorables. El mismo hecho de que todos han sido llamados a la santidad facilita entender que, tanto en el celibato como en el matrimonio, pueden presentarse situaciones en las cuales son indispensables actos heroicos de virtud. También la vida matrimonial implica, por tanto, un camino gozoso y exigente de santidad. [n. 19]

La castidad conyugal

Las personas casadas son llamadas a vivir la castidad conyugal; las otras practican la castidad en la continencia. Los padres son conscientes de que el mejor presupuesto para educar a los hijos en el amor casto y en la santidad de vida consiste en vivir ellos mismos la castidad conyugal. Esto implica que sean conscientes de que en su amor está presente el amor de Dios y, por tanto, deben vivir la donación sexual en el respeto de Dios y de su designio de amor, con fidelidad, honor y generosidad hacia el cónyuge y hacia la vida que puede surgir de su gesto de amor. Sólo de este modo puede ser expresión de caridad; por esto el cristiano está llamado a vivir su entrega en el matrimonio en el marco de su personal relación con Dios, como expresión de su fe y de su amor por Dios, y por tanto con la fidelidad y la generosa fecundidad que distinguen el amor divino. Solamente así se responde al amor de Dios y se cumple su voluntad, que los mandamientos nos ayudan a conocer. No hay ningún amor legítimo que no sea también, a su nivel más alto, amor de Dios. Amar al Señor implica responder positivamente a sus mandamientos: "si me amáis, guardaréis mis mandamientos" (Jn 14, 15). [n. 20]

Para vivir la castidad el hombre y la mujer tienen necesidad de la iluminación continua del Espíritu Santo. En el centro de la espiritualidad conyugal está la castidad, no sólo como virtud moral (formada por el amor), sino, a la vez, como virtud vinculada con los dones del Espíritu Santo. Así, pues, el orden interior de la convivencia conyugal, que permite a las “manifestaciones afectivas “desarrollarse según su justa proporción y significado, es fruto no sólo de la virtud en la que se ejercitan los esposos, sino también de los dones del Espíritu Santo con los que colaboran. [n. 21]

La educación a la castidad

La educación de los hijos a la castidad mira a tres objetivos: a) conservar en la familia un clima positivo de amor, de virtud y de respeto a los dones de Dios, particularmente al don de la vida; b) ayudar gradualmente a los hijos a comprender el valor de la sexualidad y de la castidad y sostener su desarrollo con el consejo, el ejemplo y la oración; c) ayudarles a comprender y a descubrir la propia vocación al matrimonio o a la virginidad dedicada al Reino de los cielos en armonía y en el respeto de sus aptitudes, inclinaciones y dones del Espíritu. [n. 22]

En esta tarea pueden recibir ayudas de otros educadores, pero no ser sustituidos salvo por graves razones de incapacidad física o moral. Es, pues, deber de los padres crear una ambiente de familia animado por el amor por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan. La educación, en efecto, corresponde a los padres en cuanto que la misión educativa continúa la de la generación y es dádiva de su humanidad a la que se han comprometido solemnemente en el momento de la celebración de su matrimonio. Los padres son los primeros y principales educadores de sus hijos, y en este campo tienen una competencia fundamental: son educadores por ser padres.

Comparten su misión educativa con otras personas e instituciones, como la Iglesia y el Estado; pero aplicando correctamente el principio de subsidiaridad. La subsidiaridad completa así el amor paterno y materno, ratificando su carácter fundamental, porque cualquier otro colaborador en el proceso educativo debe actuar en nombre de los padres, con su consenso y, en cierta medida, incluso por encargo suyo. [n. 23]

La propuesta educativa en tema de sexualidad y de amor verdadero, abierto al don de sí, ha de enfrentarse hoy a una cultura orientada hacia el positivismo, como recuerda el Santo Padre en la Carta a las Familias: “El desarrollo de la civilización contemporánea está vinculado a un progreso científico-tecnológico que se verifica de manera muchas veces unilateral, presentando como consecuencia características puramente positivas. Como se sabe, el positivismo produce como frutos el gnosticismo a nivel teórico y el utilitarismo a nivel práctico y ético... El utilitarismo es una civilización basada en producir y disfrutar; una civilización de las "cosas" y no de las "personas"; una civilización en la que las personas se usan como si fueran cosas... Para convencerse de ello, basta examinar ciertos programas de educación sexual introducidos en las escuelas, a menudo contra el parecer y las mismas protestas de muchos padres.

En tal contexto es necesario que los padres, remitiéndose a la enseñanza de la Iglesia, y con su apoyo, reivindiquen su propia tarea y, asociándose donde sea necesario o conveniente, ejerzan una acción educativa fundada en los valores de la persona y del amor cristiano, tomando una clara posición que supere el utilitarismo ético. Para que la educación corresponda a las exigencias objetivas del verdadero amor, los padres han de ejercitarla con autónoma responsabilidad. [n. 24]

La vocación al matrimonio

La formación en el amor verdadero es la mejor preparación para la vocación al matrimonio. En familia los niños y los jóvenes pueden aprender a vivir la sexualidad humana con la grandeza y en el contexto de una vida cristiana. Los niños y los jóvenes descubren gradualmente que el sólido matrimonio cristiano no es el resultado de conveniencias ni de una mera atracción sexual. Por ser una vocación, el matrimonio comporta siempre una elección bien meditada, el mutuo compromiso ante de Dios, y la constante petición de su ayuda en la oración. [n. 27]

Llamados al amor conyugal

Como recuerda la Encíclica *Humanae vitae*, la verdadera naturaleza y nobleza del amor conyugal se revelan cuando este es considerado en su fuente suprema, Dios, que es Amor (cf. 1 Jn 4, 8), "el Padre de quien procede toda paternidad en el cielo y en la tierra" (Ef 3, 15). El matrimonio no es, por tanto, efecto de la casualidad o producto de la evolución de fuerzas naturales inconscientes; es una sabia institución del Creador para realizar en la humanidad su designio de amor. Los esposos, mediante su recíproca donación personal, propia y exclusiva de ellos, tienden a la comunión de sus seres en orden a un mutuo perfeccionamiento personal, para colaborar con Dios en la generación y en la educación de nuevas vidas. En los bautizados el matrimonio reviste, además, la dignidad de signo sacramental de la gracia, en cuanto representa la unión de Cristo y de la Iglesia.

La familia es una comunidad de personas, para las cuales el propio modo de existir y vivir juntos es la comunión: communio personarum. Tal comunión implica una cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad. Esta formulación, particularmente rica de contenido, confirma ante todo aquello que determina la identidad íntima de cada hombre y de cada mujer. Esta identidad consiste en la capacidad de vivir en la verdad y en el amor; más aún, consiste en la necesidad de verdad y de amor como dimensión constitutiva de la vida de la persona. [n. 28]

El amor conyugal tiene cuatro características: es amor humano (sensible y espiritual), es amor total, fiel y fecundo.

Estas características se fundamentan en el hecho de que el hombre y la mujer en el matrimonio se unen entre sí tan estrechamente que vienen a ser —según el libro del Génesis— "una sola carne" (Gn 2, 24). Los dos

sujetos humanos, aunque somáticamente diferentes por constitución física como varón y mujer, participan de modo similar de aquella capacidad de vivir "en la verdad y el amor". Esta capacidad, característica del ser humano en cuanto persona, tiene a la vez una dimensión espiritual y corpórea... La familia que nace de esta unión basa su solidez interior en la alianza entre los esposos, que Cristo elevó a sacramento. La familia recibe su propia naturaleza comunitaria —más aun, sus características de "comunión"— de aquella comunión fundamental de los esposos que se prolonga en los hijos. ¿Estáis dispuestos a recibir de Dios responsable y amorosamente los hijos y a educarlos?, les pregunta el celebrante durante el rito del matrimonio. La respuesta de los novios corresponde a la íntima verdad del amor que los une. Y con la misma fórmula de la celebración del matrimonio los esposos se comprometen a "ser fieles por siempre" precisamente porque la fidelidad de los esposos brota de esta comunión de personas que se radica en el proyecto del Creador, en el Amor Trinitario y en el Sacramento que expresa la unión fiel de Cristo con la Iglesia. [n. 29]

El matrimonio es un sacramento mediante el cual la sexualidad se integra en un camino de santidad, con un vínculo que refuerza aún más su indisoluble unidad. El don del sacramento es al mismo tiempo vocación y mandamiento para los esposos cristianos, para que permanezcan siempre fieles entre sí, por encima de toda prueba y dificultad, en generosa obediencia a la santa voluntad del Señor: "lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre". [n. 30]

Los padres afrontan una preocupación real

El amor por la castidad, en lo que tan importante es la ayuda de los padres, favorece el respeto mutuo entre el hombre y la mujer y confiere la capacidad de compasión, ternura, tolerancia, generosidad y, sobre todo, espíritu de sacrificio, sin el cual ningún amor se mantiene. Los hijos llegarán así al matrimonio con la sabiduría realista de la que habla San Pablo, según el cual, los esposos deben continuamente ganarse el amor del uno por el otro y prestarse atención recíproca con mutua paciencia y afecto (cf. 1 Co 7, 3-6; Ef 5, 21-23). [n. 31]

Mediante esta formación remota a la castidad en familia, los adolescentes y los jóvenes aprenden a vivir la sexualidad en la dimensión personal, rechazando toda separación entre la sexualidad y el amor — entendido como donación de sí— y entre el amor esponsal y la familia.

El respeto de los padres hacia la vida y hacia el misterio de la procreación, evitará en el niño o en el joven la falsa idea de que las dos dimensiones del acto conyugal, la unitiva y la procreativa, puedan separarse según el propio arbitrio. La familia se reconoce entonces parte inseparable de la vocación al matrimonio.

Una educación cristiana a la castidad en familia no puede silenciar la gravedad moral que implica la separación de la dimensión unitiva de la procreativa en el ámbito de la vida conyugal, que tiene lugar sobre todo en la contracepción y en la procreación artificial: en el primer caso, se pretende la búsqueda del placer sexual interviniendo sobre la expresión del acto conyugal a fin de evitar la concepción; en el segundo caso, se busca la concepción sustituyendo el acto conyugal por una técnica. Esto es contrario a la verdad del amor conyugal y a la plena comunión esponsal. La formación en la castidad ha de formar parte de la preparación a la paternidad y a la maternidad responsables, que se refieren directamente al momento en que el hombre y la mujer, uniéndose "en una sola carne", pueden convertirse en padres. Este momento tiene un valor muy significativo, tanto por su relación interpersonal como por su servicio a la vida. Ambos pueden convertirse en procreadores —padre y madre— comunicando la vida a un nuevo ser humano. Las dos dimensiones de la unión conyugal, la unitiva y la procreativa, no pueden separarse artificialmente sin alterar la verdad íntima del mismo acto conyugal.

Es necesario también presentar a los jóvenes las consecuencias, siempre más graves, que surgen de la separación entre la sexualidad y la procreación cuando se llega a practicar la esterilización y el aborto, o a buscar la práctica de la sexualidad separada también del amor conyugal, sea antes, sea fuera del matrimonio. [n. 32]

PADRE Y MADRE COMO EDUCADORES

Dios, concediendo a los esposos el privilegio y la gran responsabilidad de llegar a ser padres, les concede la gracia para cumplir adecuadamente su propia misión. Los padres en esta tarea de educar a sus hijos, están guiados por dos verdades fundamentales. La primera es que el hombre está llamado a vivir en la verdad y en el amor. La segunda es que cada hombre se realiza mediante la entrega sincera de sí mismo. Como esposos, padres y ministros de la gracia sacramental del matrimonio, los padres se encuentran sostenidos día a día, por energías particulares de orden espiritual, otorgados por Jesucristo, que ama y nutre la Iglesia, su esposa. [n. 37]

El ambiente de la familia es, pues, el lugar normal y originario para la formación de los niños y de los jóvenes en la consolidación y en el ejercicio de las virtudes de la caridad, de la templanza, de la fortaleza y, por tanto, de la castidad. Como iglesia doméstica, la familia es, en efecto, la escuela más rica en humanidad. [n. 48]

La educación en la castidad, en cuanto educación en el amor, es al mismo tiempo educación del espíritu, de la sensibilidad y de los sentimientos. [n. 54]

Es necesario, por tanto, poner de relieve que la educación a la castidad es inseparable del compromiso de cultivar todas las otras virtudes y, en modo particular, el amor cristiano que se caracteriza por el respeto, por el altruismo y por el servicio que, en definitiva, es la caridad. La sexualidad es un bien tan importante, que precisa protegerlo siguiendo el orden de la razón iluminada por la fe: cuanto mayor es un bien, tanto más en él se debe observar el orden de la razón. De esto se deduce que para educar a la castidad, es necesario el dominio de sí, que presupone virtudes como el pudor, la templanza, el respeto propio y ajeno y la apertura al prójimo.

Son también importantes aquellas virtudes que la tradición cristiana ha llamado las hermanas menores de la castidad (modestia, capacidad de sacrificio de los propios caprichos), alimentadas por la fe y por la vida de oración. [n. 55]

El pudor y la modestia

La práctica del pudor y de la modestia, al hablar, obrar y vestir, es muy importante para crear un clima adecuado para la maduración de la castidad, y por eso han de estar hondamente arraigados en el respeto del propio cuerpo y de la dignidad de los demás. Como se ha indicado, los padres deben velar para que ciertas modas y comportamientos inmorales no violen la integridad del hogar, particularmente a través de un uso desordenado de los mass media. [n. 56]

La justa intimidad

En estrecha conexión con el pudor y la modestia, que son espontánea defensa de la persona que se niega a ser vista y tratada como objeto de placer en vez de ser respetada y amada por sí misma, se ha de considerar el respeto de la intimidad: si un niño o un joven ve que se respeta su justa intimidad, sabrá que se espera de él igual comportamiento con los demás. De

esta manera, aprenderá a cultivar su sentido de responsabilidad ante Dios, desarrollando su vida interior y el gusto por la libertad personal, que le hacen capaz de amar mejor a Dios y a los demás. [n. 57]

El autodominio

Todo esto implica, más en general, el autodominio, condición necesaria para ser capaces del don de sí. Los niños y los jóvenes han de ser estimulados a apreciar y practicar el autocontrol y el recato, a vivir en forma ordenada, a realizar sacrificios personales en espíritu de amor a Dios, de autorespeto y generosidad hacia los demás, sin sofocar los sentimientos y tendencias sino encauzándolos en una vida virtuosa. [n. 58]

Los padres modelo para los propios hijos

El buen ejemplo y el liderazgo de los padres es esencial para reforzar la formación de los jóvenes a la castidad. La madre que estima la vocación materna y su puesto en la casa, ayuda enormemente a desarrollar, en sus propias hijas, las cualidades de la feminidad y de la maternidad y pone ante los hijos varones un claro ejemplo, de mujer recia y noble. El padre que inspira su conducta en un estilo de dignidad varonil, sin machismos, será un modelo atrayente para sus hijos e inspirará respeto, admiración y seguridad en las hijas. [n. 59]

Lo mismo vale para la educación al espíritu de sacrificio en las familias sometidas, hoy más que nunca, a las presiones del materialismo y del consumismo. Sólo así, los hijos crecerán “en una justa libertad ante los bienes materiales, adoptando un estilo de vida sencillo y austero, convencidos de que "el hombre vale más por lo que es que por lo que tiene". En una sociedad sacudida y disgregada por tensiones y conflictos por el choque violento entre los varios individualismos y egoísmos, los hijos han de enriquecerse no sólo con el sentido de la verdadera justicia, que conduce al respeto de la dignidad de toda persona, sino también y más aun con el sentido del verdadero amor, como solicitud sincera y servicio desinteresado hacia los demás, especialmente a los más pobres y necesitados". [n. 60]

Un santuario de la vida y de la fe

Nadie puede ignorar que el primer ejemplo y la mayor ayuda que los padres dan a sus hijos es su generosidad en acoger la vida, sin olvidar que así les ayudan a tener un estilo más sencillo de vida y, además, “que es

menor mal negar a los propios hijos ciertas comodidades y ventajas materiales que privarlos de la presencia de hermanos y hermanas que podrían ayudarlos a desarrollar su humanidad y a comprobar la belleza de la vida en cada una de sus fases y en toda su variedad ". [n. 61]

Finalmente, recordamos que, para lograr estas metas, la familia debe ser ante todo casa de fe y de oración en la que se percibe la presencia de Dios Padre, se acoge la Palabra de Jesús, se siente el vínculo de amor, don del Espíritu, y se ama y se invoca a la purísima Madre de Dios. [n. 62]

LOS PASOS EN EL CONOCIMIENTO

A los padres corresponde especialmente la obligación de hacer conocer a los hijos los misterios de la vida humana, porque la familia es el mejor ambiente para cumplir el deber de asegurar una gradual educación de la vida sexual. Esta tarea primaria de la familia, hemos recordado, implica para los padres el derecho a que sus hijos no sean obligados a asistir en la escuela a cursos sobre temas que estén en desacuerdo con las propias convicciones religiosas y morales. [64]

Cuatro principios sobre la información respecto a la sexualidad

1. Todo niño es una persona única e irrepetible y debe recibir una formación individualizada. Puesto que los padres conocen, comprenden y aman a cada uno de sus hijos en su irrepetibilidad, cuentan con la mejor posición para decidir el momento oportuno de dar las distintas informaciones, según el respectivo crecimiento físico y espiritual. Nadie debe privar a los padres, conscientes de su misión, de esta capacidad de discernimiento. [n. 65]

El proceso de madurez de cada niño como persona es distinto, por lo cual los aspectos tanto biológicos como afectivos, que tocan más de cerca su intimidad, deben serles comunicados a través de un diálogo personalizado. En el diálogo con cada hijo, hecho con amor y con confianza, los padres comunican algo del propio don de sí, y están en condición de testimoniar aspectos de la dimensión afectiva de la sexualidad no transmisibles de otra manera. [n. 66]

La experiencia demuestra que este diálogo se realiza mejor cuando el progenitor, que comunica las informaciones biológicas, afectivas, morales y espirituales, es del mismo sexo del niño o del joven. Conscientes de su papel, de las emociones y de los problemas del propio sexo, las madres

tienen una sintonía especial con las hijas y los padres con los hijos. Es necesario respetar ese nexo natural; por esto, el padre que se encuentre sólo, deberá comportarse con gran sensibilidad cuando hable con un hijo de sexo diverso, y podrá permitir que los aspectos más íntimos sean comunicados por una persona de confianza del sexo del niño. Para esta colaboración de carácter subsidiario, los padres podrán valerse de educadores expertos y bien formados en el ámbito de la comunidad escolar, parroquial o de las asociaciones católicas. [n. 67]

2. La dimensión moral debe formar parte siempre de las explicaciones. Los padres podrán poner de relieve que los cristianos están llamados a vivir el don de la sexualidad según el plan de Dios que es Amor, en el contexto del matrimonio o de la virginidad consagrada o también en el celibato. [n. 68]

Desde la más tierna edad, los padres pueden observar inicios de una actividad genital instintiva en el niño. No se debe considerar como represivo el hecho de corregir delicadamente estos hábitos que podrían llegar a ser pecaminosos más tarde, y enseñar la modestia, siempre que sea necesario, a medida que el niño crece. Es importante que el juicio de rechazo moral de ciertos comportamientos, contrarios a la dignidad de la persona y a la castidad, sea justificado con motivaciones adecuadas, válidas y convincentes tanto en el plano racional como en el de la fe, y en un cuadro positivo y de alto concepto de la dignidad personal. [n. 69]

3. La educación a la castidad y las oportunas informaciones sobre la sexualidad deben ser ofrecidas en el más amplio contexto de la educación al amor. No es suficiente comunicar informaciones sobre el sexo junto a principios morales objetivos. Es necesaria la constante ayuda para el crecimiento en la vida espiritual de los hijos, para que su desarrollo biológico y las pulsiones que comienzan a experimentar se encuentren siempre acompañadas por un creciente amor a Dios Creador y Redentor y por una siempre más grande conciencia de la dignidad de toda persona humana y de su cuerpo. A la luz del misterio de Cristo y de la Iglesia, los padres pueden ilustrar los valores positivos de la sexualidad humana en el contexto de la nativa vocación de la persona al amor y de la llamada universal a la santidad. [n. 70]

En los coloquios con los hijos, no deben faltar nunca los consejos idóneos para crecer en el amor de Dios y del prójimo y para superar las dificultades: disciplina de los sentidos y de la mente, prudencia atenta para evitar las ocasiones de caídas, guarda del pudor, moderación en las diver-

siones, ocupación sana, recurso frecuente a la oración y a los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Los jóvenes, sobre todo, deben empeñarse en fomentar su devoción a la Inmaculada Madre de Dios. [n. 71]

Para educar a los hijos a valorar los ambientes que frecuentan con sentido crítico y verdadera autonomía, y habituarlos a un uso independiente de los mass-media, los padres han de presentar siempre modelos positivos y los medios adecuados para que empleen sus energías vitales, el sentido de la amistad y de solidaridad en el vasto campo de la sociedad y de la Iglesia. [n. 72]

Uno de los objetivos de los padres en su labor educativa es transmitir a los hijos la convicción de que la castidad en el propio estado es posible y genera alegría. La alegría brota de la conciencia de una madurez y armonía de la propia vida afectiva, que, siendo don de Dios y don de amor, permite realizar el don de sí en el ámbito de la propia vocación. [n. 73]

La ayuda de Dios no falta nunca si se pone el empeño necesario para corresponder a la gracia de Dios. Ayudando, formando y respetando la conciencia de los hijos, los padres deben procurar que frecuenten conscientemente los sacramentos, yendo por delante con su ejemplo. Si los niños y los jóvenes experimentan los efectos de la gracia y de la misericordia de Dios en los sacramentos, serán capaces de vivir bien la castidad como don de Dios, para su gloria y para amarlo a Él y a los demás hombres. Una ayuda necesaria y sobrenaturalmente eficaz es frecuentar el Sacramento de la reconciliación, especialmente si se puede contar con un confesor fijo. La guía o dirección espiritual, aunque no coincide necesariamente con el papel del confesor, es ayuda preciosa para la iluminación progresiva de las etapas de maduración y para el apoyo moral.

Son muy útiles las lecturas de libros de formación elegidos y aconsejados para ofrecer una formación más amplia y profunda, y proponer ejemplos y testimonios en el camino de la virtud. [n. 74]

4. Los padres deben dar una información con extrema delicadeza, pero en forma clara y en el tiempo oportuno. Para valorar lo que se debe decir a cada uno, es muy importante que los padres pidan ante todo luces al Señor en la oración y hablen entre sí, para que sus palabras no sean ni demasiado explícitas ni demasiado vagas. Dar muchos detalles a los niños es contraproducente, pero retardar excesivamente las primeras informaciones es imprudente, porque toda persona humana tiene una natural curiosidad al respecto y antes o después se interroga, sobre todo en una cultura donde se ve demasiado también por la calle. [n. 75]

En general, las primeras informaciones acerca del sexo que se han de dar a un niño pequeño, no miran la sexualidad genital, sino el embarazo y el nacimiento de un hermano o de una hermana. La curiosidad natural del niño se estimula, por ejemplo, cuando observa en la madre los signos del embarazo y que vive en la espera de un niño. Los padres deben aprovechar esta gozosa experiencia para comunicar algunos hechos sencillos relativos al embarazo, siempre en el contexto más profundo de la maravilla de la obra creadora de Dios, que ha dispuesto que la nueva vida por El donada se custodie en el cuerpo de la madre cerca de su corazón. [n. 76]

Las fases principales del desarrollo del niño

1. Los años de la inocencia

Desde la edad de cinco años aproximadamente hasta la pubertad —cuyo inicio se coloca en la manifestación de las primeras modificaciones en el cuerpo del muchacho o de la muchacha (efecto visible de un creciente influjo de las hormonas sexuales)—, se dice que el niño está en esta fase, descrita en las palabras de Juan Pablo II, como "los años de la inocencia". Período de tranquilidad y de serenidad que no debe ser turbado por una información sexual innecesaria. En estos años, antes del evidente desarrollo físico sexual, es común que los intereses del niño se dirijan a otros aspectos de la vida. Ha desaparecido la sexualidad instintiva rudimentaria del niño pequeño. Los niños y las niñas de esta edad no están particularmente interesados en los problemas sexuales y prefieren frecuentar a los de su mismo sexo. Para no turbar esta importante fase natural del crecimiento, los padres tendrán presente que una prudente formación al amor casto ha de ser en este período indirecta, en preparación a la pubertad, cuando sea necesaria la información directa. [n. 78]

Durante esta fase del desarrollo, el niño se encuentra normalmente satisfecho del cuerpo y sus funciones. Acepta la necesidad de la modestia en la manera de vestir y en el comportamiento. Aun siendo consciente de las diferencias físicas entre ambos sexos, muestra en general poco interés por las funciones genitales. El descubrimiento de las maravillas de la creación, propio de esta época, y las respectivas experiencias en casa y en la escuela, deberán ser orientadas hacia la catequesis y el acercamiento a los sacramentos, que se realiza en la comunidad eclesial. [n. 79]

Sin embargo, este período de la niñez no está desprovisto de significado en términos de desarrollo psico-sexual. El niño o la niña que crece,

aprende, del ejemplo de los adultos y de la experiencia familiar, qué significa ser una mujer o un hombre. Ciertamente no se han de despreciar las expresiones de ternura natural y de sensibilidad por parte de los niños, ni, a su vez, excluir a las niñas de actividades físicas vigorosas. Sin embargo, en algunas sociedades sometidas a presiones ideológicas, los padres deberán cuidar también de adoptar una actitud de oposición exagerada a lo que se define comúnmente como "estereotipo de las funciones". No se han de ignorar ni minimizar las efectivas diferencias entre ambos sexos y, en un ambiente familiar sano, los niños aprenderán que es natural que a estas diferencias corresponda una cierta diversidad entre las tareas normales familiares y domésticas respectivamente de los hombres y las mujeres. [n. 80]

Durante esta fase, las niñas desarrollarán en general un interés materno por los niños pequeños, por la maternidad y por la atención de la casa. Asumiendo constantemente como modelo la Maternidad de la Santísima Virgen María, deben ser estimuladas a valorizar la propia feminidad. [n. 81]

Un niño, en esta misma fase, se encuentra en un estadio de desarrollo relativamente tranquilo. Es de ordinario un período oportuno para establecer una buena relación con el padre. En este tiempo, ha de aprender que su masculinidad, aunque sea un don divino, no es signo de superioridad respecto a las mujeres, sino una llamada de Dios a asumir ciertas tareas y responsabilidades. Hay que orientar al niño a no ser excesivamente agresivo o estar demasiado preocupado de la fortaleza física como garantía de la propia virilidad. [n. 82]

Sin embargo, en el contexto de la información moral y sexual, pueden surgir en esta fase de la niñez algunos problemas. En ciertas sociedades, existen intentos programados y predeterminados de imponer una información sexual prematura a los niños. Sin embargo, estos no se encuentran en condiciones de comprender plenamente el valor de la dimensión afectiva de la sexualidad. No son capaces de entender y controlar la imagen sexual en un contexto adecuado de principios morales y, por tanto, de integrar una información sexual que es prematura, con su responsabilidad moral. Tales informaciones tienden así a perturbar su desarrollo emocional y educativo y la serenidad natural de este período de la vida. Los padres han de evitar en modo delicado pero a la vez firme, los intentos de violar la inocencia de sus hijos, porque comprometen su desarrollo espiritual, moral y emotivo como personas en crecimiento y que tienen derecho a tal inocencia. [n. 83]

Una ulterior dificultad aparece cuando los niños reciben una información sexual prematura por parte de los mass-media o de coetáneos descarriados o que han recibido una educación sexual precoz. En esta circunstancia, los padres habrán de comenzar a impartir una información sexual limitada, normalmente, a corregir la información inmoral errónea o controlar un lenguaje obsceno. [n. 84]

Como en los primeros años de vida, también durante la niñez, los padres han de fomentar en los hijos el espíritu de colaboración, obediencia, generosidad y abnegación, y favorecer la capacidad de autoreflexión y sublimación. El niño indisciplinado o viciado tiende a una cierta inmadurez y debilidad moral en el futuro, porque la castidad es difícil de mantener si la persona desarrolla hábitos egoístas o desordenados y no será entonces capaz de comportarse con los demás con aprecio y respeto. Los padres deben presentar modelos objetivos de aquello que es justo o equivocado, creando un contexto moral seguro para la vida. [n. 86]

2. La pubertad

La pubertad, que constituye la fase inicial de la adolescencia, es un tiempo en el que los padres han de estar especialmente atentos a la educación cristiana de los hijos: es el momento del descubrimiento de sí mismos y del propio mundo interior; el momento de los proyectos generosos, en que brota el sentimiento del amor, así como los impulsos biológicos de la sexualidad, del deseo de estar con otros; tiempo de una alegría particularmente intensa, relacionada con el embriagador descubrimiento de la vida. Pero también es a menudo la edad de los interrogantes profundos, de las búsquedas angustiosas e incluso frustrantes, de desconfianza en los demás y del repliegue peligroso sobre sí mismo; a veces también el tiempo de los primeros fracasos y de las primeras amarguras. [n. 87]

Los padres deben velar atentamente sobre la evolución de los hijos y a sus transformaciones físicas y psíquicas, decisivas para la maduración de la personalidad. Sin manifestar ansia, temor ni preocupación obsesiva, evitarán que la cobardía o la comodidad bloqueen su intervención. Lógicamente es un momento importante en la educación a la castidad, que implica, entre otros aspectos, el modo de informar sobre la sexualidad. En esta fase, la exigencia educativa se extiende al aspecto de la genitalidad y exige por tanto su presentación, tanto en el plano de los valores como en el de su realidad global; implica su comprensión en el contexto de la procreación, el matrimonio y la familia, que deben estar siempre presentes en una labor auténtica de educación sexual. [n. 88]

Los padres, partiendo de las transformaciones que las hijas y los hijos experimentan en su propio cuerpo, deben proporcionarles explicaciones más detalladas sobre la sexualidad siempre que — contando con una relación de confianza y amistad— las jóvenes se confíen con su madre y los jóvenes con el padre. Esta relación de confianza y de amistad se ha de instaurar desde los primeros años de la vida. [n. 89]

Tarea importante de los padres es acompañar la evolución fisiológica de las hijas, ayudándoles a acoger con alegría el desarrollo de la feminidad en sentido corporal, psicológico y espiritual. Normalmente se podrá hablar también de los ciclos de la fertilidad y de su significado; no será sin embargo necesario, si no es explícitamente solicitado, dar explicaciones detalladas acerca de la unión sexual. [n. 90]

Es muy importante también que los adolescentes de sexo masculino reciban ayudas para comprender las etapas del desarrollo físico y fisiológico de los órganos genitales, antes de obtener esta información de los compañeros de juego o de personas que no tengan recto criterio y tino. La presentación de los hechos fisiológicos de la pubertad masculina ha de hacerse en un ambiente sereno, positivo y reservado, en la perspectiva del matrimonio, la familia y la paternidad. La instrucción de las adolescentes y de los adolescentes, ha de comprender una información realista y suficiente de las características somáticas y psicológicas del otro sexo, hacia el cual se dirige en gran parte su curiosidad. [n. 91]

La instrucción de las adolescentes y los adolescentes debe tender a resaltar la belleza de la maternidad y la maravillosa realidad de la procreación, así como el profundo significado de la virginidad. [n. 92]

Durante la pubertad, el desarrollo psíquico y emotivo del adolescente puede hacerlo vulnerable a las fantasías eróticas y ponerle en la tentación de experiencias sexuales. Los padres han de estar cercanos a los hijos, corrigiendo la tendencia a utilizar la sexualidad de modo hedonista y materialista: les harán presente que es un don de Dios, para cooperar con El a realizar a lo largo de la historia la bendición original del Creador, transmitiendo en la generación la imagen divina de hombre a hombre; y les reforzarán en la conciencia de que la fecundidad es el fruto y el signo del amor conyugal, el testimonio vivo de la entrega plena y recíproca de los esposos. De esta manera los hijos aprenderán el respeto debido a la mujer. [n. 93]

Las dimensiones espirituales y morales deberán prevalecer siempre y tener dos concretas finalidades: la presentación de los mandamientos de Dios como camino de vida y la formación de una recta conciencia.

Jesús, al joven que lo interroga sobre lo que debe hacer para obtener la vida eterna, le responde: "si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (Mt 19, 17); y después de haber enumerado los que miran al amor del prójimo, los resume en esta fórmula positiva: "ama el prójimo como a ti mismo" (Mt 19, 19). [n. 94]

La formación de la conciencia exige, como punto de partida, mostrar el proyecto de amor que Dios tiene por cada persona, el valor positivo y libertador de la ley moral y la conciencia tanto de la fragilidad introducida por el pecado como de los medios de la gracia que fortalecen al hombre en su camino hacia el bien y la salvación.

Presente en lo más íntimo de la persona, la conciencia moral —que es el "núcleo más secreto y el sagrario del hombre", según afirma el Concilio Vaticano II—, le ordena, en el momento oportuno, practicar el bien y evitar el mal. Juzga también las elecciones concretas, aprobando las buenas y denunciando las malas. Atestigua la autoridad de la verdad con referencia al Bien supremo por el cual la persona humana se siente atraída y cuyos mandamientos acoge.

En efecto, la conciencia moral es un juicio de la razón por el que la persona humana reconoce la cualidad moral de un acto concreto que piensa hacer, está haciendo o ha hecho. Por tanto, la formación de la conciencia requiere luces sobre la verdad y el plan de Dios, pues la conciencia no debe confundirse con un vago sentimiento subjetivo ni con una opinión personal. [n. 95]

Al responder a las preguntas de sus hijos, los padres deben dar argumentos bien pensados sobre el gran valor de la castidad, y mostrar la debilidad intelectual y humana de las teorías que sostienen conductas permisivas y hedonistas; responderán con claridad, sin dar excesiva importancia a las problemáticas sexuales patológicas ni producir la falsa impresión de que la sexualidad es una realidad vergonzosa o sucia, dado que es un gran don de Dios, que ha puesto en el cuerpo humano la capacidad de engendrar, haciéndonos partícipes de su poder creador. Tanto en la Escritura (cf. Cant 1-8; Os 2; Jer 3, 1-3; Ez 23, etc.), como en la tradición mística cristiana se ha visto el amor conyugal como un símbolo y una imagen del amor de Dios por los hombres. [n. 96]

La adolescencia en el proyecto de vida

Los padres deben prepararse para dar, con la propia vida, el ejemplo y el testimonio de la fidelidad a Dios y de la fidelidad de uno al otro en la alianza conyugal. Su ejemplo es particularmente decisivo en la adolescencia, período en el cual los jóvenes buscan modelos de conducta reales y atrayentes. Como en este tiempo los problemas sexuales se tornan con frecuencia más evidentes, los padres han de ayudarles a amar la belleza y la fuerza de la castidad con consejos prudentes, poniendo en evidencia el valor inestimable que, para vivir esta virtud, poseen la oración y la recepción fructuosa de los sacramentos, especialmente la confesión personal. [n. 102]

Masturbación

La masturbación constituye un desorden grave, ilícito en sí mismo, que no puede ser moralmente justificado, aunque "la inmadurez de la adolescencia, que a veces puede prolongarse más allá de esa edad, el desequilibrio psíquico o el hábito contraído pueden influir sobre la conducta, atenuando el carácter deliberado del acto, y hacer que no haya siempre falta subjetivamente grave. Se debe ayudar a los adolescentes a superar estas manifestaciones de desorden que son frecuentemente expresión de los conflictos internos de la edad y no raramente de una visión egoísta de la sexualidad. [n. 103]

Homosexualidad

Una problemática particular, posible en el proceso de maduraciónidentificación sexual, es la de la homosexualidad, que, por desgracia, tiende a difundirse en la moderna cultura urbana. Es necesario presentar este fenómeno con equilibrio, a la luz de los documentos de la Iglesia. Los jóvenes piden ayuda para distinguir los conceptos de normalidad y anomalía, de culpa subjetiva y de desorden objetivo, evitando juicio de hostilidad, y a la vez clarificando la orientación estructural y complementaria de la sexualidad al matrimonio, a la procreación y a la castidad cristiana. La homosexualidad designa las relaciones entre hombres o mujeres que experimentan una atracción sexual, exclusiva o predominante, hacia personas del mismo sexo. Reviste formas muy variadas a través de los siglos y las culturas. Su origen psíquico permanece en gran medida inexplicado. Es necesario distinguir entre la tendencia, que puede ser innata, y los actos de homosexualidad que son intrínsecamente desordenados y contrarios a la ley natural.

Muchos casos, especialmente si la práctica de actos homosexuales no se ha enraizado, pueden ser resueltos positivamente con una terapia apropiada. En cualquier caso, las personas en estas condiciones deben ser acogidas con respeto, dignidad y delicadeza, evitando toda injusta discriminación. Los padres, por su parte, cuando advierten en sus hijos, en edad infantil o en la adolescencia, alguna manifestación de dicha tendencia o de tales comportamientos, deben buscar la ayuda de personas expertas y calificadas para proporcionarle todo el apoyo posible. Para la mayoría de las personas con tendencias homosexuales, tal condición constituye una prueba. Deben ser acogidos con respeto, compasión y delicadeza. Se evitará, respecto a ellos, todo signo de discriminación injusta. Estas personas están llamadas a realizar la voluntad de Dios en su vida, y, si son cristianas, a unir al sacrificio de la cruz del Señor las dificultades que pueden encontrar a causa de su condición. Las personas homosexuales están llamadas a la castidad. [n. 104]

Significado positivo de la sexualidad

No se debe olvidar que el desorden en el uso del sexo tiende a destruir progresivamente la capacidad de amar de la persona, haciendo del placer —en vez del don sincero de sí— el fin de la sexualidad, y reduciendo a las otras personas a objetos para la propia satisfacción: tal desorden debilita tanto el sentido del verdadero amor entre hombre y mujer —siempre abierto a la vida— como la misma familia, y lleva sucesivamente al desprecio de la vida humana concebida que se considera como un mal que amenaza el placer personal. La banalización de la sexualidad, en efecto, es uno de los factores principales que están en la raíz del desprecio por la vida naciente: sólo un amor verdadero sabe custodiar la vida. [n. 105]

ORIENTACIONES PRÁCTICAS

1. La sexualidad humana es un misterio sagrado que debe ser presentado según la enseñanza doctrinal y moral de la Iglesia, teniendo siempre en cuenta los efectos del pecado original.

Informado por la reverencia y el realismo cristiano, este principio doctrinal debe guiar toda actuación de la educación en el amor.

Particularmente se debe mantener el respeto profundo de la diferencia entre hombre y mujer que refleja el amor y la fecundidad del Dios mismo. [n. 122]

En la enseñanza de la doctrina y de la moral católica acerca de la sexualidad, se deben tener en cuenta las consecuencias del pecado original, es decir, la debilidad humana y la necesidad de la gracia de Dios para superar las tentaciones y evitar el pecado. Se debe formar la conciencia de cada individuo de manera clara, precisa y en sintonía con los valores espirituales. La moral católica, sin embargo, no se limita a enseñar que es pecado y a evitarlo; se ocupa ante todo del crecimiento en las virtudes cristianas y del desarrollo de la capacidad del don de sí según la propia vocación de la persona. [n. 123]

2. Deben ser presentadas a los niños y a los jóvenes sólo informaciones proporcionadas a cada fase del desarrollo individual.

3. No se ha de presentar ningún material de naturaleza erótica a los niños o a los jóvenes de cualquier edad que sean, ni individualmente ni en grupo.

Este principio de decencia salvaguardia la virtud de la castidad cristiana. Por ello, al comunicar la información sexual en el contexto de la educación al amor, la instrucción ha de ser siempre positiva y prudente, clara y delicada. Estas cuatro palabras, usadas por la Iglesia Católica, excluyen toda forma de contenido inaceptable de la educación sexual.

Además, representaciones gráficas y reales del parto, por ejemplo en un film, aunque no sean eróticas, sólo podrán hacerse gradualmente, y en modo que no creen miedo o actitudes negativas hacia la procreación en las niñas y en las mujeres jóvenes. [n. 126]

Métodos recomendados

El método normal y fundamental, propuesto ya en esta guía, es el diálogo personal entre los padres y los hijos, es decir, la formación individual en el ámbito de la familia. No es, en efecto, sustituible este diálogo confiado y abierto con los propios hijos, porque respeta no sólo las etapas del desarrollo sino también al joven como persona singular. [n. 129]

Quienes son llamados a ayudar a los padres en la educación al amor de sus hijos, han de estar dispuestos y preparados a enseñar en conformidad con la auténtica doctrina moral de la Iglesia Católica. No sólo deben estar preparados en la materia de formación moral y sexual, sino ser sensibles a los derechos y al papel de los padres y de la familia, así como a las necesidades y los problemas de los niños y jóvenes. [n. 146]

Apéndice II

Algunos textos del Documento Conclusivo de Aparecida relacionados con la formación religiosa de jóvenes

V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DEL CARIBE

Discípulos y Misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en Él tengan vida.

"Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 16,4)

Aparecida, 13-31 de mayo de 2007

LA ALEGRÍA DE SER DISCÍPULOS Y MISIONEROS DE JESUCRISTO

Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia, y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor, al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado. (18)

En el encuentro con Cristo queremos expresar la alegría de ser discípulos del Señor y de haber sido enviados con el tesoro del Evangelio. Ser cristiano no es una carga sino un don: Dios Padre nos ha bendecido en Jesucristo su Hijo, Salvador del mundo. (28)

La alegría que hemos recibido en el encuentro con Jesucristo, a quien reconocemos como el Hijo de Dios encarnado y redentor, deseamos que llegue a todos los hombres y mujeres heridos por las adversidades; deseamos que la alegría de la buena noticia del Reino de Dios, de Jesucristo vencedor del pecado y de la muerte, llegue a todos cuantos yacen al borde del camino, pidiendo limosna y compasión (cf. Lc 10, 29-37; 18, 25-43). La alegría del discípulo es antídoto frente a un mundo atemorizado por el futuro y agobiado por la violencia y el odio. La alegría del discípulo no es

un sentimiento de bienestar egoísta sino una certeza que brota de la fe, que serena el corazón y capacita para anunciar la buena noticia del amor de Dios. Conocer a Jesús es el mejor regalo que puede recibir cualquier persona; haberlo encontrado nosotros es lo mejor que nos ha ocurrido en la vida, y darlo a conocer con nuestra palabra y obras es nuestro gozo. (29)

En este momento, con incertidumbres en el corazón, nos preguntamos con Tomás: "¿Cómo vamos a saber el camino?" (Jn 14, 5). Jesús nos responde con una propuesta provocadora: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida" (Jn 14, 6). Él es el verdadero camino hacia el Padre, quien tanto amó al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él tenga vida eterna (cf. Jn 3, 16). Esta es la vida eterna: "Que te conozcan a ti el único Dios verdadero, y a Jesucristo tu enviado" (Jn 17, 3). La fe en Jesús como el Hijo del Padre es la puerta de entrada a la Vida. Los discípulos de Jesús confesamos nuestra fe con las palabras de Pedro: "Tus palabras dan Vida eterna" (Jn 6, 68); "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16, 16). (101)

Jesús es el Hijo de Dios, la Palabra hecha carne (cf. Jn 1, 14), verdadero Dios y verdadero hombre, prueba del amor de Dios a los hombres. Su vida es una entrega radical de sí mismo a favor de todas las personas, consumada definitivamente en su muerte y resurrección. Por ser el Cordero de Dios, Él es el salvador. Su pasión, muerte y resurrección posibilita la superación del pecado y la vida nueva para toda la humanidad. En Él, el Padre se hace presente, porque quien conoce al Hijo conoce al Padre (cf. Jn 14, 7). (102)

La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás. El Evangelio nos ayuda a descubrir que un cuidado enfermizo de la propia vida atenta contra la calidad humana y cristiana de esa misma vida.

Se vive mucho mejor cuando tenemos libertad interior para darlo todo: "Quien aprecie su vida terrena, la perderá" (Jn 12, 25). Aquí descubrimos otra ley profunda de la realidad: que la vida se alcanza y madura a medida que se la entrega para dar vida a los otros. Eso es en definitiva la misión. (360)

CATEQUESIS

La catequesis no puede limitarse a una formación meramente doctrinal sino que ha de ser una verdadera escuela de formación integral. Por tanto, se ha de cultivar la amistad con Cristo en la oración, el aprecio por la celebración litúrgica, la vivencia comunitaria, el compromiso apostólico mediante un permanente servicio a los demás. Por tanto, se ha de cultivar la amistad con Cristo en la oración, el aprecio por la celebración litúrgica, la vivencia comunitaria, el compromiso apostólico mediante un permanente servicio a los demás. Para ello, resultarían útiles algunos subsidios catequéticos elaborados a partir del *Catecismo de la Iglesia Católica* y del *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, estableciendo cursos y escuelas de formación permanente para catequistas. (299)

Recordamos que el itinerario formativo del cristiano, en la tradición más antigua de la Iglesia, "tuvo siempre un carácter de experiencia, en el cual era determinante el encuentro vivo y persuasivo con Cristo, anunciado por auténticos testigos". Se trata de una experiencia que introduce en una profunda y feliz celebración de los sacramentos, con toda la riqueza de sus signos. De este modo, la vida se va transformando progresivamente por los santos misterios que se celebran, capacitando al creyente para transformar el mundo. Esto es lo que se llama "catequesis mistagógica". (290)

Ser discípulo es un don destinado a crecer. La iniciación cristiana da la posibilidad de un aprendizaje gradual en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo. Así, forja la identidad cristiana con las convicciones fundamentales y acompaña la búsqueda del sentido de la vida. (291)

Como rasgos del discípulo, al que apunta la iniciación cristiana destacamos: que tenga como centro la persona de Jesucristo, nuestro Salvador y plenitud de nuestra humanidad, fuente de toda madurez humana y cristiana; que tenga espíritu de oración, sea amante de la Palabra, practique la confesión frecuente y participe de la Eucaristía; que se inserte cordialmente en la comunidad eclesial y social, sea solidario en el amor y fervoroso misionero. (292)

La catequesis no debe ser sólo ocasional, reducida a los momentos previos a los sacramentos o a la iniciación cristiana, sino más bien "un itinerario catequético permanente". Para que, en verdad, el pueblo conozca a fondo a Cristo y lo siga fielmente, debe ser conducido especialmente en la lectura y meditación de la Palabra de Dios, que es el primer fundamento de una catequesis permanente. (298)

Debe darse una catequesis apropiada que acompañe la fe ya presente en la religiosidad popular. Una manera concreta puede ser el ofrecer un proceso de iniciación cristiana en visitas a las familias, donde no sólo se les comunique los contenidos de la fe, sino que se las conduzca a la práctica de la oración familiar, a la lectura orante de la Palabra de Dios y al desarrollo de las virtudes evangélicas, que las consoliden cada vez más como iglesias domésticas. Para este crecimiento en la fe, también es conveniente aprovechar pedagógicamente el potencial educativo que encierra la piedad popular mariana. Se trata de un camino educativo que, cultivando el amor personal a la Virgen, verdadera "educadora de la fe", que nos lleva a asemejarnos cada vez más a Jesucristo, provoque la apropiación progresiva de sus actitudes. (300)

En este esfuerzo por conocer el mensaje de Cristo y hacerlo guía de la propia vida, hay que recordar que la evangelización ha ido unida siempre a la promoción humana y a la auténtica liberación cristiana. "Amor a Dios y amor al prójimo se funden entre sí: en el más humilde encontramos a Jesús mismo y en Jesús encontramos a Dios" (*Deus caritas est*, 15). Por lo mismo, será también necesaria una catequesis social y una adecuada formación en la doctrina social de la Iglesia, siendo muy útil para ello el *Compendio de la doctrina social de la Iglesia*. La vida cristiana no se expresa solamente en las virtudes personales, sino también en las virtudes sociales y políticas. (Discurso inaugural de Benedicto XVI)

LOS ADOLESCENTES Y JÓVENES

Merece especial atención la etapa de la adolescencia. Los *adolescentes no son niños ni son jóvenes. Están en la edad de la* búsqueda de su propia identidad, de independencia frente a sus padres, de descubrimiento del grupo. En esta edad, fácilmente pueden ser víctimas de falsos líderes constituyendo pandillas. Es necesario impulsar la pastoral de los adolescentes, con sus propias características, que garantice su perseverancia y el crecimiento en la fe. El adolescente busca una experiencia de amistad con Jesús. (442)

Los jóvenes son sensibles a descubrir su vocación a ser amigos y discípulos de Cristo. Están llamados a ser “centinelas del mañana”, comprometiéndose en la renovación del mundo a la luz del Plan de Dios. No temen el sacrificio ni la entrega de la propia vida, pero sí una vida sin sentido. Por su generosidad, están llamados a servir a sus hermanos, especialmente a los más necesitados con todo su tiempo y vida. Tienen capacidad para oponerse a las falsas ilusiones de felicidad y a los paraísos engañosos de la droga, el placer, el alcohol y todas las formas de violencia. En su búsqueda del sentido de la vida, son capaces y sensibles para descubrir el llamado particular que el Señor Jesús les hace. Como discípulos misioneros, las nuevas generaciones están llamadas a transmitir a sus hermanos jóvenes sin distinción alguna, la corriente de vida que viene de Cristo, y a compartirla en comunidad construyendo la Iglesia y la sociedad. (443)

Será también necesaria una catequesis social y una adecuada formación en la doctrina social de la Iglesia.

LA EDUCACIÓN CATÓLICA

América Latina y El Caribe viven una particular y delicada emergencia educativa. En efecto, las nuevas reformas educacionales de nuestro continente, impulsadas para adaptarse a las nuevas exigencias que se van creando con el cambio global, aparecen centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades, y denotan un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación preponderantemente en función de la producción, la competitividad y el mercado. Por otra parte, con frecuencia propician la inclusión de factores contrarios a la vida, a la familia y a una sana sexualidad. De esta forma, no despliegan los mejores valores de los jóvenes ni su espíritu religioso; tampoco les enseñan los caminos para superar la violencia y acercarse a la felicidad, ni les ayudan a llevar una vida sobria y adquirir aquellas actitudes, virtudes y costumbres que harán estable el hogar que funden, y que los convertirán en constructores solidarios de la paz y del futuro de la sociedad. (328)

Ante esta situación, fortaleciendo la estrecha colaboración con los padres de familia y pensando en una educación de calidad a la que tienen

derecho, sin distinción, todos los alumnos y alumnas de nuestros pueblos, es necesario insistir en el auténtico fin de toda escuela. Ella está llamada a transformarse, ante todo, en lugar privilegiado de formación y promoción integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura, cosa que logra mediante un encuentro vivo y vital con el patrimonio cultural. Esto supone que tal encuentro se realice en la escuela en forma de elaboración, es decir, confrontando e insertando los valores perennes en el contexto actual. En realidad, la cultura, para ser educativa, debe insertarse en los problemas del tiempo en el que se desarrolla la vida del joven. De esta manera, las distintas disciplinas han de presentar no sólo un saber por adquirir, sino también valores por asimilar y verdades por descubrir. (329)

Constituye una responsabilidad estricta de la escuela, en cuanto institución educativa, poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura, precisamente con el fin de activar el dinamismo espiritual del sujeto y ayudarle a alcanzar la libertad ética que presupone y perfecciona a la psicológica. Pero, no se da libertad ética sino en la confrontación con los valores absolutos de los cuales depende el sentido y el valor de la vida del hombre. Aun en el ámbito de la educación, se manifiesta la tendencia a asumir la actualidad como parámetro de los valores, corriendo así el peligro de responder a aspiraciones transitorias y superficiales, y de perder de vista las exigencias más profundas del mundo contemporáneo (EC 30). La educación humaniza y personaliza al ser humano cuando logra que éste desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciéndolo fructificar en hábitos de comprensión y en iniciativas de comunión con la totalidad del orden real. De esta manera, el ser humano humaniza su mundo, produce cultura, transforma la sociedad y construye la historia191. (330)

LOS CENTROS EDUCATIVOS CATÓLICOS

La misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en el contexto socio-cultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí. Así, procura transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y el designio de salvación. (331)

De este modo, estamos en condiciones de afirmar que en el proyecto educativo de la escuela católica, Cristo, el Hombre perfecto, es el funda-

mento, en quien todos los valores humanos encuentran su plena realización, y de ahí su unidad. (332)

Por lo tanto, la meta que la escuela católica se propone, respecto de los niños y jóvenes, es la de conducir al encuentro con Jesucristo vivo, Hijo del Padre, hermano y amigo, Maestro y Pastor misericordioso, esperanza, camino, verdad y vida, y, así, a la vivencia de la alianza con Dios y con los hombres. Lo hace, colaborando en la construcción de la personalidad de los alumnos, teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida. Tal referencia, al hacerse progresivamente explícita e interiorizada, le ayudará a ver la historia como Cristo la ve, a juzgar la vida como Él lo hace, a elegir y amar como Él, a cultivar la esperanza como Él nos enseña, y a vivir en Él la comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Por la fecundidad misteriosa de esta referencia, la persona se construye en unidad existencial, o sea, asume sus responsabilidades y busca el significado último de su vida. Situada en la Iglesia, comunidad de creyentes, logra con libertad vivir intensamente la fe, anunciarla y celebrarla con alegría en la realidad de cada día. Como consecuencia, maduran y resultan connaturales las actitudes humanas que llevan a abrirse sincera mente a la verdad, a respetar y amar a las personas, a expresar su propia libertad en la donación de sí y en el servicio a los demás para la transformación de la sociedad. (336)

La Escuela católica está llamada a una profunda renovación. Debemos rescatar la identidad católica de nuestros centros educativos por medio de un impulso misionero valiente y audaz, de modo que llegue a ser una opción profética plasmada en una pastoral de la educación participativa. Dichos proyectos deben promover la formación integral de la persona teniendo su fundamento en Cristo, con identidad eclesial y cultural, y con excelencia académica. Además, han de generar solidaridad y caridad con los más pobres. El acompañamiento de los procesos educativos, la participación en ellos de los padres de familia, y la formación de docentes, son tareas prioritarias de la pastoral educativa. (337)

Se propone que la educación en la fe en las instituciones católicas sea integral y transversal en todo el currículum, teniendo en cuenta el proceso de formación para encontrar a Cristo y para vivir como discípulos y misioneros suyos, e insertando en ella verdaderos procesos de iniciación cristiana. (338)

LAS UNIVERSIDADES Y CENTROS SUPERIORES DE EDUCACIÓN CATÓLICA

Es necesaria una pastoral universitaria que acompañe la vida y el caminar de todos los miembros de la comunidad universitaria, promoviendo un encuentro personal y comprometido con Jesucristo, y múltiples iniciativas solidarias y misioneras. También debe procurarse una presencia cercana y dialogante con miembros de otras universidades públicas y centros de estudio. (343)

No podemos escapar de este reto de diálogo entre la fe, la razón y las ciencias. Nuestra prioridad por la vida y la familia, cargadas de problemáticas que se debaten en las cuestiones éticas y en la bioética, nos urge iluminarlas con el Evangelio y el Magisterio de la Iglesia. (466)

Ante la falsa visión, tan difundida en nuestros días, de una incompatibilidad entre fe y ciencia, la Iglesia proclama que la fe no es irracional. "Fe y razón son dos alas por las cuales el espíritu humano se eleva en la contemplación de la verdad". Por esto valoramos a tantos hombres y mujeres de fe y ciencia, que aprendieron a ver en la belleza de la naturaleza las señales del Misterio, del amor y de la bondad de Dios, y son señales luminosas que ayudan a comprender que el libro de la naturaleza y la Sagrada Escritura hablan del mismo Verbo que se hizo carne. (494)

UNA MISIÓN PARA COMUNICAR VIDA

De los que viven en Cristo se espera un testimonio muy creíble de santidad y compromiso. Deseando y procurando esa santidad no vivimos menos, sino mejor, porque cuando Dios pide más es porque está ofreciendo mucho más: "¡No tengan miedo de Cristo! Él no quita nada y lo da todo". (352)

En su Palabra y en todos los sacramentos, Jesús nos ofrece un alimento para el camino. La Eucaristía es el centro vital del universo, capaz de saciar el hambre de vida y felicidad: "El que me coma vivirá por mí" (Jn 6, 57). (354) Detenemos la mirada en María y reconocemos en ella una imagen perfecta de la discípula misionera. Ella nos exhorta a hacer lo que Jesús nos diga (cf. Jn 2, 5) para que Él pueda derramar su vida en América Latina y El Caribe. Junto con ella, queremos estar atentos una vez más a la escucha del Maestro, y, en torno a ella, volvemos a recibir con estremeci-

miento el mandato misionero de su hijo: Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos (Mt 28, 19). (364)

LA EUCARISTÍA

La Eucaristía es el lugar privilegiado del encuentro del discípulo con Jesucristo. Con este Sacramento, Jesús nos atrae hacia sí y nos hace entrar en su dinamismo hacia Dios y hacia el prójimo. Hay un estrecho vínculo entre las tres dimensiones de la vocación cristiana: creer, celebrar y vivir el misterio de Jesucristo, de tal modo que la existencia cristiana adquiera verdaderamente una forma eucarística. En cada Eucaristía, los cristianos celebran y asumen el misterio pascual, participando en él. Por tanto, los fieles deben vivir su fe en la centralidad del misterio pascual de Cristo a través de la Eucaristía, de modo que toda su vida sea cada vez más vida eucarística. La Eucaristía, fuente inagotable de la vocación cristiana es, al mismo tiempo, fuente inextinguible del impulso misionero. Allí, el Espíritu Santo fortalece la identidad del discípulo y despierta en él la decidida voluntad de anunciar con audacia a los demás lo que ha escuchado y vivido. (251)

La fuerza de este anuncio de vida será fecunda si lo hacemos con el estilo adecuado, con las actitudes del Maestro, teniendo siempre a la Eucaristía como fuente y cumbre de toda actividad misionera. Invocamos al Espíritu Santo para poder dar un testimonio de proximidad que entraña cercanía afectuosa, escucha, humildad, solidaridad, compasión, diálogo, reconciliación, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir, como Jesús lo hizo. (363)

EL SACRAMENTO DE LA RECONCILIACIÓN

Benedicto XVI nos recuerda que “el amor a la Eucaristía lleva también a apreciar cada vez más el Sacramento de la Reconciliación”. Vivimos en una cultura marcada por un fuerte relativismo y una pérdida del sentido del pecado que nos lleva a olvidar la necesidad del sacramento de la Reconciliación para acercarnos dignamente a recibir la Eucaristía. Como pastores, estamos llamados a fomentar la confesión frecuente. Invitamos a nuestros presbíteros a dedicar tiempo suficiente para ofrecer el sacramento de la reconciliación con celo pastoral y entrañas de misericordia, a preparar dignamente los lugares de la celebración, de manera que sean expresión del significado de este sacramento. Igualmente, pedimos a nuestros fieles

valorar este regalo maravilloso de Dios y acercarse a él para renovar la gracia bautismal y vivir, con mayor autenticidad, la llamada de Jesús a ser sus discípulos y misioneros. (177)

El sacramento de la reconciliación es el lugar donde el pecador experimenta de manera singular el encuentro con Jesucristo, quien se compadece de nosotros y nos da el don de su perdón misericordioso, nos hace sentir que el amor es más fuerte que el pecado cometido, nos libera de cuanto nos impide permanecer en su amor, y nos devuelve la alegría y el entusiasmo de anunciarlo a los demás con corazón abierto y generoso. (254)

MARÍA, DISCÍPULA Y MISIONERA

La máxima realización de la existencia cristiana como un vivir trinitario de "hijos en el Hijo" nos es dada en la Virgen María quien, por su fe (cf. Lc 1, 45) y obediencia a la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38), así como por su constante meditación de la Palabra y de las acciones de Jesús (cf.

Lc 2, 19.51), es la discípula más perfecta del Señor157. Interlocutora del Padre en su proyecto de enviar su Verbo al mundo para la salvación humana, María, con su fe, llega a ser el primer miembro de la comunidad de los creyentes en Cristo, y también se hace colaboradora en el renacimiento espiritual de los discípulos. Del Evangelio, emerge su figura de mujer libre y fuerte, conscientemente orientada al verdadero seguimiento de Cristo. Ella ha vivido por entero toda la peregrinación de la fe como madre de Cristo y luego de los discípulos, sin que le fuera ahorrada la incomprensión y la búsqueda constante del proyecto del Padre. Alcanzó, así, a estar al pie de la cruz en una comunión profunda, para entrar plenamente en el misterio de la Alianza. (266)

LA DIGNIDAD Y PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES

La antropología cristiana resalta la igual dignidad entre varón y mujer, en razón de ser creados a imagen y semejanza de Dios. El misterio de la Trinidad nos invita a vivir una comunidad de iguales en la diferencia. En una época de marcado machismo, la práctica de Jesús fue decisiva para significar la dignidad de la mujer y su valor indiscutible: habló con ellas (cf. Jn 4, 27), tuvo singular misericordia con las pecadores (cf. Lc 7,36-50; Jn 8,11), las curó (cf. Mc 5, 25-34), las reivindicó en su dignidad (cf. Jn 8, 1-11), las eligió como primeras testigos de su resurrección (cf. Mt 28, 910), e incorporó mujeres a al grupo de personas que le eran más cercanas

(cf. Lc 8, 1-3). La figura de María, discípula por excelencia entre discípulos, es fundamental en la recuperación de la identidad de la mujer y de su valor en la Iglesia. El canto del Magnificat muestra a María como mujer capaz de comprometerse con su realidad y de tener una voz profética ante ella. (451)

La relación entre la mujer y el varón es de reciprocidad y colaboración mutua. Se trata de armonizar, complementar y trabajar sumando esfuerzos. La mujer es corresponsable, junto con el hombre, por el presente y el futuro de nuestra sociedad humana. (452)

Urge valorar la maternidad como misión excelente de las mujeres. Esto no se opone a su desarrollo profesional y al ejercicio de todas sus dimensiones, lo cual permite ser fieles al plan originario de Dios que da a la pareja humana, de forma conjunta, la misión de mejorar la tierra. La mujer es insustituible en el hogar, la educación de los hijos y la transmisión de la fe. Pero esto no excluye la necesidad de su participación activa en la construcción de la sociedad. Para ello, se requiere propiciar una formación integral de manera que las mujeres puedan cumplir su misión en la familia y en la sociedad. (456)

LA CULTURA DE LA VIDA: SU PROCLAMACIÓN Y SU DEFENSA

El ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, también posee una altísima dignidad que no podemos pisotear y que estamos llamados a respetar y a promover. La vida es regalo gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar desde la concepción, en todas sus etapas, y hasta la muerte natural, sin relativismos. (464)

Proclamamos que todo ser humano existe pura y simplemente por el amor de Dios que lo creó, y por el amor de Dios que lo conserva en cada instante. La creación del varón y la mujer, a su imagen y semejanza, es un acontecimiento divino de vida, y su fuente es el amor fiel del Señor. Luego, sólo el Señor es el autor y el dueño de la vida, y el ser humano, su imagen viviente, es siempre sagrado, desde su concepción, en todas las etapas de la existencia, hasta su muerte natural y después de la muerte. La mirada cristiana sobre el ser humano permite percibir su valor que trasciende todo el universo: “Dios nos ha mostrado de modo insuperable cómo ama a cada hombre, y con ello le confiere una dignidad infinita”. (388)

La globalización influye en las ciencias y en sus métodos, prescindiendo de los cauces éticos. Los discípulos de Jesús tenemos que llevar el Evangelio al gran escenario de las mismas, promover el diálogo entre ciencia y fe, y, en ese contexto, presentar la defensa de la vida. Este diálogo debe ser realizado por la ética y en casos especiales por una bioética bien fundada. La bioética trabaja con esta base epistemológica, de manera interdisciplinar, donde cada ciencia aporta sus conclusiones. (465)

LA OPCIÓN PREFERENCIAL POR LOS POBRES Y EXCLUIDOS

Dentro de esta amplia preocupación por la dignidad humana, se sitúa nuestra angustia por los millones de latinoamericanos y latinoamericanas que no pueden llevar una vida que responda a esa dignidad. (391)

Nuestra fe proclama que "Jesucristo es el rostro humano de Dios y el rostro divino del hombre". Por eso la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza. Esta opción nace de nuestra fe en Jesucristo, el Dios hecho hombre, que se ha hecho nuestro hermano (cf. Hb 2, 11-12). Ella, sin embargo, no es ni exclusiva, ni excluyente. (392)

Si esta opción está implícita en la fe cristológica, los cristianos, como discípulos y misioneros, estamos llamados a contemplar, en los rostros sufrientes de nuestros hermanos, el rostro de Cristo que nos llama a servirlo en ellos: "Los rostros sufrientes de los pobres son rostros sufrientes de Cristo". Ellos interpelan el núcleo del obrar de la Iglesia, de la pastoral y de nuestras actitudes cristianas. Todo lo que tenga que ver con Cristo, tiene que ver con los pobres y todo lo relacionado con los pobres reclama a Jesucristo: "Cuanto lo hicieron con uno de estos mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicieron" (Mt 25, 40). (393)

EL MATRIMONIO Y LA FAMILIA

La familia cristiana está fundada en el sacramento del matrimonio entre un varón y una mujer, signo del amor de Dios por la humanidad y de la entrega de Cristo por su esposa, la Iglesia. Desde esta alianza de amor, se despliegan la paternidad y la maternidad, la filiación y la fraternidad, y el compromiso de los dos por una sociedad mejor. (433)

Creemos que "la familia es imagen de Dios que, en su misterio más íntimo no es una soledad, sino una familia"242. En la comunión de amor

de las tres Personas divinas, nuestras familias tienen su origen, su modelo perfecto, su motivación más bella y su último destino. (434)

FERVOR ESPIRITUAL

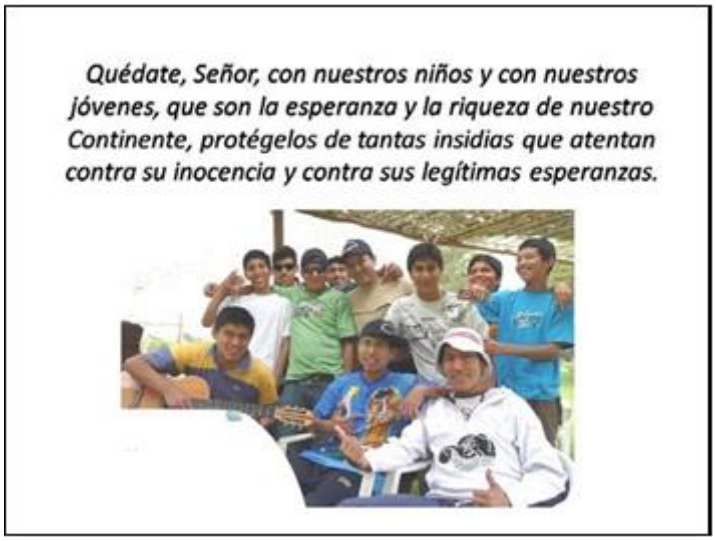
Recobremos, pues, el fervor espiritual. Conservemos la dulce y confortadora alegría de evangelizar, incluso cuando hay que sembrar entre lágrimas. Hagámoslo –como Juan el Bautista, como Pedro y Pablo, como los otros Apóstoles, como esa multitud de admirables evangelizadores que se han sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia– con un ímpetu interior que nadie ni nada sea capaz de extinguir. Sea ésta la mayor alegría de nuestras vidas entregadas. Y ojalá el mundo actual –que busca a veces con angustia, a veces con esperanza– pueda así recibir la Buena Nueva, no a través de evangelizadores tristes y desalentados, impacientes o ansiosos, sino a través de ministros del Evangelio, cuya vida irradia el fervor de quienes han recibido, ante todo en sí mismos, la alegría de Cristo y aceptan consagrar su vida a la tarea de anunciar el Reino de Dios y de implantar la Iglesia en el mundo. (552)

AUDACIA APOSTÓLICA AYUDADOS POR MARÍA

Recobremos el valor y la audacia apostólicos.

Nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y ternura, de María Santísima. Que nos muestre el fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como ella lo hizo en el misterio de la anunciación y encarnación. Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en camino de sacrificio, amor y servicio, como lo hizo en la visitación a su prima Isabel, para que, peregrinos en el camino, cantemos las maravillas que Dios ha hecho en nosotros conforme a su promesa. (553)

Guiados por María, fijamos los ojos en Jesucristo, autor y consumador de la fe, y le decimos con el Sucesor de Pedro:

"Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado" (Lc 24, 29). Quédate con nosotros, Señor, acompáñanos aunque no siempre hayamos sabido reconocerte. Quédate con nosotros, porque en torno a nosotros se van haciendo más densas las sombras, y tú eres la Luz; en nuestros corazones se insinúa la desesperanza, y tú los haces arder con la certeza de la Pascua. Estamos cansados del camino, pero tú nos confortas en la fracción del pan para anunciar a nuestros hermanos que en verdad

tú has resucitado y que nos has dado la misión de ser testigos de tu resurrección. Quédate con nosotros, Señor, cuando en torno a nuestra fe católica surgen las nieblas de la duda, del cansancio o de la dificultad: tú, que eres la Verdad misma como revelador del Padre, ilumina nuestras mentes con tu Palabra; ayúdanos a sentir la belleza de creer en ti. Quédate en nuestras familias, ilumínalas en sus dudas, sostenlas en sus dificultades, consuélalas en sus sufrimientos y en la fatiga de cada día, cuando en torno a ellas se acumulan sombras que amenazan su unidad y su naturaleza. Tú que eres la Vida, quédate en nuestros hogares, para que sigan siendo nidos donde nazca la vida humana abundante y generosamente, donde se acoja, se ame, se respete la vida desde su concepción hasta su término natural. Quédate, Señor, con aquéllos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad. Quédate, Señor, con nuestros niños y con nuestros jóvenes, que son la esperanza y la riqueza de nuestro Continente, protégelos de tantas insidias que atentan contra su inocencia y contra sus legítimas esperanzas. ¡Oh buen Pastor, quédate con nuestros ancianos y con nuestros enfermos! ¡Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros! (554)